



Leslie Charteris

El Santo juega

con fuego



Selecciones de Biblioteca O **Lectulandia**

Cuando Simón Templar y Patricia divisan una casa de campo incendiada, ambos se apuran a socorrer, pero es demasiado tarde para salvar a un hombre atrapado en su interior. Su puerta estaba atrancada, por lo que Templar deduce que tiene un asesinato entre manos que debe ser resuelto. Se lanza a la investigación (comprometiéndose por el camino) y pronto se ve rodeado por un complot de asesinato diseñado para empezar una guerra.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo juega con fuego

El Santo - 19

ePub r1.0

Titivillus 18.02.2019

Título original: *The Saint plays with fire*
Leslie Charteris, 1938
Traducción: María Luisa Martínez Alinari
Diseño de cubierta: Noiquet

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR ACUDIÓ A UN FUEGO Y PATRICIA HOLM OYÓ HABLAR DE UN FINANCIERO

I

Quizá la historia comenzara verdaderamente cuando Simón Templar abrió la radio. Al menos, hasta aquel instante todo estaba en paz; y después, durante varios días memorables, que ocuparon un lugar inolvidable en su *saga*^[1] de extraordinarias aventuras, no hubo paz alguna. Pero la vida de Simón Templar había transcurrido siempre así; y sus intervalos de paz tenían algo de pasajeros, de inestable, como si en su seno se ocultara un grano de dinamita, condenado a estallar en otra serie de episodios asombrosos, que para él constituían su vida normal.

En aquel momento no pensaba en aventuras, en peligros, ni en nada tan excitante como todo eso. Por el contrario, estaba sentado confortablemente en su largo y estrecho «Hirondel», y sus dedos apenas si acariciaban el volante, al hacerlo rodar suavemente por las oscuras carreteras, a la moderada velocidad de sesenta millas. Simón no tenía prisa. Sobre su cabeza brillaba la luna, dibujando largas sombras oscuras sobre los campos y plateando las hojas de los árboles. Sus ojos azules escudriñaron cansados el camino que descubría el haz blanco de los faros; y la inalterable calma de su morena cara de burlón bucanero hubiera hecho comprender a cualquiera por qué en muchos sitios era más conocido por el nombre de El Santo que por el suyo propio, sin que eso sirviera para hacerle comprender que la sola mención del nombre de Santo en los círculos iniciados era capaz de reducir a los detectives, lo mismo que a los criminales famosos, a un estado de indescriptible incoherencia. Ninguna de las aventuras, que dejaban detrás de él un rastro de increíble leyenda, había dejado huella alguna en su faz, ni en su mente; y tranquilo y sereno, gozaba de aquel intervalo aunque, aun en aquel momento, él debía saber que sólo se trataba de un intervalo, hasta que empezara la nueva aventura, porque el Destino lo había creado para la aventura...

—¿Sabes —dijo lánguidamente— que a pesar de lo mucho que las he criticado antes, hay algo en algunas leyes inglesas que no está mal del todo? Y sino, mira: si nuestras abuelas no nos hubieran besado en la frente al tiempo que nos enviaban a la cama, en cuanto era de noche, quizá estuviéramos todavía bebiendo un mal champaña

y ensordeciéndonos con los saxofones de aquella horrible posada, en lugar de estar gozando de todo esto.

—Cuando empiezas a sentirte tolerante temo siempre que te pase algo —dijo Patricia Holm con voz soñolienta.

Él volvió la cabeza y sonrió. La muchacha estaba encantadora, sentada a su lado, con la cabeza echada hacia atrás, sus ojos azules semicerrados y los labios humorísticamente entreabiertos. Simón no dejaba nunca de descubrir de nuevo su belleza, con el mismo sentimiento de asombro, como si tuviera tantas facetas que nunca fuera la misma. Ella era algo que cambiaba siempre, sin cambiar nunca; formaba parte de sus más viejos recuerdos y, sin embargo, siempre era nueva, fuera adonde fuese y por más aventuras que corriera, ella era siempre la más exquisita de todas.

Tocó el oro hilado de sus cabellos.

—Está bien —dijo—. Voy a buscarte unos saxofones. Y entonces fue cuando abrió la radio.

El pequeño cuadrante de las agujas brilló en la oscuridad, y durante unos minutos todo permaneció en silencio, mientras se calentaba. Y de repente, de un modo súbito y extraño, dejó escapar, no el sonido de los saxofones, sino el de una voz metálica y fuerte que hablaba francés. El orador de la radio estaba en mitad de una frase y su voz se alzaba en *crescendo*.

—¡... aplastarlos como a gusanos, destruirlos como a ratas que llevan en sí los gérmenes que han de destruir nuestra bella patria! La sangre de un millón de franceses, caídos en los campos de la gloria, os pide que os hagáis dignos de su sacrificio. Alzaos y armaos contra este peligro que nos amenaza desde el interior; pisotead a esos cobardes pacifistas, a esos anarquistas sin Dios, a esos extranjeros que están vendiendo nuestro país por un puñado de oro... Hijos de Francia, ¡a las armas! Marchad a la lucha con una canción en los labios y la gloria en vuestros corazones, pues sólo en la sangre y el fuego de la batalla puede purificarse nuestro país y hallar de nuevo su verdadera alma.

La voz metálica dejó de hablar; hubo un momento de silencio. Luego, como el estampido de un trueno, estalló un sonido distinto, un ronco y frenético aullido, agudo y horrible como el clamor de diez mil lobos hambrientos y enloquecidos por el olor de la sangre, un rugido inarticulado y animal, que no parecía proceder de gargantas humanas. Bárbaro, salvaje, lleno de un horrible deseo de sangre, que manchaba la tranquila noche con visiones de llamas y matanzas, de torturas y disparos de fusiles, de edificios deshechos y de cuerpos aplastados de hombres, mujeres y niños. Durante un minuto el rugido llenó la noche. Y después se oyó la música.

Pero no era saxofones. Eran metales y tambores. Metales que tenían el mismo tono que la voz que hablara antes, con un ritmo sonoro de sacrificios estáticos, una aguda fanfarria que rasgaba violenta la delgada capa de la civilización y que helaba la

sangre en una tensión intolerable. Tambores que golpeaban enloquecedores en una brujería moderna, pero más potente que la de los viejos hechiceros de África, martilleando en el cerebro hasta destrozar las mente con su implacable insistencia. Metales que lanzaban sus ecos melódicos como un choque de aceros o el grito de un ser humano a quien se atormenta. Tambores que latían como corazones gigantes. Metales y tambores...

—¡Apágala! —dijo Patricia con voz aguda—. ¡Párala, Simón! ¡Es horrible!

Él se dio cuenta de que se estremecía.

—No —le dijo—. ¡Escucha!

Él mismo se sentía tenso, con los nervios convertidos en vibrantes cuerdas de acero. La música tenía la culpa de ello. Y la música seguía, ahogando el sonido incoherente de las voces hasta que éstas no fueron más que una especie de trompeteo cristalizado. Metales y tambores. Y de pronto, mezclándose con ellos, creciendo con ellos, se alzó un nuevo sonido: el inequívoco y monótono choque de miles de pies calzados con botas. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. El terrible *juggernaut*^[2] de miles de pisadas. Piernas que se movían con la precisión sincronizada de una máquina. Talones que caían a la vez, pesadamente, firmemente, como pesadas columnas de plomo que hirieran la tierra...

El Santo se encontraba en uno de sus extraños momentos de visión. Siguió hablando, y su voz era curiosamente baja al compararla con el clamor de los metales y los tambores y el ruido de los pies en marcha.

—Sí, es horrible; pero debes escucharlo. Debemos recordar siempre lo que amenaza nuestra paz...

Los clarines sonaron de nuevo y los pies continuaron marchando al compás de los tambores. Entonces El Santo movió la clavija y el ruido cesó.

La paz volvió a reinar en la noche con una extraña timidez, como si temiera una nueva intrusión. Una vez más volvió a oírse el suave zumbido del motor del automóvil y el rumor del aire, y por encima de ellos el ulular indignado de una lechuza posada en la rama de un árbol; pero aquella paz se parecía al despertar de una pesadilla. Patricia tardó un rato en hablar, aunque Simón sabía que ahora estaba completamente despierta.

—¿Qué era eso? —preguntó, al fin, con una voz demasiado tranquila para ser natural.

—Eran los Hijos de Francia, la cuadrilla de camisas azules del coronel Marteau. ¿No los recuerdas? Según parece, deben estarse corriendo una juerga en las afueras de París, con antorchas, banderas, bandas y todo lo demás. Cuando cerramos la radio iba a empezar el gran final: el discurso del coronel Marteau.

E hizo una pausa.

—Pero ¿qué es lo que quieren?

Él se encogió de hombros.

—Si te refieres a los Hijos de Francia, puedes ser todo lo cínica que quieras. El actual Gobierno francés es bastante impopular entre nuestros queridos chupadores de sangre, porque ha introducido una nueva serie de leyes nacionalizando las industrias pesadas en cuanto estalle la guerra, y quitándoles así su mayor provecho. La idea en sí, desde luego, es demasiado comunista y desagradable para poder expresarla con palabras. Y de ahí el nacimiento de los Hijos de Francia. Todo ese jaleo de fuego y sangre de esta noche, es seguramente parte de un plan para arrebatar el poder al Gobierno actual y dejar que unos cuantos honrados hombres de negocios hagan sus fortunas asesinando a los demás. Una idea preciosa.

—¿Y crees que lo conseguirán?

—¿Quién va a impedirselo? —preguntó amargamente El Santo.

al hacer la pregunta no podía imaginarse la respuesta. Pero más tarde se acordaría de ella. Se hallaba, como hemos dicho, en uno de sus precarios intervalos de paz. Dos veces ya en su ilegal carrera, había ayudado a disipar la amenaza de una guerra, pero esta vez la probabilidad de que la historia de Europa pudiera ser alterada por algo, parecía demasiado remota para pensar en ella. Pero, poseído aún de la lúgubre clarividencia en que la interrupción le había sumido, miró sombríamente el haz de luz que los faros iban abriendo ante ellos, absorto en sus pensamientos, viendo realizarse su profecía. Vio la pacífica campiña que recorría llena de cráteres y agujeros, llena de restos humanos que se pudrían antes de que las ratas hubieran podido comérselos; las largas y rojas lenguas de los cañones alzándose temibles hacia el oscuro firmamento y tronando su espantosa letanía; el primer destello rosado del fuego, que iba oscureciéndose hasta un rojo escarlata al crecer, titubeando y extendiendo su roja aurora a través del cielo hasta que las negras siluetas de los árboles podían distinguirse claramente... y de repente, con una extraña sensación de asombro, como si saliera de un sueño, El Santo se dio cuenta de que eso, al menos, no era una visión; de que sus ojos estaban viendo realmente el reflejo escarlata de las llamas, allá lejos, entre los árboles.

—Mira.

Patricia se irguió en su asiento.

—Cualquiera diría que es fuego —dijo sin interés.

Simón Templar sonrió, burlón. Su ensueño se había desvanecido tan rápidamente como viniera, al menos, por el momento.

—Apostaría cualquier cosa a que es un fuego —dijo—. Y en esta parte del bosque, lo más probable es que la brigada de incendios más próxima se encuentre a varias millas de distancia. Mejor será que pasemos por ahí, para ver qué pasa.

Nunca olvidaría aquel fuego. Era el comienzo de la aventura.

II

Su pie oprimió el acelerador, mientras la mano empuñaba la palanca del cambio de marcha; el murmullo del enorme coche se trocó en un ronco rugido. La terrible irrupción de fuerza los lanzó hacia atrás en sus asientos y el susurro de los neumáticos sobre la carretera se convirtió en un agudo gemido. Parecía como si un tigre ocioso y aburrido se hubiera desperezado, lanzándose al ataque.

El Santo había empezado a guiar su automóvil.

Como no tenía el don de la segunda vista no podía decir lo que significaba aquel fuego; pero con que fuera un fuego era suficiente. Quizá sería divertido. Y él iba a ver lo que pasaba allí, a toda prisa ahora. Y para su jovial filosofía, aquello bastaba. Había entornado los ojos, llenos de vida con el ansia del instante, y una sombra de su antigua sonrisa vagaba por sus labios... Media milla más allá, un camino vecinal conducía en derechura hacia el resplandor rojizo. Al acercarse a él, El Santo movió su pie del acelerador al freno y dio una vuelta rápida al volante; las ruedas traseras giraron rápidamente con un fuerte chirrido de neumáticos, se agitaron en el aire y volvieron a posarse sobre la carretera, afirmándose y lanzando el coche hacia delante con la violencia de una catapulta, cuando El Santo volvió a oprimir con el pie el acelerador.

—Así es como lo hacen esos maravillosos tipos de las carreras —explicó.

Patricia encendió dos cigarrillos.

—¿Qué es lo que hacen entonces cuando quieren dar la vuelta con rapidez? —preguntó tranquilamente.

El modo con que Simón apretó uno de los cigarrillos en sus labios, fue su única y descarada respuesta. La roja mancha que se destacaba vívidamente contra el cielo se hallaba casi enfrente de ellos, aumentando de tal modo que casi ocultaba las estrellas, y el coche rodaba por el estrecho caminito con una velocidad de huracán. Una nueva curva del camino le obligó a El Santo a usar los frenos, haciendo gemir el coche. A su izquierda se veía una casita de madera, más allá de unas grandes puertas de hierro forjado que se abrían sobre una avenida.

—Esto debe ser —dijo El Santo; y el enorme automóvil giró sobre sus ruedas delanteras al dar la vuelta.

Un instante después, el acre olor de madera quemada les hirió el olfato. Pasaron un caminito circular, bordeado de árboles, y, al momento, el rojo resplandor los bañó como si fuera un tembloroso foco. Simón detuvo su «Hirondel» en una ancha pradera de césped y se sentó, de un salto, en el respaldo del asiento para ver mejor.

—Es un fuego —decidió con profunda satisfacción.

Lo era. La pradera estaba iluminada de extremo a extremo, como si se tratara de un escenario; al fondo, una cortina de humo negro semejaba un telón. La casa era una de esas viejas e históricas mansiones cuyo entarimado de madera y las viejas vigas de sus techos, son más fáciles de incendiar que un montón de leña. El fuego debía haber

empezado en el piso bajo, porque por sus ventanas abiertas asomaban largas lenguas de fuego que se extendían por la terraza y subían hacia el techo, como banderas desgarradas, rugiendo con una traviesa alegría cuyo ruido apagaba los ronquidos espasmódicos del «Hirondel» al detenerse. El Santo sacó un cigarrillo y se afirmó aún más en su creencia de que aquello, juzgado desde el punto de vista pirotécnico, era un bello espectáculo.

Unas cuantas figuras, vestidas con diversas prendas de dormir, corrían azoradas por la pradera, con los movimientos rápidos y escurridizos de una banda de ratones asustados.

—Al menos, parece ser que todos están fuera —dijo El Santo.

Cerró el motor y sacó sus largas piernas del coche. Algunas de las figuras azoradas, atraídas quizá por el resplandor de los focos como moscas a la luz, habían echado a correr hacia ellos. El primero en llegar fue un hombre que llevaba una muchacha sobre sus hombros. Era alto y rubio, con impresionantes bigotes, y llevaba un pijama de rayas azules y verdes. Dejó a la muchacha en el suelo, delante de El Santo, como un perro de caza que deposita su pieza, y permaneció un momento en silencio, respirando con fatiga.

—¡Por Jove! —dijo al fin—. ¡Oh, por Jove!... Tranquilízate, Val. Todo pasó. Estás a salvo.

Le puso una mano en el hombro para impedir que se levantara, pero ella, con un rápido movimiento, se zafó y se puso en pie. Era morena y delgada, pero no tanto que el transparente salto de cama, que era su único vestido, no encontrara unas formas fascinadoras que marcar. El *chiffon* se había roto en uno de los hombros, descubriendo su blanca piel, y el rizado cabello estaba todo revuelto, pero ni siquiera la petulante expresión de niña mimada que tenía en aquel momento su cara, podía ocultar su extraordinaria belleza.

—Está bien, está bien —dijo con impaciencia—. Ahora ya me has salvado y yo te doy las gracias. Pero, por el amor de Dios, deja de darme palmaditas y búscame algo con que cubrirme.

Parecía como si pensara que el fuego había sido arreglado por un hada maliciosa con el único fin de molestarla. El muchacho la miró algo asombrado.

—Diablos, Valeria —dijo con tono ofendido—, no te das cuenta...

—Claro que se da cuenta —dijo suavemente El Santo—. Sabe que usted es un héroe. Pero prefiere ser práctica. Y ya que hablamos de ser prácticos, ¿sabe si ha quedado alguien dentro de la casa?

—¿Eh? ¿Qué? —dijo él—. No sé. Yo sólo me ocupé de sacar a Valeria.

Por su entonación, se comprendía que a él no le importaba nadie más que Valeria. Simón le dio una palmadita en la espalda.

—Sí, ya lo sabemos —le dijo cariñosamente—. Le vimos. Es un héroe. Le daremos un diploma. Pero, de todos modos, ¿no cree que sería una buena idea reunir a los demás y ver si falta alguno?

El muchacho volvió a mirarle de nuevo con aire resentido. Su expresión indicaba que, habiendo hecho su buena obra del día al salvar a Valeria, esperaba que lo hubieran puesto en un pedestal en vez de darle órdenes. Pero había algo en la fría manera con que El Santo asumía el mando que eliminaba los argumentos.

—Oh, desde luego. Ya comprendo lo que quiere.

Se apartó de mala gana y, poco después, varias personas, procedentes de distintas partes de la pradera, se acercaron a ellos y se agruparon en torno al automóvil de Simón. Había un hombre alto y de roja faz, con un pequeño bigote blanco y el tipo acabado del militar, un hombrecillo grueso y excitado que se acercó, hablando pomposamente, al angelical muchacho que los había reunido y un cuarto personaje que se unió lentamente al grupo. El resplandor del fuego comunicaba a las caras tintes rojizos, mientras se agrupaban con un aire de estudiada calma que proclamaba lo seguros que estaban de portarse en aquellos instantes como verdaderos aristócratas ingleses en momentos de apuro.

Simón paseó sus miradas por el grupo, sin ninguna reverencia. No conocía a ninguno de ellos, ni aquello le importaba lo más mínimo, pero parecía ser el único capaz de una idea coherente en aquellos momentos. Su voz apagó los agitados murmullos.

—Está bien —dijo—. Ustedes deben saberlo. ¿Están todos aquí?

Las personas que formaban el grupo se miraron unas a otras con una especie de terror y luego volvieron sus asustadas miradas a la casa en llamas, como si por primera vez pensasen en algo que no fuera otra cosa que su propia seguridad.

De repente, la voz de la muchacha del salto de cama chilló agudamente detrás de Simón.

—¡No! ¡No están todos aquí! ¡John no está aquí! ¿Dónde está Johnny?

Hubo un sobrecogedor momento de silencio; en las lívidas caras iba abriéndose paso la comprensión.

—¿Pero dónde puede estar? —preguntó el hombrecillo grueso, con voz temblorosa—. De... debe haber oído la señal de alarma...

El hombre de aspecto militar dio media vuelta y alzó su vozarrón en un grito propio de un cuartel.

—¡Kennet! —llamó—. ¡Kennet!

Parecía como si estuviera reprendiendo a un recluta descuidado que llega tarde a una parada.

La mujer que había a su lado lanzó un gemido. Luego abrió la boca y chilló con todas sus fuerzas, con la faz contorsionada por un espantoso terror.

—¡No! ¡No! Es demasiado horrible. ¡No puede estar allí aún! No puede...

Sus palabras se apagaron entrecortadamente. Durante un minuto, su boca se abrió y se cerró convulsivamente, como la de un pez fuera del agua; luego, sin ningún ruido, cayó al suelo como un saco vacío.

—Se ha desmayado —dijo alguien estúpidamente.

—Así es —dijo secamente El Santo—. Ahora no podemos hacer más que reunirnos en torno suyo y acariciarle las manos.

El militar, que se había inclinado hacia ella, volvió su rostro purpúreo hacia El Santo.

—¡Por Dios, señor! —estalló coléricamente—. ¿No se da...? —y se detuvo. Otro pensamiento, de una abrumadora enormidad, pareció surgir de su nariz. Se irguió y miró a El Santo con ojos centelleantes como si se diera cuenta de su presencia en aquel momento—. Y dígame —rugió—, ¿qué diablos hace aquí?

La idea se filtró por los cerebros de los demás y los hizo retroceder, mudos, con la boca abierta. Y mientras le miraban con vacua indignación, el hombre que se hallaba detrás de ellos avanzó unos pasos. Era un individuo bajo, de anchos hombros, con una faz cuadrada y aplastada, y ojos oscuros, hundidos y astutos. En contraste con los demás, era el único que iba completamente vestido, y en toda su persona no se observaba nada que denotara el apresuramiento o el susto; su poderosa barbilla y su recta y delgada boca le daban el aspecto sólido e impasible de un bloque de granito.

—Sí —dijo—. ¿Quién es usted?

Simón desafió su mirada con fría indiferencia. El antagonismo fue instantáneo, intuitivo. Quizá fuera aquello lo que tocó la mente del Santo con aquel extraño escalofrío de disgusto que iba a ser la causa de tantas cosas. Quizá fue entonces cuando la primera sombra nebulosa de una sospecha empezó a dibujarse en su cerebro. Pero en aquel momento no tuvo tiempo de pensar en ello. Sólo sabía que algo parecido a un fino hilo de acero había endurecido el contorno plástico de su actitud.

—Por el momento —dijo tranquilamente—, parece ser que soy la única persona que no se comporta aquí como un búho disecado. ¿En dónde duerme ese Kennet?

—No lo sé —dijo el hombre rechoncho—. Cualquiera de ellos puede decírselo.

Su cara estaba impasible y su tono era tan frío que casi parecía irónico. En sus hundidos ojos acechaba una especie de pétreo diversión. Pero quizá todo aquello no fuera más que una ilusión, debida a la vacilante luz de las llamas.

La muchacha llamada Valeria le dio la información deseada.

—En una de las habitaciones de la izquierda... aquella ventana.

Simón miró hacia allí.

La habitación se hallaba en el extremo de la casa en donde el incendio había hecho más estragos, donde, seguramente, debía haber empezado. El piso bajo parecía un horno, y la corriente formada por las ventanas abiertas lanzaba a su interior largas y rugientes lenguas de fuego. La ventana de Kennet se hallaba a unos cinco metros del suelo, y desde el exterior sólo se podía llegar a ella usando una escalera.

El hombrecillo grueso se retorció las manos.

—No puede estar todavía allí —gimió—. Tiene que haber oído la alarma...

—¿No se habrá puesto muy nervioso y estará desmayado? —preguntó el muchacho alto del pijama a rayas.

Simón por poco le pega.

—¿Sabe dónde hay alguna escalera, grandísimo idiota? —preguntó.

El muchacho se le quedó mirando, asombrado. Nadie le contestó. Todos parecían medio dormidos.

Simón se volvió a Patricia.

—Haz lo que puedas, querida —le dijo.

Y echó a correr; los demás le miraron un momento, petrificados.

—¡Detenedle! —gritó de pronto el grueso hombrecillo—. ¡Por amor de Dios, detenedle! ¡Eso es un suicidio!

—¡Eh! —bramó el rojo militar—. ¡Vuelva!

La mujer de aspecto real dejó escapar otro chillido y se desmayó de nuevo.

Simón Templar no oyó nada de eso; se hallaba ya en mitad de la pradera, corriendo ceñudo en dirección de la casa.

III

El calor del vestíbulo le hirió con la fuerza de un golpe físico al cruzar la puerta de entrada; el aire abrasó sus pulmones como el aliento de una fragua. Al extremo izquierdo unas largas lenguas de fuego consumían ávidamente un par de cortinas de terciopelo. Unas llamas pequeñas bailaban sobre la alfombra y trepaban ansiosas por los ennegrecidos barrotes de la escalera. La pintura de las vigas que cruzaban el techo se derretía en gotas hirvientes, que caían al suelo en abrasadora lluvia.

Simón se detuvo un segundo y luego siguió adelante. Cruzó el vestíbulo como una sombra y saltó los escalones de cuatro en cuatro. Las llamas del pasamanos hicieron presa de su manga mientras subía, e hirieron su nariz con el olor de sus propios vestidos chamuscados.

En el descansillo superior, el humo era más denso. Los ojos le escocían y el humo le obligó a toser; el corazón le latía locamente, golpeando contra sus costillas; parecía que una barra de hierro iba oprimiéndole implacablemente las sienes. Medio cegado por el humo, echó una mirada al pasillo. A la mitad de éste, grandes lenguas de fuego, procedentes del piso de abajo, se mecían como monstruosas flores a impulsos de un viento infernal. Dentro de unos segundos, todo el pasillo se hundiría en el infierno incandescente que había debajo de él.

El Santo siguió adelante.

Aquello no fue tanto un esfuerzo deliberado como el ceder a un oscuro instinto. No tenía tiempo para pensar en heroísmos ni en cualquier otra cosa. En aquella bullente pesadilla, dudar un minuto podía ser fatal. Pero él había entrado para llevar a

cabo algo; y mientras le quedara una sola esperanza de hacerlo, seguiría adelante. Y siguió adelante sin que lo impulsara nada a hacerlo, excepto el épico impulso de un corazón que no sabía lo que era el volverse atrás ante la amenaza de un peligro.

Llegó a un espacio libre, al otro lado de las llamas, cuyas chispas le mordían en las mangas y en los pantalones. Las puertas abiertas dejaban ver las camas abandonadas precipitadamente; pero la puerta del final estaba cerrada. El Santo empujó el pestillo y le dio vuelta.

La puerta estaba cerrada con llave.

Sus puños golpearon locamente.

—¡Kennet! —gritó—. ¡Kennet, despiértese!

Su voz no era más que un áspero gruñido que se perdía en el ronco rugir de las llamas. Nadie le contestó.

Entonces se echó hacia atrás y, reuniendo todas sus fuerzas, se dejó caer contra la puerta. Empujada por los músculos de un consumado atleta, su hombro chocó contra ella con la arrolladora fuerza de sus noventa kilos, en un impacto que hizo temblar todos los huesos de su cuerpo; pero lo mismo podía haber empleado una apisonadora. El suelo crujía y se resquebrajaba bajo sus pies, pero la puerta estaba hecha de viejo roble inglés, endurecido por doscientos años de historia y el fuego no había hecho aún presa en ella. Hubiera hecho falta un hacha o un martillo para poder hundirla.

Sus ojos recorrieron desesperadamente lo que le rodeaba. Y al hacerlo, dos dedos rosados de fuego surgieron por debajo de la puerta. El suelo de la habitación empezaba a arder.

Pero aquellos abaniquitos de fuego significaban que había una pequeña ranura entre la puerta y el suelo. Si lograba que la llave cayera al suelo, quizá pudiera pescarla a través de esa ranura. Sacó su cortaplumas y lo introdujo en la cerradura.

La hoja recorrió toda la extensión de ésta sin encontrar resistencia alguna. El Santo se inclinó y pegó uno de sus ojos a la abertura. Las llamas iluminaban el interior del cuarto de un modo suficiente para permitirle ver el contorno de la cerradura. Y la llave no estaba en ella.

Durante un segundo, su cerebro giró locamente. Y entonces sus labios se apretaron y en sus ojos apareció un destello rojo que no se debía al reflejo de las llamas.

Volvió a abrirse paso de nuevo a través de la infernal barrera de llamas que cerraba el extremo del pasillo. Los abrasados tableros cedían siniestramente bajo sus pies, pero él no se daba cuenta de ello. Recordaba haber visto algo en el sofocante descansillo. Mientras las llamas volvían a morder sus vestidos, Simón volvió a verlo de nuevo: era una gran hacha medieval, suspendida de dos clavos, que había sobre la escalera. Midió la distancia y, con un salto prodigioso, la asió ávidamente. Pero al hacerlo, los dos clavos se desprendieron al mismo tiempo y una lluvia de yeso le cayó en la cara, cegándole.

Aquella ducha de polvo le salvó la vida. Se echó hacia atrás, tratando de limpiarse los ojos; y aquel pequeño accidente burló a la muerte por centésima vez en su largo duelo con el ángel de la guarda de Simón. Porque cuando se erguía de nuevo con el hacha entre las manos, unos seis metros del pasillo se vinieron abajo con espantoso estruendo, en una fantástica hoguera, dejando tras de sí una enorme grieta, en cuyo fondo el fuego rugía como una fuente infernal, que lo hizo retroceder con su intolerable calor. La última esperanza de llegar al cuarto había desaparecido.

Un gran cansancio envolvió a El Santo como si fuera una pesada manta, impidiéndole bajar. En efecto, ya no quedaba otra cosa que hacer.

Dejó caer el hacha y bajó vacilante los abrasados escalones. Ya no había una batalla que le diera fuerzas para marchar. Lo que le guió a través de aquel nuevo infierno y le hizo salir medio desvanecido por la puerta central, fue una especie de ciego automatismo, que ni siquiera podía llamarse un esfuerzo inconsciente. Al llegar a la terraza, se dejó caer de bruces en el suelo. Sintió que unas manos le alzaban y oyó una voz, grave y musical, que le decía al oído:

—Ya sé que te gustan los climas cálidos, pero ¿no te parece, muchacho, que te habría sentado mejor un viaje al África?

Sonrió. Entre él y Patricia no hacía falta decirse las cosas que otras personas hubieran dicho. Los dos hablaban su propio lenguaje. Sucio, con los vestidos ennegrecidos y chamuscados y los ojos inyectados en sangre, con el cuerpo escociéndole en mil pequeñas quemaduras, El Santo le sonrió con su antiguo e incomparable atrevimiento.

—Estaba viendo si podía economizar —dijo—. Y ahora lo más probable será que me muera de frío.

El fresco aire de la noche, filtrándose como néctar en sus abrasados pulmones, lo reanimó un tanto y, en unos cuantos minutos, su soberbia resistencia hizo el resto. Pasó revista a sus heridas sistemáticamente, y vio que, de un modo milagroso, había escapado sin grandes daños. Lo que más cerca había estado de acabar con él habían sido las emanaciones del humo, y sus efectos estaban desapareciendo de un modo mágico ahora que podía respirar libremente sin inhalar cenizas fundidas.

Guiñó un ojo al estólido policía que le sujetaba el otro brazo.

—¿De veras tiene que ser usted tan profesional, Reginald? —murmuró—. Me pone nervioso.

La mano del policía se aflojó.

—En su caso, señor, yo me iría a ver al médico. Está ahora en la casita del guarda, con *lady* Sangore.

—¿Es ese el nombre de la vieja cotorra? Apostaría cualquier cosa a que su marido es general, por lo menos. —El Santo empezaba a animarse y sus piernas habían comenzado a portarse como si fueran suyas de nuevo. Sacando un cigarrillo, añadió —: Gracias, pero *lady* Sangore puede quedarse con él. Yo prefiero beber algo. ¿Cree

usted que podremos esperar un poco de cooperación de parte del dueño de esta antorcha?

—¿Quiere decir de míster Fairweather, señor? Aquí viene, precisamente.

Mientras Simón estaba dentro de la casa, otras personas habían llegado al lugar del incendio y otro policía, ayudado por un sargento, les ordenaba a gritos que no se acercaran. Sin hacerles caso, unos cuantos se agruparon, curiosos, en torno a El Santo, hablándole agitadamente y frustrando completamente al grueso míster Fairweather que, sin duda alguna, quería pronunciar un discurso. La voz del general se alzó en medio de aquella confusión, tan potente como un cuerno de caza.

—Un bello gesto, muchacho. ¡Un esfuerzo magnífico! Pero no debía haberse expuesto de ese modo.

—Dígale a la banda que toque algo —repuso brevemente El Santo—. ¿No encontró nadie una escalera?

Se sentía fuerte de nuevo y se negaba a admitir una derrota. Su cara tenía una expresión dura y seria y el azul de sus ojos era más frío que el hielo, al mirar al grupo.

—Una escalera no serviría de mucho ahora —dijo una tranquila voz—. Las llamas se escapan en torrentes por esa ventana. No hay esperanza de poder salvarle.

El que había hablado era el hombre de la cara cuadrada; y El Santo volvió a sentir la impresión de que sus palabras eran ligeramente burlonas.

El Santo se volvió para mirar a la casa; y como si quisiera confirmar lo que el otro había dicho, la enorme hoguera dejó escapar un crujido inmenso, desgarrador. Lentamente, con maciza deliberación, el techo comenzó a combarse hacia dentro. Y de pronto, rugiendo como una avalancha, se rasgó en dos y desapareció. Una lluvia de chispas doradas se alzó brillante y fue a caer en la pradera.

—¿Lo ve? —le dijo el hombre de la cara cuadrada—. Usted hizo todo lo que pudo. Pero tuvo suerte al volverse cuando lo hizo. Si hubiera llegado al cuarto, lo más probable es que no estuviera aquí.

Simón volvió lentamente sus ojos hacia él.

—Pero yo *llegué* a su cuarto —repuso deliberadamente—. Lo que pasó es que no pude entrar. La puerta estaba cerrada y la llave no estaba en la cerradura.

—¿De veras?

El tono del otro no expresaba más que una ligera preocupación, pero en sus ojos no brillaba ya aquella llamita de fría diversión.

Y una vez más, aquel extraño cosquilleo de una sospecha se abrió camino en el cerebro de El Santo. Sólo que esta vez ya no era una forma vaga e imprecisa. Ahora sabía, sin duda alguna, que se hallaba en el umbral de algo que su olfato especial para los extraños olores de la aventura le impedía dejar inexplorado. Su intervalo de paz había terminado.

—De veras —afirmó concisamente.

—Entonces quizá tuviera usted más suerte de lo que supone —repuso el otro suavemente.

Si deseaba darle a sus palabras un significado especial, lo hizo de un modo tan sutil que nadie hubiera descubierto en ellas la más mínima cosa reprochable. Nadie hubiera podido sospechar que entre los dos se había cruzado y aceptado un desafío.

—Si podemos ofrecerle alguna hospitalidad después de lo ocurrido... estoy seguro de que míster Fairweather...

El Santo meneó la cabeza.

—Gracias —dijo—, pero no tengo que ir muy lejos y llevo una maleta en el automóvil.

—Entonces espero que volveremos a vernos. —Y el hombre de la cara cuadrada se volvió—. Supongo que tendremos que dormir en la casita del guarda, *sir* Roberto. Ya no nos queda nada que hacer aquí.

—¡Ejem! —dijo el general—. Ah... sí. Un magnífico esfuerzo, muchacho. Deberían darle una medalla. ¡Ejem!...

Y se alejó.

Míster Fairweather se apoderó de una de las manos de El Santo y se la estrechó vigorosamente. Había recobrado lo que debía ser su normal y pomposa dignidad, y ahora podía conseguir que lo escucharan.

—Yo me encargo —anunció con majestad— de que su heroísmo sea debidamente reconocido.

Y se apresuró a seguir a los demás sin pararse a preguntar a El Santo cuáles eran su nombre y su dirección.

Tocando ruidosamente la sirena, el primer coche de los bomberos se detuvo en aquel instante frente a la terraza.

IV

—Me alegro de que hayan llegado a tiempo para regar las flores —observó amargamente El Santo.

Se estaba preguntando qué habría pasado si hubieran llegado a tiempo para apoyar una escalera en la ventana y entrar en el cuarto cerrado. Pero la ciudad más cercana era Anford, a unas siete millas de distancia, y las posibilidades de haber llegado antes eran absolutamente teóricas. Desde el momento que un fuego como aquél había estallado en la casa, el edificio estaba irremisiblemente condenado.

Simón tocó a Patricia en el brazo.

—Me parece que lo mejor sería marcharnos —dijo—. La diversión se acabó y ya es hora de que nos vayamos a la cama.

Se hallaban en la mitad del camino de su automóvil cuando el sargento de policía se acercó a ellos.

—Perdón, señor.

—Está perdonado —dijo deliberadamente El Santo—. ¿Qué es lo que he hecho?

—¿Cómo se encontraba aquí, señor?

—¿Yo? Vi el fuego desde la carretera y me vine para acá para echarle un vistazo.

—Está bien. —El sargento escribió apresuradamente en su libreta—. ¿Algo más?

La vacilación de El Santo fue imperceptible. Sin duda alguna, había muchos «algo más», pero hubiera sido demasiado complicado entrar en explicaciones. Y cuando Simón Templar olía algún misterio, lo último que deseaba era que la policía se mezclara en el mismo asunto; al menos, hasta que hubiera pensado mucho en los pro y los contras.

—No —dijo inocentemente—. Excepto que ese tal Kennet debe estar aún en la casa, y yo entré a ver si podía hacer algo. ¿No será, por casualidad, pariente del M. P. [3] del mismo nombre?

—Era su hijo, señor, por lo que decían en el pueblo. Estaba pasando el fin de semana con míster Fairweather. Debe haberse asfixiado mientras dormía, el pobre muchacho. Esto causará sensación, señor.

—Eso creo yo también —dijo El Santo, pensativo.

El sargento asintió, pensando con satisfacción en el efecto que le produciría su nombre en los titulares. Luego volvió al asunto.

—Sería conveniente que me diera su nombre y dirección, señor, por si le necesitan en la encuesta.

Simón sacó una tarjeta de su bolsillo y se la tendió, después de haber escrito algo en ella.

—Ese es el nombre del lugar donde pienso estar estos días —y dio la vuelta para marcharse—. A propósito, ¿quién era ese tipo que parece hecho con los restos de un peñasco?

—¿Se refiere a míster Luker, señor? Suele venir a menudo a pasar el fin de semana con míster Fairweather. Es un financiero o algo así.

—Un financiero, ¿eh? —dijo lentamente El Santo—. ¡Qué divertido!

Siguió adelante y subió a su coche, abismado en sus pensamientos. El motor se puso en marcha con un apagado zumbido, y cruzó rápidamente la avenida hasta llegar al camino.

De repente, El Santo dijo con una aparente incoherencia:

—La próxima vez que vaya a un fuego, trataré de llevar un traje más viejo.

—Has escapado mejor que yo —dijo Patricia—. Siquiera te queda algo. Pero *lady* Sangore y Valeria Woodchester han saqueado mis maletas. *Lady* Sangore me dijo que

toda mi ropa interior era inmoral, pero eso no le impidió coger la que más le gustaba. Ya conoces el tipo.

—Sí —dijo El Santo—. ¿Y quién es esa Woodchester?

—*Lady* Valeria Woodchester, para ser exactos. Todo lo que sé de ella es que escogió mis vestidos más caros, sin equivocarse ni una sola vez.

—¿Te dijo alguien cómo había empezado el fuego?

Pat meneó la cabeza.

—No lo sabían. La casa era vieja, pero tenía un dispositivo de alarma moderno. Todo lo que pudieron decirme es que sonó la alarma y todo el mundo saltó de la cama. Parece ser que hubo bastante confusión. *Lady* Sangore le echa la culpa a los comunistas... pero si se equivoca en un punto de su costura les echa la culpa también. Valeria Woodchester estaba muy disgustada porque el joven guardia estaba empeñado en salvarla sin darle tiempo a ponerse ni siquiera una bata. Eso es todo lo que sé.

—¿Hablaste con alguien más?

—Sí, con el hombre que hablaba contigo y...

—¿Luker?

—Sí. Me dijo que debía ser un cortocircuito. Pero ya comprenderás que yo no podía hacerles mucho caso mientras tú estabas allá dentro. Estaba demasiado preocupada, pensando en lo que te estabas divirtiendo.

El Santo se rió entre dientes.

—Fue algo aburrido en algunos momentos —repuso.

Guiaba lentamente. Su sonrisa se había desvanecido y una ligera arruga se formó en su entrecejo. Aquello era un signo insignificante de lo que ocurría dentro de su cerebro, pues la verdad es que estaba pensando más intensamente de lo que lo había hecho desde hacía muchos años.

Patricia lo miraba sin interrumpirle. Poseía esa cualidad, tan rara en una mujer, de dejar a un hombre con su silencio, y, además, sabía que El Santo hablaría cuando lo creyera oportuno. Pero nada podía detener sus propios pensamientos. El Santo, en el umbral de una aventura, tenía algo vivido y dinámico que lo transfiguraba, algo así como el temblor de un perro de caza que huele una pieza. Patricia conocía aquellos signos. Pero ahora, sentía la misma extraña sensación que hubiera sentido un amo al ver que su perro erguía las orejas sin causa aparente.

—Lo cual quiere decir que nunca sabes nada —dijo El Santo como si hubiera creído que ella debía saberlo todo.

—No parecían ser gente muy brillante —dijo—. No fue posible sacarles nada que tuviera algún sentido.

—Ya me temía yo que no ibas a poder —admitió él—. ¡Oh, no, no son muy brillantes! Pero sí muy respetables. En realidad, lo que cualquiera esperaría encontrar en un sitio de estos un fin de semana. *Lady* Sangore, la típica esposa de un oficial del Ejército. *Lady* Valeria Woodchester, la brillante niña mimada de la sociedad, de los arrogantes, elegantes y cargantes Woodchester. Capitán. Tal y Cual, su fascinador

equivalente, probablemente sobrino del viejo Sangore e invitado para formar pareja con *lady* Valeria. El camarada Fairweather, uno de esos nebulosos propietarios modernos, probablemente «algo» en la City^[4] en sus horas de ocio, y uno de los pilares del partido conservador. Una colección perfectamente representativa de lo que llamamos humorísticamente «las clases superiores». Mañana averiguaremos un poco más... Peter lleva aquí bastante tiempo para poder saber lo suficiente. Pero no creo que averigüemos nada sensacional. Si no hubieran invitado al camarada Luker...

—¿Quién es ése?

Simón encendió otro cigarrillo en la colilla del que fumaba.

—Si es un financiero, como dijo el policía, y es el tipo en quien yo estoy pensando, me parece que he oído hablar de él. Lo que no creo que podrían decir muchas personas. Se mueve de un modo bastante misterioso.

—¿En dónde?

—En los más distinguidos círculos internacionales. Se tutea con primeros ministros, embajadores y enviados y llama por su nombre a los dictadores. Pero nunca leerás los alrededores cuando él hace una visita. Quizá sea porque ¡es un muchacho tan encantador! Desde luego, es uno de los mayores accionistas de las «Stelling Steel Works», en Alemania, de la «Siebel Arms Factory», en Francia, y de la «Wolverhampton Ordnance Company», en Inglaterra. Pero no creas que tiene preferencias; en las guerras no le importa mandar sus armas a los dos lados, para ayudarlos a matarse mejor.

—Vamos, es un verdadero altruista —dijo mecánicamente.

—¡Oh, sí! —exclamó El Santo con una especie de mortal alegría—. No se puede decir que no es imparcial. En el exterior, apoya lo mismo a unos que a otros... Y claro está, aquí es un decidido patriota. Es uno de los suscriptores más generosos de la Sociedad de Defensa Imperial, que aboga por un armamento más completo y mejor. Y, naturalmente, no pasa de ser una coincidencia el que la «Wolverhampton» se haya encargado de cumplir ese programa de armamentos.

—¡Ya veo! —dijo Patricia.

La cara de Simón Templar estaba tan fría y oscura como un bronce grabado.

—¿Te das cuenta de lo que quiero decir? —le dijo—. Kane Luker es un rival más serio quizá de lo que fue nuestro viejo amigo Rayt Marius. Y ahora que Cara de Angel no se encuentra ya entre nosotros, sólo nos queda Luker, el rey de lo que alguien llamó una vez los Mercaderes de la Muerte. Es muy interesante haberlo conocido, porque con frecuencia he pensado que quizá tendríamos que liquidarlo un día.

En el cerebro de Patricia se hizo la luz con deslumbradora claridad. Era como si la interrupción del fuego no hubiera ocurrido, y ella estuviera aún escuchando la radio. La primitiva estridencia seguía sonando en sus oídos. Metales y tambores. Y los hombres marchando como filas de hormigas, con sus botas golpeando al mismo tiempo como un monstruoso reloj. Izquierda, derecha... Y sonando con ellas, el ruido

y los martillazos de las forjas y la reverberación estruendosa de las fábricas de armas produciendo nuevas máquinas de guerra...

Miró a El Santo y lo vio en medio de todo aquello, como una luz que brillara en la tormenta. Pero el trueno seguía rugiendo.

Pat intentó detenerlo.

—Ese chico que se quedó... allí dentro —dijo, haciendo un esfuerzo desesperado—. ¿Por qué preguntaste si era pariente del M. P.?

—Porque se me ocurrió en aquel momento. Y lo era. Es extraño. Porque a menos que mi memoria se haya extraviado, él era una verdadera espina al lado de su respetable papá. Ese es otro aspecto del cuadro que no encaja en él. ¿Qué haría John Kennet en medio de toda esa gente?

—Quizá les divirtiera.

—¿Crees que tenía tanto sentido del humor?

—No sé. Pero si lo hizo por broma, no debe estar muy contento ahora —y se estremeció—. Ya sé que todo ha terminado... que no hay ninguna esperanza, pero confío... confío en que no se habrán equivocado... en que el humo lo habrá asfixiado antes de que el fuego...

El cigarrillo de Simón brilló largo rato antes de que éste contestara.

—Si de algo estoy seguro es que el fuego no le hizo nada —dijo, y el tono con que lo expresó dejó sin aliento a Pat por unos minutos.

El ruido de su cerebro se convirtió en una loca cacofonía.

—Quieres decir...

—Quiero decir... que fue asesinado —dijo El Santo.

CAPÍTULO II

DE CÓMO *LADY VALERIA* SE QUEJÓ DE LOS HÉROES Y MÍSTER FAIRWEATHER DEJÓ CAER SU SOMBRERO

I

Como el tiempo vuela —dijo Peter Quentin—, y ya que tienes que acudir a la encuesta de esta mañana, yo te sugeriría que te alimentaras un poco.

—Tienes razón —dijo El Santo—. Algunas personas no tienen respeto por nada. Es triste el pensarlo. Hasta cuando te mueres, estás expuesto a que te lleven al depósito por la madrugada y a que tus huesos sean examinados por un jurado de patanes, irritantemente sanos.

—Me gusta que te levantes temprano —dijo Patricia—. ¡Le da eso un aire tan etéreamente delicado a tus ideas!

Simón Templar le sonrió y se quedó mirando a Peter, que estaba descorchando una hilera de botellas de Carlberg. En realidad, eran cerca de las diez y llevaban sentados allí, al sol, media hora, desde que terminaron el desayuno. Habían transcurrido dos días desde la noche del fuego, y hubiera resultado difícil identificar al supremamente elegante Santo, que estaba recostado en uno de los más confortables sillones de Peter, con el espantajo ennegrecido por el humo y chamuscado por las llamas que había llegado allí una madrugada, lleno de un siniestro presentimiento.

Tomó el alto vaso que le tendía Peter y le echó una ojeada apreciativa.

—Y mientras calmamos nuestros delicados nervios con esta ambrosía —dijo—, me figuro que deberíamos concretar todo lo que hemos averiguado acerca de esas gentes que asan a sus huéspedes.

—Debería haber pensado que esto iba a suceder —dijo malhumoradamente Peter— desde el momento en que te invité a venir aquí. Este era el lugar más tranquilo de Inglaterra antes de que tú vinieras, pero donde tú estás siempre ocurre algo desagradable —y alzó su vaso y bebió—. Sin embargo, y como de costumbre, yo hice todo el trabajo desagradable. Nuestro chismoso local va a presentaros su informe... que es el siguiente.

Volvió a su silla y encendió un cigarrillo antes de continuar.

—Como ya sabéis, la casa que nos regaló con los fuegos artificiales se llamaba «Whiteways». El propietario, míster A. S. Fairweather, es un caballero muy rico, altamente respetado en los círculos locales. Durante quince años calentó un asiento en

la cámara de los Comunes como representante del partido conservador por Hamborough, y un año antes de retirarse ocupó el puesto de Secretario de Estado en el ministerio de la Guerra. Sus habilidades debieron impresionar a ciertas personas más de lo que impresionaron a sus compañeros de gabinete, pues en cuanto se retiró le fue ofrecido un puesto en el Consejo de Administración de la «Norfelt Chemical Company», en donde en encuentra desde entonces. Tiene una casa en Grosvenor Square, un «Rolls Royce» y acaba de aportar quinientas libras a la suscripción para restaurar nuestra parroquia local; lo que quiere decir que tiene demasiado o ningún sentido del humor.

Junto a las botellas se movió una cosa. Era un bulto parecido a una reconstrucción del Hombre de Piltdown, vestido con un traje de cuadros de colores brillantes.

—Conozco a un tipo que tuvo una vez una fábrica de productos químicos — anunció Hoppy Uniatz con el alegre interés de un cazador de fieras que ve que la conversación versa sobre temas de caza—. Hace toda clase de licores. Nada más que una palabra, y hace Borgoña o Burdeos, lo que se pida. —Y de repente un pensamiento hirió su cerebro—. Oiga, quizá eso sirva de algo, jefe. Quizá ese tipo Fairweather esté en el mismo negocio.

El Santo suspiró.

Entre Simón y Peter había una comprensión de dos hombres que han luchado hombro con hombro la misma batalla. Pero entre Simón y Hoppy Uniatz no existía ese lazo, pues la naturaleza, por cierto imperdonable descuido, se había olvidado de proveer a míster Uniatz de una mayor cantidad de materia gris de la que hace falta para llenar las funciones de comer, beber y empuñar armas de fuego. Era a la vez la alegría y la desesperación de Simón; pero su ciega devoción a lo que él miraba como genio sobrenatural de El Santo era tan conmovedora, que Simón no tuvo nunca valor de echarle de su lado.

—No, Hoppy —le dijo—. Ese líquido sólo te quema la garganta. Los productos de la Norfelt te quemarían todo entero.

—¡Ah! —exclamó míster Uniatz con admiración—. ¿En dónde se compra eso?

—Lo tiran desde unos aeroplanos —explicó Peter—. En frascos grandes de unos trescientos kilos cada uno.

Míster Uniatz le miró, preocupado.

Peter volvió a refrescarse y continuó:

—El brigadier general *sir* Roberto Sangore ha pasado otras temporadas en Fairweather. En su última visita hizo un elocuente discurso ante la «Church Lans Brigade», de la que Fairweather es un benévolo admirador. Se graduó en Sandhurst el año uno, sirvió en toda la guerra, y en mil novecientos diecisiete entró en el Ministerio de la Guerra, donde permaneció hasta mil novecientos treinta, año en que se retiró para convertirse en director de la «Wolverhampton Ordenance Company».

—*Lady* Valeria Woodchester —dijo Patricia— es la niña mimada de la sociedad londinense. Usa la «Vanishing Cream», «Kissabel Pipstick» y el «Charmante Skin

Tonic». Va además a los sitios elegantes los días elegantes, y el *Bystander* publica su fotografía todas las semanas.

—No te preocupes por eso, querida —le dijo El Santo tranquilizadamente—. Yo se los quitaré.

Patricia le hizo un gesto de burla.

—No me sorprendería nada —le dijo con calma.

—El joven héroe que salvó a *lady* Valeria —resumió Peter— es el capitán Donald Knightley de los Dragoon Guards. Sabe montar muy bien a caballo y es socio de los mejores clubs... Eso es todo lo que he podido averiguar acerca de él... Y no queda más que John Kennet, el hombre que no encajaba en el cuadro.

—Sí —dijo El Santo, pensativo—. El hombre que no encajaba. Y parece ser que él es el más importante de todos.

Patricia se movió, inquieta.

—¿Estás seguro? —dijo como si luchara contra su convencimiento—. Después de todo, Fairweather ha sido miembro del Parlamento y pudo haberse hecho amigo del padre de Kennet...

—Es lo mismo. El viejo quizá siga encontrando alguna dificultad en su pronunciación y siga pretendiendo que pertenece al partido laborista, pero apoyó al Gobierno nacional en el momento oportuno y todas las duquesas le adoran porque tiene el corazón en su sitio. Si hubiera sido él todo estaría bien. Pero no fue él. Fue el joven Kennet. Y el joven Kennet era un pacifista, un anticapitalista y Dios sabe cuántas cosas más, una vez dijo en público que su padre era el Judas de la clase trabajadora. Pues bien, *puede* haber muchas razones inocentes para que un hombre de esa clase sea invitado a una reunión de adoradores del becerro de oro, pero tendréis que admitir que sigue siendo la ofrenda ideal para quemar en sus aras.

Hubo un silencio sólo interrumpido por el sonido producido por míster Uniatz al descorchar su botella de «Vat 69».

—Sí. Pero no tenemos pruebas —dijo Peter—. Todos estos días has estado muy misterioso, así que debes saber algo más definitivo que todo eso.

—Os diré cuatro cosas —dijo El Santo.

Se levantó y se apoyó contra uno de los pilares del porche, destacándose alto, moreno y peligroso contra la brillante luz del sol.

—Una: la puerta del cuarto de Kennet estaba cerrada con llave.

Patricia se le quedó mirando.

—Ya lo dijiste —dijo Peter lentamente—. Pero si el que cerrara esa puerta...

—Yo no conozco más que dos clases de personas capaces de cerrar sus puertas con llave cuando están pasando unos días en casa de unos amigos —dijo El Santo—. Las vírgenes asustadizas... o los hombres asustados.

—Quizá esperara una visita de *lady* Valeria —dijo, casi en broma, Pat.

—Quizá —convino pacientemente El Santo—. Pero si eso fue lo que le hizo cerrar la puerta, debía ser un muchacho muy poco inteligente. De todos modos, eso

no es todo. Pues no solamente cerró su puerta con llave, sino que quitó la llave de la cerradura. Ahora bien, aun admitiendo que tuviera razones para cerrar su puerta con llave, no hay más que una sola para que quitara esa llave de la cerradura. Y esa razón no es otra que la de que un experto quizá pudiera hacer girar esa llave desde fuera, lo que significa una intención muy decidida de entrar.

—Quizá estuviera bastante alegre cuando se fue a la cama —señaló Peter—. Y eso explicaría las cosas extrañas que hizo. Y, además, nos explicaría por qué no oyó la señal de alarma.

—Quizá —dijo El Santo—. Pero ya que estás en ello, ¿por qué no piensas en otra posibilidad? Supongamos que no cerró la puerta. ¿Por qué no suponer entonces que fue otra persona quien la cerró?

Nadie le contestó.

—Sigue —dijo Patricia.

Simón la miró.

—Dos: durante todo el tiempo que estuviste allí, ¿viste por alguna parte un criado?

—Quizá fuera su noche libre.

—Pero con una casa de ese tamaño debería haber varios criados. Y Fairweather los dejó marchar a todos, un sábado por la noche, con la casa llena de huéspedes. Y Valeria Woodchester hizo la cena y *lady* Sangore lavó los platos. ¿Por qué no pensáis otras teorías más brillantes? Quizá los criados perecieron todos en el fuego, aunque nadie pensó en mencionarlos.

Peter sorbió distraídamente su cerveza.

—¿Qué más?

—Tres: cuando llegamos todas las ventanas del piso bajo estaban abiertas. Dejadme que evite a vuestros cerebros un trabajo tan horrible. Quizá fuera porque al oír la alarma cada uno salió por una ventana diferente. O quizá fuera para que los ladrones pudiesen entrar cómodamente, sin tener que romper los cristales. Claro está que es más probable que alguien las abriera para provocar una corriente de aire que avivara el incendio.

Esta vez nadie hizo comentarios.

—Cuatro —dijo lentamente El Santo—. Luker. El hombre que une a Sangore y Fairweather. Y el hombre que representa perfectamente la avispa que había cazado Kennet... ¿pensáis de veras que estoy loco, u os parecen demasiadas coincidencias?

Nadie le respondió. La incredulidad y una cierta manera de pensar que no se había borrado de ellos del todo a pesar de los largos años pasados en persecución de las fantásticas visiones que alumbraban el sendero iconoclasta de El Santo, luchaban desesperadamente contra sus sospechas. Hubiera sido más fácil y más tranquilizador adormecer las sospechas con los razonamientos convencionales de rigor, que aceptar lo que El Santo sugería, tan espantoso y terrible que la mente retrocedía instintivamente, llena de horror, al expresarlo.

Míster Uniatz separó el cuello de la botella de sus labios con un ligero chasquido. Los últimos párrafos de la conversación no habían dejado en él más que una huella borrosa; pero Peter le había dicho que pensara en una cosa y se había entregado valientemente a la tarea, aunque el pensar era una actividad que le producía siempre dolor de cabeza.

—Jefe —dijo en un repentino destello de inspiración—, ya lo sé. Esta sociedad de temperancia...

Simón le miró, asombrado. Había ocasiones en las que los extraños procesos que tenían lugar en el cráneo de míster Uniatz eran desconocidos aún para él.

—¿Qué es? —preguntó, temeroso.

—Los tipos de los aeroplanos.

—¿Qué tipos? —preguntó Simón apretándose la cabeza.

—Los que rompen las botellas de licor —dijo orgullosamente míster Uniatz.

II

La encuesta tuvo lugar en los Assembly Rooms de Anford, un edificio largo que servía al mismo tiempo de sala de bailes, conciertos, subastas y lugar de reunión de los *boy scouts*. Cuando Simón llegó a él, había ya un pequeño grupo ante su puerta y tres o cuatro policías trataban en vano de apartarle de ella. Simón reconoció al policía que le había cogido del brazo en la noche del fuego. Andando lentamente se acercó a él.

—Hola, Reginald —le dijo—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Oh, es usted, señor! —y el policía bajó la voz, confidencialmente—. Todo se ha aclarado. El pobre hombre ni siquiera se levantó de la cama: cayó abajo con cama y todo. Un espectáculo muy desagradable, se lo aseguro. Pero no creo que sintiera nada. El humo debió asfixiarle antes de que las llamas lo tocaran —y siguió mirando a El Santo con una especie de temor—. No supe quién era usted hasta después de haberse ido, señor —le dijo, excusándose.

—Lo siento —dijo gravemente El Santo—. Pero todavía puede arrestarme ahora, si quiere, y así no pasará nada.

—¿Arrestarle? —repitió ahora el policía—. ¿Quién?... ¿Yo? —Y una sonrisa se extendió por su cara—. No, yo he leído todo lo que se ha escrito acerca de usted, y me he reído muchas veces al ver cómo se la pegaba a esos sabuesos de Scotland Yard. Pero nunca creí que tendría el gusto de conocerle... aunque ya vi la otra noche que usted sabía mi nombre.

—¿Su nombre? —dijo El Santo, asombrado.

El policía asintió.

—Sí, señor. Reginald. Me alegré mucho. Pero luego pensé que usted conoce muy bien a toda la policía del país, ¿no es así?

El Santo buscó en vano una respuesta adecuada.

Afortunadamente sus angustiosos esfuerzos fueron interrumpidos por la llegada de dos coches, que se detuvieron ante los escalones de la entrada, y un movimiento espontáneo de la multitud, que hizo que los policías volvieran a sus puestos. El Santo sacó su pitillera con un sentimiento de alivio y se quedó mirando cómo salían de los coches las dignas figuras de Luker, Fairweather, *sir* Roberto, *lady* Sangore y *lady* Valeria Woodchester.

—Debe ser maravilloso eso de ser famosos —dijo reverentemente Peter Quentin.

—Aprovéchate un poco de su gloria —dijo El Santo—, y lleva a Pat adentro. Yo voy a dar una vuelta por ahí.

Esperó a que desaparecieran, y luego los siguió. Pasada la entrada había un enorme vestíbulo, en el que unas cuantas personas charlaban en voz baja, como si estuvieran en una catedral. En cada uno de los lados del vestíbulo había una puerta y al fondo, enfrente de la entrada, se abrían las dos que llevaban a la sala en la que iba a tener lugar la encuesta. Junto a una de ellas se hallaba *lady* Valeria, esperando con bastante impaciencia y golpeando el suelo con sus bien calzados piecitos. Simón se acercó a ella.

—Buenos días —dijo.

Ella se volvió lánguidamente y lo inspeccionó alzando ligeramente una de sus bien dibujadas cejas. Tenía unos ojos magníficos, sombreados por largas pestañas. Su oscuro cabello brillaba con una rica coloración otoñal. La posición de su exquisita cabeza, el fruncimiento de su naricita y la curva desdeñosa de sus labios, proclamaban su profundo desinterés por la persona de Simón Templar.

—¿Qué les ha ocurrido a Luker y a los demás? —preguntó Simón—. Los vi entrar con usted hace poco.

—Están en el despacho, hablando con el *coroner* —dijo ella con todo indiferente. Y de repente perdió algo de su indiferencia—. ¿Es usted periodista?

—No —dijo tristemente El Santo—. Pero puedo buscarle uno. Permítame que la felicite por su gusto exquisito. Ese traje me gustó siempre mucho.

Simón conocía el traje perfectamente, pues le había ayudado a Patricia a escogerlo.

Lady Valeria se le quedó mirando fijamente durante un instante y luego su expresión cambió completamente. El desdén y la frialdad desaparecieron instantáneamente; sus facciones se animaron con curiosidad.

—¡Oh! —dijo—. ¡Qué tonta he sido! ¡Claro que me acuerdo de usted! Usted es el héroe, ¿no es así?

—¿De veras?

Ella frunció el ceño.

—Eso no quiere decir que me importen mucho las heroicidades —prosiguió—. Casi diría que me parece muy bien que un hombre fuerte y valiente vaya por ahí, empapado en su sudor y haciendo actos heroicos, pero creo que debería haber lugares especiales para que llevara a cabo sus hazañas.

—Usted fue salvada la otra noche, ¿no es así? —le dijo El Santo amablemente.

—¿Salvada? Amigo mío, lo que hicieron fue cargarme a la espalda como un saco viejo. Cuando sonó la alarma yo tardé un minuto en darme cuenta de lo que se trataba y entonces, cuando Don Knightley entró en mi cuarto con el cabello revuelto y los ojos brillantes de emoción, pensé que me aguardaba una suerte peor que la muerte, y créame que así fue. Ya sé que todo se permite en la guerra y en el amor, pero el que le carguen a uno sobre un hombro y lo lleven corriendo kilómetros y kilómetros de parque con la camisa de dormir por la cabeza...

Parecía como si esperara que la compadecieran.

Simón se echó a reír.

—Debe haber sido algo duro —admitió—. No he visto hoy a mi rival. Y a propósito, ¿dónde está?

—Tuvo que marcharse para cambiar la guardia o algo por el estilo. Pero es lo mismo. Me alegro de volver a verlo.

Su tono era casi sincero.

—La próxima vez que quiera que la salven, puede mandarme aviso —dijo El Santo—. Me han dicho que tengo un modo muy delicado de salvar a las damiselas en apuros. Quizá pudiera darle más satisfacciones.

Ella lo miró a hurtadillas, con el rabillo del ojo. Luego sonrió ligeramente.

—Quizá —dijo.

—De todos modos —dijo El Santo resueltamente— habría sido más duro si usted se hubiera quedado en el cuarto, ¿no le parece?

La expresión de la muchacha volvió a cambiar de un modo mágico; en un momento se trocó en una triste ansiedad.

—Sí —dijo en voz baja—. Como... como John.

volvió sus grandes y tristes ojos hacia él.

—No... no comprendo lo que pasó —dijo, temblorosa—. Tuvo que... que oír la señal de alarma... Yo sé que no estaba borracho. ¿Cree usted que se suicidó? No, nadie se habría suicidado... de ese modo.

Parecía implorarle que la tranquilizara diciéndole que Kennet no se había suicidado; sus ojos estaban llenos de lágrimas. Simón la miró, asombrado.

—No, no se suicidó —repuso—. Apostaría cualquier cosa. Pero ¿por qué piensa en el suicidio?

—Pues porque tuvimos una disputa terrible y... y yo juré que no volvería a hablarle y él lo tomó muy en serio. Claro está que yo no lo hubiera cumplido, pero yo ya estaba harta de todo el asunto y él era terriblemente estúpido y torpe.

—¿Estaba comprometida con él, o algo por el estilo?

—¡Oh, no! Claro está que él pudo haberse creído... Pero nadie toma esas cosas en serio. ¡Diablo! Todo es tan horrible y espantoso... sólo por una estúpida apuesta.

—Entonces, usted le hizo creer que estaba enamorada de él, ¿no es así? —insistió Simón.

—Sí, así parece. Pero ¿qué otra cosa podía hacer yo?

Y se le quedó mirando, indignada como si rechazara una acusación de las más injustas.

—Apuesto cualquier cosa a que si usted viera que un abrigo de pieles de mil guineas, que está deseando comprar, se le escapaba de entre las manos, haría cualquier esfuerzo por atraer a un hombre —dijo con vehemencia—. Y, además, se trataba de una buena causa.

El Santo sonrió comprensivo. Todavía no se daba cuenta de lo que ella quería decir, pero empezaba a sentir una excitante certeza de que aquello iba a llevar a alguna parte. Su pulso latía un poco más aprisa.

—¿Le iba a regalar John un abrigo de pieles? —preguntó.

—¿John? Querido, no sea ridículo. John no me hubiera regalado nunca un abrigo de pieles. ¡Pero si ni siquiera me llevó en taxi!

E hizo una pausa.

—No es que fuera tacaño —añadió apresuradamente—. No debe pensar eso. En realidad, era terriblemente generoso, aunque no tuviera mucho dinero. Pero le gustaba gastarlo en cosas *serias*, como libros, conferencias y Ligas de fraternidad —y movió tristemente la cabeza—. Trabajaba tanto y estudiaba tantas cosas; además, ¡tenía unos ideales tan absurdos!... Si al menos se hubiese divertido un poco, esto no sería tan horrible —dijo con voz ahogada—. Pero nunca tuvo un buen rato. Era demasiado serio.

—Quizá le divirtiera el ser así —dijo El Santo con tono consolador—. Pero hablando de ese abrigo de pieles. ¿Quién se lo iba a regalar?

—¡Oh, míster Fairweather! —repuso ella—. Claro está que tiene *montones* de dinero; para él no son nada mil guineas. Pensé que sería una buena obra el hacer que John se reconciliara con su padre y dejase de ser estúpido y entonces creyó que si John se comprometía conmigo, no oficialmente, desde luego, yo podría hacer que dejara de ser estúpido. Entonces me ofreció un abrigo de pieles de mil guineas si yo lo conseguía. Así que tuve que probar.

—¿Tuvo alguna suerte?

Ella meneó la cabeza.

—No. Era terriblemente obstinado y estúpido. Yo quería que se divirtiera y olvidase sus absurdas ideas, pero él no me hacía caso. En lugar de divertirse como todo el mundo, prefería sentarse y pasarse las horas muertas, hablándome, y a veces traía con él un amigo suyo llamado Windlay, que vivía con él, y entonces me hablaban los dos.

—¿De qué le hablaban?

Ella extendió las manos con un gesto vago.

—De política... cosas *estúpidas*. Y hablaban de una cosa llamada el Círculo, y de míster Luker, y del general Sangore, y hasta de su padre. No sé qué decían de periódicos, de fábricas, de unas gentes llamadas los Hijos de Francia...

El Santo se quedó rígido.

—¿Quiere repetir ese nombre?

—Los Hijos de Francia... o algo así. No sé bien lo que era, porque no me importaba. Sólo sé que él solía decir que iba a derribarlo todo en unas cuantas semanas, y hacer que las cosas no fueran tan agradables para ellos, y que yo le decía que no fuera tan egoísta, porque, ¿de qué sirve el derribar las cosas? Mi lema es vivir y dejar vivir y no me gusta meterme en los asuntos de los demás, con tal de que ellos me dejen en paz.

El Santo puso otro cigarrillo en sus labios y afirmó sus manos en torno al encendedor.

—¿No sabe lo que iba a hacer para derribarlo todo? —preguntó.

La muchacha alzó sus esbeltos hombros.

—No lo sé. Tenía unos papeles que iba a publicar y que probarían no sé qué. No sé de qué trataban, pero él y Windlay estaban muy interesados en ellos. Pero ¿qué nos importa eso a nosotros?

III

Simón Templar llenó sus pulmones de humo y luego lo fue echando en un hilillo delgado, que manaba como una fuente. El choque que le había llevado a un estado de consciente inmovilidad había pasado, sin que aparentemente hubiera signos exteriores de él. Pero bajo su inalterable y fácil aplomo su cerebro daba vueltas como una dínamo intoxicada.

Había buscado al azar unas huellas y las había encontrado en mayor cantidad de lo que esperaba. Por el momento no interesaba ver cómo encajaban unas con otras; Luker y el Círculo de las Armas; Sangore, que había estado en el Ministerio de la Guerra y que ahora era director de la «Wolverhampton Ordinance Company»; Fairweather, antiguo Secretario de Estado, y ahora miembro del Consejo de Administración de la «Norfelt Chemicals»; Kennet el pacifista, el cauteloso cruzado. Papeles, exposiciones, fotografías. Y los Hijos de Francia. Se barajaran como se barajasen, los nombres formaban siempre un conjunto. Los tambores que había oído unas noches antes atronaron los oídos de Simón; el metal chilló en sus sienes. Le pareció como si se hallara al borde de un precipicio, asomado a la boca de un

espantoso abismo. Los agudos y claros vientos cenitales del destino le acariciaron los cabellos.

De un modo ausente y curioso se daba cuenta de que la muchacha seguía hablando.

—Claro está que yo nunca le hice mucho caso... me importaba más hacer que se callara. De no haberlo hecho, habría seguido hablando toda la noche. Así que, cuando tenía ya bastante política, le decía, por ejemplo: «Vámonos al Berkeley a beber algo», y entonces los dos empezaban a hablar del esnobismo de los grandes hoteles y del daño que me hacía la bebida; y eso ya no me molestaba tanto, porque a mí me gusta hablar de bebidas y de hoteles.

El Santo volvió a la realidad con un deliberado esfuerzo. Después podría pensar; ahora el tiempo precioso volaba, y la hora de la encuesta había pasado ya.

—Pero si Kennet odiaba a Luker y a Sangore —le dijo—, ¿por qué vino aquí a pasar el fin de semana con ellos?

—Yo le hice venir. Pensé que si venía a pasar unos días con ellos, y veía cómo eran en realidad, quizá dejara sus estúpidas ideas. Y, además, sabía que iban a ofrecerle un puesto magnífico. Algy me lo dijo.

—¿Quién?

—Algy. Algy Fairweather. ¡Claro que le conoce!

—¡Oh, sí! —dijo humildemente El Santo—. ¿Y no apreció Kennet el favor?

—No. Eso fue lo que me enfureció. Cuando llegamos aquí me dijo que se alegraba de que quisieran verle, porque él quería verlos también, y que en lugar de aceptar el empleo que iban a ofrecerle, pensaba hacerles el suyo tan desagradable que ellos se darían por contentos con poder dejarlos. Entonces le dije que me parecía un tonto, estúpido y mezquino imbécil, y además el hombre más aburrido que yo conocía, y entonces... nos separamos. Después de cenar entró en la biblioteca para hablarles y yo me fui al cine con Don Knightley, y nunca volví a ver a John —y miró a El Santo, suplicante—. ¿Usted cree que yo tuve la culpa de que ocurriera todo esto?

Él la miró, sin sonreír.

—Creo que merece una buena paliza por dejar a Kennet en la estancia —le dijo desapasionadamente—. Y si yo fuera Windlay me encargaría de dársela.

Ella frunció la boca. Parecía más bien desilusionada de que él pudiera pensar así de ella, que seriamente ofendida. Y, de pronto, sin motivo alguno, guiñó un ojo alegremente con un gesto que la hizo parecer un niño travieso y atractivo.

—No diría eso si conociera a Windlay —rió—. Es un muchacho muy pálido y delgado, con gafas.

Simón se dio por vencido. Se sentía lleno de una fría cólera contra los hombres que habían usado a la muchacha como instrumento. La posibilidad de que ella hubiera sido algo más que un instrumento inconsciente la había descartado desde el primer momento. Le había dicho demasiadas cosas. Y su cerebro, a pesar de sus notorios defectos, no hubiera dicho nunca lo que no quería.

—¿Dónde viven Kennet y Windlay? —preguntó francamente.

—¡Oh, por el fin del mundo, allá por Notting Hill, en un sitio horrible llamado Balaclava Mansions!

—Notting Hill no está en el fin del mundo —dijo El Santo—. Lo que pasa es que usted no oyó hablar nunca más que del West End. Usted tiene un cerebro, ¿por qué no se anima y trata de emplearlo?

Ella suspiró.

—Dios mío —dijo—. Ahora va a ponerse serio también. Cree que me merezco una paliza por la forma en que traté al pobre John. Supongamos que mis intenciones no fueran muy serias. Que yo no debía haberle hecho creer lo que no era. ¿No es eso lo que quiere decir?

—Más o menos —dijo él.

Y se preguntó qué excusa iba a presentarle ella.

Pero *lady* Valeria no se excusó. Simplemente se echó a reír.

—Tiene el valor de decirme todo eso, con su traje elegante, su pelo negro y sus atractivos ojos azules, ¿eh? —dijo ella—. Apostaría cualquier cosa a que le ha hecho el amor a muchas mujeres sin sentirlo de veras ni una sola vez.

El Santo se quedó mirándola. Por un instante se sintió completa e irrevocablemente aturdido.

Y en aquel momento, su primera y apresurada apreciación acerca de la muchacha sufrió un cambio radical, aunque él siguiera creyendo en su inocencia. Pero aquello le hizo ver en su interior una cosa que no esperaba. Quizá fuera frívola y mimada, pero no cabía duda de que tenía en su cerebro algo más de lo que él creía. Y, por primera vez, se dio cuenta de que la estaba mirando detenidamente.

—Ganó, querida —le dijo—. Aunque nunca mentí del todo.

En aquel momento una de las puertas se abrió y El Santo vio surgir por ella a *lady* Sangore como un buque que sale del puerto. Detrás de ella, en compacta flotilla, salieron *sir* Roberto, Kane Luker y *míster* Fairweather. Éste echó una mirada a su alrededor hasta descubrir a un hombre de faz enrojecida y largos mostachos, que parecía un capataz en traje de fiesta, y que se levantó del banco en que estaba sentado al ver salir al grupo. Se dieron la mano y Fairweather le habló un instante antes de guiarle hasta el despacho de donde acababan de salir, volviendo luego a unirse a la flota. Simón se dio cuenta del incidente, y vio que la armada había divisado a *lady* Valeria y se dirigía hacia ella.

—Querida, siento mucho el haberle hecho esperar tanto tiempo —dijo *lady* Sangore—. Todas estas molestias sólo sirven para hacer más *triste* el asunto.

Su tono parecía expresar la idea de que un fuego en el que una persona había muerto abrasada, no hubiera sido ni la mitad de espantoso sin la serie de molestias que ella tenía que soportar ahora.

—Espero que no te habrás aburrido mucho, querida —dijo Fairweather, emergiendo a primer plano.

Lady Valeria sonrió.

—Oh, no —dijo—. He estado muy bien cuidada. No habrán olvidado al héroe de la otra noche, ¿verdad?

Fairweather se quedó mirando a El Santo.

—¡Ah, claro!... El caballero que trató tan valerosamente de salvar al pobre Kennet. Debería haberme puesto en contacto con usted antes, pero... un... espero que me perdonará... ¡Estaba todo tan desorganizado!... —y movió los pies, inquieto—. De todos mocos, es un consuelo el ver que su aventura no le causó grandes daños.

El Santo sonrió, y a cualquiera que le hubiese conocido bien le hubiera chocado la semejanza que había entre su sonrisa y la mueca de un tigre carnicero.

Había tenido una suerte extraordinaria. El retorno de Luker y compañía se había retrasado lo suficiente para permitirle extraer de *lady* Valeria la historia incalculablemente importante que acababa de oír; y su nueva presentación, no podía llegar más a tiempo si él mismo la hubiera organizado. Ya no podía obtener más información y, sin embargo, podía hacer algo por contribuir a la consternación general. Solamente esperaba el momento oportuno.

—Desciendo de una larga línea de salamandras —dijo alegremente—. ¿No era el padre de Kennet la persona con quien hablaba ahora?

—Eh... sí. Hace mucho tiempo que lo conozco.

—Esta encuesta no se llevará a cabo en el despacho particular del juez, ¿verdad?

—Eh... no, ¿por qué?

—Porque parece que hacen falta muchas entrevistas particulares.

—¡Hum! —Fairweather estaba aún más molesto—. Me parece que no tengo mucha experiencia en estas cosas. Pero me figuro que el *coroner* hace todo lo que puede para ahorrarle tiempo al jurado.

Simón jugó alegremente con su cigarrillo.

—*Lady* Valeria y yo estábamos hablando de ello precisamente —dijo—. Ella parece tener la idea de que quizá Kennet se suicidara.

—¿Suicidarse? —bramó el general Sangore con áspera autoridad—. No, no, mi querido amigo nada de eso. No podemos permitir que haya ninguna clase de escándalo. Piense lo que eso sería para el padre del pobre muchacho. No. El veredicto será de muerte accidental.

Hablaba como si todo estuviera arreglado de antemano. Fairweather le apoyó.

—Es el único veredicto posible —dijo—. Tenemos que evitar cualquier habladuría estúpida. Ya sabe lo que son esos condenados periodistas. Afortunadamente, el *coroner* es un hombre sensato. No permitirá ninguna tontería.

—¿No es eso magnífico? —dijo El Santo.

Todos le miraron con nueva atención. Su voz era tan cortante como una navaja afilada. Hasta aquel entonces, todos, desarmados por su aspecto y su acento, le habían tomado por uno de ellos, casi por un lejano miembro de su familia... o de su especie.

Ahora le miraron desconfiados, como podrían haber mirado a un extranjero entrometido.

—¿Quiere decir eso que usted no está de acuerdo con el veredicto, míster Templar? —preguntó suavemente Luker.

Era el único que había permanecido inmune al efecto causado por El Santo. Pero había tenido la oportunidad de medirse con El Santo antes, en aquel intangible momento en que los dos cruzaron sus espadas en el jardín, la noche del fuego.

La mirada de Simón buscó la suya con un maligno chispear de zafiro.

—Simón Templar es el nombre completo —dijo deliberadamente—. Y ya que quería averiguar quién era, podía haber hablado con uno de los policías. Él podría haber refrescado su memoria. Cuantos han leído cosas acerca de mí en los periódicos, suelen llamarme, por lo general, El Santo.

Todos quedaron en silencio, como si a sus pies hubiera estallado una bomba. Había momentos en los que el efecto que producía al revelar su identidad le causaba un placer indescriptible, y aquél era uno de ellos.

Lady Valeria Woodchester dejó escapar un pequeño chillido. La boca de *lady* Sangore se abrió y se cerró como una trampa. La roja cara del general añadió un tinte de vivo rubí a sus variados tonos. Fairweather dejó caer su sombrero. Luker fue el único que permaneció impasible, con sus oscuros ojos fijos en El Santo.

Y El Santo siguió sonriendo.

La gente se empujó hacia la puerta de entrada y un policía de roja faz se colocó ante ella, comenzando a leer con voz tonante.

—¡Oíd! ¡Oíd! Todas las personas que tengan algo que declarar ante este tribunal, ante el *coroner* del Rey de este condado, respecto a la muerte de John Kennet, que se acerquen; y si alguno de ellos puede prestar testimonio, en nombre de nuestro soberano señor el Rey, acerca de cómo, cuándo y por qué medios John Kennet encontró la muerte, aproxímese y será oído; y vosotros, hombres de este condado, reunidos aquí este día para averiguar en nombre de nuestro soberano señor el Rey, cómo, cuándo y por qué medios John Kennet encontró la muerte, contestad cuando vuestros nombres sean pronunciados, a la primera llamada, so pena de incurrir en las penas y responsabilidades que marca la ley. ¡Dios salve al Rey!

IV

A pesar del gran número de curiosos que Simón había visto ante la puerta de la sala de la encuesta, ésta se hallaba casi vacía y pudo darse cuenta de que se había tomado medidas para impedir la entrada de la gente vulgar. Los que habían obtenido el

privilegio de ser admitidos, se hallaban sentados en unas largas filas de sillas de madera que había al final de la sala. Simón localizó entre ellos a Pat y a Peter.

Las dos primeras filas de la derecha estaban ocupadas por los huéspedes de Whiteways, los Sangore, Luker, Fairweather y *lady* Valeria, mezclados con unas cuantas personas de su misma categoría y que, sin duda alguna, se conocían entre sí. Tenían un aire altivo, como si se considerasen apartados del resto del público y sólo se dieran cuenta vagamente de que estaban allí presentes.

Las dos primeras filas de la izquierda estaban reservadas para la Prensa y no había en ellas un solo asiento libre. Enfrente de ellos, se sentaba el jurado del *coroner*, cinco hombres del condado y dos mujeres. Todos ellos tenían una actitud de decoroso respeto, como si se hallaran en la iglesia. El Santo los calificó *in mente* de un muestrario representativo del comercio local. Uno de ellos era marcadamente diferente de los demás: un hombrecillo con barba negra y gesto de mal humor, que parecía encontrarse muy a disgusto allí.

El *coroner* era un hombre limpio y bien alimentado, con el cabello gris cortado casi al rape y un pequeño bigote del mismo color. Llevaba un traje oscuro, una camisa blanca de alto cuello duro y una corbata azul a lunares. Mientras tomaban juramento al jurado, hojeó unos cuantos papeles que había en su mesa, que ocupaba el centro de una tarima situada al otro extremo de la habitación.

Cuando el jurado volvió a sentarse, se aclaró ruidosamente la garganta y se dirigió a ellos.

—Nos hallamos aquí para averiguar cuáles fueron las circunstancias que llevaron a la muerte a John Kennet. El deber de ustedes es escuchar atentamente las declaraciones que se harán y dar un veredicto de acuerdo con ellas. Los hechos a que han de referirse esas declaraciones son los siguientes: en la noche del diecisiete, la casa conocida con el nombre de Whiteways, propiedad de *míster* Fairweather, fue destruida por un incendio. En ella se hallaban varias personas cuando estalló el fuego, incluso el mismo *míster* Fairweather, el general *sir* Roberto Sangore y *lady* Sangore, *míster* Kane Luker, *lady* Valeria Woodchester, el capitán Donald Knightley y el difunto. Todos ellos, excepto el capitán Knightley, se encuentran hoy en la sala. Ellos les dirán que, después de salir del edificio, descubrieron que John Kennet no se hallaba entre ellos. Se intentó sacarle de su cuarto, pero sin éxito, pues el fuego se extendió rápidamente, y al día siguiente, sus abrasados restos fueron hallados entre los escombros de la casa.

Sus maneras eran bruscas e importantes; se veía claramente que no hacía falta decirle cómo había que conducir una encuesta y más claramente aún que miraba al jurado como un mal necesario que debía ser tratado con firmeza para que no se extralimitara.

—Si quieren hacerlo, pueden mirar el cadáver. ¿Quieren mirar el cadáver? —hizo una pausa corta y añadió—: Entonces, muy bien. Vamos a escuchar ahora a los testigos que encontraron el cadáver. Llame al primer testigo.

El sargento que se hallaba detrás de él consultó una lista y llamó:

—Teodoro Bream.

Un hombre que parecía un carretero retirado se adelantó hasta el estrado, sudando copiosamente, y prestó juramento. El *coronel* se echó hacia atrás en su silla y le miró como un maestro que inspecciona a un nuevo alumno.

—¿Es usted el capitán de la brigada de incendios de Anford?

—Sí, señor.

—¿Examinó las ruinas de Whiteways, la mañana del dieciocho?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró en ellas?

—En las ruinas de la biblioteca, entre un montón de escombros, encontré el cuerpo del fallecido.

—¿Encontró algo más?

—Sí, señor. Encontré restos de una cama: los barrotes de hierro, los muelles, etcétera.

—¿Qué deducciones sacó de la posición del cuerpo y de los fragmentos quemados de la cama?

—Llegué a la conclusión de que el cuerpo y la cama debieron caer con el suelo del piso superior, dentro de la biblioteca.

El *coroner* se frotó la barbilla.

—Ya veo. Llegó a la conclusión de que la cama, con el difunto dentro, cayó a través del techo de una de las habitaciones del piso de arriba, cuando el suelo se hundió a consecuencia del fuego.

—Sí, señor.

—Eso parece muy claro. ¿Encontró algo que le pudiera indicar cuál había sido la causa del fuego?

—No, señor. Pudo ser cualquier cosa. La casa estaba tan estropeada que no se podía averiguar nada.

El *coroner* se volvió al jurado:

—¿Tienen que hacerle alguna pregunta al testigo?

Y sin darles casi tiempo a contestar se volvió de nuevo al sargento:

—El próximo testigo, por favor.

—Algernon Sydney Fairweather.

Fairweather se acercó al estrado y prestó juramento. Las maneras del *coroner* se hicieron menos perentorias. Se veía claramente que encontraba muy agradable el poder examinar a un testigo de su misma clase.

—¿Es el propietario de Whiteways, míster Fairweather?

—Sí.

—¿El difunto era uno de sus huéspedes la noche del diecisiete?

—Sí.

—¿Qué habitación ocupaba?

—El último dormitorio del ala occidental, encima de la biblioteca.

—Entonces, en el caso de que el suelo se hundiera, su cama habría caído sobre la biblioteca, ¿no es así?

—Así es.

El *coroner* echó una mirada triunfante al jurado. Luego se volvió deferentemente hacia míster Fairweather.

—¿Quiere hacer el favor de contarnos lo que ocurrió la noche del diecisiete, míster Fairweather?

El interpelado frunció el ceño, recordando.

—Cenamos un poco temprano (sería hacia las siete) porque el capitán Knightley y *lady* Valeria querían ir al cine. Se marcharon en cuanto acabamos de cenar y al poco tiempo *lady* Sangore subió a su cuarto a escribir unas cartas. Los demás nos quedamos charlando en la biblioteca hasta eso de las diez y media, cuando Kennet se retiró a descansar. No volvimos a verle. A eso de las once menos cuarto, *lady* Valeria y el capitán Knightley volvieron y no creo que permanecieran levantados mucho más de un cuarto de hora. Luego nos fuimos a la cama.

»Un poco después (me figuro que serían las doce y media), me despertó el timbre de alarma. Me puse unos pantalones y salí de mi cuarto. Enseguida me di cuenta de que el incendio era muy importante. Las escaleras estaban llenas de humo, y por la dirección de las llamas me di cuenta de que había estallado en el piso bajo.

»Como comprenderá, yo acababa de despertarme y me hallaba algo aturdido. Mientras pensaba en lo que iba a hacer, vi al capitán Knightley que bajaba con *lady* Valeria en los brazos, y cuando me hallaba en mitad de la escalera, me encontré con míster Luker que subía. Me dijo: “¡Oh, perfectamente!... Temía que no hubiera oído la alarma. Los otros están ya fuera”.

—¿Y entonces?

—Corrí al jardín con él. Eso es todo lo que puedo recordar. Ocurrió todo tan aprisa que mis recuerdos son un poco confusos. Todavía no comprendo cómo pudimos olvidarnos de Kennet hasta que era demasiado tarde, pero lo único que puedo imaginarme es que, en medio de aquella excitación, míster Luker y yo comprendimos mal lo que nos habíamos dicho acerca de los que no habíamos visto. Fue una trágica equivocación que no me ha dejado descansar desde entonces.

El *coroner* meneó la cabeza, comprensivo, como si se diera cuenta de todo lo que debía haber sufrido Fairweather.

—Puede estar seguro de que comprendemos lo que siente —le dijo. Y luego repasó unos papeles que tenía sobre la mesa y agregó, como si le pidiera perdón por hacerle recordar cosas tan desagradables—. ¿No tiene ninguna idea de cuál fue la causa del incendio?

—No. Quizá fuera alguna avería de la instalación eléctrica o una punta de cigarrillo, tirada descuidadamente en algún sitio.

—Gracias, míster Fairweather —dijo el *coroner*—. El próximo testigo, por favor.

Pero hubo un interrupción. Antes de que el sargento pudiera llamar al próximo testigo, el hombrecillo de la barba negra abrió la boca.

—Un momento —dijo—. Quiero hacer una pregunta.

El *coroner* se le quedó mirando como si acabara de cometer un acto indecoroso. Parecía como si encontrara extraordinario que un miembro del jurado quisiera hacer alguna pregunta.

El hombrecillo le devolvió la mirada, desafiante, como Ajax desafiando al rayo.

—¿Y cuál es esa pregunta? —interrogó el *coroner* con tono desdeñoso.

—¿No tenía el testigo ningún criado?

—Eh... varios —dijo amablemente Fairweather—. Pero les había dado permiso para que fueran a un baile en Reading y no llegaron hasta que el fuego estaba casi extinguido. El único que se quedó fue mi chófer, que vive en la casita de la entrada.

—¿No trató nadie de extinguir el fuego?

—No era posible. Se extendió con demasiada rapidez y no teníamos medios para luchar contra él.

—Gracias —le dijo el *coroner*—. El próximo testigo, por favor.

—Kane Luker —llamó el sargento.

Luker prestó declaración con voz tranquila y precisa. Estaba levantado, leyendo, cuando sonó la alarma. Dejó su habitación y bajó al piso bajo, donde se enteró de que el fuego había estallado, al parecer, en la biblioteca, pero éste era ya demasiado imponente para tratar de acercarse. Abrió la puerta de entrada y mientras lo hacía *sir* Roberto y *lady* Sangore bajaron la escalera. Les dijo que salieran y luego llamó a los demás, gritando junto a sus ventanas, y se encaminó a la casita para llamar por teléfono. En el camino se encontró con el chófer y le dijo que llamara él mismo, volviendo entonces a la casa. Al llegar junto a la puerta, vio salir a Knightley, llevando a *lady* Valeria. Iba ya a subir la escalera cuando se encontró con Fairweather. Estaba seguro de que todos habían oído la alarma.

—Le dije: «¿Sabes si los otros están fuera?», y creí que me contestaba afirmativamente. Luego he pensado que él no debió oír mis primeras palabras y creyó que yo le decía: «Los otros están fuera». Pero estoy de acuerdo con él en que no podremos perdonarnos nunca el haber cometido una equivocación tan trágica.

—No creo que nadie pueda censurarles —observó benignamente el *coroner*—. Todos hemos cometido las mismas equivocaciones en circunstancias normales y en un momento de excitación como aquél, son todavía más explicaciones. El trágico resultado de ella es una cosa de la que ni usted ni *míster* Fairweather pueden ser responsables.

Luego, se volvió desafiadoramente al jurado.

—¿Alguna otra pregunta? —ladró.

Parecía como si los desafiara a que las hicieran.

—Sí —dijo el hombrecillo de la barba negra.

El *coroner* volvió a cubrirle con un nuevo gesto de desagrado. Sus cejas se alzaron amenazadoramente, como si se preguntara quién había sido el responsable de que aquel hombre se hallara en el jurado. Sus dedos golpearon impacientes la mesa.

—¿Y bien?

—Supongo que tomarían vino en la cena y que luego, en la biblioteca, beberían mucho más —dijo el hombrecillo—. ¿Cuánto bebió usted y cuánto bebió míster Kennet?

Luker se encogió de hombros.

—Algunos tomamos un poco de vino con la cena; y después, en la biblioteca, bebimos unos *whiskys* con soda. No puedo decir cuánto, pero, desde luego, en cantidad moderada.

—Kennet no estaba borracho, ¿no es así?

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué no oyó la alarma?

Luker miró al *coroner*, como pidiéndole ayuda, y éste intervino:

—Esa no es una pregunta que pueda contestar el testigo.

Y luego miró al jurado como si le invitara a disociarse de un miembro que lo desacreditaba; entonces uno de ellos dijo:

—Quizá tuviera el sueño pesado.

—De las declaraciones que acabamos de oír no parece desprenderse otra cosa —dijo firmemente el *coroner*—. Gracias, míster Luker.

El general Sangore y su esposa corroboraron lo anterior. Habían sido despertados por la alarma y se dieron cuenta de que Kennet no se hallaba entre ellos hasta que era demasiado tarde. *Lady* Valeria declaró cómo la había salvado el capitán Knightley y cómo fue ella la primera en darse cuenta de que Kennet no estaba allí. La declaración del chófer versó de cómo había encontrado en la avenida a Luker y de cómo éste le había ordenado que avisara a los bomberos.

Ninguno de estos testigos fue interrogado. El hombrecillo de la barba negra, temporalmente descorazonado, había enmudecido.

El *coroner* hojeó de nuevo sus papeles con aire de altanera ecuanimidad. No cabe duda que creía tener en sus manos la situación.

—El próximo testigo, por favor.

—Simón Templar —llamó el sargento.

CAPÍTULO III

DE CÓMO SIMON TEMPLAR FUE A LONDRES Y EL GENERAL SANGORE EXPERIMENTÓ UNA DIFICULTAD AL HABLAR

I

En los asientos de la Prensa hubo un movimiento de excitación mientras Simón Templar prestó juramento. Aunque los huéspedes de Whiteways no hubieran reconocido al principio su nombre, los periodistas no eran tan obtusos. El Santo les había proporcionado demasiados buenos reportajes para olvidarlo, y su aire de aburrimiento profesional dio paso enseguida a una repentina ansiedad e interés. El hombrecillo del jurado, que sin duda había oído hablar de él, se irguió en su asiento.

Mientras Simón prestaba juramento, se dio cuenta de que el *coroner* leía atentamente una notita que alguien acababa de pasarle. Al alzar sus ojos de ella, los posó en El Santo con cansancio. Luego se metió la notita en el bolsillo.

—Según tengo entendido, míster Templar, usted llegó al lugar del incendio al poco tiempo de haberse producido éste.

—No lo sé —dijo El Santo, cuidadosamente—. Cuando vi el resplandor, me hallaba muy cerca de allí. Y llegué a tiempo para oír decir a *lady* Valeria que Kennet no estaba entre ellos.

El *coroner* se frotó la barbilla. Parecía como si pesara sus palabras con particular circunspección.

—Entonces, ¿usted entró en la casa para tratar de salvarlo?

—Sí.

—¿En qué estado se hallaba la casa cuando entró en ella? Quiero decir, ¿había progresado mucho el fuego?

—La casa entera estaba ardiendo —repuso Simón—. Pero el fuego era más intenso en la parte que, según veo, llamaban el ala occidental. El vestíbulo estaba en llamas y las escaleras empezaban a arder. Parte del corredor, que tuve que atravesar para llegar al cuarto de Kennet, estaba ardiendo.

—Según parece, tuvo que luchar mucho con el humo y las emanaciones que desprendía, ¿no es así?

—Sí, bastante.

—Y parece ser que cuando salió estaba... algo indispuerto.

—Sólo un instante. Pasó enseguida.

—Pero si se hubiera quedado en la casa un poco más, seguramente el humo y los gases le habrían hecho perder el conocimiento.

—Me figuro que sí, eventualmente.

—Al mirarle, míster Templar, cualquiera tendría la impresión de que sus condiciones físicas son excepcionalmente buenas.

—Sí; no me encuentro mal del todo.

Hubo una pausa. El *coroner* se volvió al jurado:

—Míster Templar, modestamente, nos dice que no se encuentra mal del todo — declaró—. Pero ustedes mismos pueden ver que su aspecto es el de un verdadero atleta. Por lo tanto, tendrán que convenir que su poder de resistencia al humo o a los gases es mucho mayor que el de un hombre vulgar y, en particular, que el de un hombre débil y de tipo sedentario como el difunto míster Kennet, cuyo estado de salud, según me han dicho, fue siempre algo delicado. No lo olviden.

Y se volvió hacia El Santo.

—Según tengo entendido, míster Templar, se portó usted con extraordinario valor —le dijo—. Eso se ve claramente, a pesar de su modestia al contarnos la historia. No quiero dejar de felicitarle por su valentía al tratar de salvar la vida del pobre muchacho. Es de justicia. El próximo testigo, por favor.

En los ojos de El Santo brilló un destello acerado. Sabía que el *coroner* había hablado largamente con los habitantes de Whiteways, los cuales le habían convencido de que hacía falta un veredicto de muerte accidental con el menor escándalo posible. Muy bien; y aquello le había gustado a El Santo mientras esperaba que llegara su ocasión. Pero ahora se daba cuenta de que ésta no iba a llegar. De que el *coroner* pensaba despedirlo con un amistoso golpecito en la espalda para que no entorpeciera el funcionamiento de la bien engranada maquinaria. Y El Santo no estaba en absoluto de acuerdo con aquello.

—¿No tiene el jurado que hacer ninguna otra pregunta? —dijo agitadamente.

Se volvió hacia él y se quedó mirando al hombrecillo que estaba sentado en su silla, con aire desolado. Su mirada tenía algo de conminativo.

El hombrecillo de la barba negra se irguió y sus ojos se animaron. Se levantó.

—Sí —dijo con tono de desafío—. Quiero hacerle varias preguntas.

El *coroner* se apretó las manos.

—Muy bien —dijo secamente—. Haga de una vez sus preguntas.

El hombrecillo se volvió a Simón.

—Usted es el tipo a quien todos llaman El Santo, ¿verdad? —le preguntó—. Y tiene experiencia en crímenes, asesinatos y esas cosas...

Antes de que Simón pudiera responder intervino el *coroner*.

—La vida pasada de míster Templar y cualquier apodo por el cual pueda ser conocido, no tienen por qué ser considerados en esta encuesta. Haga el favor de ceñirse a las preguntas propias de este caso.

Hubo una pausa embarazosa. El hombrecillo no parecía intimidado, pero se veía que no sabía qué pregunta hacer. Sus miradas recorrieron desesperadamente la sala en busca de inspiración. Al fin habló.

—¿No cree usted que en ese fuego hubo algo sospechoso? —preguntó.

—Las opiniones personales de míster Templar no le interesan a este tribunal —dijo el *coroner*, clara y firmemente.

El Santo sonrió y se quedó mirando al hombrecillo. Luego habló distintamente.

—Sí —dijo—, creo que hubo en él una gran cantidad de cosas sospechosas.

Hubo un instante de silencio, tan profundo, que casi era sólido. Y de repente los comentarios estallaron en todos los rincones de la sala. Los ojos se volvían en todas direcciones y los periodistas tomaban notas apresuradamente.

Simón sonreía tranquilo, absorbiendo la agradable radiación de la sensación que había producido.

«Está bien —reflexionó—, ahora está ya hecho». Y echó una mirada a la hilera de sillas donde se sentaban los huéspedes de Whiteways. La expresión de Luker no había cambiado, pero Fairweather tenía un aire disgustado y su mirada no se atrevía a cruzarse con la de El Santo. El general y *lady* Sangore habían adoptado una expresión indignada, como si no tuvieran que ver nada con lo que ocurría allí; como si les hubieran metido por la espalda una barra de hierro ardiendo y quisieran hacer que lo ignoraban.

El jurado le miraba con la boca abierta, con la sola excepción del hombrecillo de la barba, que había adoptado una orgullosa postura napoleónica y en su cara se reflejaba una alegría anarquista. El *coroner* había enrojecido ligeramente; su martillo golpeó la mesa para imponer silencio.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Silencio o haré despejar la sala!

Y se volvió a Simón iracundo.

—No nos interesan sus teorías, míster Templar, y además no tiene derecho de hacer una declaración semejante. Recuerde que esto es un tribunal.

—Es lo que estoy tratando de hacer —dijo Simón, inflexible—. Creí que me habían llamado a declarar. Por ahora no me han dejado hacerlo. Yo no le ofrezco teorías. Estoy tratando de atraer la tención de la sala sobre dos hechos muy curiosos y algo extraños que todavía no he podido mencionar.

—¿Qué hechos son esos? —preguntó exultante el hombrecillo.

—Por ejemplo —dijo El Santo—, existe el hecho que yo no pude por menos de notar, lo que notó la dama que me acompañaba y que pudo también notar la policía, de que todas las ventanas del piso bajo estaban abiertas, produciendo una corriente de aire que tendía a avivar el incendio.

Fairweather se puso en pie.

—Yo podía haber explicado eso, si se hubiera hablado antes de ello —dijo—. Es verdad que la mayoría de las ventanas estaban abiertas. Había hecho mucho calor y estaban abiertas todo el día. El mayordomo las cerraba siempre antes de retirarse, y se escapó completamente a mi atención que él no se hallaba allí cuando yo fui a acostarme. Como es natural, él las habría cerrado en cuanto hubiera llegado; pero desgraciadamente el incendio estalló antes.

—Gracias, míster Fairweather.

El *coroner* volvió a hojear los papeles que había en su mesa, en un vano esfuerzo por dominar su agitación. Luego se inclinó hacia delante y prosiguió con voz cortante:

—Éste es un triste, pero provechoso ejemplo de lo peligroso que resulta el hacer conclusiones precipitadas. Existen algunas personas cuyas torcidas imaginaciones, están dispuestas a interpretar de un modo malicioso todo lo que está más allá de su limitada inteligencia. Existen también personas cuya ansia de publicidad los lleva a distorsionar y exagerar sin freno alguno los hechos cuando se encuentran en público, esperando atraer de ese modo la atención de los demás. El deber de un tribunal es proteger la reputación de los demás testigos y la ecuanimidad del jurado del daño que pueden causarle semejantes insinuaciones. En este caso, un hecho insignificante ha sido arreglado artificialmente, pero ese hecho, lejos de probar que en el incendio hubo algo «sospechoso», le confirmará a cualquier persona inteligente que la muerte del pobre Kennet fue motivada por una serie de circunstancias muy desgraciadas.

—Está bien —dijo El Santo con los dientes apretados—. Pero entonces, ¿por qué la puerta de Kennet estaba cerrada con llave?

El *coroner* perdió por un momento la cabeza.

—¿Cómo sabe que estaba cerrada con llave?

—Porque lo vi. Llegué hasta su cuarto y hubiera podido sacarlo, de haber podido entrar. Pero la puerta estaba cerrada con llave y era muy fuerte. Volví a buscar un hacha, pero en aquel momento, el corredor se hundió.

—Bien está; pero suponiendo que su puerta estuviera cerrada... ¿qué importa? —preguntó el *coroner* con voz exasperada—. ¿Por qué no podía cerrar su puerta?

Simón le repuso suave y tranquilamente:

—Porque había muchas razones para que lo hiciera así. Cuando un hombre está en una casa llena de sus peores enemigos, de personas contra las cuales está luchando con todas sus fuerzas, será un loco si no cierra bien su puerta. Pero no se ha probado que él cerrara la puerta. Yo no he dicho nada más que la puerta estaba cerrada; y puedo añadir que la llave no estaba en la cerradura.

—Perdón, señor —intervino el capitán de la brigada de incendios—. Encontré una llave entre los escombros de la biblioteca.

Hubo una pausa llena de ansiedad.

—Exactamente —dijo el *coroner* con énfasis sarcástico—. Kennet cerró la puerta y se guardó la llave. Yo no veo en ello ninguna implicación siniestra... en realidad, yo he hecho lo mismo muchas veces.

—¿Y ha dirigido muchas veces encuestas, sin que hubiera nada que pudiera probar la causa de la muerte? —preguntó descaradamente El Santo.

Por un instante pensó que había ido demasiado lejos. Cuando pensó en ello después, a sangre fría, las consecuencias que podía haber tenido su pregunta le

humedecían las sienes con un sudor de espanto. Pero en aquel momento se hallaba demasiado furioso para pensar en nada.

La cara del *coroner* palideció.

—Míster Templar, retire ahora mismo su insinuación.

—Discúlpeme —dijo inmediatamente El Santo. No podía hacer otra cosa—. Claro que la retiro.

—Yo mismo he visto el cuerpo —dijo secamente el *coroner*—, y en un caso tan claro como éste, donde no hay el menor indicio que pueda justificar una sospecha, no es necesario añadir más sufrimientos a los parientes del difunto ordenando una autopsia.

Y sus ojos se fijaron con ceñuda decisión en El Santo.

—No quisiera repetir mis observaciones anteriores. Pero no puedo menos de hacer constar que esas acusaciones tan graves e injustificables, me disgustan profundamente. Y si me niego a darles el castigo merecido es por no proporcionarle esa publicidad, que, sin duda, va buscando. Pero, de todos modos, mejor será que se siente cuanto antes, por si acaso cambio de modo de pensar.

Simón dudó un instante. Todos sus instintos se rebelaban contra la idea de la obediencia. Pero sabía que no podía hacer otra cosa. Era tan impotente como una mosca cazada en la trampa de una máquina implacable.

Se inclinó rígidamente y se encaminó a su sitio en medio de un silencio tan absoluto que la caída de una pluma hubiera sonado como un cañonazo.

Ninguno de los huéspedes de Whiteways alzó sus ojos hacia él. Pero, con una ligera esperanza, Simón se dio cuenta de que los ojos de *lady* Valeria se entornaban con una expresión de concentrada reflexión. Parecía como si considerara una serie de probabilidades asombrosas.

El *coroner* habló en voz baja al sargento y luego se aclaró la garganta como había hecho antes, al principio de la sesión. Su cara tenía una expresión más tranquila.

—No creo que haga falta llamar a más testigos —dijo.

Y luego se dirigió al jurado. Señaló que los incendios se producen generalmente de un modo accidental y a veces por las causas más triviales. Llamó su atención sobre el hecho de que una serie de circunstancias fortuitas, ninguna de las cuales podía achacársele a míster Fairweather, tales como el armazón de madera de la casa, las ventanas abiertas, y otras más, habían contribuido a que el fuego revistiera una gravedad que en otro caso no habría tenido. Les recordó que había muchas personas con un sueño tan pesado que ni un terremoto las despertaría y que, en medio de la general confusión y aturdimiento, era muy fácil interpretar mal unas cuantas palabras. Les instó a que no tomaran en cuenta las acusaciones fantásticas que de un modo tan rotundo habían sido desmentidas y a que consideraran el caso simple y sencillamente de acuerdo con las declaraciones de los anteriores testigos.

Veinte minutos después, los siete jurados, incluso el hombrecillo de la barba negra, que parecía ligeramente decepcionado, volvieron a la sala, trayendo con ellos

un veredicto de muerte por accidente.

II

Una ansiosa cuadrilla de periodistas se echó encima de El Santo cuando éste salía del edificio y le rodearon formando un círculo en torno de él.

—Vamos Santo; cuéntenos la historia.

—¿Para qué? —dijo con acidez El Santo—. No podríais publicarla.

—No te preocupes... cuéntenosla.

—Está bien, ¿qué es lo que pensáis?

—No parece difícil adivinarlo. Quizá Kennet estuviera borracho perdido, pero quieren guardar el secreto por su padre. Se ve bien claro que todos ellos perdieron la cabeza y huyeron como liebres, dejándole allá; pero tratándose de una clase de gente como esa, eso se calla siempre. No podía hacer nada. ¿Para qué armar todo ese jaleo?

En los ojos de El Santo brilló un momento un destello homicida. Entonces, ¡aquel era el resultado de su desesperada lucha por descubrir la farsa que se había representado no sólo ante los ojos de la justicia, sino con su más decidida colaboración! Aquel era el producto de los riesgos que había corrido, de la humillación a que él mismo se había expuesto.

Y entonces se dio cuenta de que, lo mismo que pensaba la Prensa, lo pensaría la opinión general. Aquella farsa era una cosa comprensible; pero la verdad, que sólo sabía Simón Templar, era demasiado fuerte para que se la tragaran. Generales retirados, grandes financieros y exministros no podían conspirar para encubrir un asesinato; esa era una de las cosas que simplemente no ocurren.

Y su rabia se convirtió en un desesperado cansancio.

—Quizá me gusten los jaleos —dijo, abriéndose paso.

Peter y Patricia salían también. Simón los cogió del brazo y los condujo en silencio a un bar que había enfrente del edificio.

—Estuviste estupendo, muchacho —dijo ella al fin—. Hubiera asesinado al *coroner*.

—Pero ¿de qué hubiera servido? —preguntó Peter.

Simón sacó un cigarrillo y lo encendió con dedos tensos y deliberados. Su amargura había desaparecido, condensándose en una gota de hirviente energía, escapada de su asombroso poder de combustión y que comunicaba una fiereza indomable a cada átomo de su cuerpo. Quizá hubiera fracasado desastrosamente en el primer asalto, pero todavía se hallaba en pie y la medula de sus huesos se había

vuelto de hierro. Su primer bocanada de humo fue lanzada a través de unos labios que se habían apretado, implacables, dispuestos a la lucha.

—De nada —dijo brevemente—. Absolutamente de nada. Pero tenía que probar. Ahora lo que venga será una lucha hasta el fin y sin barreras.

—¿Qué les dijiste a los periodistas? —preguntó Peter.

—Nada. Ellos no querían que les dijese nada. Me lo dijeron ellos a mí. Según ellos, esto no es más que una comedia para ocultar el hecho de que la pandilla de Whiteways estaba demasiado asustada para ocuparse de los demás. Fue muy instructivo, ahora que pienso en ello. De todos modos, es igual. Consiguieron su veredicto y el caso ha terminado.

—El bombero dijo que había encontrado una llave —observó Peter.

Simón asintió.

—Esa fue la peor de mis equivocaciones... le dije a Luker que la llave no estaba en la cerradura, cuando quise ver cómo reaccionaba la noche del fuego. Como comprenderéis, tuvo tiempo de sobra para tirarla por una de las ventanas, después. Pero no creo que ni eso hubiera servido de mucho.

Peter alzó su vaso y bebió tristemente.

Patricia apuró su bebida.

—Te vi hablar con tu amiga —le dijo de pronto—, pero no vi que le quitaras los vestidos.

—Era un lugar demasiado público —dijo El Santo—. Pero es una muchacha bien y nunca sale dos veces con el mismo hombre, a no ser que éste sea un millonario, o con tal que el millonario se lo pida. Por eso es por lo que trataba al joven Kennet. Fairweather era el filántropo que quería hacerle volver al redil y estaba dispuesto a pagar un abrigo de pieles de mil guineas por verle entrar en él. Y Fairweather fue quien arregló el que él viniera aquí a pasar el fin de semana. Me enteré de eso... y de algo más.

La tensa intensidad de sus modales se iba desvaneciendo, dando paso a su antiguo y alegre gusto por la lucha, que los otros conocían tan bien. Lo pasado, pasado estaba; pero la lucha no había terminado. Y él seguía luchando. Comenzó a sentir en los nervios el cosquilleo familiar de su impetuosa vitalidad; y el humo salió por entre unos labios que empezaban a abrirse en una sonrisa.

—Teníamos razón, damas y caballeros —dijo—. Nuestros viejos amigos los contrabandistas de armas están de nuevo en el campo de batalla: Luker, Fairweather y Sangore, así, por este orden, Luker dándoles órdenes y los otros dos haciendo de muñecos suyos. Los Hijos de Francia también tienen que ver en este asunto. No sé bien lo que es, pero preveo que va a ser algo grande; pero podéis apostar cualquier cosa a que será en provecho de los comerciantes de armas, aunque para ello tenga que morir un millón de hombres. Kennet sabía algo de todo eso; anduvo buscando por un lado y por otro hasta que al fin encontró algo definitivo.

—¿Qué era? —preguntó Patricia.

—¡Ojalá lo supiera! Pero lo averiguaré. Era algo de papeles y fotografías. *Lady Valeria* no lo recuerda bien. Nunca le hizo mucho caso. Pero eso nos da una cosa que antes no teníamos: el motivo. Sea lo que fuere, era dinamita. Era algo lo suficientemente grande para que pensaran que era peligroso dejar vivo a Kennet. Y lo mataron.

—No sé —dijo Peter—, pero no me figuro a Fairweather haciendo una cosa así.

—Quizá no lo hiciera. Quizá fuera Sangore. Pero Kennet murió... muy convenientemente. Todos lo sabían. Probablemente lo hizo Luker. Me lo figuro diciéndoles: «Déjenmelo a mí».

—Se arriesgaba demasiado.

—¿Arriesgarse? Todo hubiera salido bien; fue una casualidad que yo me encontrara por allí. Ya viste cómo fue la encuesta. Pudo hacerlo de muchos modos. Kennet pudo ser envenenado, estrangulado o herido con un puñalcualquiera de esas cosas no habría dejado muchas huellas en un cuerpo que ha sufrido la acción del fuego. Simplemente pudieron darle un buen puñetazo y luego encerrarle para que el fuego hiciese el resto. Nunca sabremos exactamente lo que ocurrió, y ahora no podremos probar nada; pero yo sé que lo asesinaron. Y voy a seguir adelante con la tarea que Kennet dejó por terminar. Vosotros podéis hacer lo que queráis, pero yo me lanzo a la lucha... a fondo.

Patricia sonrió.

—Bien, muchacho —le dijo—. Yo voy contigo.

—Si se ha propuesto morir asesinado, me figuro que no podemos impedirlo —dijo Peter con resignación—. De todos modos, si terminan con él en un fuego no tendremos que pagar para que lo incineren. ¿Pero se puede saber lo que piensas hacer?

Simón se puso en pie y miró el reloj que había en la pared.

—Voy a irme a Londres —dijo—. Mi amiga me ha contado que Kennet vivía con otro bolchevique llamado Windlay, que estaba también mezclado en el asunto. Así que voy a ver si puedo entrevistarme con él antes de que alguien tenga la misma idea. Ya he perdido demasiado tiempo. Si queréis ser útiles, tratad de entrar en relación con la pandilla de Whiteways mientras yo estoy fuera. Sed buenos y ya os llamaré más tarde.

Les dijo adiós y desapareció en un momento, poseído de un repentino deseo de acción, y la habitación se volvió curiosamente triste y aburrida cuando él se hubo marchado. Pat y Peter volvieron a verle al volante de su «Hirondel» mientras el enorme coche cruzaba ante la ventana; luego sólo se oyó el retumbante estampido de su partida.

El Santo guiaba rápidamente. Cuando tenía prisa, los límites de la velocidad no eran más que una trivialidad técnica para él. Pero no quería pararse a pensar en lo desesperada que podía ser su prisa. Su suave presión guiaba al auto a través de las curvas del camino y de los obstáculos del tráfico con la destreza de un grabador que

recorta un dibujo complicado; el viento que hería su cara le calmaba en parte el ansia de actividad que sentía en su interior. La precisión de su manera de conducir, la concentración de sus pensamientos y el incesante despliegue de su serenidad absorbían algo de su conciencia mecánica, de modo que las demás partes de su cerebro se hallaban curiosamente libres, fuera de tiempo y del espacio, para pensar en la situación y tratar de adivinar cuál sería el futuro. De Anford a Notting Hill había noventa y cinco millas de distancia, y su reloj le dijo que las había hecho en una hora y veinticinco minutos; pero el terreno que su cerebro había cubierto en el mismo tiempo era demasiado grande para poder contarlo.

Su llegada a Notting Hill lo hizo volver a la realidad. Se detuvo en el correo y allí le indicaron dónde se encontraban las Balaclava Mansions, y cuando divisó el edificio tuvo que admitir que había sido indebidamente duro con *lady* Valeria.

En realidad, la casa era uno de esos lúgubres edificios de estuco ennegrecido por el hollín que el casero londinense adorna con el título de «mansión», probablemente para convencer al mísero inquilino de que el lujo reina en su humilde habitación. En la puerta, una serie de sucios y casi indescifrables carteles pegados a la descascarillada pared, daban instrucciones para encontrar a los habitantes de la casa, que eran lo suficientemente optimistas para pensar que todavía había en el mundo alguien que se interesaba por ellos. En uno de aquellos patéticos emblemas de la testaruda supervivencia, Simón vio que Windlay y John Kennet eran los ocupantes del piso entresuelo derecha, en el interior.

Cruzó el triste y descuidado vestíbulo y alzó la mano para golpear. La puerta indicada. Y la detuvo en esa posición, pues la puerta estaba ya entreabierta.

El Santo, sin detenerse, la abrió del todo y entró en la habitación.

—¡Hola! —llamó; pero no obtuvo respuesta. No le costó mucho descubrir por qué no le contestaban. Había entrado en un cuarto para todo estar, única pieza de que constaba el piso; y allí vio que su miedo de haber perdido demasiado tiempo no era injustificado. Ralph Windlay estaba muerto.

III

Una bala disparada a quemarropa había contribuido a acortar su vida y lo había hecho con mucha limpieza. Windlay yacía de espaldas a un metro escaso de la puerta de entrada, con los brazos en cruz y la boca estúpidamente abierta. La descripción de *lady* Valeria era absolutamente exacta. Todavía llevaba las gafas. No debía tener mucho más de veinticinco años y su cara pálida y delgada tenía el aspecto de haber sido la de un intelectual. En ella no se veía otra señal más que un agujero, bordeado

de negro, entre los ojos; pero su cabeza descansaba sobre un charco rojizo y espeso y Simón pensó que la parte de atrás del cráneo no sería una vista muy agradable para una persona asustadiza.

La habitación había sido registrada de un modo salvaje. El tapizado de los dos divanes había sido cortado en pedazos. Los estantes y los cajones vaciados y dejados en donde cayeron. La mesa y el suelo estaban cubiertos de papeles.

Simón sólo pudo ver eso; en aquel momento se oyeron pasos en el vestíbulo. Automáticamente empujó la puerta detrás de él, pensando de un modo subconsciente que serían otros inquilinos de la casa que pasaban frente a la puerta. Pero antes de que pudiera darse cuenta de su equivocación, los pasos sonaron a sus espaldas y una mano le asió violentamente por detrás.

Se volvió rápidamente, con los músculos tensos y un puño extendido. Y entonces, con un esfuerzo sobrehumano, paró el golpe a mitad de camino.

En aquel instante delirante, su cerebro se retrovirtió con una rapidez fantástica. Vio la trayectoria de su mano como si se hallara a una gran distancia de ella; era lo mismo que si se encontrara en un automóvil lanzado cuesta abajo y hubiera tropezado con un obstáculo, después de apretar los frenos; no quedaba más que esperar que funcionaran a tiempo. Y con una especie de histérico alivio, vio que su amenazador puño se detenía a dos dedos de la roja faz del hombre que le había sujetado. Durante un segundo, permaneció mirándole inexpresivo y luego, de repente, se echó a reír.

—No debería darme esos sustos, Claud —dijo—. Mis nervios no son lo que eran.

El hombre que se hallaba frente a sus puños continuó mirándole boquiabierto y en sus ojos azules había un fermento de emociones que no podrían describirse en un solo volumen. Su cara regordeta y angelical iba tomando un ligero tinte purpúreo.

Las razones que motivaban ese tono estaban en relación directa con aquel puño lanzado tan amenazadoramente contra su cara y que se había detenido por un milagro a unos cuantos milímetros de ésta. Para el inspector jefe Claud Eustace Teal, un hombre que nunca apreció de un modo exagerado su belleza, un puñetazo en las narices no habría sido más que un incidente más o menos desagradable que había que soportar con entereza en la ejecución de su deber. Un puñetazo en la nariz hubiera sido casi una alegre y deseable experiencia comparado con el espasmo de horrible espanto que cruzó la cosmogonía de mister Teal cuando vio la cara de El Santo. Fue una punzada que resumió en un instante todos los años en los cuales el inspector jefe Teal había luchado sin esperanzas en su hábil batalla con el escurridizo bucanero, todas las desilusiones y disgustos, toda la cólera y los sarcasmos que sus esfuerzos le habían producido entre sus superiores y todas las burlas desvergonzadas de El Santo. Era una puñalada en su memoria que traía a estas horas las ocasiones en las que mister Teal había visto bailar el triunfo delante de sus narices, para verlo después desvanecerse en el mismo momento en que creía tenerlo entre sus manos. Y, al mismo tiempo, se daba cuenta de que la historia iba a repetirse.

Todos estos recuerdos de indignaciones y desesperanzas cruzaron corrosivamente por los intestinos de míster Teal, obligándole a permanecer en siniestra quietud hasta que pudo arrancarle una respuesta a sus cuerdas vocales.

—¿Cómo diablos se encuentra aquí? —gruñó.

No era quizá el discurso más comprensivo y elocuente que había hecho míster Teal. Pero su brevedad expresaba, con más rotundidad que cualquier pieza maestra de la oratoria, la esencia destilada de lo que ardía en los sofocantes calderos de su cerebro. Su principal defecto era la enunciación, que carecía de esa claridad y fluidez que hace tan agradable la dicción. En realidad, su pregunta sonó como si tuviera la garganta llena de gachas.

Simón le sonrió, bastante pensativo. Él también tenía sus recuerdos; y la primera deducción que le ofreció la intromisión del inspector jefe Teal, en aquel particular momento, fue la de que aquello era una complicación del asunto, bastante complicado de por sí.

—Lo mismo podría preguntarle —murmuró—. Pero ya veo que tiene los pies tan planos como siempre, así que me figuro que debe seguir usándolos.

La cara del detective enrojeció un poco más aún.

—Vi su automóvil fuera —dijo.

Era mentira. Lo había visto, pero no se había fijado en él. Aquel brillante monstruo, rojo y crema, era bastante llamativo para atraer la atención de cualquier persona, pero el inspector Teal estaba demasiado absorto en sus pensamientos para pensar en algo tan inquietante como El Santo. No obstante, míster Teal tenía que decir algo para tratar de recuperar su majestuoso dominio de sí mismo, que en la agonía del momento se había derrumbado tan lastimosamente.

El Santo diseccionó su esfuerzo con una sardónica sonrisa de tolerancia que hizo que el cuello del detective se le hundiera en la carne como un garrote.

—Claro que sí, Claud —dijo amablemente—. Claro que sí. Me había olvidado de que es un verdadero sabueso para las pistas. Y, a propósito, parece ser que hemos llegado a tiempo. No sé si se habrá dado cuenta, pero detrás de mí hay un hombre muerto, en el suelo. Sin pretender tener sus enciclopédicos conocimientos en materia de crímenes, parece ser que ha sido asesinado.

—Así es —dijo secamente míster Teal—. Y yo diría que sé quien lo hizo.

El Santo alzó las cejas.

—No me gusta que me crea excesivamente sensato —dijo—, pero hay algo en su voz que me hace sentir inquieto. ¿Querrá por casualidad sugerir...?

—¡Ya lo veremos! —repuso Teal. Y dando un paso atrás, gritó—: ¡Regístrenlo!

Un larguirucho sargento surgió detrás de él, y con cierto temor se acercó a El Santo y empezó a registrarle los bolsillos de la chaqueta. Sacó una pitillera de platino, una cartera, un encendedor automático y una pluma estilográfica; en su cara se pintó una expresión de asombro ultrajado.

—Diga —preguntó con desconfianza—, ¿qué ha hecho con ese revólver?

—¿Qué revólver? —preguntó extrañado El Santo—. No creerá que voy a llevar un revólver en un traje como este. Tengo demasiado respeto por mi sastre. Anderson se horrorizaría y a Sheppard le daría probablemente un ataque.

—¡Regístrele los bolsillos del pantalón, estúpido! —chilló míster Teal—. Y debajo de las axilas. Seguramente lo tendrá ahí.

—Pero no me haga cosquillas —dijo El Santo, severamente—. Me ponen nervioso.

El sargento continuó su registro sin encontrar nada.

Simón bajó los brazos.

—Después de esta pequeña formalidad —dijo amablemente—, volvamos al asunto. Estaba tratando con gran tacto de hacerle notar, Claud, que hay algo así como un cadáver detrás de mí. ¿No cree que debemos hacer algo, o piensa que lo mejor es meterlo en el cuarto de baño y hacer como si no lo hubiéramos visto?

La mandíbula del inspector jefe Teal se movió convulsivamente hacia delante con la misma fuerza que el pistón de una locomotora al descarrilar, y empujó hacia fuera una pelota de goma de mascar que había olvidado en su muela del juicio. El resultado negativo del registro del sargento casi lo tiró al suelo, pero el choque tuvo algo de homeopático en sus defectos. Le había obligado a hacer un esfuerzo sobrehumano para recobrar su desvanecido dominio de sí mismo, y ahora se encontró asiéndose a él con el frenético fervor del hombre que se ha asido de un modo inadvertido a la cola de un caimán hambriento.

Detrás suyo mientras se efectuaba el registro fueron apareciendo unas cuantas personas que se habían deslizado cautelosamente en la habitación. Hasta el más inexperto en estos asuntos podría haberlas identificado como los miembros de una Brigada de Homicidios, tan inequívocamente como si hubieran llevado una etiqueta.

Simón los observó con interés. Estaba reconstruyendo algo, rápidamente. La aparición de míster Teal fue demasiado súbita para tratarse de una simple coincidencia y la presencia de sus secuaces era una confirmación de ese hecho. Los inspectores jefes no iban por ahí con un cortejo de esa clase, a menos que existiera un motivo. Y Simón localizó el origen de todo aquello un momento después en la persona de una gruesa mujer de despeinado cabello gris que miraba con curiosidad desde el lugar menos expuesto de la habitación.

Teal se volvió a ella y la miró.

—¿Ha visto a este hombre antes de ahora? —le preguntó.

La mujer se atragantó.

—No... Pero apuesto cualquier cosa a que lo hizo. Tiene todo el aspecto de ser uno de esos capitalistas que el pobre míster Windlay estaba siempre insultando.

Simón fijó su mirada en ella.

—¿Vive en esta parte? —le preguntó cortésmente. Ella se irguió.

—Esta casa es mía, jovencito, así que tenga cuidado con lo que dice. Vengo todas las semanas para cobrar los alquileres.

—¿Entonces vino hoy y encontró el cadáver?

—Sí.

—¿Cuánto hace de eso?

—No hará ni media hora. Usted debería saberlo.

—¿Y entonces se fue directamente a llamar a la Policía, me figuro?

—Fui y telefoneé a Scotland Yard; eso es lo que hice, sabiendo que su deber es pescar a los asesinos. Y le pescaron a *usted*.

—¿No chilló ni nada por el estilo? —preguntó con interés El Santo.

La mujer lo miró con desdén.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Chillar para que todos los vecinos me oyeran? Nada de eso. Esta es una casa respetable, es decir, lo era hasta que usted vino aquí —y, de repente, su cara tomó una expresión de resentimiento—. Y ahora quisiera yo saber quién va a pagarme el alquiler.

El Santo sacó un cigarrillo de su pitillera. Los detalles sin importancia de la situación se habían aclarado satisfactoriamente. Pero el hecho de que todas las circunstancias estuvieran en contra suyo seguía sin alterarse, desgraciadamente; sin embargo, era un alivio saber que míster Teal no había entrado allí en su busca.

—Señora —dijo amablemente—, creo que haría usted muy bien invitando al público a entrar y cobrando seis peniques por la entrada. La X marca el sitio en donde fue encontrado el cadáver y todavía pueden ver en la alfombra la original mancha de sangre. Además, puede poner el sombrero hongo del inspector Teal en la repisa de la chimenea, guardado en una caja de cristal y...

Míster Teal llamó a sus hombres con gesto indignado.

—Llévensela afuera y tómenle declaración —gruñó.

Luego se volvió hacia El Santo. Sus párpados se entornaron mientras luchaba frenéticamente por conservar algún vestigio de su soñoliento fastidio, que durante toda su vida había sido su única defensa contra esa clase de calamidades.

—Y, mientras tanto, me gustaría oír lo que tiene que contarme.

—¿Contarle? —repitió vagamente El Santo, y sacó su encendedor—. Claud, lo único que yo puedo decir es que me parece muy misterioso. Pero estoy seguro de que todo saldrá bien. Con su brillante genio detectivesco...

—Déjese de eso —dijo Teal, amargamente—. Quiero oír lo que tiene que contarme de usted mismo. Entré aquí y le encontré junto al cadáver.

El Santo se encogió de hombros.

—Exactamente —dijo.

—¿Qué quiere decir con... «exactamente»?

La voz de míster Teal no era todo lo monótona que él hubiera deseado; sus notas tenían algo de graznido. Pero la imperturbable sangre fría de El Santo le había producido siempre ese efecto en su manera de hablar.

—¿Qué quiere decir? —graznó.

—Mi querido asno —dijo El Santo con paciencia, como el que explica algo muy sencillo a un niño—, usted mismo lo ha dicho. Entró aquí y me encontré junto al cadáver. Y ya sabe perfectamente que cuando yo asesino a alguien, nunca me encuentra junto al cadáver. ¿No es así?

Los ojos de míster Teal se salieron de las órbitas, a pesar de sus esfuerzos por dominarse. Las gachas calientes volvieron a su laringe.

—¿Quiere decir que no hay nada contra usted porque llegué y lo encontré junto al cadáver? —rugió—. ¡Pues bien; esta vez se equivoca! Quizá no lo haya hecho antes. Pero voy a hacerlo ahora. Le cacé, Santo —y la idea soberbia, delirante, se apoderó de él—. Esta es la única vez que ha cometido una falta y lo cacé. —Y el inspector jefe Teal se irguió, lleno de orgullo, en aquel solemne y magnífico momento—. Simón Templar, haré que lo detengan por...

—Un momento —dijo tranquilamente El Santo.

—¿Para qué? —explotó Teal.

—Porque —dijo amablemente El Santo—, a pesar de todas las malas ideas que tiene acerca de mí, yo le aprecio, Claud. Y me hiere el verle dispararse como un cohete. ¿No ha oído decir a la patrona que el cadáver fue descubierto hace media hora?

—¿Y qué?

—Pues que creo que podemos concederle su media hora; no creo que ella pudiera ir al teléfono y avisarle a usted, y sus sabuesos llegaran aquí antes de media hora. Y llevamos hablando unos minutos. Pues si yo le asesiné unos minutos antes de todo eso, seamos conservadores y digamos que le asesiné hace cuarenta minutos. —Simón consultó su reloj—. Está bien; ahora son las tres menos cuarto.

—¿Quiere hacerme tragar una de sus coartadas?

—Sí —dijo El Santo—. Porque a la una y doce estaba en el Golden Fleece, de Anford, que se encuentra a noventa millas de aquí. Un cierto número de nativos y algunos turistas ociosos pueden apoyar mi afirmación, incluyendo a un miembro de la policía local, cuyo nombre, créalo o no, es Reginald. Y aunque sé que soy un conductor endiablado, no puedo hacer noventa y cinco millas en cincuenta y tres minutos, sobre todo, con esos antediluvianos caminos carreteros que pasan en Inglaterra por pistas de automóviles.

En la cara del inspector jefe Teal se pintó una caótica mezcla de desilusión, desesperación, agonizante cansancio y espantosa incredulidad. Sabía que El Santo decía la verdad. No hubiera dado ni un solo paso para verificar la exactitud de su aserto a no ser que se tratara de una cuestión de estricta rutina. Pero El Santo no perdía nunca el tiempo en una coartada que no pudiera ser comprobada hasta la última coma. ¿Cómo lo hacía? El inspector Teal no lo sabía, pero si hubiera sido supersticioso, habría sospechado que había en ello algo de brujería. Y de nuevo tuvo que reconocer que su insensato triunfo había sido algo prematuro; que El Santo se le escapaba de entre los dedos por la que a él le parecía la diezmilésima vez...

Bajó patéticamente sus cansados ojos y miró al cadáver como si éste pudiera tener piedad de él y proporcionarle alguna inspiración. Y, de repente, se dio cuenta de algo que no había visto hasta entonces.

—¡Mire! —casi balbució.

El Santo miró.

—Un asunto enredoso, ¿eh? —dijo, charlatán—. Estos bárbaros no tienen ningún respeto por los muebles. Debía haber cursos por correspondencia de las Buenas Maneras para Asesinos.

—Esa sangre —dijo Teal, incoherentemente—, se está secando...

Se arrodilló junto al cadáver y miró la mancha de la alfombra. Luego se puso lentamente en pie y sus ardientes y recelosos ojos se fijaron en El Santo.

—¡Este hombre lleva muerto de tres a seis horas! —dijo—. ¡Pudo ir a Anford y volver en todo ese tiempo!

—Lo siento —dijo El Santo, con pesar.

—¿Por qué?

La voz de Teal era un ronco ladrido.

Simón sonrió.

—Porque pasé toda la mañana en Anford.

—¿Qué hacía allí?

—Asistir a una encuesta.

—¿Qué encuesta?

—La de la muerte de un pobre chico llamado John Kennet.

—¿Quiere decir del hijo del Secretario de Estado, el hombre que murió en el incendio de una casa de campo? —preguntó Teal.

Simón le miró con benevolencia.

—¡Qué enterado está de todas las noticias, Claud! —murmuró con admiración—. A veces, me siento lleno de esperanzas acerca de usted. No ocurre a menudo, pero me alegro tanto cuando ocurre... Me siento lleno de una especie de tibieza...

—¿Qué hacía en la encuesta? —preguntó Teal, tórridamente.

El Santo movió las manos.

—Declarar. Fui el héroe de la causa, así que el *coroner* no tuvo más remedio que prometerme un premio. Ya lo leerá en los periódicos de la tarde. Siento mucho desilusionarle, querida ballena, pero me he movido de un modo bastante público desde las diez y media.

Simón sacó su encendedor y encendió lentamente un cigarrillo.

—Así que con una cosa y otra, Claud —dijo—, creo que no le va a quedar más remedio que dejarme marchar.

El inspector jefe Teal le cerró el paso. La amargura de la derrota se iba agriando en su estómago, pero en sus ojos seguía brillando la misma llamita colérica. Podía sufrir diez mil fracasos pero no cedería por eso.

—Todavía no me ha dicho qué es lo que ha venido a hacer aquí —dijo.

Simón Templar dejó escapar una bocanada de humo.

—Vine a ver a Windlay —dijo—. Quería verle antes de que otros lo hicieran. Pero llegué tarde. Puede creerlo o no, como le plazca. Pero el difunto John Kennet compartía esta habitación con él.

Los ojos del detective se volvieron curiosamente opacos.

—¿Cuál es el veredicto de esa encuesta?

—Muerte por accidente.

—¿Cree que había algo raro en todo eso?

La mirada de Simón recorrió la habitación en desorden.

—Alguien ha estado buscando algo —dijo—. ¿Cree que habrá encontrado lo que buscaba?

Casualmente, como si llevara a cabo una inocente distracción, se inclinó y cogió del suelo una arrugada hoja de papel de los muchos que alfombraban éste. Era un periódico francés de cinco días antes, uno de cuyos artículos había sido marcado con lápiz azul.

—Bien, bien —dijo—. Escuche, Claud. ¿Qué le parece esto?

Quisiéramos que nuestros lectores se preguntaran de dónde sacan el dinero los Hijos de Francia para comprar ese «stock» de armamentos que el coronel Marteau se jacta de poseer, oculto en alguna parte para cuando lo precise. Y nosotros le preguntamos a nuestros lectores, ¿hasta cuándo vamos a tolerar la existencia de esa asociación terrorista?

Se inclinó y recogió un segundo trozo de periódico, marcado como el anterior con lápiz azul.

M. Roquembert, en un violento discurso pronunciado anoche en la Cámara de Diputados, apremiaba al Gobierno para que aumentara el programa de armamentos. ¿Vamos a permitir —preguntaba— que los alemanes golpeen de nuevo en las puertas de París?

Simón dejó caer los recortes al suelo.

—Según creo, el capitán Roquembert es uno de los jefes de los Hijos de Francia. ¿Le interesa esto, acaso?

—¿Era injusto ese veredicto? —preguntó Teal.

El Santo le miró y, por primera vez, no había burla en sus ojos.

—Creo que no haría mal si empezara a investigar dos asesinatos en vez de uno —le dijo.

IV

Sin duda alguna, sus palabras habían sido una salida muy dramática, reflexionó Simón mientras su «Hirondel» volaba en dirección a Anford; pero si había sido prudente, ese era otro asunto. De todos modos, siempre sería parar el golpe a mitad del camino. En el curso de su investigación, Teal habría descubierto que Kennet y Windlay vivían juntos. Simón no había tenido opción al coger al toro por los cuernos, pero se preguntaba si no podría haber conseguido el mismo resultado sin tener que hablar tanto. La inteligencia del inspector jefe Teal, oficialmente limitada, quizá trabajara despacio, pero seguía su camino lenta e inexorablemente. Simón se dio cuenta al mismo tiempo de que, si él tenía una coartada adecuada para aquel período de tiempo, Luker y sus satélites tenían la misma coartada que él, lo que le daba una prueba de la eficiencia de la maquinaria con que tenía que habérselas.

Patricia le esperaba cuando detuvo el coche en la puerta de la casa de Peter. Él se inclinó y la besó.

—Me entran ganas de comerte —le dijo—. Y eso me recuerda que no he comido todavía. ¿Dónde están las tropas?

—Peter está vigilando tu *menagerie* —le dijo ella—. Yo volví aquí y le mandé a Hoppy para que le hiciera compañía. Están en el Golden Fleece y cuando Peter me telefoneó la última vez, Hoppy empezaba su segunda botella de *whisky*. ¿Viste a Windlay?

En la cocina, mientras comía un plato de carne fría y bebía un jarro de cerveza le contó su historia en breves y tranquilas frases que le hicieron ver la escena con la misma claridad que si la hubiera presenciado.

—Lo que quiere decir que teníamos razón, querida —concluyó—. Kennet sabía algo lo suficientemente grande para no dejarle seguir viviendo. En el caso de Windlay no se puede hablar de muerte por accidente. Alguien llamó a la puerta y lo dejó seco en cuanto abrió. El piso entero estaba patas arriba. Debe haber sido mientras nos encontrábamos en la encuesta, proporcionándonos una hermosa coartada... ¡Esa gente sabe hacer bien las cosas!

—Pero ¿encontraron lo que buscaban?

—¡Ojalá lo supiera! Pero hay muchas probabilidades de que no fue así, porque sino no habrían dejado todo como lo dejaron. Me gustaría saber con exactitud de qué se trata. Me parece que debe ser un *dossier* de gran tamaño, algo que no debe de ser muy fácil de ocultar. A menos que Kennet no fuera un verdadero lunático, no creo que se alguna parte. Esa es la causa de la batalla de Balaclava Mansions —y añadió, retirando el plato—: ¡Si esa condenada muchacha pudiera acordarse de lo que le dijo Kennet! Debía hablar como un torrente, pero ella no lo escuchó.

—¿Por qué no vas a verla? —sugirió Patricia—. Quizá puedas ayudarle a recordar, o algo así. De todos modos, vale la pena probar.

Simón la miró, alzando sus oblicuas cejas.

—Estás insinuando que un hombre de sin igual pureza...

—Tendrás que darte prisa si quieres verla hoy —repuso prácticamente Pat—. Peter se enteró por uno de los chóferes que se marchan a Londres a las cinco y media.

El Santo se puso en pie, inquieto.

—Será mejor que dé un paseo —dijo.

El «Hirondel» se puso de nuevo en marcha y unos cuantos minutos después se detenía en el pequeño patio del Golden Fleece. Mientras Simón paraba el coche y sacaba sus largas piernas fuera del mismo, echó una mirada a su alrededor. Dadas las maternales leyes inglesas, Hoppy debía haber acabado su segunda botella de *whisky* unas tres horas antes, y todavía faltaba media para que pudiera empezar de nuevo. Simón echó una ojeada al paisaje para descubrir el sitio en donde podían pasarse esas tres horas en sedienta vigilia y al fin descubrió al lado de los Assembly Rooms un lugar que tenía el aspecto de ser una confitería.

Peter Quentin estaba leyendo una revista estoicamente; pero, al otro lado de la mesa los ojos de rana de míster Uniatz, que estaba tomando un helado de chocolate, se clavaron en él con tal expresión de angustia y reproche que Simón dio la vuelta y entró precipitadamente en el hotel, retorciéndose de risa.

La primera persona con quien se encontró fue Valeria Woodchester en persona. Estaba sentada en el brazo de uno de los sillones que había en el vestíbulo, fumando un cigarrillo y balanceando, con desconsuelo, una de sus bien formadas piernas, pero, al verle, su cara se animó.

—¡Oh hola! —dijo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Algo demasiado importante para hablar de ello —dijo El Santo, hundiéndose en el sillón de enfrente—. Es igual. Quizá usted pueda volverme a la tierra. ¿La dejan siempre así, sola?

—Los demás están arriba en una conferencia de negocios o algo así —y le estudió con nuevo y cándido interés—. ¿En dónde ha estado toda la tarde? Parecía que hubiera desaparecido de la superficie del globo. Estaba pensando que iba a tener que volver a Londres sin poder verle.

—Entonces, ¿por qué volverse a Londres? —preguntó—. Puede venirse con nosotros, a casa de Peter Quentin. Hay una cama libre, un cuarto de baño y bebida suficiente y podríamos vernos todo lo que quisiéramos.

Durante un momento ella vaciló. Luego, decididamente, respondió:

—No puedo hacerlo. Después de todo, son suficientes, pero no sé por qué, no creo que le hiciera mucho bien el verme más de lo que me ha visto hasta ahora. —En sus labios apareció una sonrisa que luego brilló en sus oscuros ojos—. Además, estoy segura de que Algy Fairweather se enfadaría. Ya me ha prevenido contra usted. Por alguna razón que yo no conozco, no parece usted serle muy simpático.

—¡Me asombra! —dijo El Santo con solemnidad—. ¿Pero qué importa que yo le sea simpático o no al camarada Fairweather?

—¡Ah! —dijo ella—. Cuando una muchacha tiene que luchar sola en la vida, el camarada Fairweather es una gran ayuda. Quiero decir que si ha invitado a un hombre a cenar y no quiere que piense demasiado en los negocios, me pide que cene con ellos y me lo paga. Y entonces, probablemente tengo que ponerme un traje nuevo porque no se puede impedir que un hombre de negocios hable de sus asuntos si se lleva uno viejo, y yo nunca tengo un vestido nuevo cuando lo necesito.

—En otras palabras, usted es una vampiresa domesticada.

Ella abrió un poco los ojos y le miró.

—¿De veras cree que estoy tan domesticada?

El Santo la miró apreciativamente y volvió a experimentar la contrariedad de tener que buscar algo tras aquella belleza provocativa e infantil.

—Quizá no lo esté —se corrigió—. ¿Y cuál sería su tarifa por cenar con un caballero, si eso llevaba consigo la desaprobación del camarada Fairweather? Por ejemplo: ¿Qué le parece si cenáramos juntos el jueves?

Ella tardó un momento en contestar y se quedó mirando su pierna, absorta al parecer, en el movimiento de su pie.

Luego le miró y sonrió.

—¿Se ha interesado mucho por mí, eh? —dijo con ligera ironía—. Lo digo por eso de invitarme a cenar y pagarme por hacerlo.

—Me enamoré de usted apasionadamente desde el momento en que la conocí —declaró desvergonzadamente El Santo.

Ella asintió.

—Ya lo sé. No pude menos de notar lo apresuradamente que me dejó esta mañana cuando pensó que ya no podía sacarme nada más. Quiero decir que era demasiado romántico para ser otra cosa.

—La gente me vuelve tímido —dijo El Santo—. Pero si hubiéramos estado solos...

Los ojos oscuros de la muchacha le miraban burlones.

—Bueno —dijo—. Eso no quiere decir que no me arriesgue a cenar con usted si me paga por ello. Después de todo, tengo que cenar en algún sitio, y he salido con muchas personas que no eran ni la mitad de bien parecidas y, desde luego, mucho menos tímidas. Algy solía pagarme veinte guineas por divertir a sus clientes importantes.

—Eso le ayudaría a soportarlos —dijo el Santo con cierto temor.

—Desde luego —prosiguió ella inocentemente—. Pero espero que me pagará algo más, porque, después de todo, no soy más que una indefensa muchacha y se debe tener un motivo horrible para invitarme a cenar.

Simón alzó las cejas.

—Me asombra —dijo—. ¿Qué motivo horrible puedo tener yo al invitarle a cenar? Le prometo que estará tan tranquila como si estuviera con su vieja tía Agata.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Eso es lo que quiero decir. Si sus ojos ardieran en impuros deseos o algo por el estilo, probablemente no le cobraría nada. Después de todo, la vida es breve y esa clase de cosas, un poco de impuro deseo en una persona apropiada y de un modo apropiado... Está bien, ya sabe lo que quiero decir. Pero estando las cosas como están, no puedo cobrarle menos de cincuenta guineas.

Simón se inclinó hacia ella.

—Sabe —le dijo seriamente—, hay algo en usted, una inocencia, una frescura, una especie de candor juvenil, que me atrae irresistiblemente. ¡Es tan... ingenua y desprendida! ¿Quiere un cheque o lo prefiere en billetes?

—¡Diablos! —dijo ella, desmayadamente—. Creo que habría pagado cien si se lo pido. Pero la palabra está dada. Un cheque sirve.

El Santo sonrió.

—Entonces el jueves a las ocho en punto, en el Berkeley. Ya que se trata de una cita de negocios, espero que será puntual. La tarifa irá descendiendo a razón de una guinea por minuto que me haga esperar.

Ella tiró la colilla de su cigarrillo en la vacía chimenea.

—Bueno, y ahora que hemos acabado de hablar de negocios, ¿podemos divertirnos un rato? Creí que tendríamos ocasión de hacerlo después de la encuesta, pero Algy me empujó hacia fuera antes de que pudiera haber lanzado ni una mirada. Están como fieras y yo no les echo la culpa. Después de todo, ¿no le parece que hizo un poco el tonto?

—¿De veras cree que hizo el tonto? —preguntó con curiosidad.

—Quiero decir al tratar de probar que Johnny había sido asesinado y que Algy había prendido fuego a su casa. ¿No le parece que era demasiado ridículo?

Aquella vez él se dio cuenta de que su inocencia no era tan cándida como parecía. Su charla era demasiado animada; además, El Santo recordaba su cara en cierto momento de su declaración.

Tardó largo rato en contestarle. Si supiera lo que él había visto en Londres quizá se asustara y pudiera sacarle algo. Pero sabía que había que decirlo con mucha delicadeza.

No tuvo oportunidad de hacerlo así.

En la escalera sonaron unos pasos. Simón echó una mirada hacia atrás; luego se puso en pie lentamente.

—Ya es hora de que te arregles, querida...

La voz jovial de Fairweather se quebró repentinamente como si se hubiera dado cuenta de que había alguien más en la habitación. Durante un momento, se quedó mirando fijamente a El Santo con la boca ligeramente abierta, mientras su gruesa cara

iba tomando el aspecto de un pedazo de tocino. Y luego, como si no le hubiera reconocido, se volvió deliberadamente hacia *lady* Valeria.

—No debimos haberte dejado sola tanto tiempo —exclamó—. Espero que no te habrán molestado.

—¡Claro que la han molestado! —bramó la iracunda voz del general Sangore—. Es un insulto que ese hombre se atreva a hablar a cualquier persona decente después de lo que ha hecho esta mañana. ¡Que me maten si sé lo que se proponía decir!

Simón se metió las manos en los bolsillos y se apoyó tranquilamente contra una mesita.

—Lo que me proponía decir es que John Kennet fue asesinado —dijo con buen humor—. ¿Me he expresado ahora con claridad?

El general le lanzó una mirada centelleante bajo sus cejas. Como si esperara que Simón se fundiera ante ella.

—¡Por Dios, señor! —dijo truculentamente—. ¡Usted es un... grosero! ¡En mi vida vi peores maneras!

—¿Quiere decir que si lo hubieran asesinado, preferiría que se hubiera echado tierra al asunto? —preguntó suavemente Simón—. No, no fue usted el que lo asesinó, ¿verdad?

La cara de Sangore tomó un tono de púrpura violácea. Trató en vano de hablar, pero su garganta parecía estar obstruida con algo.

Simón siguió hablando con voz fría y despiadada.

—El año pasado, con ocasión de la huelga de la «Pyrford Aviation Works», que es una rama secundaria de la «Wolverhampton Ordnance Company», usted declaró públicamente que los dirigentes de aquella huelga deberían ser llevados a un paredón y fusilados. Este año, dirigiéndose a la sección oriental de la Sociedad de Defensa Imperial, dijo: «Se han dicho muchas tonterías acerca de los horrores de la guerra». Si hubiera querido matar a media docena de individuos por causa de sus dividendos, y si le parece una tontería que se trate de impedir que la gente se mate a millares, no puedo menos de pensar en usted como uno de los sospechosos. ¿Qué piensa de esto?

Lo que el general Sangore pensaba no se pudo saber nunca; continuaba ahogándose de impotente rabia.

Lady Sangore vino en su ayuda. Su cara había recorrido la escala del blanco al escarlata y sus pequeños ojos brillaban con vengativa pasión.

—Este hombre es un grosero —proclamó con voz temblorosa—. No sirve de nada el desperdiciar las palabras con él. ¡No es un... caballero!

Parecía como si estuviera asustada de su propia temeridad al pronunciar la última y terrible condenación.

—¡Esto es... un insulto! —explotó Fairweather—. Este hombre es un conocido criminal. No hacemos más que rebajarnos...

Los fríos ojos azules de El Santo lo inmovilizaron como el que clava un insecto en un alfiler.

—Veamos —dijo—. Me parece recordar que usted jugó un papel importante en el cambio de la «National Defence Contribution», hace unos cuantos años. Decía que el gravar los beneficios excesivos paralizaría la industria; pero la verdad es que eso habría ido contra las firmas que estaban aprovechándose del nuevo plan de armamentos, entre las que como es natural, se encontraba la Norfelt Chemical. Y recientemente, declaró ante una comisión real que «la industria de los armamentos da trabajo a miles de obreros. El hecho de que sus productos puedan emplearse de un modo nocivo no puede ser empleado contra la industria *per se*, del mismo modo que la producción de drogas que pueden ser venenosas no es un argumento en contra de las farmacias». Si es esa una muestra de su lógica, no veo por qué no he de incluirle en la lista de sospechosos, ¿verdad?

Luker dio un paso hacia delante.

—Con toda seguridad, míster Templar —dijo—, no me dejará fuera de su interesante sumario.

El Santo le miró fijamente.

—Puedo darle algunas noticias —dijo—. Es decir, si no las sabe ya. Pasé la tarde en Londres, adonde fui para ver a Ralph Windlay, el hombre que vivía con John Kennet, antes de que le ocurriera algún accidente. Estoy seguro de que se alegrará al saber que todo marchó bien y que Windlay estaba ya muerto cuando yo llegué.

Hubo un silencio mortal.

Y entonces *lady* Valeria Woodchester empezó a tirarle a El Santo de la manga, inconscientemente. Sus rojos labios temblaban y en su cara había una expresión de horror y de asombro.

—¿No? ¿Ralph? —decía entrecortadamente—. No... no, ¡no pueden haberle asesinado también!

Los ojos de El Santo se fijaron en ella, llenos de una compasión instantánea.

—Lo siento, pero es así —dijo—. Y ni siquiera nuestro *coroner* podría haber dicho que se trataba de una muerte por accidente. Le pegaron un tiro en la frente y su cerebro estaba sobre la alfombra.

—El uso de la palabra «también» es interesante —la voz de Luker se alzó impasible en medio del silencio—. Si Kennet fue asesinado, alguien lo mató y prendió fuego a la casa. Al cabo de unos minutos de eso, míster Templar entra en escena. Él es quien sugiere que hay algo sucio en todo aquello. Luego, el amigo de Kennet, Windle, es asesinado y de nuevo míster Templar es el primero en llegar al lugar del suceso; de nuevo vuelve a descubrir que allí hay algo sucio. En realidad, todo ello es una coincidencia muy interesante sobre la que se debía llamar la atención de la policía.

Simón le clavó su helada mirada.

—O puede comunicárselo a los Hijos de Francia —dijo.

Aquel era un tiro en el vacío, pero dio en el blanco, a pesar de todo. Por primera vez desde que le conocía, Simón vio la pétrea máscara de Luker desprenderse por una

fracción de segundo. Y en aquel infinitesimal espacio de tiempo, El Santo vio la dura alma de un hombre para quien el crimen no significaba nada.

CAPÍTULO IV

DE CÓMO KANE LUKER DIJO LO QUE PENSABA Y HOPPY UNIATZ NO PENSÓ LO QUE HACÍA

I

Me gusta este sitio —dijo *lady* Valeria Woodchester mirando a su alrededor—. Es uno de los pocos lugares de Londres donde la gente civilizada puede tomar comidas civilizadas.

El Santo asintió. Acababan de terminar las tres cuartas partes de un menú escogido por Simón Templar con su arte impecable de gastrónomo y servido por los camareros con esa instintiva deferencia que suscitaba siempre; y ahora estaba viendo cómo la personalidad de la muchacha se expansionaba y maduraba como una flor exótica que abriera sus capullos. Sin duda alguna ella le hacía al fondo el mismo bien que el fondo le hacía a ella. Sus impecables hombros y su delicioso cabeza surgían de su sencillo, pero atrevido traje, como una orquídea alzándose sobre su oscuro talle, con una belleza tan exquisita que muchos ojos se volvían envidiosos hacia ella; la joven lo sabía y estaba encantada como un niño a quien le dan un dulce. Sus ojos se animaban por momentos y en sus mejillas había un ligero tinte rosado. Era agradable eso de estar tomando una buena cena, en uno de los mejores sitios de Londres y entre la mejor gente, en compañía de un hombre que era alto, moreno y guapo y que hacía que los camareros la sirvieran tan obsequiosamente. Su río deslumbrador de animada y frívola charla, había hecho innecesario que El Santo se esforzara por mantener una conversación trivial mientras comían; pero ahora se decidió a ponerle fin.

—Sí —convino—. La comida es buena y la atmósfera hace juego con ella. Y también más vale rondar a tiempo que llorar un año y el caballo es el más noble de los animales. Ahora que ya se ha ganado su pan y manteca, puede dejar de entretenerme. Seamos serios. ¿No ha visto hoy a ninguno de nuestros amigos?

Ella tardó un instante en contestar. Estaba mirando su plato y haciendo dibujos vagos con el tenedor. Su expresión se había vuelto abstraída; sus pensamientos estaban lejos de allí.

—Sí, los he visto —dijo con vaguedad.

—¿Y qué tal están?

Le miró de pronto cara a cara.

—¿Recuerda lo que dijo Luker en el Golden Fleece? Creo que si yo tuviera un poco de sentido común, debería pensar lo mismo, en vista de la reputación que usted

tiene. Supongo que podría haber entrado en la casa de cualquier modo, matado a Johnny cerrando después la puerta de su cuarto, y prenderle fuego a la casa para volver al cabo de un rato y pretender que quería salvarle. Y luego, podía haber ido con toda facilidad a Londres, y asesinado a Ralph Windlay.

—Es fácil —dijo El Santo—. Pero usted no lo cree, ¿verdad? ¿O no es así?

—Creo que no —respondió—. En cierto modo, quisiera que lo hubiera hecho.

Y retiró a un lado su plato mientras él le ofrecía un cigarrillo.

—¿Por qué quisiera que yo le hubiera matado? No tenía ningún motivo para hacerlo.

—¡Ah... todo habría sido mucho más sencillo! Claro está que habrían tenido que ahorcarle, pero todo el mundo sabe que es un criminal, así que todo habría estado bien. Pero en lugar de eso vino y lo revolvió todo en la encuesta, y lo hizo de un modo tan convincente... ¡aunque a mí, entonces no me pareciera real! Ya comprende lo que quiero decir, parecía como cosa de un libro. «El Misterio de la Casa en Llamas» o algo así. Yo lo sentí mucho porque apreciaba de veras a Johnny, aunque decidí que no era para morirme de pena. Y entonces Ralph fue asesinado también, y a mí eso no me hubiera preocupado mucho, porque aunque era un muchacho agradable e inteligente, nunca pensé mucho en él. Después de todo la vida es demasiado corta para pasarse el tiempo llorando y, además, estoy segura de que eso produce arrugas.

—Estaba demasiado mezclada en todo ello para darse bien cuenta —dijo agudamente El Santo—. Ahora ha salido del asunto y vuelve a ser víctima de sus nervios. La compadezco. Lo que le hace falta es beber algo.

—Exactamente —asintió.

Él le vertió el último vino que quedaba y la joven bebió un sorbo y dejó el vaso en la mesa.

—No son mis nervios —dijo hablando muy de prisa—. Nosotras, las muchachas modernas, tenemos unos nervios de acero y no nos desmayamos más que cuando pensamos que un hombre necesita que lo animen un poco. El caso es que si me hubieran dicho que Johnny había perecido en un accidente de ferrocarril, lo habría sentido mucho, pero no creo que hubiera pensado tanto en ello, ni me habría parecido tan terrible. Habría sido simplemente una de esas cosas que suceden todos los días, y en realidad yo no habría tenido nada que ver con ella.

—Pero usted lo invitó a Whiteways y eso hace que todo sea distinto.

Asintió febrilmente.

—Claro que sí, ya se lo dije, ¿no es verdad?

—El caso es que iba a conseguir un abrigo de piel si lograba que Johnny se callara —Simón la persiguió implacable—. Ahora han logrado que se callara. Y usted, ¿consiguió su abrigo de piel?

Los dedos de la muchacha oprimieron el cuello de la copa. Su faz se había puesto pálida, pero sus ojos ardían.

—Eso es una brutalidad.

—El asesinato es una cosa moderadamente brutal —repuso bruscamente El Santo—. No se puede jugar con él y pretender luego quedarse limpio. ¿No se ha dado todavía cuenta de ello?

—Sí.

Cogió su copa y la apuró de un trago. Luego se echó hacia atrás y comenzó a reír con una especie de aturdimiento.

—¿Bien? —insistió Simón.

—Soy un encanto de muchacha, ¿verdad? Busco el dinero, picando aquí y allí y en mis ratos de ocio me divierto atrayendo a los hombres a la muerte. ¿Qué diría el vicario si lo supiera?

—Probablemente muchas cosas; pero no nos interesan tanto como lo que ha dicho. ¿Le gusta atraer a los hombres a su muerte?

—¡Me encanta!

—Entonces estará esperando que le den pronto otro trabajo. ¿Por qué no se anuncia? Debe haber muchas oportunidades, si muestra certificados de experiencias previas.

Valeria se le quedó mirando y dos ardientes lágrimas se escaparon de sus ojos.

—¡Bárbaro! —murmuró.

—Lo siento —replicó Simón cínicamente.

—¿Por qué tiene que hablarme así, después de todo? Quiero decir que usted cree que Johnny ha sido asesinado. Y bien, ¿qué le importa eso? Usted ha matado a docenas de personas, ¿no es así?

—Solamente a aquellos que lo merecían. Sabe hay algunas personas que mejoran grandemente al morir.

—El que asesinó a Johnny quizá creyera que lo merecía. Hasta llegará a decir que las personas que mató eran verdaderamente dañinas, pero ¿quién no lo es? Por ejemplo, míreme a mí. Supongamos que alguien me asesinara. Usted pensaría que había hecho muy bien.

—Habría pensado que era una lástima —respondióle con sorprendente ternura—. No sé si se habrá dado cuenta, pobrecita tonta, de que me gusta.

—¿No es eso maravilloso?

Y de repente ella hundió la cara entre sus manos.

El Santo encendió un cigarrillo y se la quedó mirando. La joven seguía llorando en silencio, sin sollozar. Simón sabía que aquello era lo que había ido buscando, que aquél era el resultado de su implacable lucha por vencerla y abatirla; y sin embargo, le tenía lástima. Se sintió lleno de una ternura que no era fácil de vencer. Pero sabía que de aquel momento dependían otros muchos. Su cerebro tenía que continuar frío y firme, sin cometer faltas que podían resultar fatales.

De repente Valeria separó sus manos y le miró con los ojos secos.

—Está bien —dijo—. ¡Váyase al diablo! Pero ¿de qué sirve? ¿No ha terminado ya todo? Yo lo hice. Pues bien, no puedo deshacerlo. Si fuera una muchacha como es

debido, debería tirarme al río o algo así, pero no soy de esa clase.

—Eso no serviría de mucho. —Su voz era ahora suave, comprensiva—. Ya está hecho, pero aún quedan muchas cosas por hacer. Puede ayudarme. Podemos continuar lo que Johnny dejó a la mitad. Tenemos que averiguar lo que era. Tiene que hacer por recordar. Tratar de acordarse de lo que Johnny le dijo acerca de Luker, Fairweather y Sangore. Trate de acordarse de lo que él tenía para que todos le temieran. Tiene que acordarse de algo.

Había tratado de martillarle sus palabras en el cerebro con toda la fuerza de que era capaz, despertarla al calor de su intensa sinceridad. Ella tenía que decirle ahora si quería ayudarle.

Su ojos se clavaron en los de Simón y sus manos se abrieron y cerraron, nerviosamente.

Luego meneó la cabeza.

—No sé —replicó—. De veras. Pero...

Y se detuvo, frunciendo el ceño. Simón la contempló, sin aliento.

—Pero ¿qué? —apuntó.

—Nada.

Simón dejó caer la ceniza de su cigarro en el cenicero, con infinito cuidado. La reacción le dejó tan vacío que tuvo que moverse con deliberado esfuerzo.

Un camarero se acercó a la mesa y preguntó si querían café.

Simón sintió algo parecido al hielo en su interior. Le parecía que le habían subido a la cumbre de una montaña con los ojos cerrados, haciéndole bajar de nuevo, sin dejarle siquiera echar una ojeada. Mientras daba mecánicamente sus órdenes pensaba en lo que pasaría si se pusiera en pie y le pegara un tiro al camarero a través de su blanca y reluciente pechera. Todo se había perdido. Lo que trataba de crear, no volvería a producirse aquella noche.

Permaneció en silencio mientras les servían el café y las panzudas copas de coñac.

Lady Valeria Woodchester dejó en el cenicero la punta de su cigarro y encendió otro. Luego probó su coñac.

—La vida es dura —observó amargamente—. Me figuro que si uno quiere obtener lo que desea no le queda más remedio que tener mucho dinero. Y eso es lo que yo voy a hacer.

—¿A quién piensa hacer un chantaje? —preguntó Simón.

Sus ojos se abrieron, asombrados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Lo que dije.

La joven se echó a reír; pero su risa sonaba a falso.

Luego vació su taza de café y terminó su coñac. Cuando hubo terminado empezó a recoger sus cosas apresuradamente y se empolvó la nariz.

—Dice unas cosas muy extrañas —murmuró—. Lo siento, pero tengo que irme. Gracias por la cena. He pasado una noche deliciosa... casi todo el tiempo.

—Es demasiado pronto para irse ahora a la cama ¿no es así? —dijo lentamente El Santo—. ¿Se encuentra mal o es que está un poco asustada?

—Tengo miedo de que me salgan arrugas. Siempre me salen cuando me acuesto tarde. Luego tengo que gastarme una fortuna para que me las quiten. Y una muchacha tiene que cuidarse de su aspecto, aunque no pueda cuidarse de nada más, ¿no es así?

Y se puso en pie.

Las manos de El Santo oprimieron los brazos de la silla. Por su cabeza pasaron vertiginosamente una serie de ideas locas o imposibles, pero comprendió que todo era inútil. La atmósfera misma de aquel lugar, estaba en contra suyo.

Un camarero se acercó ceremoniosamente, trayendo la cuenta en un plato.

Simón se puso en pie con inalterable gracia y dejó unas cuantas monedas en el plato. Luego acompañó a *lady* Valeria hasta la puerta y esperó hasta que el portero llamó a un taxi, con un gesto real.

—Está bien —dijo Valeria—. No hace falta que se moleste acompañándome a casa.

Simón le entregó un sobre cerrado. En sus labios se adivinaba el vestigio de una sonrisa irónica.

—Se olvidaba de algo —murmuró.

—¡Oh, sí! De esto.

Cogió el sobre, le echó una mirada y lo metió en su bolso. Parecía como si no le interesara mucho.

Luego le tendió la mano y él se la estrechó.

—Sí... —empezó a decir y se detuvo de repente.

—¿Sí, qué?

La muchacha se mordió los labios.

—No —dijo, vacilante—. No serviría de nada. Siempre existe un pero.

—Se lo compro —respondió Simón, pacientemente—. ¿Qué me contesta?

Valeria sonrió.

—No hay respuesta. Uno piensa: «*Si* esto...», y luego piensa: «*Pero* esto otro», que hace imposible lo anterior —luego agregó—: En realidad, estaba pensando que usted y yo haríamos una combinación perfecta.

—¿Y por qué no?

La joven hizo un ligero gesto. En aquel momento, más que en ningún otro, parecía a punto de estallar en lágrimas.

—¡Oh, váyase al diablo!

Y se echó hacia atrás en el asiento de su taxi, que se alejó.

Simón Templar se lo quedó mirando hasta que el río del tráfico se lo tragó. Y entonces exclamó:

—¡Diablos malditos! —con claridad tan meticulosa que el portero le miró con asombro.

II

Después de esto ocurrieron varias cosas de las cuales Simón Templar nunca tuvo noticias muy claras.

Míster Algernon Sydney Fairweather se hallaba en uno de los salones de su ultrarespetable club, fumando un excelente cigarro y gozando de las delicias del coñac de sobremesa y de una tranquila conversación con un obispo, un embajador retirado y un *baronet*, cuando le llamaron al teléfono.

—Soy Valeria —dijo una voz—. Siento mucho tener que molestarle, pero quisiera que me diera un consejo. ¿Le importa? Es acerca de Johnny.

—¿Acerca de qué quiere que la aconseje? —preguntó inquieto míster Fairweather—. Espero que ese Templar no habrá continuado molestándola.

—No... al menos no, exactamente —repuso ella—. Quiero decir que es muy fácil llevarse bien con él y que simplemente tira el dinero, pero hace muchas preguntas.

Fairweather se aclaró la garganta.

—Ese hombre se está convirtiendo en una verdadera molestia —dijo imperiosamente—. Pero creo que lo arreglaremos pronto. Me alegro de que me lo haya dicho. Mañana le diré unas palabras al comisario de policía, para que se cuide de él.

—¡Oh, no, no haga eso! —suplicó Valeria apresuradamente—. Puedo cuidarme yo sola y es muy agradable sentirse perseguida por un personaje tan famoso como El Santo. No era para eso para lo que le llamaba. Lo que quería era pedirle un consejo particular acerca de algo que Johnny me dejó.

—¿Algo que le dejó Kennet?

—Unos papeles que me dio a leer hace una semana o dos; un envoltorio grande.

Míster Fairweather experimentó la curiosa sensación de que las paredes se iban acercando al mismo tiempo que el techo y el suelo comenzaban a unirse. Y como se hallaba en una cabina y le quedaba muy poco espacio para envolver su amplia circunferencia, la sensación era verdaderamente horrible.

—¿Papeles? —preguntó roncamente—. ¿Qué papeles? ¿De qué trataban?

—No lo sé. Johnny decía que eran muy importantes tantas cosas, que yo no me puedo acordar de lo que decían. Ni siquiera los leí.

El avance de las paredes se detuvo un momento. Míster Fairweather logró introducir un poco de oxígeno en sus pulmones.

—¿No los leyó? —repitió débilmente—. Está bien, me parece que mejor será que yo eche un vistazo a esos papeles. Hizo bien en decírmelo. Ahora pasaré a verlos.

—No serviría de nada. No los tengo aquí. Ni siquiera sé en dónde están. Por eso quiero que me aconseje.

La acumulación de efectos contradictorios estaba mareando ligeramente a míster Fairweather. Nerviosamente se secó la frente.

—¿No los tiene? —chilló agudamente—. Entonces, ¿quién los tiene?

—Nadie. Al menos... es muy difícil decirlo así de repente. Lo que pasó fue lo siguiente. Johnny y yo nos peleamos: la discusión de costumbre acerca de su padre, de míster Luker y de todo eso. Le dije que no fuera ridículo y él sacó de repente un gran sobre lleno de papeles y me lo puso en las manos diciéndome que cuando lo leyera ya vería como no era tan ridículo. Luego enfurecido, me dejó y como yo tenía muchas cosas que hacer y no iba a ir por ahí con un sobre en la mano, lo guardé en cualquier sitio y no volví a pensar en él hasta el otro día.

—¿Qué quiere decir con los *guardé*? —gimió Fairweather como un alma en pena—. Debe haberlos dejado en algún sitio. ¿En dónde fue?

—Eso es lo que no sé. Claro está que *tienen* que estar en algún sitio; quiero decir, que no los tiré en la calle o algo así. Pero sencillamente no puedo recordar dónde están. Me parece que los dejé en el guardarropa de la Estación de Piccadilly, o quizá en el guardarropa del Savoy. En realidad, estoy segura de que los dejé en un guardarropa.

Fairweather se asió a la mesita para no caer.

—Entonces debe tener la contraseña —advirtió con terrible lógica—. ¿Por qué no la busca?

—¡Porque no puedo! —contestóle, quejumbrosa—. Es un fastidio. La contraseña estaba en mi maleta y se perdió en el incendio con todo lo *demás*.

—Pero... —bufó Fairweather.

La palabra «pero», no se usa generalmente para expresar una intensidad cósmica de emociones, pero la pronunciación de míster Fairweather la revistió de una profundidad y un color que no creo puedan ser perfeccionados.

—Me pregunto si no sería una buena idea el pedirle a míster Templar que me ayudara —prosiguió Valeria—. Quiero decir que, como parece interesarse mucho por mí, quizá le agradara hacerlo si yo fuera amable con él y parece tener mucha experiencia en eso de descubrir cosas perdidas.

—Grrr —gruñó Fairweather.

Si eso hubiera sido posible, el sonido superó a su pronunciación de la palabra «pero». Esta vez con una ululación primitiva añadió a su sinfonía de emociones el pánico repentino de la hiena perseguida que siente aproximarse un tigre hambriento y el expirante suspiro del pajarito dorado que cae bajo las zarpas de un gato juguetero.

—Claro está que yo tengo la culpa por haberme olvidado —siguió diciendo Valeria—. Quiero decir, que si esos papeles eran tan importantes, yo debí haber

hablado de ellos en la encuesta. Por eso quiero que me aconseje. ¿Cree que debo ir a Scotland Yard y decirles lo que ha pasado?

Míster Fairweather no podía hundirse más.

—Escuche —respondió con una terrible y muda violencia—. Debe quitarse ahora mismo esa idea de la cabeza. La policía no tiene discreción. Piense en... el daño que podría causarle al pobre padre de Johnny. Y, pase lo que pase, ni una palabra a Templar. ¿Le ha hablado ya por casualidad de esos papeles?

—No, no de un modo definitivo. Pero creo que sospecha algo. Es terriblemente desconfiado. Me ha preguntado dos o tres veces si Johnny me había dado algo a guardar o si yo sabía dónde guardaba sus papeles privados. Pero no puede hacerme nada porque ya he tomado mis precauciones. Celia Mallard debe saber dónde yo guardé esos papeles y acabo de escribirle ahora. Está en Cap d'Ail, pero me escribirá probablemente dentro de uno o dos días.

—¿Celia Mallard sabe dónde están? —gimió Fairweather—. ¿Cómo diablo lo sabe?

—Me parece recordar que estaba con ella cuando los guardé, y como tiene una memoria maravillosa probablemente se acordará. Se lo contaba en mi carta y le decía que valían miles de libras y que El Santo andaba detrás de ellos. Así que, si me pasaba algo, que fuera inmediatamente a la policía. ¿No le parece que eso impedirá que El Santo haga alguna tontería?

La boca de míster Fairweather se abrió. Después de todas las vicisitudes tenía que sufrir la sensación culminante del que pasa de una sartén a un baño helado. El contraste le animó por un instante; pero temblaba.

—Así creo —pudo decir—. ¿Pero qué la hizo pensar que esos papeles valían miles de libras?

—No lo sé. Pero pensé que si eran tan importantes, alguien pagaría por ellos mucho dinero, ¿no le parece? —fue la razonable respuesta.

—No —repuso firmemente Fairweather—. Pero... eh... yo veré que no pierda su tiempo. Ahora, ¿querrá decirme lo que pasará con ellos tan pronto como le conteste Celia Mallard o recuerde lo que hizo con ellos? Y... ¡hum!... si es un asunto de dinero... ¿No me dijo una vez que le hacía falta un auto para que hiciera juego con su abrigo de pieles?

—¿Cómo puede hablar de eso? —se quejó Valeria patéticamente—. Ese abrigo de pieles me recuerda ahora al pobre Johnny... Por favor, no hable más de ello; creo que sado un día tan agotador... Creo que será mejor que cuelgue antes de que me desmaye en serio. Adiós. —Y colgó el receptor.

—¡Un minuto! —dijo de repente Fairweather.

Pero no obtuvo respuesta.

* * *

Lady Valeria Woodchester se paseaba a lo largo del moderno y brillante gabinetito, en su departamento de *Marsham Street*. Al cabo de un rato metió un cigarrillo en su larga boquilla y cogió la bebida que había dejado para ir al teléfono. Luego echó una mirada a una fotografía que había en una mesita, que representaba a un muchacho moreno y serio.

—¡Pobre Johnny! —dijo suavemente—. Te jugaron una mala pasada, querido...

* * *

Míster *Algernon Sydney* colgó el receptor a su vez. Luego sacó una moneda y la echó en la ranura; después de un instante de duda, colgó el receptor de nuevo y sacó la moneda.

Veinte minutos después se paseaba nerviosamente sobre la lujosa alfombra de una habitación que daba a *Grosvenor Square*, contando excitadamente su historia ante los fríos y observadores ojos de *Luker*.

—¿La creyó cuando le dijo que había perdido la contraseña? —preguntó éste.

Estaba tan tranquilo como agitado *Fairweather*. La expresión de sus ojos era ligeramente desdeñosa.

—No sé qué creer —repuso *Fairweather* pensativamente—. Eh... pensándolo de nuevo, no la creo. He tratado bastante con ella para conocer sus métodos y creo que lo que intenta es ver cuánto dinero puede sacarnos.

—O cuánto dinero puede sacarle a *Templar* —dijo flemáticamente *Luker*—. ¿No sabe que cenó esta noche con él en el *Barkeley*?

Fairweather se echó hacia atrás como si le hubieran pegado en la cara.

—¿Cómo? —tartamudeó—. ¡Pero si yo le dije que no tratara con él!

—Probablemente lo hizo por eso —replicó fríamente *Luker*—. Yo tenía idea de que algo de esto iba a ocurrir y los hice vigilar a los dos. Quizá sea él quien le haya indicado lo que debe hacer.

—¿Cuánto dinero cree usted que quiere ella? —preguntó *Fairweather*.

—No sé. Ni me importa mucho. No creo que sea muy importante. El dinero sólo es una solución temporal; nunca se sabe cuándo querrá repetir la dosis. Esa historia del guardarropa puede ser un mito desde el principio hasta el fin. A lo mejor tiene los papeles en su tocador. Y quizá no los tenga en ninguna parte. Su actitud es lo importante; y teniendo a ese *Templar* en el fondo de todo este asunto no sería prudente arriesgarse. No, querido *Algy*. Creo que tendremos que dar unos pasos más decisivos.

—¿Qué clase de pasos? —inquirió débilmente *Fairweather*.

Aquello pareció divertir a *Luker*. En las comisuras de sus labios apareció la sombra de una sonrisa.

—¿De veras quiere saberlo? —preguntó con interés.

—Quiero decir... —Fairweather no pudo seguir adelante. El cuello de su camisa le ahogaba—. No... no creo que... —añadió—. Yo... no...

Luker se echó a reír.

—Hay en usted y en Sangore una especie de mojjigatería barata que es casi indecente —dijo—. Son como dos solteronas asustadizas que fueran dueñas de un burdel. Quieren su dinero, pero están decididos a no saber de dónde viene. Si se tiene que hacer algo desagradable o drástico, está bien, con tal de que no tenga que hacerlo ninguno de ustedes. Así pensaban cuando teníamos que librarnos de Kennet. Ahora se trata de Templar y de *lady* Valeria. Tenemos que asesinarlos. ¿No cree que ellos se lo han buscado?

Fairweather se estremeció como si corriesen hormigas por su cuerpo. Su cara relucía de sudor.

—Yo... En fin... No creo...

—Me figuro que piensa que yo soy excesivamente vulgar —continuó, implacable, Luker—. ¡Tengo un modo tan crudo de decir las cosas! ¿No es así? Pero es lo mismo. Váyase a casa, tómese una taza de té y olvídense del asunto. No hace falta que le diga que se calle, ¿verdad? Ya sé que es un gusano y usted también lo sabe, pero no hace falta que lo sepa nadie más.

—¡Vamos, Luker! —estalló, indignado, Fairweather—. Yo... yo...

—¡Oh, váyase! —le interrumpió Luker—. Tengo que trabajar.

Hablaba sin impaciencia; si su voz tenía algún acento era el de una benévola tolerancia. Pero no cabían argumentos. Fairweather se marchó.

Luker permaneció un momento sentado ante su mesa. Los estallidos emotivos de Fairweather no le habían hecho impresión. Nunca se hizo ilusiones acerca de sus asociados. Hacía mucho tiempo que le eran familiares los prejuicios de los políticos, los generales y los capitanes de industria. Pero aquellos mismos prejuicios eran para él una especie de compensación. Cuanto más drásticas fueran sus medidas, más ciegamente se verían obligados a seguirle, y su seguridad se haría más indispensable para su propia seguridad. Los problemas que consideraba eran de índole puramente práctico. Durante un momento permaneció pensativo, mirando su estilográfica. De pronto cogió el teléfono y empezó a dar órdenes incisivas y terminantes.

III

—¿Fue agradable la cena? —preguntó Patricia Holm—. ¿Y cómo era la nueva candidata de tu harén?

Simón Templar se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa hasta la cintura, y se sentó cómodamente en uno de los sillones, delante de las ventanas abiertas. A través de las cortinas entraba el ruido incesante del tráfico de Piccadilly y una mezcla de aire bochornoso de hollín y petróleo, demasiado espesa para poder llamársela brisa; pero, a pesar de eso, el espacioso departamento de la Cornwall House, que era el cuartel general de El Santo en Londres, estaba relativamente fresco y tranquilo.

—La cena estuvo magnífica, gracias —dijo lúgubrememente—. Las *truites au bleu* estupendas, y los *pigeons truffés en aspic* un sueño. La candidata estaba más guapa que de costumbre, lo que ya es bastante. Se fue pronto a su casa. Desde entonces he estado ahogando mis penas en el café Royal.

Patricia le contempló preocupada.

—La cena era buena, la candidata era guapa y se fue pronto a casa —dijo—. ¿Qué le pasaba?

—Quería hacer su cura de belleza —dijo El Santo—. Dame ese agua de cebada, Hoppy.

Y estirando uno de sus largos brazos arrebató una botella de *whisky* de las manos codiciosas de míster Uniatz.

—Lo que Hoppy necesita es un *whisky* muy comprimido —dijo.

—¿Fue tu brillante conversación lo que la hizo bostezar? —preguntó Peter—. ¿O estaba equivocada en cuanto al sueño que le hace falta para su belleza?

Simón echó soda en su vaso y bebió meditativo.

—Es una chica atractiva —respondió—. Me gusta. Es tan inocente e inofensiva como un tiburón hambriento. Lo malo es que no se da cuenta de que una mañana, si no tiene cuidado, puede amanecer en un callejón con la garganta acuchillada, lo que sería una lástima, con su cara y su tipo.

—¿No le sacaste nada útil? —preguntó Patricia.

—Se mantuvo firme —dijo tristemente El Santo—. Hice lo que pude, pero podía haberme evitado la molestia. Aunque parezca asombroso, no quiso confiarse a mí. Los secretos de su corazón juvenil siguen siendo secretos, al menos para mí.

Peter chasqueó la lengua.

—La has visto cuatro veces y no se ha confiado a ti —murmuró con triste acento—. Debes estar perdiendo tu personalidad. Por lo general no resisten tanto.

—¿Qué quieres decir con eso de «resisten»? —preguntó El Santo, sin rubor.

—Se refiere a las candidatas a tu harén —repuso Patricia—. Las flores silvestres que se inclinan tímidamente ante ti cuando pasas a su lado. Ésta debe tener un corazón muy duro cuando no ha sucumbido todavía a tus varoniles encantos.

Simón sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Sí, es dura —admitió—. Pero no sé si es *muy* dura. Va a necesitar de toda su dureza para tomar parte en éste juego. Ha entrado en él y me pregunto si se habrá dado cuenta de lo arriesgado que es. Esta noche hubo un momento en que pensé que iba a franquearse, pero se calló y se fue a su casa.

—Entonces empezó a franquearse —dijo Peter.

El Santo asintió.

—Sí, empezó a franquearse. Pero como no terminó, más vale que lo olvidemos. Sabe algo... al menos pude averiguar eso, aunque ella no quisiera admitirlo. Quiere jugar la partida sola, y por eso, como decía, probablemente conseguirá que le corten el cuello.

Se puso en pie, en un acceso de indomable energía, y sus ojos azules miraron a su alrededor casi furiosos.

—¡Maldita sea! —exclamó lentamente—. El plan está completo; sólo falta una cosa. Yo lo he pensado lo menos doce veces desde que salimos de Sanford y me figuro que vosotros habréis hecho lo mismo. Vamos a recorrer de nuevo los hechos para formar un todo.

—Muy bien —asintió Peter—. Hazlo. Nos gusta oírte y tú puedes escucharte a ti mismo.

—Entonces, vamos a ello. Tenemos a nuestro amigo Luker, el contrabandista de armas. Está trabajando. En este caso trabaja en compañía de dos de sus secuaces llamados Sangore y Fairweather, dos caballeros altamente estimados con completa fe en su propia respetabilidad, pero completamente a sus órdenes para lo que les necesite. Mezclada también ligeramente en esto se encuentra *lady* Valeria, una especie de gancho de Fairweather. Muy bien. En el otro lado tenemos a dos pacifistas bien intencionados, pero no muy listos: Kennet y Windlay. No se sabe cómo han averiguado algo sucio acerca del trabajo de Luker. Y aquí es donde se demuestra su falta de talento. Amenazan con denunciarle, a menos que Luker deje su trabajo. Pero Luker no lo deja. Su primer movimiento lo lleva a cabo a través de Fairweather, quien lanza a *lady* Valeria contra Kennet a ver si puede hacerle que abandone sus irritantes ideales. Fracasa. *Lady* Valeria es usada entonces por última vez para atraer a Kennet a Whiteways a una conferencia, en donde le sucede un desgraciado accidente. El *coroner*, buen amigo de la aristocracia, es persuadido de que Kennet fue sorprendido lleva adelante la encuesta a su modo para evitar el escándalo. Todo sale bien; mientras tanto, Windlay es asesinado misteriosamente, al parecer por un asaltante desconocido. Bien de nuevo.

—Y tan agradable —dijo Peter—. Especialmente para los muertos.

—Desgraciadamente, la cosa no acaba aquí. La pandilla no ha encontrado los papeles de Kennet. Y al mismo tiempo, Kennet se enamoró de *lady* Valeria con el suficiente interés para darle algunas noticias de dónde están esos papeles o lo que sean. Llegamos ahora a la psicología de *lady* Valeria.

—Creí que llegaríamos a eso de un modo perfectamente eventual —dijo Patricia.

Simón le arrojó un almohadón.

—En realidad, no es mala muchacha —advirtió—. Pero le gusta darse buena vida y tiene una habilidad casi infantil para racionalizar todo lo que le ayuda a pasar un buen rato. No es tan tonta como pretende ser. Cuando Kennet perece en un accidente

altamente sospechoso y Windlay es asesinado, se despierta un poco, posiblemente ayudada en parte por mi brusca franqueza. Y quizá llega a sentir verdaderos remordimientos. A juzgar por los síntomas, yo diría que sí. Sin darse cuenta se ha dejado ir un poco más de lo acostumbrado y ha ayudado a algo verdaderamente feo. Pero también se da cuenta de que eso le da cierta influencia sobre Fairweather y los otros. Sin embargo, no quiere confiar en mí. Prefiere remar ella sola. Y por lo que veo sólo puede ir a dos sitios de ese modo. O se le ha ocurrido la idea absurda de pagar su deuda, llevando adelante ella sola el trabajo de Kennet y vengándose de la pandilla que la usó de cebo, o simplemente pretende hacerles víctimas de un chantaje. Y quizá me equivoque, pero me parece que su plan es una combinación de las dos cosas.

Peter Quentin se puso en pie y llenó de nuevo su vaso. Luego se sentó y se quedó mirando seriamente a El Santo.

—¿Y es ella el único punto de unión que tenemos con lo que está ocurriendo?

—El único. Kennet y Windley han muerto y no sacaríamos nada de Luker y compañía, a menos que lo hiciéramos por la fuerza, lo que no es muy probable. Estamos atados de pies y manos. No nos queda más remedio que sentarnos y aguardar mientras ella juega estúpidamente por su parte. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Usarla como anzuelo y esperar a que pase algo, corriendo el riesgo de que al fin nos sea tan útil como Kennet? ¿O empezar de nuevo y tratar de averiguar algo por otra parte?

—Tú dirás —dijo Pat.

Hubo una pausa en la que sólo se escuchó el intermitente gorgoteo que había puntuado la conversación, procedente del rincón en que se encontraba míster Uniatz, perdido en las nieblas salvajes del pensamiento, en compañía de su fiel botella de *whisky*.

Y en aquel instante sonó el teléfono.

El sonido vibró en el silencio con una aguda improvisación, que dejó a todos extrañamente inmóviles. Había muchas personas de la gran lista que conocían a El Santo que podían llamar a aquella hora; y, sin embargo, por una razón ilógica, el abrupto sonido le produjo una extraña sensación en el estómago. Quizá se debiera a lo que acababa de decir. Alzó la cabeza y se quedó mirando a los demás, pero todos tenían la misma expresión de inquieto presentimiento.

Simón cogió el receptor.

—¡Hola! —dijo.

—¿Eres tú, Simón querido? —le contestaron—. Soy Valeria.

Un suave cosquilleo le recorrió la espina dorsal y desapareció al instante. En realidad, no podía decir cuál era la causa de todo aquello. Su voz era normal y, sin embargo, había en ella una tensión indefinible que le hacía ver todo claramente. De repente su cerebro empezó a funcionar con una anormal frialdad y transparencia.

—Hola, querida —dijo tranquilamente—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias... Escucha, Simón, ¿recuerdas aquella contraseña de guardarropa que yo te di a guardar?

Simón lanzó una bocanada de humo.

—Desde luego —dijo sin dudar un instante—. Está en lugar seguro.

—Bien. Pero ¿sabes?, creo que sería mejor que me la devolvieras enseguida. Siento mucho molestarte, pero se trata de algo importante; ya te lo diré cuando vengas. ¿Puedes venir?

—Claro que sí —respondió con presteza—. En este momento estaba pensando en hacer algo útil.

—Sabes donde vivo, ¿verdad?

—Eso creo. En cuanto volví a casa busqué tus señas en la guía de teléfonos y estaba esperando precisamente tu invitación.

—Bueno, pues ya estás invitado. Y escucha. Nadie debe saber que vienes a verme. Después te diré el porqué.

—Nadie lo sabrá —aseguró El Santo sin dejar de mirar a Patricia—. Dentro de diez minutos estaré allí.

—Gracias, querido. Date prisa.

—Me la daré.

Colgó el receptor y se quedó junto al aparato. En sus ojos azules danzaba una llamita misteriosa. Ya no había dudas ni problemas. Toda la energía, que tanto trabajo le costaba refrenar, se había cristalizado ahora en un ímpetu claro y arrollador. Sonreía.

—¿Oísteis, amigos? —dijo.

—Quiere verte —respondió Patricia—. ¿Crees que debo inquietarme?

—Quiere algo más —aclaró Simón—. Quiere que le devuelva una contraseña de guardarropa que me dio a guardar, lo que entre paréntesis no ha hecho. Y quiere que se la lleve enseguida y nadie debe saber que fui allí. Y alguien estuvo escuchando todo el tiempo, para ver lo que decía. Así que no puedo faltar a la cita.

La sonrisa del Santo era deslumbradoramente seráfica.

—¡Os dije que iba a ocurrir algo, y por lo visto empieza ahora! —concluyó.

IV

—Esperad un momento mientras me pongo mi traje de caza —dijo.

Y desapareció tras una puerta; pero apenas si hacía un minuto que había desaparecido, cuando ya estaba de vuelta. Comparado con El Santo, el transformista más hábil hubiera parecido una vieja duquesa vistiéndose para un baile de la Corte, y,

cuando tenía prisa, hacía cosas con sus vestidos que bordeaban lo milagroso. Ahora se había puesto un traje gris de corte impecable. Su camisa, que acababa de cambiarse, estaba abotonada hasta el cuello, la corbata anudada, y al entrar estaba cargando la recámara de una brillante «Luger».

—¿Piensas ir en serio? —preguntó Patricia, desconsolada.

Sabía que su pregunta era inútil y la traviesa curva de sus cejas era una respuesta suficiente.

—Claro que no, querida —respondióle—. Este es mi pijama nuevo.

—¡Pero vas a hacer lo que ellos quieren que hagas!

—Quizá. Pero ¿saben ellos que yo lo sé? No lo creo. La llamada telefónica era tan conmovedora como la súplica de un niño... y tan clara, al menos para el tipo que escuchaba. Solamente que Valeria sabe que nunca me dio a guardar nada y sabe que yo lo sé. Se encuentra en un apuro en su piso y ésa era la única manera de llamarme en su ayuda. ¿Quieres ahora que me quede en casa haciendo media?

Patricia se puso en pie y lo besó.

—Ten cuidado, muchacho —le recomendó—. Ya sabes que el negro me sienta muy mal.

Peter Quentin apuró su vaso y se levantó, abrochándose la chaqueta, con un hondo suspiro.

—Me figuro que este es el fin de nuestro descanso de esta noche —dijo—. Debía haberme quedado en Anford —y saludó a Patricia—. ¿Nos excusarás a Hoppy y a mí si nos marchamos para cuidar de los dragones, mientras el niño bonito hace gestos enfrente de la heroína? No queremos que le pase nada. ¡La vida sería entonces tan tranquila y tan aburrida!

Simón se detuvo junto a la puerta.

—Un momento —dijo—. Quizá haya policías u otros emisarios de la pandilla rondando por ahí fuera. Pat, ¿quieres llamar a Sam Outrell y decirle que me espere en el garaje?

Mientras bajaban en el ascensor, El Santo sintió que la emoción del momento se filtraba embriagadoramente por sus músculos. La lúcida rapidez de su cerebro iba construyendo un claro y sencillo plan de acción, en el que se movía con lenta precisión, dando paso tras paso con matemática destreza.

En el garaje del sótano, Sam Outrell, el portero, estaba esperándole y le abrió la puerta del ascensor con una mirada de plácida expectación y una suave sonrisa en su cara bucólica. Simón se acercó al «Hirondel».

—¿Otra vez al trabajo, señor? —preguntó Sam, que conocía desde hacía muchos años la irregular existencia de El Santo.

—Eso creo, Sam —respondió El Santo metiendo sus piernas en el asiento delantero, mientras Peter y Hoppy saltaban a los asientos de detrás—. Y quiero pedirle que nos haga un pequeño favor, si hay alguien detrás de nosotros. Saque su

coche y salga detrás de mí, pegado al mío. Cuando yo saque la mano, dé la vuelta a su auto y crúcelo en la calle. Sólo le necesito uno o dos minutos.

Y puso el coche en marcha. El «Hirondel» se acercó al pie de la rampa y permaneció allí, calentando su motor hasta que el coche de Outrell se colocó detrás. Entonces se puso en marcha y subió la rampa seguido por el otro coche, que parecía pegado a su guardabarros.

Salieron por una callecita desierta que había en la parte de atrás de la Cornwall House. Cerca del garaje había un taxi parado y un poco más allá un cochecito de carreras con un hombre leyendo distraídamente un periódico; quizá se tratara de dos autos inocentes, pero en ese caso no les pasaría nada si arrancaban en unos cuantos minutos.

El Santo sacó la mano e hizo un ligero movimiento.

Entonces oyó el chirrido de los frenos del coche de Sam Outrell y sonrió para sus adentros mientras giraba rápidamente hacia Halfmoon Street. El ruido del motor se hizo más intenso y se convirtió en un verdadero zumbido al desembocar en Piccadilly y lanzarse hacia Hyde Park Corner.

Peter se hundió en su asiento y se volvió a Hoppy.

—Me figuro que habrás pagado las pólizas de tu seguro de vida, Hoppy —dijo.

—Nunca me hice uno —repuso seriamente míster Uniatz. Y al cabo de un rato preguntó preocupado—: Jefe, ¿cree que debo hacerme asegurar?

—Me parece que ya es demasiado tarde —le dijo Peter para animarle—. Pero quizá sea lo mismo. No creo que tengas un montón de esposas por ahí, ¿eh?

Míster Uniatz se rascó la cabeza.

—No lo sé, jefe —respondió con timidez—. Cada vez que me caso no pienso mucho en ello. Así que nunca sé si estoy casado o no.

—Cuando hayáis acabado de discutir vuestros problemas sentimentales —dijo El Santo—, será bueno que tratéis de pensar en lo que puede ocurrir en Marsham Street.

—Ya lo sabemos —repuso Peter—. ¿Verdad, Hoppy? Si conseguimos llegar allí vivos, lo que no es probable, nos lanzamos en vanguardia y tratamos de atraer las balas hacia nosotros, mientras la bella heroína se desmaya en los brazos de Simón.

Simón lanzó el coche al otro lado del camino, chocando casi contra un taxi que se interponía, y mientras hacía esto con su mano libre le quitó el cigarrillo que Peter estaba fumando.

—Aproximadamente —dijo—, excepto que, como de costumbre, donde estaréis será en la retaguardia. Claro está que todo esto no son más que probabilidades, pero creo que andan muy cerca de la realidad. Debe haber uno o dos hombres en el piso. Cuando yo llame a la puerta uno de ellos vendrá a abrir. No creo que la abran enseguida, y al menos uno tendrá que quedarse con Valeria para que no grite. Además, se figurarán que yo voy allí como un inocente corderito. Ahora bien, a mí me parece que hay dos caminos. Primero: el guerrero que abra la puerta se encontrará de manos a boca con un revólver...

Y siguió planeando posibilidades con frases cortas y lúcidas, dictando la táctica suprema de sus movimientos, con tal claridad y sencillez, que ni siquiera Hoppy Uniatz podía equivocarse acerca de lo que significaban. El plan en sí quizá fuera muy sencillo, pero en sus detalles se veía el genio de la persona para quien las audacias más asombrosas no significaban nada.

—Muy bien, patrón —asintió Peter sobriamente mientras el coche entraba en Marsham Street—. Pero no te olvides de que eres el responsable de las viudas y huérfanos de Hoppy.

Habían llegado a su destino, que era una de esas manzanas de departamentos modernos que han transformado de un tiempo a esta parte la lúgubre topografía de aquél barrio. Cerca de ella había parados uno o dos coches, pero por lo demás, la calle estaba absolutamente desierta. Simón lanzó una rápida mirada a las luces de varias ventanas, mientras bajaba y cruzaba rápidamente la acera, cuidando de pisar sin ruido, porque sabía muy bien el eco que podía despertar el sonido de sus pasos en una calle desierta. Luego siguió adelante sin decirle nada a los otros, porque todas las oportunidades habían sido previstas ya, de acuerdo con sus instrucciones. Leyó el número del departamento en el indicador que había en el portal, y luego el ascensor los condujo hasta el último piso. El Santo estaba tan frío como el cromo y tan preciso y seguro como una máquina. Dejó abiertas las puertas del ascensor hasta que vio que Peter y Hoppy habían tomado sus posiciones, aplastándose contra la pared a los lados de la puerta; luego, apretó el timbre.

Hubo un intervalo de quizá diez segundos y al cabo de ellos la puerta se abrió.

Y se abrió de acuerdo con el primer diagnóstico de El Santo, descubriendo el desagradable cañón de un revólver con silenciador, en las manos de un hombre achaparrado y con cara de mono, que era quien había abierto la puerta.

—Entre —dijo.

Una mezcla de profundo asombro y de incredulidad se pintó en el rostro de El Santo, que era exactamente lo que él quería.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó irritado—. ¿Quién diablos es usted?

—Entre —repitió fríamente el otro—. Y alce las manos. ¡Vamos, aprisa, antes de que le dé algo!

El Santo alzó las manos y entró. Pero, al hacerlo, sus omoplatos rozaron ligeramente la puerta, impidiéndole al otro momentáneamente acercarse a ella. Entonces, el hombre se volvió a medias para cerrar la puerta sin dejar de vigilar a Simón. Y aquello formaba parte del plan que El Santo había preconcebido. Simón dio la señal con una ligera tosecilla; y por detrás del hombro del hombre apareció la dura cara de Peter Quentin, sigilosa, y junto a ella una mano que empuñaba una porra de goma. Se escuchó un apagado «clac» y los ojos del hombre se tomaron cómicamente vidriosos.

En aquel instante ocurrieron otras cosas con la rapidez y soltura de un truco ensayado. Las manos de El Santo se abatieron como halcones sobre el hombre de

cara de mono y, retorciéndole las muñecas, le arrancaron el revólver. Al mismo tiempo, Peter Quentin se echaba a un lado y era reemplazado por Hoppy Uniatz, cuyas macizas garras asieron la garganta del hombre gorila antes de que Peter hubiera dejado la porra. Mientras tanto, El Santo le entregaba el revólver a Peter y éste se lo hundía al hombre junto a las costillas. Todo esto fue realizado con la absoluta perfección de un equipo entrenado y el espectador más exigente no hubiera podido encontrarle la más mínima falta o pérdida de tiempo. Luego, El Santo le dijo al hombro mono al oído:

—Un susurro sólo y verás lo que te pasa. —Y luego se echó un poco hacia atrás—. Está bien, Hoppy, déjale respirar.

Los poderosos dedos de míster Uniatz se aflojaron lo suficiente para permitir la penetración del aire. El golpe de la porra, delicadamente calculado, había servido para adormecer el cerebro del hombre el tiempo suficiente para permitir aquellas maniobras, sin atontarlo del todo. Sus ojos miraban ahora a El Santo con la pálida mirada de un terrible miedo.

—Hable bajito —dijo El Santo con una entonación fantasmal—. ¿Qué es lo que iba a ocurrir después?

—Iba a entrarle ahí dentro... Hay dos tipos que quieren verlo.

La mirada de Simón había recorrido ya el diminuto vestíbulo. Las tres puertas que ciaban al mismo estaban cerradas. El hombre mono indicó la del centro.

—Está bien —asintió El Santo—. Entremos como si no hubiera pasado nada.

Le pasó su propia automática a Peter, le quitó el revólver con silenciador, sacó las balas que contenía, las metió en el bolsillo de Hoppy y luego se lo devolvió a su dueño.

—Apúnteme con él y entremos —ordenó—. Cuando entremos, deje la puerta abierta. Y no se olvide de una cosa: una sola palabra o siquiera una mirada que le haga comprender al comité de recepción que ha ocurrido algo, entonces... será el primer héroe muerto de esta noche. —La voz de El Santo era tan acariciadora como el terciopelo, pero tan fría como un mar polar—. Vamos.

Se volvió de espaldas y se colocó en el centro del vestíbulo; y entonces, el hombre mono, apremiado por un movimiento del revólver de míster Uniatz, se colocó desmayadamente detrás de él.

Simón abrió la puerta y entró en la habitación con los brazos en alto. En un rincón de ésta se encontraba *lady* Valeria Woodchester, amarrada toscamente a una silla; uno de los hombres estaba inclinado sobre ella, tapándole la boca con la mano. El otro se hallaba al otro extremo con un cigarrillo en una mano y una pequeña pistola automática en la otra.

Los ojos de El Santo recorrieron la escena.

—¡Buenas noches, amigos! —dijo lentamente—. ¿Cómo están esta noche los hijos ilegítimos de Francia?

CAPÍTULO V

DE CÓMO SIMON HIZO UN FAVOR A LADY VALERIA Y EL INSPECTOR JEFE TEAL REHUSÓ UN DESAYUNO

I

Los dos hombres que se hallaban inclinados ante *lady* Valeria se irguieron de repente. Uno de ellos era delgado y esbelto y llevaba su cabello negro peinado hacia atrás, y tan pegado, que parecía más bien encerado. Sus ojos eran vivos e inquietos; sus movimientos repentinos y silenciosos como los de un lagarto. Se le imaginaba escondido en rincones oscuros y animado de propósitos siniestros.

El Santo sonrió a *lady* Valeria cuando el hombre lagarto retiró la mano que le cubría el rostro dejándolo visible. La expresión que reflejaba era una mezcla de alegría y alivio; pero luego, cuando vio que seguía con las manos en alto y al hombre mono que le seguía, con el revólver apuntando hacia él, se tornó en una expresión de extrañeza y abatimiento.

—¡Hola, querida! —dijo El Santo—. ¿Sabes que tienes unos amigos muy simpáticos?

Valeria no respondió. Sus ojos le miraban llenos de reproche; parecía como si él la hubiera desilusionado grandemente. Simón comprendió que su actitud era excusable pero, a pesar de eso, tenía que dejar que siguiera desilusionada un poco más.

Entonces su sonrisa viajó de la pistola al cigarrillo.

—Hace muy buen tiempo, ¿verdad? —murmuró haciendo él sólo el gasto de la conversación.

El otro hombre era más grueso y tenía un aire de consciente arrogancia. Sus ojos eran fríos e intolerantes y sus altaneros mostachos le daban el aire de un guardia prusiano. Miró a Simón con una especie de curiosidad y luego le hizo un gesto al otro, con su cigarrillo.

—Desármeme y regístrele, Dumaire.

—¿Así que se llama Dumaire? —dijo cortésmente El Santo—. ¿Me permite que le felicite por su peinado? Hasta ahora nunca vi la cera de los pisos empleada en la cabeza. Y ya que estamos aquí, ¿por qué no me presenta a su tío?

Dumaire no contestó y se dedicó simplemente a hacer lo que le habían indicado, o sea, a registrar los bolsillos de El Santo. Y así, fue sacando unas llaves, una pitillera,

un encendedor y una estilográfica y los fue dejando en una mesita, junto a él. Mientras Dumaire colocaba el contenido de los bolsillos de El Santo sobre la mesa, el otro hombre contestó a Simón.

—Si eso le interesa algo —le dijo—, soy el mayor Bravache^[5], comandante de una división de los Hijos de Francia, acerca de los cuales me parece que acaba de decir algo.

Su inglés era perfecto, con un ligero acento extranjero.

—¡Magnífico! —respondió lentamente El Santo—. Pero ¿sabe en qué mala compañía se encuentra? Este pájaro que está detrás mío, por ejemplo, no sé lo que le habrá dicho, pero su verdadero nombre es Sam Pietri y ha cumplido ya tres condenas por robo con violencia.

El inofensivo revólver tembló involuntariamente contra su espalda y El Santo no pudo por menos de reírse para sus adentros al pensar en las angustias que estaría sufriendo el hombre de la cara de mono, obligado a ser un cómplice impotente y sufriendo, además, del dulce recuerdo de la porra de goma. El Santo hubiera dado cualquier cosa por ver la cara de su guardián. Sin embargo, los otros no hacían el menor caso de Pietri. Dumaire, una vez terminado su trabajo, se había recostado contra la pared y miraba a *lady* Valeria con una mirada de lascivia en sus ojos de reptil, que revelaban bien claramente cuáles eran sus principales pensamientos; Bravache hacía como si no hubiera oído las últimas palabras de El Santo. Estaba ocupado en mirar las cosas que tenía entre sí, en la mesa. Al fin, retiró un trozo de papel con un gran número impreso en el mismo.

—¡Ah! —exclamó con profunda satisfacción—. ¡La contraseña! ¡Excelente!

En realidad, era un número de una rifa de aficionados que se había organizado en Anford la semana anterior, en unos de los bares favoritos de Peter Quentin; pero El Santo sabía que lo tenía en la cartera, y lo había dejado con el propósito deliberado de llevar la comedia hasta el fin, para ver de lo que se trataba.

Sus esperanzas se vieron colmadas. Los ojos de Valeria Woodchester se abrieron desmesuradamente, como si no pudieran creer lo que estaban viendo y luego se velaron con una expresión de semicomprensión y semiperplejidad que Simón esperó no habría visto nadie. Bravache dobló cuidadosamente la contraseña y la metió en su propia cartera. Luego miró a *lady* Valeria.

—Le estamos muy agradecidos, querida señora —dijo—. Acaba de hacer un gran servicio a los Hijos de Francia. Y los Hijos de Francia no olvidan los servicios que les hacen. De aquí en adelante, se encuentra bajo nuestra protección. —Hizo una pausa y sonrió con una sonrisa cruel—. Si algo le ocurriera... por ejemplo, si alguno de nuestros enemigos la asesinara..., la vengaríamos inmediatamente.

Unos dedos nerviosos erizaron el cabello de Simón en sus raíces. A pesar de las pomposas frases de Bravache, del tono de melodrama anticuado que daba a lo que decía, y que tanto parecía satisfacerle, había algo auténtico y sincero en su áspera voz, que, combinada con su sonrisa, hacía que sus frases fueran más horribles,

precisamente por lo que no se decía en ellas. Por primera vez en su vida, Simón se dio cuenta de que, a pesar de lo que había creído siempre, era posible que un villano hablara realmente de ese modo, haciendo una grotesca caricatura de sí mismo y conservando, sin embargo, la cualidad del terror.

—Eso te divertirá mucho, ¿verdad, Valeria? —dijo ligeramente.

Bravache le miró y sus ojos eran más fríos que el hielo.

—Ha tratado de descubrir los secretos de los Hijos de Francia para vendérselos a nuestros enemigos —dijo—. Como ya sabrá, el castigo de eso es la muerte.

—Eso lo ha debido de leer en un libro —replicó Simón, con admiración—. ¿O fue acaso idea de Luker?

Un gesto vulpino, que quería ser una sonrisa, apareció en los delgados labios de Bravache.

—Sólo conozco a míster Luker como un simpatizante y un partidario de nuestros ideales, por los que tengo el honor de combatir —replicó—. Su crimen ha sido cometido contra una organización de patriotas conocidos con el nombre de los Hijos de Francia. Ahora es nuestro prisionero. Nos han informado de que es un mercenario sin principios y que nos espiaba para vender los secretos de nuestra organización. Además, según parece, ha amenazado a *lady* Valeria Woodchester, que es nuestra amiga y, naturalmente, nosotros tendríamos que vengarla.

Los brazos de Simón empezaban a dolerle y a entumecerse debido al largo tiempo que llevaban levantados. Pero, en su interior, se sentía extraordinariamente descansado y su mente era semejante a un frío pedazo de cristalina comprensión.

—¿Quiere decir —preguntó— que la idea es matarnos a los dos y luego arreglar la cosa de modo que puedan ir por ahí contando la historia de que yo asesiné a *lady* Valeria y los Hijos de Francia la habían vengado?

—Estoy seguro de que esa teoría tendrá muchos partidarios —repuso Bravache con complacencia—. *Lady* Valeria es joven y hermosa y usted es un conocido criminal. Creo que muchas personas nos aplaudirían y que hasta la policía inglesa sentiría un secreto alivio.

El Santo miró a *lady* Valeria. Su cara, que antes expresara una estupefacción profunda, estaba ahora pálida y asustada. Sus grandes ojos castaños se fijaban en él con una súplica muda.

—Ya te dije que tenías unos amigos encantadores, querida —dijo Simón.

Comenzó a estudiar a Bravache con frío interés. Le parecía que en el espacio de unos cuantos minutos había llegado a conocer a aquel hombre íntimamente, de modo que podía sacarle el alma y separar cada uno de sus componentes. Lo que podía decir era cuánto fanatismo genuino había en Bravache; en aquella clase de neuróticos, la mezcla del idealismo y racionalismo consciente era tan homogénea que resultaba casi imposible separar al uno del otro. Si los Hijos de Francia habían progresado lo suficiente como para tener oficiales como el mayor Bravache, sus ruedas debían moverse con una rapidez de pesadilla...

—Todo eso me parece muy bonito, mi querido mayor Cochon^[6] —admitió—. ¿Quiere que empecemos ahora mismo?

—Creo que será lo mejor —dijo Bravache, sonriendo siempre con pétreo rostro—. Ya hemos perdido demasiado tiempo —y volvió la cabeza—. Dumaire, ya sabe lo que hay que hacer. Lo dejo encargado de ello —y miró de nuevo a El Santo—. Usted, míster Templar, nos acompañará a Pietri y a mí. Si se resiste o trata de dificultar nuestra misión, le pegamos un tiro. Por eso, le aconsejo que no arme ruido. Confío que, como hombre razonable, convendrá conmigo en que la perspectiva de la muerte dentro de unas cuantas horas es más agradable que la certeza de una muerte instantánea. Además —el brillo de sus blancos dientes era verdaderamente felino—, como caballero, no querrá privarme de la oportunidad de contestar a varias preguntas tuyas que todavía no he tenido tiempo de responder adecuadamente.

El Santo sonrió.

—Desde luego —dijo—. Solamente que en ese punto, preferiría encargarme yo mismo de la entrevista... si es que no tiene inconveniente.

Y, dando un paso atrás, cogió a Pietri de una oreja. El movimiento era tan improbable e inesperado que no dio tiempo al mayor Bravache ni a Dumaire a usar de sus armas. Y cuando lograron recuperar su serenidad, Pietri ya estaba fuertemente cogido, como un píllete a quien un profesor pilla en una travesura, y su cuerpo se hallaba entre El Santo y Bravache, quien todavía no se había decidido a coger la automática que descuidadamente había dejado sobre la mesa.

El aplomo de Bravache le falló un momento.

—¡Use su revólver, imbécil! —tronó.

—No puede —dijo El Santo—. Dile por qué, Sam.

Un fuerte pellizco en la oreja hizo que su víctima chillara como un ratón.

—No hay nada dentro —gimió Pietri—. Me pillaron afuera... él y otros...

Bravache inició un movimiento, pero la voz de Simón le detuvo en seco.

—Yo no lo haría —le advirtió—. De veras, no lo haría. Es peligroso.

Mientras él hablaba, Peter y Hoppy entraron en la habitación.

Bravache se quedó quieto, rígido. Su cara seguía fría y tranquila, pero las venas de sus manos, convulsamente apretadas, se marcaban como azuladas cuerdas. Dumaire, que en aquel momento metía una de sus manos en el bolsillo, la dejó caer prudentemente y se aplastó contra la pared como una rata, con la cabeza hundida entre los hombros.

Simón soltó a Pietri y, acercándose a la mesa, cogió la automática de Bravache y recuperó su pitillera y encendedor. Con un cigarrillo en los labios y el encendedor abierto, se quedó mirando a Bravache, con una cerúlea burla en los ojos.

—Confío que, como hombre razonable, convendrá conmigo en que la perspectiva de la muerte dentro de unas cuantas horas, es más agradable que la certeza de una muerte instantánea —dijo con una voz de seda—. Vamos, mayor, no quiero que nada interrumpa nuestra agradable charla.

II

La charla, por lo visto, se había interrumpido ya, al menos, en cuanto al mayor Bravache se refería. Según parecía, éste no se hallaba muy inclinado a aceptar la invitación de Simón. O quizá, las fuentes de su elocuencia se habían secado. Sus labios estaban tan apretados que sólo una pálida línea mostraba el lugar que ocupaba su boca.

El Santo se separó de él con un burlón encogimiento de hombros y se puso a desatar a *lady* Valeria. La muchacha se puso en pie y se estiró como un gato junto al fuego, comenzando a frotarse sus doloridas muñecas. Luego se acercó a la mesa, sobre la que se encontraba su bolsillo, y buscó en él los infalibles restauradores de la sangre fría femenina.

—Me hiciste pasar malos momentos —dijo Valeria con fingida tranquilidad—. Durante mucho tiempo me pregunté por qué me decepcionabas así, pero debí recordar que nunca has decepcionado a nadie.

—¿Qué pasó? —preguntó Simón.

Ella apareció detrás de un pequeño espejo y señaló a Bravache con la punta escarlata de su lápiz de labios.

—Llamó a la puerta y me dijo que tú le habías enviado porque querías darme una cosa a guardar. Yo pensé que era algo extraño, ya que sólo hacía unas horas que nos habíamos despedido, y *él* también tenía un aspecto algo extraño, pero como, después de todo, en esta vida criminal suceden muchas cosas extrañas, me sentí un poco intrigada. Quiero decir, que no pensé en que era demasiado extraño. Entonces iba a dejarle pasar, cuando los otros dos le siguieron y ya no pude hacer nada. Me ataron y buscaron por todas partes. Ése, en especial, fue verdaderamente repugnante... pensó que yo podía llevar la contraseña encima y no se perdió ni un solo detalle.

Miró vengativamente a Dumaire, que en aquel instante se dejaba atar las manos a la espalda por Peter Quentin, y le dio un fuerte puntapié en la espinilla.

—¿Y entonces te obligaron a llamarme? —le apuntó Simón.

—Cuando no encontraron la contraseña, me dijeron que me iban a hacer cosas horribles si no les decía en donde estaba. Entonces yo les dije que te la había dado a guardar, y me alegré mucho de poder llamarte. Pensé... pensé que te enterarías de lo que pasaba, pues eres tan listo y haces esas cosas que sólo se leen los libros...

—Todo era tan fácil, ¿verdad? —le interrumpió satíricamente El Santo—. Tenemos que hablar más acerca de esto, pero creo que será mejor que hablemos a solas.

Esperó a que los primeros estuvieran concienzudamente atados y luego comenzó a explorar las puertas. Una de ellas comunicaba con el cuarto de dormir, un lugar

adornado de espejos y maderas naturales, con almohadas y sábanas de color azul pálido, al que daba un diminuto baño, también azul, que hizo que las cejas de El Santo se alzaran humorísticamente. Dejó la puerta abierta y llamó a Peter.

—Mete ahí a la pandilla —dijo.

Dumaire, Pietri y Bravache entraron en el cuarto, sombríamente, impulsados por las amenazadoras bocas de los revólveres.

Hoppy Uniatz, que los seguía, se detuvo en la puerta. Verdad es que había ocasiones en las que la luz de la inteligencia no conseguía brillar a través del cerebro marfilino de míster Uniatz, pero en su propio elemento era inmune a las distracciones en que podían caer hombres de más inteligencia, y en esas ocasiones sus procesos mentales tenían la sencillez de la verdadera grandeza.

—Jefe —dijo míster Uniatz con toda placidez—, mejor será que me dé las balas.

—¿Qué balas? —preguntó El Santo, asombrado.

—Las balas —explicó míster Uniatz, alzando el revólver de Pietri— que usted quitó al silenciador.

—¿Para qué?

—No hacen ruido —explicó míster Uniatz con algo de asombro ante su lentitud mental—. Para cuando les demos el pasaporte a éstos.

El Santo le miró en silencio.

—Ya te las daré cuando tas necesites —respondió y cerró la puerta tras él.

Luego dio la vuelta y se sentó en el brazo de un sillón, enfrente de *lady* Valeria. Quería sonreír, pero en su cerebro había muchas cosas que no eran precisamente motivo de risa. El reciente episodio que había absorbido toda su energía nerviosa e intelectual había terminado y su cerebro seguía moviéndose con su inquieta eficiencia. Aquello no era el fin, sino, por el contrario, un nuevo comienzo.

Lady Valeria había vuelto a recuperar su compostura. Se había arreglado la cara y encendido un cigarrillo. El Santo tuvo que admitir que poseía un extraordinario poder de recuperación. En sus ojos había un brillo travieso que ya advirtió en otra ocasión.

—Parece ser que siempre tienes que encontrarme en deshabillé, ¿no es así? —dijo ella, alisándose su ligera bata—. Debe ser el destino, o algo así. Lo único malo de todo esto es que cuando seamos verdaderamente amigos, estas cosas habrán perdido todo su interés... Y claro está que me figuro que debo darte las gracias por haberme salvado —añadió a toda prisa—. Gracias, querido. Fuiste muy amable.

—De nada —respondió Simón graciosamente—. Ha sido un verdadero placer. Llámame todas las veces que necesites ayuda.

Se puso en pie, se sirvió una bebida y volvió a sentarse.

—¿No te parece que sería mejor que me dijeras a qué viene todo esto? —dijo de repente—. Creo que deberías explicarme qué significa eso de la contraseña.

—¡Oh, eso! —contestó la joven—. Pues verás. Tengo una contraseña de un guardarropa que ellos quieren y por eso vinieron a buscarla. Eso es todo.

—Nada de eso —replicóle bruscamente—. ¿Por qué quieres seguir engañándome? Tienes algo que ellos quieren. Probablemente, algunos papeles que Kennet te dio. Los guardaste en un guardarropa y estos pájaros lo saben y quieren la contraseña. ¿O quieres decirme que se han tomado todo este trabajo para buscar la ficha del sombrero de Luker?

Valeria frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—Me figuro que no hay ninguna razón para que no lo sepas, ya que lo has adivinado. En realidad, yo tengo unos documentos. Pensé que Algy querría verlos, así que hablé casualmente de ellos esta noche, por teléfono.

—¿Pensando en eso que yo te dije en Berkeley?

—¿En qué?

—En un chantaje.

—No comprendo.

—No hagas que me canse. Querías venderle esos papeles.

—Después de todo, una muchacha tiene que vivir.

—¿Cuánto tiempo crees que hubieras vivido esta noche, a no ser por mí?

Ella dudó un instante.

—¿Cómo iba a pensar que Algy fuera capaz de una cosa así? —respondió sombríamente—. Le dije que había guardado los papeles en un guardarropa, pero que no sabía en dónde estaban. Más tarde volvió a llamarme, un poco antes de que el hombre mono llegara aquí, y me ofreció diez mil libras si se los llevaba al momento y entonces yo pensé que debían valer más que eso y continué fingiendo que me había olvidado dónde estaban. Claro está que yo sé dónde están.

El Santo apretó los labios.

—¡Pobre sesos de mosquito! —explotó—. ¿Qué te hace pensar que puedes mezclarte en un juego como éste? ¿No has aprendido la lección todavía? Ya viste lo que sucedió a Kennet y a Windlay. Y viste lo que te ha pasado esta noche. Ya oíste lo que dijo Bravache. Si yo no lo hubiera organizado todo, habrías terminado en la cuneta de una carretera en mi compañía... después de haber pasado un rato desagradable con el amigo Dumaire. ¿A eso es a lo que tú llamas pasar un buen rato?

La joven se estremeció casi imperceptiblemente.

—No sabía que iba a ser tan desagradable. Nunca fui una de esas heroínas cuya vida no es digna de vivirse a menos que las balas silben en sus oídos y los barcos se hundan bajo sus pies. Personalmente, yo prefiero una vida de egoísta comodidad, sea como sea. Si me hubieran hecho una oferta aceptable por esos papeles, la habría aprovechado, marchándome después a las Bermudas o a cualquier sitio a pasar una temporada. Lo malo es que no sé lo que valen. ¿Qué te parece?

Y le miró con sus enormes y limpios ojos castaños.

—Te doy un chelín por ellos.

—¡Oh, yo no pensaba vendértelos! —aclaró, inocentemente—. Lo que estaba pensando es que si fuera esta noche a una taberna decente, el Carlston, por ejemplo,

donde estaría perfectamente segura, y desde allí llamara a Algy y le dijera que podía tener esos papeles por quince mil libras, probablemente él haría algo. Quiero decir que, después de lo que ha pasado esta noche, debe considerarse muy afortunado si los consigue por quince mil. ¿No te parece?

—Muy afortunado —respondió El Santo con angelical paciencia—. ¿En dónde están ahora esos papeles?

Valeria sonrió.

—Están en un guardarropa. Tengo la contraseña en alguna parte, pero me he olvidado de dónde. Aunque espero recordarlo cuando tenga que hacerlo.

—Así lo creo —repuso Simón fríamente—. Aunque alguien como Dumaire tenga que ayudarte.

De repente se puso en pie y, acercándose a ella, le cogió ambas manos. La frialdad había desaparecido de su voz.

—Valeria, ¿por qué no dejas de ser una idiota y me permites entrar en la línea de fuego?

Ella se le quedó mirando interrogativamente largo rato. Sus manos eran pequeñas y suaves. Al cabo de un rato meneó la cabeza.

—Me gustaría mucho —repuso—. En especial, después de lo que has hecho esta noche por mí, aunque si hablamos de ello, me figuro que a ti te gusta eso de salvar a la gente y hacer de héroe, y quizá seas tú quien deba darme las gracias por proporcionarte tan buena ocasión. Después de todo, si yo te diera esos papeles, no creo que te sirvieran de mucho. Claro está que si los quieres comprar...

—¡Al diablo con comprarlos! ¿No sabes que hay en la vida algunas cosas que no pueden comprarse con dinero? ¿No te has dado cuenta de que ésta es una de ellas? No sé lo que puede haber en esos papeles... quizá tú tampoco lo sepas. Pero ya comprenderás que cosas como la que has visto esta noche no se organizan para buscar unos pedazos de papeles con signos y cruces... que los hombres como Bravache, Fairweather y Luker no se entregan a un asesinato sistematizado para recoger sus viejas cartas de amor. Estos hombres quieren cosas grandes. Y el único modo de procurarse el dinero en las cantidades que ellos necesitan o el poder que sus mentes pervertidas ansían, es ayudando a las naciones a destrozarse entre sí. No sé qué plan infernal hay en el fondo de eso que llaman los Hijos de Francia, pero me figuro lo que debe ser. Sea como fuere, su objeto debe ser aumentar la producción y venta de los cañones, de lo contrario, Luker no andaría mezclado en ello. Quizá sea éste el detalle final de una máquina que puede aplastar veinte millones de vidas, y tú quizás tengas en tus manos lo que puede hacerla saltar antes de que se ponga en marcha. ¿No significa eso nada para ti?

Valeria se puso lentamente en pie y retiró sus manos de las de El Santo.

—Me parece que ya es hora de que te marches —dijo fríamente—. La velada ha sido agradable, pero todas las cosas buenas tienen su fin y yo necesito dormir. ¿No crees que podrías sacar a esos hombres de mi dormitorio mientras yo me visto?

Simón la miró.

El fuego de su anterior apelación se había convertido en un lingote rojo, en su interior, como un resorte enroscado que le llevaría hasta el fin sin pensar en el sentimiento o en los obstáculos. En las primeras horas de la noche, la atmósfera del Berkeley le había derrotado, pero ya no estaban en el Berkeley. Sabía que no le quedaba más que una solución y arriesgaba demasiado para dudar. Estaba asombrado de su propia locura, y, sin embargo, se sentía completamente tranquilo, completamente resuelto.

Asintió.

—¡Oh, sí! —dijo—. De todos modos, pensaba llevármelos; no creo que quieras quedártelos como animales domésticos.

Se acercó a la puerta del cuarto y la abrió.

—¡Traed aquí esas fieras! —gritó.

Y permaneció junto a ella mientras los prisioneros desfilaban, seguidos por Peter y Hoppy, y luego esperó a que la puerta se cerrara de nuevo detrás de la muchacha. Durante un momento, paseó de arriba abajo, sumido en sus pensamientos. Luego cogió el teléfono y marcó el número de su casa.

Patricia contestó a la llamada.

—Hola, querida —dijo Simón. Su voz era tranquila aunque algunas de sus palabras traicionaban su excitación—. Sí... Todo salió bien, y todos estamos perfectamente... excepto la diputación de nuestros amigos. Escucha. Tengo un trabajo para ti. Llama a Orace y dile que te espere. Luego saca el «Daimler» y dile a Sam Outrell que te siga. En cuanto veas que no te siguen, ven aquí. Date prisa... No, ya te lo diré cuando vengas. Hay oyentes... Está bien, querida. Hasta la vista.

Dejó el teléfono y se volvió a Bravache. Las pupilas de sus ojos eran como trozos de granito.

—De modo que pensaba matar a *lady* Valeria y echarme a mí la culpa, ¿eh? —dijo con gran dulzura—. Hasta ahí habíamos llegado, ¿no es así? ¿No le parece que esa es una buena razón, para que tome su propia medicina?

—¡No se atreverá a hacerlo! —exclamó Bravache, pálido como la muerte—. ¡Los Hijos de Francia le harán pagar mi muerte cien veces!

La cara de Dumaire estaba amarilla de miedo.

Simón lo cogió por el cuello y lo acercó a una ventana. Luego separó las cortinas y miró hacia abajo.

—Me figuro que vendrían en coche hasta aquí —dijo—. ¿Cuál de esos autos es el suyo?

El hombre temblaba como una hoja, pero no respondió.

Simón se volvió y le dio un puñetazo en la cara. Luego lo asió de las solapas y lo llevó de nuevo a la ventana.

—¿Cuál de esos autos es el suyo?

—Aquél —balbució Dumaire.

Era un pequeño sedan negro, más apropiado para el transporte de pasajeros de *incógnito* que el abierto «Hirendel».

Simón soltó a su informador, que vaciló y casi cayó al suelo al sentirse libre. El Santo encendió otro cigarrillo y le dijo a Peter:

—Puedes usar ese auto. Llévalos a Upper Berkeleys Mews.

Sus ojos tropezaron con la mirada interrogadora de Hoppy Uniatz. Había ocasiones en las que mister Uniatz mostraba cierta tendencia a inquietarse, lo que por lo general sucedía cuando se daba cuenta de que una cosa de indudable importancia, se difería demasiado tiempo. No es que fuera muy impaciente, pero le gustaba ver que los asuntos se trataban por orden de importancia.

—¿Y allí les damos el pasaporte, jefe?

—Sí, allí les dais el pasaporte —asintió El Santo—. ¿Quieres salir un momento afuera conmigo, Peter?

Y se llevó a Peter al vestíbulo para darle instrucciones más detalladas.

—Mientras estabas esperando, ¿no oíste lo suficiente para convencerte de que no estoy loco? —le dijo.

—Siempre pensé que no lo estabas —respondió éste sombríamente—, porque tenías demasiado el aspecto de estarlo. —Su cara estaba seria, a pesar de su modo de hablar—. Pero ¿no crees que te arriesgas de un modo innecesario con Bravache y compañía? Claro está que yo no soy tan sanguinario como Hoppy...

El Santo dio una chupada a su cigarrillo.

—Ya lo sé, muchacho. Quizá sea un tonto. Pero no me encuentro en el papel de gángster. Hazlo como te he dicho. Y cuando hayas terminado, tráete a Hoppy aquí y que lleve el «Hirondel» hasta Weybridge. Tú puedes quedarte en la ciudad, para ver lo que pasa... espero que sucederán muchas cosas. Nada más.

—De acuerdo, jefe.

Simón dejó caer su mano en el hombro de Peter y los dos entraron de nuevo en el saloncito. La nueva seguridad de El Santo, era como una hoja de acero, fina y mortal.

III

—¡No puede hacer eso! —gritó Bravache. Mezcladas con sus palabras, se escapaban de su boca pequeñas gotas de saliva—. ¡Es un crimen! Será castigado... ahorcado. ¡No puede cometer un asesinato a sangre fría! No puede hacerlo. Usted es un caballero. No puede matar a un hombre indefenso, ni yo tampoco. Seguramente ha entendido mal mi pequeña broma. Sólo quería asustarle...

—Ponle una mordaza, Hoppy —ordenó El Santo, con frío disgusto.

Pietri y Dumaire estaban amordazados ya; los tres fueron empujados fuera del piso y hacinados en el ascensor. Simón los dejó en manos de Peter y Hoppy en el vestíbulo del edificio mientras él salía a reconocer el auto. Eran cerca de las dos y media y la calle estaba tan desierta y callada como un cementerio. Los zapatos de suela de goma de El Santo se movían sin ruido. En el volante del pequeño sedan, había un hombre medio dormido que comenzó a despertarse cuando El Santo abrió la portezuela, pero que este último lo agarró del cuello y lo sacó del coche como un muñeco.

—¿No ha probado esto para el insomnio? —le preguntó haciendo avanzar su puño en un terrible directo.

Los dientes del hombre entrechocaron; sus rodillas cedieron y cayó al suelo sin ruido. Simón le dejó y se volvió a la puerta del edificio.

—Libre el paso —dijo en voz baja—. Daos prisa.

Luego volvió al sedan y se apoderó de su dormido ocupante. Al otro lado de la calle había una valla de madera, de la que sobresalía el desnudo armazón de una casa que se estaba construyendo. Simón aplicó uno de sus métodos de elevación científica y el hombre se alzó en el aire y desapareció detrás de la valla.

El Santo volvió a cruzar la calle. La carga del coche había terminado ya, con una rapidez profesional. Peter Quentin se encontraba al volante y Hoppy Uniatz, sentado a su lado y vuelto de espaldas, vigilaba a los tres prisioneros.

Simón los miró, y en particular a los asustados ojos de Bravache.

—No le harán mucho daño, mayor —advirtióle—, y además, debe sentirse orgulloso de ser un mártir de la causa... Andando, muchachos.

Y se quedó viendo cómo el auto se alejaba hasta que éste dobló las esquinas; luego volvió lentamente al edificio y permaneció junto a la puerta. Al cabo de cinco minutos un «Daimler» oscuro entró en la calle y se detuvo junto a la casa.

El Santo se inclinó junto a la ventanilla delantera y besó al conductor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Patricia.

En pocas palabras, Simón le contó lo que sabía; y mientras hablaba, sus manos buscaron una cosa en la bolsa del auto. Al fin encontró lo que buscaba, una gorra de chófer, y la colocó en la rizada cabecita de la joven.

—Vuelvo dentro de un minuto —advirtióle.

Cuando volvió a entrar en el piso de *lady* Valeria, ésta se había vestido ya. En aquel momento salía del dormitorio, llevando en la mano una pequeña maletita.

—¿Qué ha sido de los demás? —preguntó sorprendida.

—Peter y Hoppy han retirado los modelos —le dijo—. Les darán su merecido fuera de aquí. No queríamos armar escándalo en el piso.

El filo de sus blanquísimos dientes hirió el labio inferior.

—¿Puedes llamar a un taxi?

—Puedo hacer algo mejor. He mandado traer uno de mis más elegantes autos y está esperando afuera. ¿No te importa que te lleve hasta el Carlton? No quiero que te

veas en el caso de tener que llamarme de nuevo.

Por un momento pensó que ella iba a enfurecerse, y casi deseó que lo hiciera. Pero Valeria le volvió la espalda y salió al corredor sin decir una palabra. Simón, en silencio también, la siguió al ascensor. Al salir, la ayudó a entrar en el «Daimler» y luego se sentó a su lado. El auto se puso en marcha.

Recorrieron dos manzanas sin decir una palabra. *Lady* Valeria miraba enfurruñada por la ventana, con el ceño fruncido. El Santo ardía de impaciencia.

—Un penique por ellos —dijo al fin.

Ella le miró de repente, con una mirada llena de cólera.

—¡Me pones mala! —estalló.

Las cejas del Santo se alzaron, con expresión de reproche.

—¿Yo? —protestó ofendido—. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que he hecho ahora?

Ella alzó los hombros, rabiosa.

—¡Oh... nada! —respondió—. Estoy harta, eso es todo.

—Lo siento —dijo El Santo, gravemente—. Quizá la velada no haya sido muy divertida. Deberías salir más, ir a algún sitio, ver más gente. Eso cambia mucho las cosas.

—Te crees que eres muy gracioso, ¿verdad? —repuso ella—. Tú y tu amiga la rubia, ¡el héroe y la heroína preferidos del mundo entero! —y se detuvo un momento—. Es guapa, se lo concedo —añadió de mala gana—. Pero me gustaría que no hubiera nacido... Porque quizá no todas hemos nacido para ser heroínas, aunque también tengamos derecho a pasar un buen rato. Me figuro que no te gustará mucho que Algy y Luker consigan los papeles, ¿eh?

—¿Estás segura de que no me los vas a dar a mí?

Valeria se echó a reír.

—Me figuro que te creerás que debía dártelos por haberme salvado la vida —contestó con voz estridente—. Con lágrimas de gratitud corriéndome por las mejillas y tartamudeando: «Aquí están, tómalos». Por eso es por lo que me pones mala. Vas por ahí salvando a la gente como el Robin Hood moderno y luego te vuelves con tu amiga, la rubia, para que ella te diga lo maravilloso que eres. Quizá le gustes a ella; pero a mí me pones mala.

—Pues si te pones mala —dijo El Santo, hospitalariamente—, no hables más de ello, ponte mala. No te preocupes por el coche, siempre podremos limpiarlo.

La joven le lanzó una mirada asesina y se volvió de espaldas con ostentación. Parecía como si quisiera poner en claro que la conversación le parecía despreciable y que el tener que soportar su presencia era un verdadero martirio.

El Santo se dedicó a gozar en paz de su cigarrillo y esperó tranquilamente el momento culminante, que no podía hacerse esperar.

En efecto, al cabo de cinco minutos, el momento llegó. Los ojos de Valeria, que al principio estaban fijos con una expresión ausente en el camino, se helaron con una extraña expresión. De un salto se irguió en su asiento.

—¡Eh! —exclamó—. Pero si... ¿Adónde vamos? ¡Este no es el camino del Carlton!

—¿Te has dado ya cuenta de ello? —respondió El Santo, imperturbable—. ¡Qué observadora eres, querida! Ahora me figuro que no puedo guardar el secreto más tiempo. En efecto, no pienso llevarte al Carlton.

Le miró estupefacta.

—¿No... no piensas llevarme al Carlton? ¡Pero si yo quiero ir al Carlton! ¡Llévame allí ahora mismo! ¡Dile al chófer que dé la vuelta...!

Se inclinó hacia delante e intentó golpear en el vidrio. Suavemente, El Santo la echó atrás.

—Cállate —le ordenó—. Me pones malo.

—¿Qué...?

Y se le quedó mirando con unos ojos solemnemente abiertos, como si fuera un extraño monstruo al que veía por primera vez.

—No sirve de nada, el que los dos nos pongamos malos —advirtióle razonablemente—. Sería un dúo muy poco agradable.

—No sé lo que te figuras que estás haciendo —dijo altivamente—. Si piensas protegerme o...

—¿Protegerte? ¿Quién... yo? Querida, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Ya sé que puedes cuidarte a ti misma. Pero quiero cuidarte yo, para mi propio bien. No me convendría que vendieras esos papeles a Fairweather o a Luker. Los quiero para mí. Así que no tengo que hacer más que esperar hasta que vayas a buscarlos.

—¿Quieres... decir que piensas secuestrarme? —preguntó incrédulamente.

Pero, sin embargo, no parecía tan indignada.

—Eso es. Y es mi deber decirte que si chillas o haces algún ruido, tendré que tomar mis medidas para hacerte callar de un puñetazo.

—¡Oh!

Se había sentado muy erguida, apretando el brazo del asiento. Simón, por el contrario, se extendió confortablemente en el suyo, pero la vigilaba como un halcón y sus manos estaban prontas a actuar. No le gustaba la violencia, pero no se arrepentiría de usarla, si era necesario. Estaba luchando contra algo de más importancia que la caballerosidad estereotipada, algo más importante que el daño accidental de un individuo. Se hallaba en la punta de un millón de bayonetas.

Durante largo rato Valeria siguió mirándole fijamente y luego apareció en su cara algo que Simón no pudo comprender. Sus músculos se aflojaron y se dejó caer flojamente en el asiento.

—Creo que eres el hombre más grosero que he conocido.

—Lo soy —replicó alegremente El Santo—. Y además, me gusta serlo.

La boca de la muchacha se movió ligeramente, como si tratara de ahogar una sonrisa. Él se inclinó para dejar en el cenicero su cigarrillo y poder al mismo tiempo

mirarla más de cerca, pero Valeria se echó a un lado con expresión de desdén. Entonces Simón se reclinó de nuevo y cerrando los ojos hizo como si durmiera.

Pero seguía despierto y vigilante mientras el coche cruzaba Putney y seguía Portsmouth Road. En Walron torcieron hacia la derecha y unas millas más allá, pasaron un puente y se hundieron en lo que parecía un espeso bosque. Después de torcer unas cuantas veces más, el auto entró en una avenida circular e iluminó con sus focos una vieja casa con tejado de pizarra, oculta en un bosque de altos pinos y abetos plateados.

Entonces se detuvo y Simón abrió la puerta.

—Ya hemos llegado, querida. Esta es mi casa de campo más cercana. A treinta millas de Londres si no te preocupan las leyes del tráfico, y lo mismo podrías estar en el Bosque Virgen. Espero que te gustará el aire: tiene oxígeno.

Cogió su maleta y saltó. Cuando Valeria salía vio a Patricia, que se quitaba los guantes junto al coche, y su faz se endureció.

El Santo le hizo un ligero saludo.

—¿No recuerdas a Pat? —murmuró—. La muchacha con el guardarropa que tanto te gustaba. Te hará compañía aquí y cuidará de que no te falte nada. Ven, voy a enseñarte tus habitaciones.

La condujo a la casa, entregándole la maleta a Orace, que se hallaba junto a la escalera. Sin decir una palabra, *lady* Valeria le siguió escaleras arriba.

En el piso superior, al final del ala derecha había un pequeño departamento que consistía en un saloncito, un dormitorio y un cuarto de baño. Simón se lo indicó con un gesto generoso.

—No estarías mejor en el Carlton —le dijo—. Las ventanas no se abren y están hechas de cristal irrompible; pero hay aire acondicionado y estarás muy confortable. Cuando te encuentres cansada del paisaje no tienes más que decirme dónde está esa contraseña y enseguida te llevo de nuevo a Londres.

Orace dejó en el suelo la maleta y salió de la habitación.

Lady Valeria se volvió rápidamente y se quedó mirando a El Santo. Su rostro ardía.

—Tú... —tartamudeó incoherentemente—. Tú...

Luego, dando un paso hacia delante, le abofeteó con su mano abierta. La mejilla del Santo se encendió. Instintivamente, Simón le asió la muñeca, pero ella se debatía en sus brazos como una fierecilla, dándole puntapiés en las espinillas.

—¡Oh...! —sollozó—. ¡Te odio...!

—Me partes el alma —respondió El Santo—. Yo creí que era la aurora del amor.

Era difícil sujetarla; su esbelto cuerpo era fuerte y resistente y sus músculos se hallaban en perfecto estado. En la lucha, su cabello se desordenó y su aliento le hacía entreabrir los labios, demasiado cercanos a los de él para conservar la serenidad.

El Santo sonrió y la besó.

La joven dejó de luchar. Su pecho se apretaba contra el de Simón; sus labios, húmedos y llenos de deseo, se unieron a los de Simón. Uno de sus brazos se deslizó detrás de su cuello.

El beso duró largo rato. Luego, él le puso las manos en los hombros y se separó dulcemente.

—Lo siento —dijo—. En realidad no quería forzarte a aceptar mis viles atenciones, pero tú me lo pediste.

—¿Sí?

Y dando la vuelta, se puso a arreglarse el pelo ante un espejo.

—¿Verdad que eres un grosero? —dijo.

Sus ojos, que Simón veía en el espejo, tenían la misma expresión que tanto le había extrañado en el auto; pero ahora, había en ellos una luz burlona. Sus labios se distendían con una sonrisita de diabólica satisfacción. Tenía el aire feliz de quien piensa que ha hecho algo muy inteligente.

—Creo que eres una mujer peligrosa —murmuró con profunda convicción.

Valeria bostezó delicadamente y se frotó los ojos como una gatita adormecida.

—No sé lo que quieres decir —respondió—. De todos modos, estoy demasiado cansada para discutir. Pero tendrás que ser bueno conmigo, de ahora en adelante. ¿Qué haría Patricia si le dijera lo que ha pasado?

—Escribiría tu nombre en la pared —aseguróle El Santo—, con los de las demás. Estamos haciendo un adorno mural con ellos.

—¿De veras? Está bien, pero no te olvides que yo sé lo que has hecho con Bravache y los otros. Y no me gustaría que te ahorcaran por ello, si me sigues gustando como ahora.

El Santo sonreía al cerrar la puerta. Era el primer momento de pura diversión que había pasado en todo el día.

* * *

A las cuatro de la madrugada, un joven policía al hacer su recorrido, vio un grupo sospechoso acurrucado a la puerta de una casa de Grosvenor Square. Dirigió su linterna hacia él y vio que estaba compuesto por tres hombres, con las bocas tapadas con esparadrapo y las manos atadas a la espalda, tirados junto a la puerta en actitudes grotescas. Estaban desnudos hasta la cintura y sus torsos estaban manchados con horribles rayas rojas.

¡Sangre!... El corazón del joven policía latió apresuradamente. En una confusa visión se vio adquiriendo fama y ascendiendo por haber descubierto un asesinato sensacional, llegando rápidamente a inspector, a superintendente y a inspector jefe.

Subió las escaleras corriendo y al hacerlo sus narices percibieron un fuerte olor que le era familiar. Entonces, uno de los cuerpos se movió dolorosamente y vio que los otros no estaban muertos. La luz de su linterna les había hecho abrir los ojos y de

sus gargantas se escapaban sonidos inarticulados. Al inclinarse sobre ellos, descubrió que las manchas rojas que tanto le asustaran, no eran otra cosa que pintura. Los tres hombres estaban pintados desde la cintura a la cabeza como las cebras, a rayas rojas y azules, y su propia piel formaba rayas blancas que completaban la decoración. Ésta seguía hasta la cabeza, cuidadosamente afeitada y que tenía la suavidad de una bola de billar.

Colgando sobre ellos, en el pomo de la puerta, había un letrero en el que se leía en gruesas letras:

ESTOS ANIMALES SON PROPIEDAD DE MISTER KANE LUKER
SE RUEGA NO TOCAR

IV

Simón Templar estaba tomando su desayuno en la Cornwall House, cuando una llamada de teléfono del vigilante Sam Outrell, le hizo saber la llegada del inspector jefe Claud Eustace Teal, unos segundos antes de que el timbre de la puerta sonara al ser oprimido por su regordeta mano.

Simón le abrió la puerta en persona. La visita no era una sorpresa para él; en realidad, llevaba varias horas esperándola, con fatalismo. Pero, sin embargo, logró dar a sus ojos una expresión de verdadera sorpresa cuando, al abrir la puerta se encontró con la cara de míster Teal, como una luna llena bajo un sombrero hongo.

—Salud a ti, espíritu alegre —le saludó—. Ya empezaba a preguntarme en dónde se habría metido todos estos días. Entre y cuénteme lo que pasa.

Teal entró en la habitación como un tanque. Todo su ser respiraba una somnolencia de mal agüero, como si pensara que el mundo era demasiado aburrido para estar despierto. Simón sabía lo que significaba aquello. Cuando el inspector jefe Teal parecía como si fuera a dormirse de pie, no cabía duda de que algo importante le preocupaba; y en aquella mañana no le era muy difícil a El Santo averiguar de lo que se trataba. Pero sus maneras eran seráficamente inocentes, cuando condujo al detective al saloncito.

—¿Por qué no desayuna conmigo? —sugirió amablemente.

—Ya desayuné a la hora de desayunar —respondió con dignidad Teal.

Simón se encogió de hombros, disgustado.

—A veces tiene una presunción casi suburbana. No importa. ¿Me permitirá que termine el mío? Siéntese, Claud. Quítese los zapatos y póngase cómodo. ¿Por qué hemos de permitir que cosas tan pequeñas como esas se interpongan entre nosotros?

Teal se hundió pesadamente en un sillón.

—Me figuro que anoche se acostaría tarde —dijo ceñudamente—. ¿Es por eso por lo que se desayuna tan tarde hoy?

—No lo sé —repuso El Santo, empezando su segundo huevo—. Esa no sería una mala excusa; pero ¿por qué he de buscar excusas? —y El Santo meneó su tenedor con ademán oratorio—. Una de las malas cosas de esta estúpida generación es la glorificación de las falsas virtudes. El empleado de banca se levanta pronto porque tiene que hacerlo. Y por lo tanto, unas cuantas decenas de personas afortunadas que no necesitan levantarse temprano, se echan a la calle a horas insanas, porque eso les hace sentirse tan virtuosos como un empleado de Banco. En lugar de aspirar a la libertad y la civilización, convertimos en virtud el aceptar una restricción innecesaria. Un hombre se pasa la vida trabajando hasta llegar a una posición en la que no tiene que levantarse para estar a las nueve en la oficina y, sin embargo, sigue alabándose de levantarse a las siete y media. Entonces, ¿para qué ha trabajado? ¿Por qué no ahorró sus energías y siguió siendo empleado? Los hombres...

—¿Qué es lo que hizo anoche? —preguntó implacable el detective.

Simón le miró disgustado.

—¡Vamos, Claud! ¿Es que no tiene discreción? ¿O es que se ha convertido acaso en un periodista escandaloso?

—Quiero saber dónde estaba anoche —dijo incommovible Teal—. Ya sé que tendrá una de sus inevitables coartadas, pero quiero oírla. Y entonces, quizá me diga por qué lo hizo.

—¿El qué?

—Ya sabe de lo que hablo.

—Me gustaría saberlo. Parece intrigante.

—¿Qué es lo que hizo anoche?

Simón untó de manteca una tostada.

—Por lo que recuerdo pasé una velada verdaderamente intachable. Un arzobispo podía haberme seguido los pasos, sin que le salpicara una sola gota de fango a sus reverendas vestiduras. Precedido de un coro fatigoso del Ejército de Salvación...

—Yo le diré algunas de las cosas que hizo —le interrumpió Teal—. Cenó en el Berkeley con *lady* Valeria Woodchester. Ella le dejó a eso de las diez y media y entonces fue al café Royal. Salió de allí a eso de las doce y cuarto y a la una y cinco salió de nuevo. Sus amigos Peter Quentin y Uniatz le acompañaban, y tuvieron mucho cuidado de que no le siguieran. A las dos y veinticinco, la señorita Holm salió en otro de sus coches y tuvo también gran cuidado de que no la siguieran. A las cuatro y media de esta mañana volvió solo. Quiero saber lo que hizo entre la una y cinco y las cuatro y media.

—¡Claud, veo que es todo un hombre! —dijo El Santo con admiración—. Nada puede ocultársele. Su casa debe estar llena de pajaritos.

—Es mi obligación saber lo que hace la gente como usted.

—¿Saber? —preguntó El Santo, con tono ofendido—. Me parece que me ha estado vigilando. No me parece eso muy digno de amigos. ¿Es que ha perdido su vieja fe en mí?

—¿Qué hacía entre la una y cinco y las cuatro y media? —repitió Teal.

El Santo meneó su café con un aire de ligero descontento.

—No me gustaría que se enterara —le confesó—. Porque, después de todo, es un policía profesional y ¡tiene una idea tan rígidamente legal de las cosas! El hecho es que Peter, Hoppy y yo decidimos que no teníamos sueño, así que nos fuimos a un pequeño club en donde no tienen mucho respeto por las leyes y nos quedamos allí, endureciéndonos las arterias y hablando de mujeres hasta la madrugada.

—¿Cuál es el nombre de ese club?

—Eso es lo que no puedo decirle, Claud. Ya comprenderá mi posición. Si supiera dónde está quizá le entraran tentaciones de cerrarlo, porque todos los sitios donde se puede pasar un buen rato en Londres, acaban cerrándose. Y sería una lástima porque es un sitio muy alegre...

—Está bien —le interrumpió Teal—. Esa es su historia. Y ahora, supongamos que me dice algo acerca de esos hombres que pintó de rojo, azul y blanco y dejó a la puerta de la casa de Luker.

El Santo dejó su taza de café. Su cara tenía la misma expresión de incredulidad y disgusto que la de un presbiteriano a quien se acusara de poseer una destilería ilícita.

—¿Pintado? —repitió con voz grave.

—Sí.

—¿Azul, blanco y rojo?

—Sí.

—¿A la puerta de la casa de Luker?

—Sí.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Los conoce tan bien como yo. Sus nombres son Bravache, Pietri y Dumaire.

El Santo meneó la cabeza hondamente preocupado.

—Alguien ha querido tomarle el pelo, Claud. Yo no puedo imaginarme haciendo una cosa parecida, aun después de pasar la noche en el sitio en que estuve. ¿Me vio alguien pintarlos y dejarlos a la puerta de la casa de Luker? ¿Dicen *ellos* que los pinté yo?

Míster Teal desenvolvió un rollo de goma de mascar, con el mismo cansancio que si se desnudara él mismo después de un día de rudo trabajo. Había pasado una mala hora, preparándose para aquella entrevista y sus presentimientos no le habían engañado. Pero tenía que seguir adelante. Tenía que triunfar en aquella prueba aunque la sangre se filtrara por sus poros.

—No. Nadie le vio. Los hombres no dijeron que era usted. Dicen que no saben quién fue. ¡Pero yo sé que lo hizo usted!

—¿De veras? —El tono de El Santo era tan suave como el terciopelo—. ¿Qué le hace creer eso?

—Lo sé, porque Luker era uno de los huéspedes de aquella casa incendiada, donde John Kennet murió; y de ahora en adelante todo lo que le pase a Luker me hará pensar que tiene algo que ver en ello. Además, dos de esos hombres son franceses. Cuando le vi en aquel sitio donde asesinaron a Ralph Windlay, me leyó dos recortes de periódicos franceses y habló de una cosa que se llamaba los Hijos de Francia. Los colores nacionales de Francia son el rojo, el azul y el blanco. El pintar a esos hombres con esos colores y dejarlos junto a la puerta de la casa de Luker es una cosa muy propia de usted. ¡Usted es el lazo que une a todas esas cosas!

Simón le miró con indiferencia.

—¿Y dónde están las pruebas?

Teal se atragantó, pero prosiguió tenazmente.

—Eso es todo.

—Eso es la colección de absurdos disparates que según cree le van a permitir llevarme detenido a Vine Street. Eso es el producto inmortal de los mejores cerebros de Scotland Yard. O ¿le habré juzgado mal, Claud? ¿Se habrá tomado una píldora y al despertar se habrá dado cuenta de que es un genio de la publicidad? Vamos a ver. ¿De qué me acusa? Espere un minuto. Ya lo sé... «Y con malicia, premeditación y felonía atacó a los demandantes con un arma prohibida, es decir... ¡un pincel!...».

—¿He dicho eso? —preguntó míster Teal.

Fue un momento de triunfo para míster Teal. Por primera vez en su historia, había parado en seco a El Santo.

El Santo le miró con una especie de asombro. Mil ideas disparatadas cruzaron por su cabeza, pero todas ellas volvían al mismo punto. Y ese punto era tan extraño, que un dragón de siete cabezas, haciendo piruetas sobre su cola, le habría parecido una cosa perfectamente normal en comparación.

—¿Quiere decir —preguntó desvariadamente—, que no vino a arrestarme?

—Debería saber muy bien que la ley no puede hacer nada si esos hombres no se quejan.

Simón estaba ligeramente mareado.

—¿Por casualidad no vino a felicitarme?

—No.

—¿Y no vino a desayunar conmigo?

—No.

—Entonces, ¿a qué diablos vino aquí?

—Pensé que quizá quisiera decirme algo —dijo Teal pesadamente—. Vamos a ver, ¿qué tiene que ver Luker con todo esto?

El Santo encendió un cigarrillo.

—Aparte del hecho de que yo no me explico por qué me pregunta a mí esas cosas, ¿por qué no se las pregunta a él?

—Ya se lo he preguntado. Dice que nunca vio a esos hombres; y ellos dicen que nunca lo vieron a él.

El Santo se echó hacia atrás en su silla y extendió las piernas.

—Entonces, la cosa es verdaderamente misteriosa —dijo.

El inspector jefe Teal dio vueltas a su respetable sombrero negro. Su goma de mascar había alcanzado por aquel entonces su condición deseada, una bola plástica y maleable aunque resistente, aromática y obediente a los caprichos de su inquieta lengua, polimorfa, dúctil. Era un gran consuelo para él. Sin ella, habría estado perdido.

—Ya lo sé. Por eso es por lo que vine a verle. Pensé que quizá podría ayudarme un poco.

El Santo se le quedó mirando unos instantes, con las cejas enarcadas y los ojos muy abiertos, mientras que su declaración, como un cataclismo iba hundiéndose a través de las diversas capas de su comprensión.

—Está bien, quizá haya a convertirme en un cinocefálico mandril, rascándose el trasero azul en las afueras de Timbuctú —repuso al fin—. ¿O lo seré ya, acaso? Aunque creo haber visto todas las clases del descaro humano, este es el último e inmortal ejemplo. Me trata como a un personaje sospechoso; me acusa habitualmente de todos los crímenes que se cometen en Inglaterra y que es demasiado torpe para solucionar; me persigue en todas las oportunidades imaginables; turba mi sueño y me acecha hasta en mi propia casa; y ¡todavía tiene la enorme frescura de pedirme que le ayude!

La píldora era demasiado amarga para pasar por la garganta de mister Teal, pero éste consiguió hacerlo, aunque estuvo a punto de ahogarse. Quizá fuera aquella la más prodigiosa de todas sus victorias sobre sí mismo.

—Eso es lo que quiero —dijo, haciendo un sobrehumano esfuerzo de negligencia, que le hizo aparecer como si estuviera a punto de sufrir un coma apoplético—. ¿Por qué hemos de seguir luchando el uno con el otro? En realidad, los dos buscamos lo mismo, y este es un caso en el que podemos trabajar juntos y, además, pueden ahorrarse muchos trastornos. Seré franco con usted. Tomé nota de todo lo que dijo acerca de Windlay e hice algunas averiguaciones por mi propia cuenta. He visto un relato detallado de la encuesta de Kennet y he hablado con uno de los periodistas que estuvo allí. Estoy de acuerdo con usted en que fue llevada de un modo muy poco satisfactorio. Hasta le dije al comisario en jefe que debíamos pensar en abrir de nuevo el caso. Él convino conmigo entonces, pero ayer me dijo que era mejor dejarlo. Estoy seguro de que le obligaron a decírmelo... aunque no sé qué clase de presión se ejerció sobre él. Pero a mí no me gusta dejar los casos sin terminar. Si en ése hay algo sospechoso, tenemos que averiguarlo. Ahora bien, usted me dijo algo acerca de los Hijos de Francia, ¿no es así?

—Quizá los mencionara —admitió cautelosamente Simón—, pero...

El inspector jefe Teal abrió sus infantiles ojos azules, y éstos no parecían aburridos, estúpidos o somnolientos, sino que, por el contrario, había en ellos una mirada inesperadamente clara y penetrante.

—Está bien, por eso es por lo que vine a verle. Quizá sepa algo que sirva para solucionar este rompecabezas. Bravache y Dumaire son franceses —míster Teal hizo una pausa—. Y yo he averiguado que John Kennet era miembro de los Hijos de Francia.

CAPÍTULO VI

DE CÓMO MÍSTER FAIRWEATHER ABRIÓ LA BOCA Y MÍSTER UNIATZ COMETIÓ UN ERROR

I

¿**K**ennet era miembro de los Hijos de Francia? —repitió Simón—. ¿Está seguro de eso?

—Sí. Su madre era francesa y él hablaba el francés tan bien como el inglés. Ya le he dicho que he hecho algunas averiguaciones. Y he podido comprobar el hecho de que se unió a los Hijos de Francia hace seis meses con el nombre de Jean de la Paix. Además, era también miembro del partido comunista francés —y Teal miró a El Santo con un dejo de malicia—. Me figuré que ya lo sabría.

—Pude haberlo adivinado —dijo éste, imperturbable. Pero bajo su tranquilo exterior su cerebro daba vueltas como una dínamo.

—¿Sí?

—Soy un buen adivino. ¡Conque «Jean de la Paix»! ¡No diremos que no tenía sentido del humor! Y valor. Porque el que un miembro del partido comunista francés entre a formar parte de los Hijos de Francia, es por sí solo una muestra de valor, y él debió ir más allá. Esa es otra razón por la que había que incinerarle.

—¿Y cuál era la primera razón?

Simón se miró las uñas.

—Quiere saber demasiado —dijo.

—Claro que sí.

—Lo mismo me pasa a mí. —El Santo se quedó un momento pensativo y luego tomó una resolución—. Está bien, Teal. Me lo ha pedido y se lo diré. Por primera vez en mi vida voy a ser perfectamente franco con usted. Merece la pena el serlo, aunque no sea más que para poder seguir adelante con mi tarea, sin tener que hacer frente a sus sospechas y persecuciones. Pero no creo que sirva de nada, porque, como de costumbre, no querrá creerme... El hecho es, Teal, que yo no sé más que usted.

La cara de Teal se ensombreció.

—No vine aquí para perder el tiempo...

—Ni yo quiero que me haga perder el mío. Le dije que no iba a creerme. Pero es así. No sé más que usted. La única diferencia es que como no soy un policía no tengo tantos espacios libres en mi cerebro para poder empezar por ellos.

—Siga —dijo míster Teal, letárgicamente—. Tenga compasión de mi estupidez y dígame lo que debo hacer.

—Como le parezca. Empecemos por el camarada Luker. Como ya sabrá, él es el supremo pontífice del contrabando de armas.

—Eso creo.

—Los camaradas Fairweather y Sangore son sus hombres de confianza en un par de fábricas de armamentos que él controla.

—No sé...

—Llámelo como quiera, pero déjeme seguir. Entre ellos manejan lo que se puede llamar prácticamente el monopolio de la industria de armamentos en este país. Su único trabajo es manufacturar las máquinas e instrumentos necesarios para matar a los demás, y el único modo de ganar dinero es lograr que sus productos tengan una buena demanda. Pero con las leyes que sufrimos en este país, no se les puede hacer nada. Si un hombre se emborracha y mata a alguien con su automóvil, su obligación es meterlo en la cárcel; pero si organiza la matanza de varios millones de personas se le hace conde y su obligación es detener el tráfico para que él cruce la calle, ¿no es así?

—Siga.

—Ahora vayamos a Francia. Allí hay una organización llamada los Hijos de Francia. Quizá sea ilegal, o quizá no. Pueden haber encontrado una manera de burlar la ley o, por el contrario, son simplemente ilegales y se alaban de ello. De todos modos, eso es asunto de la policía francesa.

—Sigo escuchando.

—Algo es algo. Está bien. Todos los indicios demuestran que Luker apoya a los Hijos de Francia. Es natural. Esa clase de gentes siempre necesitan mucho armamento. Pero no es un crimen el financiar a los partidos políticos, pues, de ser así, la mitad de la nobleza inglesa estaría en la cárcel. A menos que los Hijos de Francia sean una organización ilegal, y en ese caso siempre será un asunto para la policía francesa.

—Todavía no hemos llegado a Kennet —dijo Teal.

—Kennet era un pacifista, un comunista y todos los «istas» que quiera. Creyó que podía hacer una buena obra desenmascarando a los contrabandistas de armas. Se equivocó. La gente se habría contentado con decir: «¡Qué horror!», y luego se hubiesen olvidado de ello. Pero Kennet siguió adelante. Entró a formar parte de los Hijos de Francia. Y por casualidad encontró algo que merecía verdaderamente la pena; por eso murió en un accidente. Pero tampoco puede hacer nada con eso.

—Yo puedo hacer algo con un asesinato premeditado.

—Yo dije que había sido asesinado, pero simplemente porque me parecía natural. No tengo prueba alguna de que así fuese. Los dos sabemos que Windlay fue asesinado, pero ninguno de los dos sabemos quién lo hizo. No basta el decir que, fuera quien fuese, era un enviado de Luker. ¿Puede ir con eso al jurado?

Míster Teal hizo una bola con el papel de su goma de mascar. Sus ojos azules miraban fijamente a El Santo.

—Estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto. Pero usted sabe algo más. Sabe otras cosas y está trabajando ahora en ellas.

—Solamente una —la voz de Simón era tranquila y reposada; se había decidido a ser franco, y lo estaba siendo; eso no podía hacerle daño y quizá le evitara unas cuantas complicaciones con míster Teal—. Kennet se enamoró de *lady* Valeria Woodchester, a quien Fairweather le había pedido que tratara de hacerle volver al buen camino. Habló mucho con ella, pero no sé lo que le dijo. Y le dejó varias pruebas escritas. Por eso es por lo que registraron el piso cuando asesinaron a Windlay. Las estaban buscando. Pero no estaban allí. Las tenía *lady* Valeria.

Los ojos del detective se abrieron desmesuradamente.

—Pero...

—Ya sé —le interrumpió El Santo cansadamente—. Claud, usted es demasiado brillante, ese es su defecto. Ya lo sé todo. Así que lo único que hay que hacer es buscar a *lady* Valeria y decirle: «¿Dónde están esos papeles que Kennet le dio?». Está bien, pruebe a hacerlo. Yo ya lo hice.

—Pero si oculta una prueba...

—¿Quién dijo eso? Ella. A mí solo... sin testigos. Y si la lleva a un tribunal, puede negarlo palabra por palabra, y ¿quién puede probar lo contrario?

—Pero ¿por qué hace eso?

—Por amor a la «pasta».

—¿Cómo?

—A la «pasta», al metálico, al dinero, al oro. Ha entrado en este asunto por él, precisamente como hacía yo antes. Y sabe que esos papeles valen mucho dinero para Fairweather y compañía. Lo único que podría decidirle, es que le ofreciera más dinero, lo que yo, personalmente, no le aconsejo, y que además no podría hacer —y El Santo meneó la cabeza—. No sirve para nada, Claud. Ni siquiera puede tratar de conquistarla con su figura.

Las mandíbulas del inspector continuaron masticando monótonamente. La lógica del argumento de El Santo era irrefutable, pero míster Teal luchaba enérgicamente contra ella, aconsejado por sus largos años de amargas decepciones. El Santo podía haberle dicho la verdad, pero en otras muchas ocasiones, con motivos más o menos plausibles, le había mentado. Y todos los prejuicios de míster Teal estaban en contra de su credulidad.

—Está bien —dijo tercamente—. Pero a pesar de eso está trabajando en algo. Y, ¿quién me dice que no piensa ya en el dinero? Supongamos que consiguiera esas pruebas. ¿Qué iba a hacer con ellas?

—No se las daría, desde luego. No creo que eso le sirviera de nada. No pretendo otra cosa que asegurarme, que enterarme de todo lo que hay detrás de este asunto. Hoy mismo puede tratar con Luker y compañía sin saberlo. No es que yo quiera

alarmarle, pero si, por ejemplo, Luker tuviera un pequeño accidente y se cayera del tejado de su casa...

El timbre del teléfono sonó mientras El Santo estaba hablando.

Simón se inclinó y cogió el receptor mientras Teal le miraba con ojos preocupados.

—Hola —dijo, y sus cejas se alzaron un poco—. Al habla... Sí... sí... sí.

La cara de Teal se fue ensombreciendo y en sus ojos brilló un relámpago. Alzándose de su silla como una ballena que sale a la superficie, se lanzó hacia delante y arrebató el teléfono de las manos de El Santo.

—¡Hola! —gritó—. El inspector Teal al habla... No, no era yo... No importa, continúe... ¿Cómo?... ¿Qué pasa?... Sí... sí...

La angelical faz de Teal se iba endureciendo mientras escuchaba. Sus ojos, que seguían fijos en El Santo, se animaron con una serie de emociones violentas, entre las cuales se distinguía la de una cólera tan viva, que era casi incandescente. Su boca era una trampa cerrada, en el rojo oscuro de su rostro.

—Está bien —bramó al fin—. Quédese ahí. Ahora mismo voy.

Volvió a dejar el receptor en su sitio con un fuerte golpe y se quedó mirando a El Santo con la expresión de un gorila a quien han clavado un alfiler en el trasero.

—Vamos a ver —rugió—. Dígame qué me responde a eso.

—¿Qué le respondo a eso? —La voz de Simón era una miel de inmaculada inocencia—. Mire, Claud, ya que me habla, le diré que si piensa convertir esta casa en un club y decirle a sus amigos que le llamen aquí, no creo que le importe que yo me divierta un poco con ellos...

—¡Ya me cuidaré de que se divierta de veras! ¿Así que creyó que iba a tomarme el pelo con todas esas historias que me contó? Pues sí... Lo que es...

—Claud, se está volviendo incoherente. Respire fuerte y hable por el diafragma.

El inspector respiró fuertemente y su aliento salió de sus pulmones como del fuelle de una fragua.

—Ya oyó lo suficiente en el teléfono... —resopló.

—Nada de eso. Empezaba a ponerse un poco interesante, cuando me quitó el teléfono tan descortésmente de las manos. Por lo visto uno de sus sabuesos quería perseguir a alguien que no estaba en su casa.

—Envié a uno de mis hombres a entrevistarse con *lady* Valeria —dijo Teal, hablando como una locomotora que sube una cuesta muy empinada—. Pensé que sabía más de lo que decía. No, no estaba en su casa. Pero su doncella sí estaba, y le dijo que ella pensaba llamar a la policía. Por lo visto *lady* Valeria salió anoche y no ha vuelto. Cuando su doncella entró en la casa esta mañana, su cama estaba intacta, pero el piso entero había sido registrado y en el suelo había restos de cuerda y de esparadrapo, como si se hubiera atado a alguien. Parece como si la hubieran secuestrado... ¡y yo sé quién lo hizo!

El Santo se había sentado de nuevo en el borde de la mesa. Al oírle se puso en pie como si estuviera ardiendo.

—¡Cómo! —exclamó, lleno de un espantado asombro—. ¡Dios mío, si le ha ocurrido algo...!

—¡Demasiado sabe lo que le ha ocurrido! —La voz de Teal era una mezcla de rabia y desilusión—. Me ha dicho demasiado cosas para que no sospeche. ¡Por eso estaba tan seguro de que ella no podía informarme! Pero esta vez se equivocó. Voy a hacer que lo vigilen hasta que la hayamos encontrado. —Y Teal se puso en pie comprendiendo la solemnidad del momento—. Pienso detenerle...

Quizá, después de todo, no era exagerado el que el inspector, en sus momentos de depresión, pensara que había algo sobrenatural que impedía que terminara su frase favorita. En aquella ocasión el sonido del timbre le cortó la palabra, como un «gong» que detiene al boxeador en el momento de ir a asestar el golpe supremo.

Esta vez no se trataba del teléfono, sino de un timbrado delicado y discreto que procedía sin duda de la puerta.

Teal lanzó una mirada por encima del hombro. Y como El Santo iba a moverse, él se movió más aprisa.

—Quédese ahí —le ordenó—. Yo veré quién es.

El Santo se sentó filosóficamente y encendió un cigarrillo. Su primer anillo de humo se hallaba aún en el techo cuando Teal volvió.

Y tras él entró míster Algernon Sydney Fairweather.

II

Míster Fairweather vestía un traje oscuro, y una cadena de oro le colgaba sobre el lugar en que, en su juventud, había tenido la cintura. Llevaba un sombrero de fieltro gris y debajo del brazo, enrollado, un paraguas con puño de oro.

El Santo le inspeccionó con sobria admiración mezclada de cordial sorpresa y ninguna de aquellas expresiones tenían ni una centésima parte de verdad.

—Algy —saludóle amablemente—, ¿qué he hecho yo para merecer el honor de verle atravesar mis proletarios umbrales?

—Yo... eh. ¡Hum! —murmuró explicativamente míster Fairweather.

Teal se interpuso entre los dos.

—En este momento iba a arrestar a míster Templar —dijo ceñudamente.

—¿Iba a...? ¡Hum! ¿Iba a...? ¿Puedo preguntarle de qué le acusa, inspector?

—Sospecho que es el culpable del secuestro de *lady* Valeria Woodchester.

Fairweather se agitó.

—*Lady*... —musitó ahogadamente—. ¿Secuestrada? ¡Pero...!

—*Lady* Valeria Woodchester ha desaparecido y su departamento ha sido registrado —explicó Teal pesadamente—. Me alegro de que haya venido, señor. Quizá pueda informarme de algo. Usted la conoce muy bien, ¿no es así?

—Eh... sí, creo que sí.

—¿Le dijo ella algo que le hiciera pensar que tenía miedo de alguien?

Fairweather dudó un instante. Luego miró nerviosamente a El Santo.

—Me dijo una vez que tenía mucho miedo de míster Templar —afirmó de mala gana—. Temo no haberle hecho mucho caso entonces. La idea me pareció tan... Pero usted no cree que le haya podido ocurrir algo serio, ¿verdad?

—Lo único que sé es que le ha sucedido algo —y Teal se volvió a El Santo como un ciclón congelado—. ¡Sería mejor que me lo dijera! Debería saber que no hay que confiar en que diga la verdad cinco minutos seguidos. Pero me ha dicho demasiado. Me dijo que *lady* Valeria tenía algo que usted quería. Ahora que ha desaparecido y su casa ha sido registrada. Ralph Windlay fue asesinado y su casa fue registrada también. En los dos lugares alguien andaba buscando algo, ¡y me parece que esa persona era usted!

El Santo suspiró.

—Claro que sí —dijo—. Eso es lo que llaman deducción. Eso es lo que les enseñan en la escuela de policía. Yo estoy buscando algo, y, por lo tanto, todo el que busca algo soy yo.

Teal apretó los dientes. Las sospechas que le habían asaltado al principio de la entrevista se iban apoderando de él con la abrumadora turbulencia de un tifón. Míster Teal podía creer en las coincidencias hasta cierto punto; pero la rápida sucesión de lugares y de personas, donde y en quienes habían tenido lugar cosas violentas añadida a la proximidad de El Santo en todas esas ocasiones, eran demasiado para él. Las tendencias viciosas de su hígado se agravaban con el recuerdo de sus recientes concesiones.

—*Lady* Valeria estuvo muy poco tiempo con usted, anoche —dijo—. ¿Por qué le dejó tan temprano?

—Estaba cansada —repuso El Santo.

—¿Riñó con ella?

—Amargamente. Quizá sea un poco anticuado, Claud, pero una cosa que no permito nunca es que la gente sea grosera con mis amigos. Quizá tengan una figura como un saco de harina y una cara como un tomate gigante, pero la belleza no reside solamente en la cara y los corazones nobles valen más que los blasones, etcétera, etcétera, y porque un hombre sea un policía no hay motivo para que una muchacha se quiera reír de él. Así que le dije: «Mire, *lady* Valeria, porque el pobre Claud Eustace tenga una retaguardia como la popa del *Normandie...*».

—¿Quiere callarse? —rugió el detective.

Simón se calló.

Teal empuñó su revólver.

—¿Por qué le tenía miedo *lady* Valeria? —preguntó. El Santo no contestó.

—¿La había amenazado?

El Santo seguía mudo. Sus manos se movían con ademanes grotescos.

La cara del detective tenía el color de una ciruela madura.

—¿Qué diablo le pasa? —rugió—. ¿No puede hablar?

—Claro que no —dijo El Santo—. Usted me dijo que me callara y soy una ostra. ¿Quiere tomarme con limón, o con crema y vino blanco?

El inspector Teal le miró como si se hubiera tragado una anguila viva. Su cuello se hinchó con la furia de la lucha que sostenía en su interior.

—Dígame por qué *lady* Valeria le tenía miedo —inquirió con un ahogado murmullo.

—No tengo la más mínima idea. No creí que me tuviera miedo. ¿Por qué no se lo pregunta a Algy? Él parece saberlo. Y ya que está en ello, ¿por qué no le pregunta a qué ha venido aquí?

Fairweather se sonó cuidadosamente en un pañuelo blanco de seda y se plantó en la habitación como un ministro que va a contestar una pregunta de la oposición.

—No he visitado nunca a *míster* Templar —declaró—, y no espero volver a hacerlo. La razón de mi visita de esta mañana es muy sencilla. Me había comprometido hoy para comer con *lady* Valeria y la llamé esta mañana para que no se olvidara de la hora. No estaba en casa y su doncella me informó de que aparentemente no había dormido allí y que no le había dejado ninguna nota para explicarle su ausencia. Comprendiendo que aquello era una cosa muy distinta de sus costumbres normales, me puse a pensar en ello, algo preocupado, y recordé que ella me había hablado con algo de miedo de *míster* Templar, como ya le he dicho. Volví a telefonarle más tarde, sin poder obtener noticias suyas; y al ir de mi club al Savoy, que era donde debíamos encontrarnos, me acordé de que ella me había dicho que pensaba cenar anoche con *míster* Templar. Mi preocupación aumentó, y como en aquel momento me encontraba cerca de este edificio, le ordené impulsivamente a mi chófer que se detuviera, y subí aquí con la intención de...

—Algy —le interrumpió El Santo con profundo respeto— no me extraña que entrara a formar parte del Gobierno. Con su habilidad para hacer que una serie de mentiras inverosímiles tengan el aspecto de un sermón del arzobispo, lo único que me extrañaría es que no le hicieran primer ministro.

La convicción endureció los ojos del inspector como el nuevo caparazón de una langosta.

—Yo le diré por qué *lady* Valeria tenía miedo de usted —le dijo—. Me figuro que estaba pensando en lo que le pasó a Kennet y a Windlay. Se dio cuenta de que quería hacer daño a *mister* Luker y a *míster* Fairweather, y como ella era amiga suya...

—¿Era Kennet amigo suyo? —preguntó incisivamente El Santo.

Fairweather respondió con solemne pomposidad:

—Era mi invitado. Creo que es suficiente.

Teal asintió, implacable.

—Demasiadas veces me ha engañado, Templar, pero ésta no lo hará. ¿A qué seguir fanfarroneando? Tengo ya demasiadas pruebas para ponerle a la sombra por mucho tiempo. Si quiere ser listo, no trate de empeorar su asunto. Cuénteme lo que le ha ocurrido a *lady* Valeria y quizá escape con dieciocho meses.

El Santo le miró unos momentos y luego se echó a reír.

—¡Pobre cabeza de chorlito! —dijo.

La cara del detective no se alteró.

—Eso no le...

—¿No me hará ningún bien? —le interrumpió Simón, terminando la frase—. Bueno, no me preocupa. No estoy tratando de hacerme ningún bien, no me hace falta. Quiero hacérselo a usted, que bien lo necesita. ¿Se ha vuelto tan loco que ha perdido la memoria? ¿Recuerda que yo haya amenazado o maltratado alguna vez a una mujer? ¿Ha tenido alguna vez la más mínima sospecha de que lo hiciera? Pero como es demasiado corto de vista para ver otra cosa que los granitos de su nariz, quiere creer que yo me he convertido en un ogro en obsequio a *lady* Valeria. Lo que le hace falta...

—No me hace falta...

—Sí. —La voz de El Santo era fría y tranquila, pero sus palabras eran tan cortantes como una espada—. Según una antigua ley, que por lo visto no conoce, en este país un hombre es siempre inocente hasta que se haya probado su culpabilidad. ¿Por qué no es conmigo la mitad de crédulo que con Algy? Porque él fue miembro del Gobierno de Su Majestad. Lo cual quiere decir que hace tiempo que aprendió a mentir con verdadero arte. ¿Se ha preocupado siquiera en analizar lo que le ha dicho? *Lady* Valeria no estaba en su casa, ni había pasado allí la noche, cuando telefoneé para recordarle su cita. «Comprendiendo que aquélla era una cosa muy distinta de sus costumbres normales...».

—Ya he oído lo que dijo míster Fairweather.

—¡Y se lo tragó! Este es el tipo que conocía a *lady* Valeria. Ni siquiera pensó que ella pudo haberse marchado a casa de unos amigos, olvidándose de volver a la suya. «Se puso a pensar en ello, algo preocupado». No quisiera ser injusto con la muchacha, pero apuesto cualquier cosa a que si averigua cómo vivía, verá que estas cosas han sucedido más de una vez. Algy nunca pensó en ello. «Su preocupación aumentó», y de tal modo, que vino aquí a la casa de un desconocido, a preguntarme lo que pensaba acerca de ello. Y ya que hablamos de comidas, le diré algo. Algy dice que tenía una cita con *lady* Valeria y, naturalmente, usted le cree. Pero yo creo que se ha confundido. El que se había citado con ella no era él... era yo. Ahora bien, ¿quiere seguir pensando por su cuenta, o prefiere que continúe ayudándole?

Había tal persuasión y ardiente sinceridad en la voz de El Santo, que míster Teal no pudo por menos de sentirse impresionado. A pesar suyo, una nueva duda se unió a

la zarabanda que hervía en su enfebrecido cerebro. Le costaba trabajo creer que El Santo le hubiera hecho algo a *lady* Valeria. Por otra parte, le resultaba igualmente difícil pensar que un miembro de la sociedad, tan respetable como Luker o Fairweather, pudiera estar mezclado en todo aquello, por motivos siniestros. El cerebro del inspector bailaba agitado en las turbulentas olas de un insondable *Weltschmerz*^[7].

Miró a El Santo con suspicaz malevolencia en la que pedían distinguirse los síntomas del hundimiento de su seguridad.

—Pierde el tiempo —le dijo con voz menos dominante—. Las sospechas de míster Fairweather me parecen muy razonables.

—¿Sospechas? —El Santo era letalmente sardónico—. ¿Por qué no las llama seguridades y acabamos de una vez? Así que Algy tenía una cita con *lady* Valeria. Pero no demostró ninguna impaciencia por llegarse hasta el Savoy y ver si le esperaba allí. Ni siquiera se le ocurrió llamar para ver si había llegado, antes de subir a verme. Y aún más: no se le ocurre esperar a ver si está en el Savoy, antes de lanzarse a acusarme. ¡Sabe muy bien que ella no está allí! Y ¿por qué se figura que puede estar seguro de ello?

La boca de Teal se entreabrió. Al cabo de un instante volvió la cabeza. Y por primera vez miró duramente a míster Fairweather.

—¡Oh! —tartamudeó éste, nerviosamente—. Las insinuaciones de míster Templar son tan... tan absurdas... yo... yo... De veras, inspector... yo creo... que debería hacer... algo... ¡hum!

—Ya comprendo, señor. —Teal era cortés y respetuoso, pero su revólver había comenzado a describir una curva muy interesante—. De todos modos, si me explicara...

—Yo creí que no hacía falta explicaciones —dijo secamente Fairweather—. Si su imaginación es incapaz de hacer frente a un problema tan sencillo, el comisario en jefe quizá esté interesado en oír hablar de él.

Si hubiera sido un psicólogo se habría dado cuenta de que ésa era la última cosa que debía decir. Míster Teal seguía dándose cuenta de que se dirigía a un exministro, pero su mandíbula se apretó obstinadamente.

—Perdón, señor —dijo—, pero el comisario en jefe me pide una declaración definida en apoyo de mis teorías.

—¡Tonterías! —repuso secamente Fairweather—. Si se propone tratarme como a un criminal...

—Si persiste en esa actitud, señor —atajóle valerosamente Teal—, me obligaré a hacerlo.

Fairweather se le quedó mirando, boquiabierto.

Una paz deleitosa se difundió por el alma de Simón Templar. Los papeles habían cambiado completamente. Fairweather era ahora el objeto de la atención de míster

Teal, no él. El momento contenía en sí todos los refinados ingredientes de la inmortalidad.

Y en aquel momento el teléfono volvió a sonar de nuevo.

El Santo se irguió, pero esta vez Teal no perdió el tiempo. De un modo casi mecánico se puso en pie y cogió el teléfono.

—Hola —dijo; y luego—. Al habla.

Simón se dio cuenta de que mentía. En aquel momento, le devolvía a El Santo la pasada que éste le había jugado un poco antes. Pero las circunstancias no eran las mismas. Esta llamada procedía de una de esas conexiones excepcionalmente poderosas que ocurren, a veces, y la voz del que hablaba al otro extremo de la línea sonaba tan fuerte en el receptor que podía oírse débilmente en la habitación. Y, sin lugar a dudas, había dicho: «¿Es usted, jefe?».

Simón se puso en pie, impulsado por un irresistible presagio. Pero la agitación que le había producido la voz penetrante de míster Uniatz era demasiado para él. La frase siguiente de Hoppy llegó a sus oídos con la claridad de un programa de radio.

—Oiga, jefe... ¡la chica se fue!

III

Teal colgó el receptor con un enfurecido golpe. Las emociones que había sufrido hasta entonces eran un juego de niños comparadas con lo que sentía. El Santo no solamente había querido burlarse de él sino que le había puesto en situación de llegar casi a ofender a Fairweather, lo que fácilmente podía haberle costado la carrera. Todas las facultades de míster Teal se habían convertido en aquel momento en un picadillo de ardiente vitriolo. Su faz tenía un tono de heliotropo.

—Vamos —dijo con una voz que apenas si podía reconocerse—. El resto puede escribirlo en Vine Street.

Simón le vio acercarse mientras su cerebro trabajaba más aprisa que nunca. El cómo y el porqué *lady* Valeria había escapado y las desagradables consecuencias que aquello podía traer consigo, era un asunto que había que dejar por el momento. Aquello podía esperar, pues, a menos que se olvidara de él ahora, más tarde no tendría ocasión para pensar en ello de un modo provechoso.

Desde donde estaba podía alcanzar su revólver, pero aquello no serviría de nada. Quizá sirviera para asustar a Fairweather, pero el paroxismo de rabia que hacía avanzar a Teal le obligaría a seguir adelante hasta que una bala lo detuviera. Y El Santo sabía que nunca sería capaz de usar su revólver contra Claud Eustace Teal. E

igualmente sabía que nunca se dejaría llevar a Vine Street sin saber cuándo iba a salir de allí.

—Espere un minuto, Claud —dijo—. Ganó. Voy a entregarle a *lady* Valeria.

Era la única cosa que podía detener al detective. Teal se paró a un metro escaso, con las esposas en alto.

—¿En dónde está?

Simón le miró con una sonrisa triste.

—Hemos pasado un buen rato, ¿eh Claud? Pero siempre pensé que tendría que acabar por ahí... Está bien; vamos a aclararlo todo, ya que estamos en ello. Hoppy se asusta por nada. *Lady* Valeria no se ha escapado. Yo me la llevé, pero no tuve tiempo de decírselo. Está ahora en el departamento, a media docena de metros de usted.

Teal le miró boquiabierto.

—¿Aquí?

—Sí. No había pensado en eso, ¿eh? Pues la encontrará perfectamente sana y salva, sin que le haya tocado ni una mota de polvos de su nariz.

—¿Dónde está?

—Venga al dormitorio y se la enseñaré.

Dio vuelta con un aire de resolución estoica y se acercó a la puerta. Teal le siguió, pisándole los talones. Fairweather empuñó su paraguas y siguió a Teal. Al entrar en el dormitorio, cuya cama estaba aún desecha, Simón dijo:

—Usted siempre sospechó que yo tenía una colección de pasajes secretos. Acertó. Éste le divertirá.

Y le indicó una puerta al lado de la cama.

Teal la abrió de golpe, descubriendo el interior de un gran armario interior en el que la interminable fila de los trajes de El Santo colgaban de sus perchas como una hilera de delgados soldados.

El Santo se sentó tristemente en la cama.

—Empuje el fondo y se abrirá —dijo.

Teal se lanzó, ceñudo, contra la pared, echando a un lado los trajes. Fairweather se acercó al armario y metió la cabeza en su interior.

Lo que ocurrió entonces fue una serie de asombrosos sucesos de los que mister Fairweather sólo pudo guardar un confuso recuerdo. Le pareció que, sin darle tiempo a pensar, una cosa parecida a una doble grúa le cogía por el cuello de la camisa y el fondillo de los pantalones y lo alzaba del suelo, lanzándole al interior del armario sin que tuviera tiempo de exhalar la más ligera queja. Entonces, su redondo abdomen chocó violentamente con la dura parte posterior del inspector jefe Teal; la puerta del armario se cerró tras él; la oscuridad reinó en el recinto; una llave chirrió en la cerradura, y al cabo de lo que a él le pareció una eternidad, la voz de Teal se alzó en un rosario de imprecaciones...

Simón Templar salió rápidamente del dormitorio y cerró la puerta con llave.

Ahora que se había metido en el asunto hasta el cuello, se sentía lleno de una exuberante alegría. Tan pronto como míster Teal y Fairweather hubieran logrado salir, lo que tardaría mucho, él sería un hombre perseguido y los brazos implacables de la ley se apretarían en torno suyo; pero a él le parecía que acababa de quitarse una carga de los hombros. En los viejos días había vivido así; aquellos días las manos de todos los hombres estaban alzadas contra él, y cuando la derrota y la ignominia le aguardaban a la vuelta del camino, en aquellos días había conocido el verdadero placer de vivir de un modo como no lo conocerán nunca los hombres cuyas existencias eran más seguras y vulgares. Ahora, al menos, los caminos eran claros e inevitables. Quizá llevara demasiado tiempo siendo respetable...

El timbre del teléfono sonó de nuevo. Simón cogió el receptor.

—Oiga jefe —dijo quejoso míster Uniatz—. Antes me cortó la comunicación.

—No fui yo —respondió secamente El Santo—. Fue tu viejo amigo Claud Eustace Teal.

Hubo una larga pausa.

—¿Oyó lo que dije, jefe?

—Eso creo.

—¿Quiere decir que oyó lo que decía acerca de la muchacha?

—Sí.

—¡Pero si yo le dije que si era usted, y él me contestó que sí! —se quejó Hoppy, aterrado al comprobar a qué extremos podía llegar la perfidia humana.

Unas palabras enérgicas y claras subieron hasta los labios de El Santo. Pero ¿de qué servirían? En el dormitorio se escuchaban unos ruidos que le hicieron pensar en un cocodrilo rabioso. El tiempo apremiaba.

—No te preocupes, ya está hecho. Llama a Patricia.

—No ha vuelto todavía, jefe. Salió en el cochecito a comprar un poco de *whisky*, hace un rato, y estaba afuera cuando sucedió.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos o tres minutos, jefe. Fue así: Yo le llevaba la comida a la chica cuando oigo que me dice: «Mire, la alfombra está ardiendo». Y estaba ardiendo. Salí a buscar el extintor para apagar el fuego y cuando llevaba algún tiempo apagándolo vi que la chica se había ido.

—Me figuro que le dejarías la puerta abierta para que saliese más fácilmente.

—No lo sé, jefe —dijo, ofendido, míster Uniatz. Parecía como si pensara que *lady* Valeria se había aprovechado de la situación de un modo poco limpio—. De todos modos, la puerta estaba abierta y ella se ha escapado. Bajé corriendo la escalera y oí el ruido de un coche que se alejaba, y cuando abrí la puerta, vi que se marchaba con su «Daimler». Entonces le llamé a usted.

Simón abrió su pitillera.

—Está bien —replicó vivamente—. Escucha. Este asunto se va a poner muy feo por tu culpa. Así que será mejor que te marches. Quédate ahí hasta que vuelva

Patricia y cuéntale lo que ha sucedido. Entonces métete con Orace en el cochecito y que Pat os lleve a la estación. Comprad billetes para Southampton y haced lo posible por que el empleado se acuerde de vosotros. Luego saldréis de la estación con el primer grupo de pasajeros, volvéis a Brookland y cogiendo el avión os vais volando a Hesten. Peter os esperará allí. Haz lo que te digo. ¿Te has enterado?

—¿Quiere decir que eso debemos hacerlo todos?

—Sí. Los tres. Teal tratará de averiguar vuestro paradero tan pronto como vuelva a ponerse en acción y Weybridge no será un sitio seguro para ninguno de vosotros. Puedes llevarte el *whisky* y así no tendréis hambre.

—De acuerdo, jefe.

Simón apretó con un dedo el interruptor de corriente. Luego lo alzó de nuevo y encendió un cigarrillo, mientras marcaba el número de Peter Quentin. Los golpes ahogados de la alcoba iban aumentando en intensidad y unos crujidos de madera partida se mezclaban con ellos. El Santo lanzó al techo un anillo de humo.

—¿Peter?... Está bien, muchacho. Soy yo, Simón... Nada, excepto que unos cuantos globos cautivos han aterrizado en mi habitación... En otras palabras, que Claud Eustace Teal estuvo aquí esta mañana para cantarme su canción favorita, como esperábamos; y, mientras tanto, nuestra protegida se ha fugado. Hoppy me llamó para darme la noticia y Teal cogió el receptor.

Hubo una pequeña pausa mientras Peter asimilaba los hechos.

—¿Desde qué comisaría me estás hablando, muchacho? —preguntó al fin, cautelosamente.

—Desde ninguna todavía. Pero espero que me invitarán a ir a ella en cuanto Teal salga del armario en donde le tengo calentándose, por el momento. Y no creas que tú estás fuera de esto...

—En cuanto...

La voz de Peter sonaba débil y expirante.

El Santo sonrió.

—Sí. Ahora escucha, hijo mío. Pat, Hoppy y Orace deben estar ya camino de Heston, en el Monospar. Les he dicho que te recojan. Podéis salir ahora mismo y aterrizar en Deanville, tomar el tren de París y yo os veré más tarde, en el hotel Raphael.

Hubo otra pausa.

—Todo eso está muy bien —dijo Peter—, pero ¿y si no tengo ganas de ir al extranjero?

—Piensa en lo que se te va a ensanchar la inteligencia —aconsejóle El Santo—. No seas heroico. Les costará más trabajo cazarme si estoy solo, y, además, no puedo hacer nada por mí. No creas que pienso quedarme mucho tiempo. Tengo el presentimiento de que el último acto de este emocionante melodrama ha de tener lugar en París.

Y coito antes de que Peter pudiera contestarle.

Los golpes de la habitación de al lado eran cada vez más violentos; dentro de algunos segundos la puerta del armario saltaría en pedazos. Pero El Santo se detuvo aún para llenar su pitillera antes de salir y tomar el ascensor hasta el garaje del sótano.

Cuando se metió en el «Hirondel» y puso en marcha el coche, nadie habría pensado que tenía la más mínima prisa; la tempestuosa vitalidad que cantaba alegremente en todas las fibras de su cuerpo no había encontrado otra puerta de escape que la mirada alerta de sus ojos de zafiro y la dinámica economía de sus movimientos... A la salida del garaje estaba parado el mismo taxi de la noche anterior, y un poco más allá se veía el mismo diminuto coche deportivo, con el conductor leyendo distraídamente un periódico; esta vez, Simón no tenía a Sam Outrell para protegerle, pero no le preocupaba. Pasó ante ellos como una flecha y entró en Half Moon Street, tomando hacia el Norte; por el espejo pudo ver que los coches venían siguiéndole. Se abrió paso hacia Park Lane, lo costó hasta que vio un agujero de media docena de metros en la fila ininterrumpida de tránsito que bajaba hacia él y entonces dio vuelta al volante y el «Hirondel» pasó por entre la estrecha abertura, hacia el otro lado del camino, siguiendo la dirección prohibida. La catarata de vehículos se echó a un lado rápidamente para evitar el choque, entre una gran confusión de maldiciones y chirriar de frenos, pero apartándole definitivamente de sus perseguidores. Simón chocó contra la acera, enderezó su automóvil y luego entró en Mount Street. Un par de segundos más tarde se alejaba a toda velocidad haciendo zigzags y doblando esquinas hasta que su pista se perdió en Mayfair.

La confusión de vehículos que había dejado en Park Lane estaba todavía a medio solucionar cuando él había cruzado ya Oxford Street y lanzado su «Hirondel» en dirección oeste.

Estaba seguro de que el primer movimiento de *lady* Valeria sería volver a Londres. Y los dos caminos más comunes para ir de Weybridge a Londres pasaban por Putney. Tenía tiempo de ir a buscarla allí.

Cruzó Putney High Street más decorosamente de lo que había cruzado Park Lane y se metió en una callejuela desde la que podía ver la interminable hilera de vehículos que entraban en Londres y uniéndose a la misma sin pérdida de tiempo. El «Hirondel» se detuvo en la esquina como una gran joya brillante, y por primera vez desde que escogió aquella combinación tan atrevida de colores, El Santo deploró que sus gustos no hubieran sido un poco más conservadores. Aquel carruaje plutocrático que atraía todas las miradas, no simplificaría sus problemas. Un policía se acercó al coche y lo estudió con profundo interés. El corazón de Simón dejó de latir, pero el policía siguió adelante. Sin duda, la alarma no había llegado aún hasta él. Durante diez minutos. El Santo sufrió una tensión nerviosa que habría hecho trizas los nervios de muchos hombres. Temía que su presentimiento hubiera sido equivocado y que *lady* Valeria no viniera, después de todo. Pero cuando vio el «Daimler» negro cruzar ante él, con *lady* Valeria al volante, le pareció que había ocurrido algo así como un milagro.

La puesta en marcha del «Hirondel» no hizo apenas ruido. Casi instantáneamente el automóvil se puso en marcha y entró en la línea de tránsito, dos vehículos más atrás del de *lady* Valeria. Serio e impasible como un leopardo al acecho, El Santo se puso en marcha detrás de la joven.

IV

Lady Valeria se detuvo por primera vez en una oficina de correos en South Kensington. Los ojos de El Santo se enfriaron y endurecieron al verla detener el «Daimler». La Exhibition Road era demasiado ancha y poco frecuentada para que la presencia de un coche pasase inadvertida. Afortunadamente y pensando en ello, había acertado un poco la marcha. Apretó los frenos y entró en el Imperial Institute Road, pensando que la suerte le favorecería, pues ella entró en la oficina de correos sin volver siquiera la cabeza. Se veía claramente que ni siquiera se le había ocurrido que pudieran seguirla tan pronto.

El Santo dio la vuelta y se detuvo junto a la esquina. Luego, al cabo de un instante de duda, saltó del coche y se aproximó a la oficina de correos. Aquella era una temeridad, pero se le había ocurrido una teoría y quería ver si era exacta. Él mismo había usado aquella estratagema muchas veces. Echar al correo algo que quería ocultar, dirigido a su nombre a la lista de correos. ¿En dónde podía estar más seguro que allí?

Valeria salió tan pronto que casi lo descubre. Simón se volvió rápidamente y se puso a escoger un cigarrillo, dándole la espalda. Reflejada en el pulido interior de su pitillera, la vio cruzar la calle y, sin mirar a su alrededor, meterse en el automóvil.

Pero se había equivocado. Al salir, la joven se metió en el bolsillo un sobre, pero éste era demasiado pequeño para poder obtener los papeles de Kennet. Su cerebro activó su marcha para hacer frente a este nuevo obstáculo. Entonces la historia del guardarropa era cierta: ella no había hecho más que protegerse, echando al correo la contraseña. Su imaginación pasaba sobre los huecos de la historia con la velocidad del relámpago. Sin volver siquiera la cabeza para ver si sus observaciones eran acertadas, sin vacilar un instante, desanduvo el camino en dirección a su automóvil.

Y en la mitad de un paso se detuvo como si hubiera chocado con una pared invisible.

Al lado del «Hirondel» se hallaba ahora otro coche, un cochecito pequeño, vulgar, oscuro, que ocultaba la rapidez de su marcha bajo el disfraz de una borrosa carrocería, un automóvil que los ojos ejercitados de El Santo reconocieron al instante, como si hubiera llevado una bandera pintada sobre la puerta: el coche de la policía

móvil. En su pescante había sentado un hombre uniformado de azul y otro policía estaba observando en aquel instante, con mucha atención, el «Hirondel». Si se hubiera quedado en el coche, le hubieran cogido, con toda seguridad.

Pero su ángel de la guarda velaba por él. Los policías acababan de llegar y estaban todavía demasiado absortos en el descubrimiento del «Hirondel» para pensar en empezar sus pesquisas por otra parte.

El Santo giró en redondo al verlos. Se hallaba entre dos fuegos, pero Valeria Woodchester era el menos formidable. Sacó un pañuelo y lo sostuvo contra la parte inferior de su cara mientras cruzaba el camino de nuevo. El «Daimler» se apartaba de la acera, poniéndose en marcha hacia Kensington Gardens. Al otro lado de la calle un taxi acababa de dejar a un pasajero. Simón se acercó dando largas zancadas y trepó a uno de sus asientos en el mismo momento en que el pasajero pagaba el viaje.

—Suba hacia el parque —dijo— y entre en él.

El taxi describió un obediente semicírculo y emprendió la marcha hacia el Norte. Al dar la vuelta, El Santo echó una última mirada a la esquina en donde podía haber sucedido el desastre. El policía ponía en aquel momento una de sus manos sobre el radiador del Hirondel. Luego la separó vivamente, le dijo algo a su compañero y los dos empezaron a mirar a su alrededor; pero su presa se les había escapado de entre las manos.

Al llegar al final del camino, un policía detuvo el tránsito y el taxi se encontró detenido a unos milímetros del Daimler cuando éste volvió a alzar la mano. El conductor se volvió a medias.

—¿A dónde vamos, señor?

—Siga adelante —respondió El Santo—. ¿Ve ese «Daimler» que va delante?

—Sí, señor.

—Le daré dos libras además del viaje si puede seguirle.

En la vida real, cuando alguien salta dentro de un taxi y le grita al conductor: «¡Siga a ese coche!», la respuesta suele ser casi siempre: «¿Qué coche?». Y muchas veces, cuando el conductor se ha enterado de cuál es el automóvil que debe seguir, si aún es tiempo de seguirle, lo sigue. Como es natural, no puede hacer otra cosa.

Pero si puede seguirle de un modo adecuado o no, ese ya es otro asunto. Simón pasó un inquieto instante de ansiedad hasta que se convenció de que su celoso ángel de la guarda, que no le abandonaba nunca, le había enviado un taxi capaz de seguir a un coche vulgar, y un conductor con la suficiente avaricia para pensar que una propina de dos libras era digna de cierta atención.

Simón se echó hacia atrás y descansó un poco.

Ahora disponía de un breve espacio de tiempo para dedicarse a pensar en lo que habría llevado al camarada Fairweather a su casa. Estaba seguro de que Fairweather se había visto sorprendido por la presencia de Teal, viéndose obligado a improvisar su papel desde el principio hasta el fin. Ni siquiera llegó a insinuar lo que le había llevado, en realidad, a la Cornwall House. Pero Simón estaba seguro de saber lo que

no dijo. Por aquel entonces, Bravache y sus satélites habían tenido tiempo de comunicarse con su cuartel general y Luker y los suyos sabían que sus planes fracasaron. Fairweather no fue para amenazarle; no era el tipo apropiado para ello. Seguramente, lo enviaron para parlamentar o hablar de dinero. Sea como fuere, aquello era una prueba del creciente interés que esas gentes demostraban por Simón, lo que le producía a El Santo una estimulante sensación de que el fin se acercaba...

Mientras tanto, habían cruzado el parque y salido por Lancaster Gate. El «Daimler» siguió hasta Eastbourne Terrace y se detuvo allí; el conductor del taxi, siguiendo literalmente las instrucciones de El Santo, se detuvo detrás del mismo. Pero, afortunadamente, no hay un vehículo en las calles de Londres menos capaz de atraer la atención que un taxi. Valeria Woodchester ni siquiera lo miró. Cruzó la calle apresuradamente y se dirigió a esa espantosa monstruosidad que los pacientes viajeros conocen con el nombre de estación de Paddington.

—Gracias, Rupert —dijo Simón al taxista—. Aguárdeme un rato, un poco más allá. Quizá le necesite de nuevo.

Y se lanzó tras *lady* Valeria. Al doblar la esquina la perdió de vista, pero la estación era el único sitio en donde podría haber entrado. El Santo sabía el lugar de la estación en que la encontraría.

Penetró por la primera puerta que halló en su camino y recorrió con la mirada el sombrío interior. Hacía mucho tiempo que no viajaba en tren y casi había olvidado de la espantosa eficiencia con que las terminales de Londres preparan al viajero para las molestias del viaje. La estación, ignorando orgullosa la marcha de la civilización, no había cambiado ni uno solo de sus detalles desde la última vez que la vio y, con toda seguridad, tampoco desde los días en que los trenes eran precedidos por un heraldo que agitaba una bandera roja. Las oscuras claraboyas seguían siendo las mismas y estaban cubiertas por la misma espesa capa de hollín; las paredes, ennegrecidas y sucias de grasa, seguían ostentando los mismos carteles chillones en los que se proclamaban las excelencias del Bevril y de las brisas de Weston-super-Mere; el suelo estaba cubierto de una alfombra de suciedad que en vano trataban de disimular algunos mozos; el puesto de refrescos, con sus finos mostradores de mármol negros y sus bocadillos resecos, encerrados en cajas de cristal, tampoco habían variado. Pero en alguna parte de aquella sombría y espantosa muestra de los arrestos cívicos del Londres del siglo veinte estaba, con seguridad, *lady* Valeria; y, de repente, la vio salir por una puerta, sorprendentemente limpia y arreglada si se la comparaba con la sudorosa multitud de empleados en vacaciones. Y ahora llevaba en la mano un grueso sobre de papel manila. Simón se metió rápidamente en la sala de espera, que parecía el antedespacho de un depósito de cadáveres; pero ella siguió adelante y se acercó a la taquilla de la línea de Bristol. Simón la vio comprar un billete y entrar rápidamente en uno de los andenes de salida.

El Santo se encaminó en derechura a la taquilla, pero antes de que pudiera llegar a ella, una gruesa mujer, vestida de color de rosa, que llevaba de la mano dos niños

pequeños, se le puso delante. Era una de esas mujeres para quienes parecen haber sido creadas las taquillas, y que combinan las afecciones de miopía aguda y sordera con la costumbre de guardar su dinero en los lugares más absurdos. Simón, detrás de ella, se hallaba a dos dedos de un ataque de frenesí homicida, mientras ella discutía con el empleado y rebuscaba plácidamente en una interminable sucesión de bolsillos y carteritas, hasta que al fin logró desenterrar sus fondos. Una larga fila de futuros viajeros se había formado detrás de los dos. Sin fijarse en ellos la mujer se puso a guardar cuidadosamente su dinero, mientras interrogaba al empleado acerca de la calidad de la leche en el tren de Torquay. Mientras tanto, *lady* Valeria desapareció.

La paciencia de El Santo llegó a sus explosivos límites. Con un brusco tirón, apartó a la mujer de la ventanilla, agarrándola por sus gruesos hombros.

—Perdón, señora —dijo en voz alta para que le oyera el empleado—. Soy un oficial de la policía y tengo prisa.

Y metió la cabeza en la ventanilla.

—La señorita que acaba de comprar un billete —dijo—, ¿adónde dijo que iba? Afortunadamente, el empleado tenía buena memoria.

—A Anford, señor.

—Deme un billete de primera para el mismo sitio.

Simón deslizó unas monedas bajo la reja y dio la vuelta, apretando en la mano su billete. A mitad de camino chocó con un mozo de estación.

—¿Cuál es el primer tren para Anford y de dónde sale? —preguntó.

—¿Anford, señor?

—Sí, Anford.

—Anford... —dijo el mozo, digiriendo el nombre—. Anford...

—Anford —dijo El Santo guturalmente.

—Anford —volvió a decir el mozo—. ¿En dónde está eso, señor?

—En Wilshire. Se cambia en Marlborough.

—Ah... Marlborough —y el mozo se rascó la cabeza—. Marlborough... Marlborough. Entonces el que usted busca es el tren de Marlborough.

Simón asintió, deseoso de asesinarle.

—Ahora mismo va a salir del andén número seis —dijo el mozo, laboriosamente—, pero no sé si tendrá tiempo de alcanzarlo...

El Santo le dejó a mitad de frase y se puso de un salto ante un viejo cartel que hacía todo lo posible por ocultar la situación del andén número seis. En el camino se iba preguntando por qué motivo *lady* Valeria escogería aquel lugar. ¿Sería acaso porque se hallaba en Paddington y este ficientemente lista para pensar que aquel sitio era el último a donde irían a buscarla? ¿O...?

En el pecho de El Santo estalló algo parecido a una bomba silenciosa. La conmoción detuvo los latidos de su corazón y extrajo todo el aire de sus pulmones; sus piernas se quedaron flácidas como si les hubieran arrancado los huesos. Y si siguió adelante fue sólo por un esfuerzo de automatismo muscular.

Se había olvidado de una cosa y estaba a punto de darse de manos a boca con ella.

Un hombre grueso, vestido de oscuro, se paseaba bovinamente ante la entrada del andén, escudriñando metódicamente las caras de los que entraban. Su persona tenía el sello inconfundible de Scotland Yard, y El Santo le habría reconocido a quinientos metros de distancia si no hubiera estado demasiado preocupado para mirarle. Y así, sólo media docena de pasos le separaban de los brillantes zapatos del individuo.

La señal de alarma había cundido por toda la ciudad. El ansia de venganza del inspector Teal le hizo cubrir todas las salidas de Londres de que fue capaz. No cabía duda de que el mismo individuo, grueso y bovino, debía encontrarse en todas las estaciones de Londres. El Santo no tenía ni la menor probabilidad de tomar el tren en que se hallaba *lady* Valeria. Y tendría mucha suerte si conseguía salir de Paddington sin llevar esposadas las muñecas.

CAPÍTULO VII

DE CÓMO SIMON TEMPLAR HABLÓ CON VARIAS PERSONAS Y EL SARGENTO DE POLICÍA REGINALD TUVO EL PLACER DE FELICITARLE

I

Simón siguió andando. El que lograra hacerlo fue una de esas victorias calladas del cerebro sobre la materia, pero siguió andando. Sus pasos no cambiaron exteriormente, y para un observador vulgar seguía siendo uno de los muchos pasajeros que iban de un lado para otro, como un grupo de «extras» bien acostumbrados en una escena de una gran estación. Nadie hubiera supuesto lo cerca que estuvo de echar a correr como una zorra perseguida.

Pero eso habría llamado la atención al instante. Su única esperanza consistía en no perder el ánimo, que hasta entonces le sirvió de protección. Tranquilamente, suavemente, sin el menor asomo de excitación. El Santo siguió adelante, trazando una curva gradual que lo iba alejando imperceptiblemente del detective, y acabó por cambiar completamente de dirección sin haber hecho siquiera un movimiento brusco. En su piel bailaban unas agujas de hielo, pero su aspecto era imperturbable. Sabía que el detective le estaba mirando; al aproximarse a la salida más próxima, sintió que los ojos del hombre le taladraban el pescuezo...

Dios, que en su inescrutable sabiduría ha ordenado que todos los ciudadanos británicos vayan de vacaciones a los mismos sitios y al mismo tiempo, lanzó en aquel momento al exterior una nueva horda de turistas. Sudorosos, quemados por el sol, reuniendo sus maletas, sus recuerdos y su progenie, los viajeros rodearon a El Santo y se lo tragaron. A Simón nunca le gustaron esa clase de inundaciones, pero agradeció de tal modo aquella que hubiera podido abrazar a cada uno de sus miembros. Dejándose llevar por ellos, ganó la puerta sin pararse a mirar lo que sucedía a sus espaldas.

Quizá el detective que acababa de verle no estuviera muy seguro de su identificación; quizá se hubiera decidido al final y estuviera luchando por abrirse paso entre la multitud; pero fuera como fuere, El Santo no tenía ningún deseo de pararse a averiguarlo. Tan pronto como salió a la calle, siguió adelante con la rapidez de un corredor de carreras y no respiró libremente hasta cruzar Eastbourne Terrace y darse cuenta de que no le seguía nadie.

El conductor de su taxi le esperaba, lleno de optimismo, y abrió la puerta al ver acercarse a El Santo.

Simón sonrió y meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—, pero vine a decirle que no le necesitaba.

—Está bien, patrón.

El conductor del taxi parecía desilusionado.

Simón le puso un billete de diez chelines en la mano.

—Siga su camino. Y bébase algo cuando abran.

—Así lo haré, patrón —respondió el chófer, más alegremente.

El Santo estuvo como sobre ascuas hasta que vio desaparecer el taxi.

Entonces saltó al asiento delantero del «Daimler».

Era su propio coche, aunque el chófer del taxi no lo hubiera creído así. Y por una extraordinaria suerte, aquel coche había sido usado muchas veces para nefandos propósitos, y su licencia cambió de nombre muchas veces. El número de su matrícula era desconocido para la policía móvil. Pero quizá lo que lo decidió a subir a él fue que era el único que tenía a su disposición.

Lady Valeria dejó las llaves junto al volante y el motor aún estaba caliente. El Santo se puso en marcha cuatro segundos después de desaparecer el taxi.

En un viaje como aquel, cada segundo podía ser vital. Y tenía que perder demasiado tiempo tratando de salir de Londres por callejuelas oscuras y poco frecuentadas. La misma testaruda eficiencia que hizo vigilaran las estaciones de ferrocarril, habría cubierto, sin duda alguna las principales salidas de Londres, pero los caminos laberínticos de los suburbios londinenses eran imposibles de acordonar por completo. Y Simón Templar tenía una memoria enciclopédica para los mapas. Se metió primeramente por unas callejuelas, luego por avenidas suburbanas y finalmente por caminos vecinales, sin salir una sola vez a la carretera hasta llegar a Bracknell.

Entonces lanzó el «Daimler» a toda la velocidad que su motor consentía.

Perseguir a un expreso en el «Hirondel» no era nada. Pero tratar de hacerlo en aquella *limousine* tranquila y pesada, era otra cosa. En realidad, era matemáticamente imposible. Pero Anford era un pueblecito pequeño, al final de una línea anticuada, sobre la que corrían los trenes sin ningún respeto por los horarios. Lo más probable era que *lady Valeria* no pudiera enlazar hasta dentro de una hora, y en ese incierto margen de retraso en Marlborough tenía puestas todas sus esperanzas El Santo.

Unos cuantos días antes fue con el «Hirondel» de Anford a Londres en una hora y veinticinco minutos. Arriesgando el cuello lo menos veinte veces, detuvo el «Daimler» en la estación de Anford, al cabo de dos horas menos tres minutos.

Saltó del coche y entró en la estación.

Le costó algún tiempo encontrar el horario. Al fin, logró localizar uno, casi borrado por el roce de los dedos. Con dificultad, analizó aquel conjunto asombroso de números que las compañías de ferrocarriles colocan en las estaciones para guardar el secreto de sus combinaciones. El tren en que viajaba *lady Valeria* tenía que haber

llegado a Marlborough hacía treinta y cinco minutos, y había un enlace para Anford tres minutos después.

Simón echó una mirada al desierto despacho de la estación y al fin descubrió al jefe, cavando su jardín.

—¿Cuándo llega el tren de Marlborough?

—¿El tren de Marlborough? Ha llegado ya. —¿Cómo?

El jefe de la estación arrancó una mala hierba.

—Le dije que había llegado ya.

—Yo hablo del tren que sale de Marlborough a las cuatro.

—Es el que ha llegado.

—¡No es posible! —contestó El Santo—. ¡Nunca ha hecho ese viaje en treinta minutos!

El jefe de la estación se enfureció.

—Pues lo ha hecho hoy —afirmó con justificado orgullo.

—¿A qué hora llegó?

—No sé.

—Pero...

—No, no lo sé. Según nuestro reloj, hace cinco minutos, pero el reloj no va bien desde qué le sacamos el nido de pájaros que tenía dentro.

—Gracias —dijo el Santo.

—Bien venido, señor —respondióle graciosamente el jefe de estación.

El Santo salió de la estación y reanudó lo que parecía ser una peregrinación interminable. En el patio de la estación se encontró con un recién llegado bajo la forma de un automóvil de venerable aspecto contra el que se apoyaba un hombre de espeso bigote y aspecto tan venerable como él.

—¿Ha recogido, por casualidad, a una señorita... una señorita morena y bien parecida, vestida con un traje azul claro?

El hombre se llevó la mano a la oreja.

—¿Cómo?

Simón repitió su pregunta.

El conductor dio una chupada a su pipa.

—¿Le serviría una señora de unos cincuenta años?

—Yo digo una señorita... de unos veinticinco.

—Yo llevé a una señorita la semana pasada...

—No, hoy.

—¡Ah... el jueves!

—No, *hoy*.

El hombre meneó la cabeza.

—No la he visto. ¿Dónde vive?

—Yo quiero saber adonde fue —bramó El Santo—. Llegó en el último tren. ¿No la vio?

—No. Quizá la viera Charlie.

—¿Quién es Charlie?

—Sí.

—¿Quién es Charlie?

—No necesita gritarme —dijo el chófer, ofendido—. Oigo perfectamente bien. Charlie es el otro chófer que hay aquí. Ese que vuelve ahora.

Un ruido como el de una ametralladora se dejaba oír a lo lejos. Al cabo de un rato, con un ruido de hierros viejos, otro automóvil entró en el patio y se detuvo con una explosión final, parecida a un pistoletazo.

—¡Oh! —exclamó el informante de El Santo—. Ese es Charlie.

Un hombre larguirucho salió del segundo taxi y se acercó a ellos. Tenía dos dientes salientes como un conejo y uno de sus ojos se torcía hacia la nariz.

—El caballero busca a una señora —explicó el otro chófer.

—Una señorita de unos veinticinco años, morena, con un traje azul claro —agregó Simón.

—Hgh —dijo el hombre—. La vi.

—¿La vio?

—Hgh. La *evé* a *Afo*.

—¿La llevó a Anford? —repitió El Santo, esforzándose por interpretarle.

—Hgh.

—¿Adonde fueron?

—*Afo*.

—Quiero decir, ¿a qué parte de Anford?

—Hh Hohungh Hleeh.

—Lo siento —dijo El Santo con desesperada cortesía—. No le entiendo...

—Hh Hohungh Hleeh.

—¿Cómo?

—Hh Hohungh Hleeh.

—¡Ah, sí! ¿Quiere decir...?

—Hh Hohungh Hleeh —repitió el hombre ásperamente. Simón sintió que sus sienes se inundaban de sudor.

—¿Puede decirme dónde está?

—Hingh Hanghug.

Simón miró implorante a su primer amigo.

—No puede perderse —dijo el otro—. Siga hasta la plaza del mercado y luego a la izquierda.

Simón palmoteo.

—¡Gracias a Dios! —suspiró—. ¿Quiere decir el Golden Fleece?

—¿Peo no *e* que *o deía*? —preguntó burlón el hombre larguirucho.

Simón les dio una palmadita en el hombro.

—Adiós, bellezas —les dijo amablemente.

Depositó unas monedas en la mano que tenía más cerca y echó a correr hacia el «Daimler». Por primera vez desde la larga y febril persecución, volvía a sentir la música en el alma. Hasta el «Daimler» parecía haber perdido su pesadez y volar como un pájaro hacia la ciudad.

Mientras se encaminaba a ella, Simón se iba preguntando qué sería lo que se le habría ocurrido a *lady* Valeria.

Pero aquello no era más que un pasatiempo cuando se hallaba uno tan cerca de la verdad. Detuvo su «Daimler» junto al hotel, pero no demasiado cerca para no hacerlo demasiado visible, y entró. En una hora muerta en la que el inglés no puede, sin desafiar la ley, comenzar sus tareas, el hotel y el vestíbulo estaban desiertos. Ni siquiera se veía a nadie en el despacho. Simón se acercó quedamente al escritorio y buscó el registro. La última firma de la página decía: «Valeria Woodchester», con grandes letras. Y en la columna de al lado estaba anotado el número del cuarto: seis.

Simón voló escaleras arriba. Nadie le detuvo. Siguió el corredor sin hacer ruido y llegó a una puerta que tenía pintado el número seis. Al verlo, experimentó la misma sensación que Parsifal al volver de su viaje. Durante varios segundos permaneció fuera, sin moverse, casi sin respirar, con los oídos alerta. El único sonido que pudo escuchar fueron unos crujidos espaciados y casi inaudibles. Entonces dio un paso adelante con la suavidad de un gato, agarró el pomo de la puerta, lo volvió silenciosamente y entró en la habitación.

Lady Valeria alzó sus ojos desde el diván en que se hallaba sentada y su faz se convirtió en un borroso óvalo de completo asombro.

Simón cerró la puerta con llave y se apoyó contra ella.

—Querida —le dijo con tono de reproche—, ¿qué ocurría en casa que te molestó tanto?

II

La habitación era uno de esos originales dormitorios que han hecho que el hotel inglés de campo sea una cosa tan atractiva para los viajeros entendidos. Su mobiliario principal era un gigantesco armario de roble; un tocador de imitación caoba, con un espejo ladeado; una cama de hierro pintada de negro, con barrotes de bronce, y un lavabo con tapa de mármol, sobre el que había una jofaina de porcelana y un jarro, una jabonera sin jabón y un vaso para los cepillos de dientes. El dibujo del papel de las paredes lo constituía una alegre fantasía de la horticultura, en la que grandes tulipanes surgían del centro de unas coles de un verde brillante. Las dimensiones de la habitación habían sido estudiadas tan cuidadosamente que una persona esbelta y de

agilidad normal podía, con el cuidado necesario, encontrar un camino entre los muebles sin tener que rozarse las espinillas ni aplastarse los pies contra ninguno de ellos. Pero aun así, casi no quedaba más que el sitio suficiente para contener el sillón cubierto de cretona en que estaba *lady* Valeria y detrás del cual había tratado, sin éxito, de ocultar el legajo que estaba leyendo cuando entró El Santo.

La mirada satírica de Simón se posó en la esquina del sillón, tras de la que asomaban los documentos.

—Si nos hubieras dicho que querías leer algo —le dijo—, te habríamos dejado algunos libros.

Se apoyó contra la puerta, envuelto en su magnífica seguridad, como si tratara de romper el hielo de la conversación al encontrarse con un viejo amigo.

Y lo consiguió. El asombro desapareció de la cara de *lady* Valeria, cediendo el paso a una ancha y juvenil sonrisa, propia de una colegiala.

—¡Al cuerno! —exclamó—. ¿Sabes que eres magnífico? ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

Él sonrió a su vez. Después de todo lo que pasó para encontrarla no podía evitar el sonreírse.

—¿No has oído hablar de mí? Yo hago estas cosas para ganarme la vida.

—Ya lo sé. Ya sé que tienes la fama de ser terriblemente listo, pero nunca creí que lo fueras tanto... ¡Oh, está bien! ¡Vivir para aprender! Pero yo creo que también fui bastante lista al escaparme de tu casa. Lo pensé anoche, antes de acostarme. Ahora dime la verdad. ¿No te parece que fui muy lista?

—Muy lista —convino—. Pero precisamente era lo que yo estaba esperando.

Valeria se le quedó mirando.

—Lo que estabas...

—Sí.

—Pero no querrás decir que...

—Claro que sí —mintió tranquilamente—. Sabía que si tratabas de huir lo primero que harías sería ir a buscar esos papeles. Yo quería saber dónde estaban y no quería tener que obligarte a que me lo dijeras. Así que te dejé marchar, para que me los buscaras.

—¡No te creo!

—¿Quieres que te cuente cómo fue? Estuve detrás de tu coche todo el tiempo. Regístrate la contraseña en la oficina de correos de South Kensington, y de allí fuiste a recoger los papeles al guardarropa de Paddington. Tomaste el primer tren para aquí, y de la estación al hotel viniste en uno de los taxis más viejos que yo he visto, guiado por un tipo que no pronunciaba muy claramente.

Le miró tan decepcionada como un niño al que acaban de arrancarle de la boca un caramelo.

—¡Animal!

—Lo sé. Los cerdos se apartan cuando yo entro. Y Paddington.

—No es difícil adivinarlo. Los llevaba conmigo cuando vine aquí la semana pasada, porque no los había leído y quería leerlos en el tren para devolvérselos luego a Johnny. Entonces pensé que si en ellos se hablaba mal de Algy y el general Sangore, sería mejor que no los llevara porque Algy pensaría que era una grosería. Así que los dejé en el guardarropa, pensando recogerlos a la vuelta. Pero luego ocurrió lo del incendio... y todo lo demás, y yo volví en el auto de míster Luker, y con una cosa y otra me olvidé de ellos, hasta que tú me hablaste de unos papeles en el Berkeley. Así que, después de lo que pasó anoche, pensé que era mejor que fuera a buscarlos para ver de qué trataban.

—¿Y de qué trataban?

—No lo sé todavía, pero parecen bastante aburridos. No había hecho más que empezar a leerlos cuando entraste. No quería abrirlos en el tren porque había gente en el departamento, y no sabía si podía verlos alguien que no debiera... Puedes mirarlos conmigo si quieres. En realidad... yo... yo pensaba dártelos de todos modos.

Simón la miró con una admiración que reservaba para las ocasiones especiales.

—Querida —le dijo—. ¿Cómo habré podido ser capaz de juzgarte tan duramente?

—¡Pero si es la verdad! No irás a creer que se los iba a dar a Algy después de lo que pasó anoche, ¿no es así?

—¡Claro que no!... A no ser que pagara más precio, para compensarte el mal rato.

—¡Bárbaro!

El Santo suspiró.

—¿Vamos a empezar de nuevo?

Valeria lo consideró con el hociquito fruncido.

—Pero ¿verdad que yo te gusto?

—¡Te adoro, querida!

—Espero que así sea, porque sino voy a empezar a chillar hasta que toda la ciudad venga aquí. Por otra parte, siempre que seas razonable...

El Santo se metió las manos en los bolsillos. En aquellos momentos no le costaba nada ser paciente. Los preliminares eran más bien luminarias incidentales, antes que retrasos.

—Sí, seré razonable —dijo—. Sigue, me interesa.

—Lo que quiero decir es lo siguiente. No puedes dejar a un lado el hecho de que yo tengo tanto derecho a esos papeles como tú... y probablemente más, porque después de todo, Johnny me los dio a mí. Así que si yo te los dejo ver, no sé por qué no hemos de trabajar juntos. Tú lo sugeriste al principio, y además con estos trabajos has ganado mucho dinero, ¿no es así?

Simón sonrió.

—Sí, no puedo decir que no. Pero ¿crees que te gustará de veras que te disparen un tiro a quemarropa o te pongan arsénico en la sopa?

—Quizá me acostumbre a ello.

—¿Aunque te pusieran una serpiente en la cama?

—¡Oh, pero yo espero que me cuides! —respondió solemnemente—. Según parece, tú has sobrevivido muy bien y espero que si estoy contigo casi todo el tiempo también podré sobrevivir. Además, ahora no puedes dejarme tranquilamente para que me asesinen.

—¿No crees que sería mejor que habláramos de eso después de haber visto los papeles? —insinuó amablemente.

La joven se irguió en su silla y su sonrisa era muy alegre.

—¿Quieres decir que ahora vamos a trabajar juntos?

El Santo se separó de la puerta y se acercó a Valeria con las manos en los bolsillos. En sus labios afloraba una sonrisa de buen humor, pero debajo había una tranquila crueldad que ni los cañones hubiesen podido dominar.

—Entendámonos —dijo—. Yo vine aquí a ver esos papeles. Ahora voy a verlos sin ninguna clase de condiciones. Si quieres luchar un rato podemos hacerlo, pero creo que perderás el tiempo. Y si quieres gritar, grita, pero no creo que puedas abrir la boca antes de que yo te haga callar de un puñetazo. Y entonces, cuando te despiertes, te dolerá la cabeza y yo lo sentiré mucho, pero para entonces habré acabado de leer los papeles. ¿Está claro?

Sus ojos le miraron ardientes. Tenía las manos entrelazadas y parecía como si fuera a gritar, arriesgándose a sufrir las consecuencias.

El Santo no se movió. Se encontraba frente a ella y esperó. En su inmovilidad había una especie de curiosidad cínica. Se veía que le era igual que ella hiciera lo que quisiera. Lo único que le interesaba era saber qué camino escogería.

La chica frunció la boquita con petulancia.

—¡Vete al diablo! —gimió—. ¡Vete al diablo!

—Lo siento —respondióle, y esta vez era sincero.

Se inclinó y le quitó el legajo de papeles, tocando ligeramente su boca con la suya al hacerlo.

Valeria se levantó de un salto y se separó de Simón todo lo que se lo permitía la topografía del cuarto. Él la miró de reojo, pronto a cualquier movimiento a que le forzara; pero el momento de peligro había pasado. *Lady Valeria* se quedó junto al tocador, fulminándole con la mirada y mordiéndose el labio inferior. Su mal humor tenía algo de infantil que le hacía encantador: parecía una niñita a quien le han quitado un juguete.

Simón se sentó en el borde de la mesa con el legajo en la mano.

—¿Piensas irte a Escocia a cazar patos? —preguntó amablemente.

La joven cogió su bolsillo de encima del tocador, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con mano nerviosa, separándose aun más. Luego se volvió de espaldas y se puso a fumar furiosamente, golpeando el suelo con el pie, pero El Santo se dio cuenta de que le observaba a través del espejo del armario.

III

Simón encendió un cigarrillo y volvió las páginas del legajo que trastornara tantas vidas y acabado al menos con dos.

Al instante, pareció olvidarse de su existencia. Leía y leía cada vez más atentamente, mientras una arruga de concentración iba formándose en su frente. Durante largo rato no se escuchó en la habitación otro ruido que el que producía el pie de *lady* Valeria al herir el suelo y el crujir de las hojas al darle la vuelta.

Y conforme iba leyendo, una curiosa sensación de vacío le iba invadiendo.

Lady Valeria jugueteaba con la llave del armario. Empañó el espejo con su aliento y dibujó en él círculos con el dedo, mientras le dirigía furtivas miradas. Al fin se volvió, en un verdadero acceso de desesperación, y lanzó su cigarrillo a un platillo que había sobre el tocador.

—Está bien —dijo con displicencia—, al menos podía decirme de qué se trata. ¿Es interesante?

—Espera un minuto —respondióle sin mirarla siquiera.

Ella empujó el platillo con un gesto exasperado de su mano. Pero en lugar de producir un golpe satisfactorio y romperse en mil pedazos, el platillo rodó suavemente por la alfombra, hasta ocultarse bajo el lavabo.

El Santo siguió leyendo.

Conforme se acercaba al final, la fría sensación de vacío iba invadiéndole con mayor violencia, apagando el fuego que ardía en su interior, y dejándole desinflado y lacio como un muñeco.

Porque en aquella voluminosa colección de documentos no había nada que mereciera la vida de dos hombres. Se trataba de las notas usuales en la organización del comercio mayoría podían haberse encontrado en un folleto como el de «Mercaderes de la Muerte», por ejemplo. Había unas cuantas notas de Luker a los directores de varias compañías, la ramificación de sus subsidiarias, sus afiliaciones internacionales y sus enlaces políticos, además de ciertas muestras notables de sus notables iniquidades. Todo aquello era muy interesante y altamente escandaloso, pero no habría causado una revolución. Esa clase de exposiciones se habían hecho antes sin conseguir otra cosa que despertar superficialmente la apatía del gran público.

La última parte del legajo estaba dedicada a los Hijos de Francia, considerados como parte de la campaña de ventas que habían iniciado Luker y sus asociados. Había un educativo esquema del modo de funcionar de la organización, algunas copias de sus órdenes secretas y unas cuantas muestras de su propaganda. No cabía la menor duda de que Luker les prestaba su apoyo financiero, lo mismo que algunos directores de la «Fabrique Siebel des Armes de Guerre», pero aquello no era lo que iba buscando El Santo. También se exponía una serie de detallados relatos, compuestos especialmente de recortes de periódicos acerca de los actos de terrorismo

y violencia cometidos por los miembros de los Hijos de Francia, pero sin ninguna evidencia de que Luker ni sus asociados fueran los instigadores directos de esos hechos. En realidad, había materia suficiente para atraer sobre Luker la indignación moral del mundo entero, si es que el mundo ha tenido alguna vez moral; pero en cuanto a la evidencia necesaria para comenzar un proceso basado en sus crímenes probados, en aquel legajo solamente se encontraba la necesaria para imponerle una penalidad menor que si hubiera cruzado Piccadilly con su auto a treinta y cinco millas por hora.

La última página era una hoja arrancada de un bloc barato, en que alguien había anotado tres funciones o acontecimientos, con sus fechas. La primera y la última estaban tan borrosas que eran prácticamente indescifrables, pero la del medio, rodeada de una orla de círculos, de esa clase de círculos que los hombres de negocios suelen trazar distraídamente en una conferencia, podía leerse claramente. Decía así:

*25 Août: Ouverture de l'Hospice de Mémoirê á Neuilly, par
monsieur Chaulage^[8].*

Simón Templar encendió otro cigarrillo con la tranquilidad desapasionada de una máquina. Estaba más frío y serio que nunca, y la muchacha no hubiese creído que pudiera ponerse tan ceñudo. Al mirarla, sus ojos azules tenían un centelleo intolerable de espacios siderales.

Valeria se acercó, a pesar de sí misma, como un muñeco mecánico obediente. La cogió de una mano y la obligó a sentarse a su lado.

—¿Es esto todo lo que había en el sobre?

—E... eso creo...

—¿No has sacado nada?

—No.

Comprendió que decía la verdad. En el estado de espíritu en que se encontraba no le habría podido hacer creer en sus mentiras.

—¿Estaba sellado el sobre cuando lo dejaste en el guardarropa?

—Sí.

—¿Tenía aspecto de haber sido registrado cuando lo sacaste de nuevo?

—No.

Simón sabía que aquel no era el camino. Si Luker y compañía hubieran podido coger el sobre no habrían dejado nada detrás suyo. Y si sabían en dónde se hallaba, para poder abrirlo, no habrían llegado tan lejos en sus esfuerzos por poseerlo.

Aquello era todo lo que tenía. Y por aquello habían muerto Kennet y Windlay.

El Santo confiaba que el legajo le iluminaría, aclarándole todos los misterios, y en lugar de eso, lo único que encontraba era un rompecabezas más misterioso que el anterior. Se quedó mirando fijamente la enigmática hoja final, con una furia glacial e inmóvil. Allí se ocultaba lo que fue la causa de que asesinaran a Kennet y a Windlay

(de eso estaba tan seguro como de que en ella no había nada que pudiera ayudarle...). Y de repente, afianzándose incongruentemente en su creencia, la arrancó del legajo y tiró el resto en el regazo de *lady* Valeria.

—Ahí lo tienes. Quédate con ellos. Si encuentras algo que valga más que un penique, no cabe duda de que eres mucho más lista que yo.

—¡Qué amable! Yo puedo quedarme con lo que no vale nada. ¿Qué hay en esa página que te has guardado?

—¡Ojalá lo supiera!

—¿Puedo verla?

Se había sentado muy erguida, con una especie de curiosa y distante dignidad.

Simón la miró. En su cabeza había un nebuloso asombro que no conseguía enfocar claramente.

Le acercó un poco el papel y Valeria lo leyó por encima de su hombro.

—El veinticinco de agosto... Apertura del Hospital de la Memoria...

—El Hospital de la Memoria, en Neuilly —dijo Simón—. He oído hablar de él. Es un viejo castillo convertido en una especie de hogar de antiguos soldados, que el gobierno francés ha puesto al servicio de los inválidos de la Gran Guerra para que puedan terminar sus días de un modo decoroso.

—Por *monsieur* Chaulage —leyó la joven—. ¿No es el primer ministro, el presidente, o algo así?

Él asintió, y, de repente, un recuerdo le hirió con la fuerza de un golpe.

—Y mañana es el veinticinco de agosto —dijo.

Ella se quedó mirándole con una mirada vacía. Estaba más abrumada todavía que él. Los dos se miraban en estéril comunión de asombro, comprendiendo que en aquella página había algo capaz de helarles la sangre en las venas, pero sin saber qué temer.

De repente Valeria volvió a mirar la hoja.

—¿Qué es lo que sigue? —preguntó—. ¿Acuérdate del...? ¿Qué es eso, Simón? Parece algo así como «Rinksty».

—Soy tan buen adivino como tú. ¿Significa esto algo para ti?

—Nada.

Una idea cruzó por su mente.

—¿Sabes de quién es esta letra?

—¡Claro! Es la letra de Johnny.

—¡Johnny! Entonces debes saber lo que significa... tienes que saber leerla.

Negó con la cabeza.

—¡No puedo! Nadie le entendía cuando escribía de ese modo. Por lo general escribía con bastante claridad, pero cuando tenía prisa hacía siempre estos garabatos y si uno tenía la suerte de saber de qué se trataba, se podían llegar a adivinar algunas palabras.

—Pero él escribió esto para ti. Lo apuntó en esa página para hacerte pensar en algo que ya te había dicho. «¡Acuérdate del Rinksty!», o lo que sea. Pensé que eso significaría algo para ti. Algo de que te hablé antes. ¿Se trata de un barco? ¿De un hotel? ¿Es algún nombre que le dabais los dos a cualquiera de los sitios donde solían encontrarse? ¡Por el amor de Dios, *piensa!*

La voz de El Santo martilleaba sus oídos con apasionada intensidad; la presión de sus manos debía hacerle daño en el brazo. Simón no rogaba ni ordenaba, pero su fuego hubiera fundido una piedra. Y ella no era de piedra. Se retorció nerviosamente las manos y le miró con la cara arrugada en un frenético esfuerzo por recordar; pero al cabo de un rato sus ojos volvieron a asumir su mirada trágica.

—Es inútil. No puedo acordarme. Al menos, estoy segura de que no era ninguno de los sitios donde nos veíamos.

—¿Ni ninguna cosa de las que hablastéis?

—Hablábamos de tantas cosas que, como ya te he dicho, nunca le hice mucho caso.

No mentía ni trataba de ocultar nada. De haber sido así, Simón se habría dado cuenta.

El Santo se quedó mirando al papel como si por pura fuerza mental pudiera arrancarle el secreto que estaba oculto en el trazo apresurado de una mina de grafito. Hasta entonces nunca se había visto detenido por un rompecabezas como aquel, ni jamás experimentó aquel sentimiento de impotencia. No era ningún código, o cifra, o jeroglífico que el ingenio y la paciencia no pudiera resolver. La respuesta estaba ya escrita en blanco y negro, exactamente como Kennet la anotara sin la intención de ocultarla, envuelta en las bandas del jeroglífico, de lo que para él solo era su escritura normal, cuando tenía prisa. Pero Kennet no podía escribir ya más, ni volvería para leer lo que había escrito, y todos los pensamientos del mundo no harían que uno de aquellos garabatos cambiase de forma.

El Santo siguió mirando la frase hasta que su vista se enturbió.

—Algo ocurrirá mañana en Neuilly —dijo, colérico—, y esto nos lo descubriría. Por eso es por lo que Luker y los Hijos de Francia temen de tal modo que alguien encuentre estos papeles. Johnny debió pensar que tú comprenderías. Si le hubieras escuchado al menos...

—Ya lo sé —respondió con voz entrecortada—. Ya sé que soy una estúpida y una necia, pero seguiré pensando. ¿Sir... sirve de algo esa fotografía?

El Santo la separó del clip que la sujetaba, y, al hacerlo, un pedazo de celuloide, perforado por las puntas, cayó al suelo. Simón lo cogió y lo miró a contraluz. Era un negativo «Leica», tal vez el original de la foto que estaban mirando.

La miró de nuevo, por encima del hombro de Valeria. Estaba bastante mal hecha, pero ahora podía identificar dos de las caras que había en ella. A la izquierda, sentado ante una mesa había un hombre de cabellos blancos y cara delgada: Simón sabía que era el coronel Marteau, jefe de los Hijos de Francia. En un sillón, un poco más allá,

de frente al objetivo, se veía el cuadrado y granítico rostro de Luker. El hombre de la derecha, que estaba de cara a la mesa como si le estuvieran interrogando, era alto y larguirucho, e iba vestido pobremente: su faz era la de un anormal, pero eso quizá se debiera a la luz o haberse movido mientras se hacía la fotografía.

Simón le tocó con el dedo.

—¿Le conoces? —preguntó.

—No. No lo he visto en mi vida.

—Tú me dijiste que Kennet te hablaba con gran excitación de una fotografía. Debe ser ésta. ¿Qué te dijo de ella?

La frente de Valeria estaba desesperadamente fruncida.

—No lo sé... ya te he dicho que no le *escuché* nunca. Me parece... me parece que decía que eso probaría que mister Luker es un asesino o algo así, pero... ¡Oh, no sé!

—¿Eso es todo lo que puedes recordar?

—Sí. Todo —contestó con desesperación—. Pero ¿no te sirve de nada? Quiero decir que a mí me cuesta tanto recordar y como eres tan listo puedes hacer algo y...

El Santo sintió ganas de darle un puñetazo en la nariz. Le hubiera gustado cogerle el cuello entre sus manos y retorcérselo como una esponja.

Pero en lugar de eso hizo algo tan ajeno al pensamiento deliberado, que casi se puede decir que fue instintivo, aunque después se sintiera inclinado a decir que fue una inspiración. Sabía que aquella fotografía debía ser una parte vital del secreto, si no la más vital; y sabía que el negativo era más importante que la copia. De todo el legajo, aquello era lo que debía retener hasta conocer su secreto. Pero el hacerlo no era tan fácil. En aquel momento toda la policía de Inglaterra andaba detrás suyo y lo mismo hacían las legiones desconocidas de los secuaces de Luker. Afortunadamente un negativo de una «Leica» no era tan difícil de ocultar...

Eso es lo que habría pensado, en caso de detenerse a pensar. Pero no lo hizo. Lo que hizo fue pasearse de un lado a otro, con el negativo entre los dedos. Al llegar al lavabo, de espaldas a la muchacha, sacó su estilográfica, le quitó el tapón, desenroscó la plumilla y la sacó cuidadosamente, tirando, al hacerlo, de la bolsita de goma de la tinta. Luego lió el negativo, lo metió dentro de la pluma y volvió a poner cada cosa en su lugar. Aquello no era tan bueno como una caja fuerte, pero era lo mejor que podía improvisar por el momento; la mecánica ocupación de sus dedos tuvo la virtud de dejar libre el curso de sus pensamientos...

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la muchacha, malhumorada.

—Pensando —repuso, metiéndose la pluma en el bolsillo. Ella no había visto nada—. Este lugar parece muy apropiado para hacerlo. Y hablando de lugares, ¿qué te hizo escoger éste?

—¡Oh, esa fue otra de las cosas que yo creí haber hecho muy bien! Quiero decir que, si no me hubieras seguido, nunca hubieses pensado en buscarme aquí, ¿no es verdad? Se me ocurrió de repente, cuando estaba en el guardarropa de Paddington. Tenía que ir a algún sitio y no podía volver a mi piso, porque todo el mundo sabe

dónde está, y me suponía que tú, Algy, los Hijos de Francia y todo el mundo andarían buscándome, así que no me quedaba otro remedio que buscar un sitio donde esconderme; entonces me acordé, de repente, que yo había leído en una novela detectivesca que el mejor sitio para ocultarse es un lugar demasiado conocido, porque nadie piensa en buscarle a uno allí. Así que tomé el primer tren y me vine aquí; un minuto antes de salir el tren llamé a un mozo y le di un telegrama para que se lo enviara a Algy, diciéndole que si quería saber algo más de esos papeles, podía poner un anuncio en el *Morning Post*... ¿Qué pasa?

El Santo se había detenido y la miraba con la misma expresión de asombro que si ella le hubiera dado un bofetón. Al cabo de unos minutos recobró el uso de su voz.

—¿Le enviaste un telegrama a Fairweather antes de que saliera el tren?

—Sí.

—¿Desde Paddington?

—Sí. Verás...

—No importa. ¿Te das cuenta de lo que has hecho, cabeza de chorlito?

—¿Hice algo malo?

El Santo hizo un esfuerzo por contenerse.

—No. Nada. Simplemente le dijiste dónde tenía que buscarte. ¿No te das cuenta de que tu telegrama llevará el sello de la estación de Paddington? ¿Y no se te ha ocurrido pensar que él tiene aquí una casa y no puede menos de saber que Paddington es la estación para Anford? ¿Y no comprendes que tu telegrama se lo hará recordar? ¿Te crees que eres la única que ha leído novelas de detectives? Él puede correr el riesgo de equivocarse; pero ¿cuál crees que será el primer sitio en donde se le ocurra buscarte? ¡Ah, Uniatz femenino, le has dejado una pista clara como el día, que le conduce hasta este mismo sillón!

En cualquier otra ocasión la consternación de la chica hubiera sido cómica.

—¿De... de veras crees que él va a pensar eso?

—Estoy seguro de ello. No le tengo en muy buena opinión, pero no llego hasta creer que sea así de tonto. Y, además tiene a Luker para ayudarle a pensar. —Simón miró su reloj—. A estas horas...

No pudo seguir explicándole lo que podía haber sucedido a aquella hora. Un fuerte golpe en la puerta le interrumpió.

El sonido resonó en el estómago de El Santo como si se hubiera tragado un trozo de plomo. Por un instante sintió que la sangre se helaba en sus venas y sus oídos latieron con el trueno de su inmovilidad. El golpe venía a probar su aserto con una prontitud tan extraordinaria que le privó del uso de sus miembros.

Y, de repente, se sintió lleno de tranquilidad y frescura. Su mirada recorrió rápidamente la habitación: sus enormes muebles podían proporcionarle lo menos una docena de lugares donde ocultarse, pero ninguno de ellos era bastante bueno. Dio un paso hacia delante y miró por la ventana. Ésta daba a la calle Mayor, llena en aquel momento de gente.

Los ojos de El Santo se volvieron a *lady* Valeria y su mirada era extraña e increíblemente alegre. Pero, además de su temerario humor, había en ellos algo que no podría describirse adecuadamente en muchas páginas. Ella se le quedó mirando, asustada, mientras los ojos de El Santo le enviaban su mensaje, como si los dos estuvieran infinitamente solos en un extraño universo en el que los pensamientos no tenían necesidad de la palabra para hacerse comprender; y todo eso tuvo lugar en una eternidad que quizá sólo duró un instante, antes de que los labios de él articularan:

—Déjalos entrar.

La joven se puso en pie y Simón se ocultó detrás de la puerta, asiendo con su mano derecha la culata del revólver que llevaba en la chaqueta.

Una voz preguntó:

—¿*Lady* Valeria? ¿Podemos entrar?

Tartamudeó algo y se hizo atrás. El Santo sintió el borde de la cama en sus rodillas y se sentó en ella. La puerta, al cerrarse, le mostró a los recién llegados, descubriéndoselos a él al mismo tiempo. Se trataba de dos policías, uno de los cuales era aquel que se llamaba Reginald.

IV

Entonces se produjo un interesante cambio de miradas. El Santo miró a los dos brazos de la ley y en su faz apareció una afable sonrisa de bienvenida. Luego sacó su mano del bolsillo.

El policía Reginald miró a El Santo con la boca abierta, y con una voz llena de asombro dijo:

—Gorblimey, es él.

Luego siguió mirándole y en su roja y honesta faz pudo advertir las señales de una lucha interior entre la admiración y el deber.

El sargento miró a El Santo y se irguió. Parecía ligeramente asustado, pero su inquietud era evidentemente menor que su sentido de la responsabilidad. Plantándose firmemente sobre sus pocos delicados pies, dio un paso adelante.

En aquel momento un pensamiento cruzó por su cabeza. El sargento trató en vano de resistirlo y entonces volvió a mirar, perplejo, a *lady* Valeria.

Ésta le devolvió su mirada, acompañada de una débil sonrisita. Luego miró a El Santo.

El Santo la miró. Su cara estaba alegre y tranquila, pero sus ojos volvieron a repetirle las mismas cosas que le dijeran antes de abrirse la puerta. Era algo así como un reto, una sugestión, una petición, una invitación burlona, pero nunca una súplica; y

sin embargo, no ha habido ojos en el mundo que suplicaran más ardientemente. Y entonces Valeria comprendió varias cosas que le pasaron inadvertidas hasta aquel momento.

Volvió a mirar al sargento.

Y el sargento miró al policía.

El policía miró al sargento, quizá no de un modo muy inteligente, pero dándose confusamente cuenta de lo que pasaba por la mente de su superior.

Los dos miraron a El Santo.

Los dos miraron a *lady* Valeria.

Los dos volvieron a mirar a El Santo.

El sargento se rascó la cabeza.

—¡Oh, no sé! —anunció—. Aquí debe haber alguna equivocación.

Simón abrió su pitillera y sacó un cigarrillo.

—¿Qué le pasa, hermano? —preguntó amablemente.

El sargento dirigió otra mirada a su alrededor y, al parecer, llegó a la misma conclusión que antes. Y, en muestra de sumisión, se quitó el sombrero.

—Pues verá, señor, es así. Hace unos minutos recibimos un mensaje de Scotland Yard diciéndonos que usted había secuestrado a *lady* Valeria Woodchester, que ella se le había escapado y que Tenían buenas razones para creer que había venido a Anford y que usted andaba detrás de ella para tratar de secuestrarla de nuevo, y que nosotros teníamos que buscarla y ofrecerle nuestra protección, y que si le encontrábamos a usted, lo arrestáramos. Así que empezamos a buscar por los hoteles y, al llamar aquí, nos dijeron que *lady* Valeria acababa de llegar. Así que nos pasamos por aquí por si quería un hombre para custodiarla, y ahora está usted aquí, y... Pues —el sargento volvió a su tesis inicial...— aquí debe de haber alguna equivocación.

—¿Tiene una orden de arresto? —exclamó Simón—. ¿De qué se me acusa?

—De haber secuestrado a *lady* Valeria y de poner obstáculos a la policía en el cumplimiento de su deber.

Simón se preguntó cómo habría descrito *míster* Teal, de un modo oficial, su encierro en el armario.

—¡Dios Santo! —dijo—. ¿Les parece que *lady* Valeria tiene el aspecto de una persona secuestrada?

—Eso —dijo el sargento con lúgubre decisión— es lo que me induce a creer que aquí ha habido una equivocación.

El Santo sonrió.

—¿Está seguro sargento de que no han querido tomarle el pelo? —preguntó.

—No lo sé. Pero si han querido hacerlo, el que haya sido se arrepentirá de ello antes de que yo haya acabado con él. Pero a mí me parecía una cosa regular, como las comunicaciones que recibimos de Scotland Yard. —Y el sargento volvió sus ojos aturridos y decepcionados a la muchacha—. ¿No la secuestró *míster* Templar,

milady? —le preguntó como un hombre que está a punto de ahogarse y se agarra a una paja.

Lady Valeria miró a El Santo y luego a los dos policías.

Simón lanzó una lenta bocanada de humo.

—¡Esa es la cosa más absurda que he oído en mi vida! —contestó.

Hubo un silencio en el que no se oiría la caída de un alfiler porque nadie se ocupaba de dejarlo caer. El sargento se rascó otra porción de la cabeza. Simón se quitó el cigarrillo de la boca y dejó escapar un chorro de humo por entre la curva burlona de sus labios. Luego se quedó contemplando a *lady* Valeria. La joven tenía un aire contento y recatado, como el de un gatito que ha robado en un descuido un plato de canapés de *foie gras*. El policía era el único que todavía no había expresado sus sentimientos. Al oír la negativa de *lady* Valeria, una expresión mezcla de alivio y orgullo, borró todas las arrugas de su cara: se veía claramente que había tratado de hacer un concienzudo esfuerzo para convencerse de que Simón había sido cogido más o menos con las manos en la masa, y que se alegraba de no tener que seguir haciéndolo. Ahora podía entregarse a sus teorías propias y las expuso en alta voz, con gran simplicidad.

—Ya sé lo que ha pasado —proclamó—. Está tan claro como el día. Se trata de una banda. Eso es. Una de esas bandas con las que *míster* Templar está luchando siempre y que querían que lo encerráramos para poder seguir con sus asuntos.

El sargento no pareció impresionarse mucho.

—¿Le han hecho alguna amenaza para que no nos dijera la verdad, *lady* Valeria? —preguntó como si esperara lo imposible—. Porque si es así, mientras nosotros estemos aquí, no tiene que temer nada, aunque...

—¡Claro que no! —respondió la muchacha—. De veras, sargento, usted es muy amable, pero todo esto es demasiado ridículo.

—Es una banda —repitió el policía confidencialmente—. Eso es...

—¿Quieres cerrar la boca? —gritó el sargento. Y cuando su subordinado le hubo obedecido, añadió, desconsoladamente—: ¡Qué diablos vamos a hacer con éstos!

Hubo una pausa de intensa meditación.

—Ponernos al habla con Scotland Yard —dijo el policía— y decirles lo que nos ha notificado *lady* Valeria.

—Y, mientras tanto, podemos tener detenido a *míster* Templar —dijo el sargento con alivio.

—¡Nada de eso! —exclamó con indignación la muchacha—. ¿Cómo van a encerrar a *míster* Templar en su estúpida prisión por haberme secuestrado, cuando yo les digo que no fue así? Me parece que yo soy la única que puede hablar. ¿Quién puede decir que he sido secuestrada si yo digo que no?

El sargento se estremeció desesperadamente.

—No lo sé, *milady*. Pero ésas son las instrucciones de Londres.

—¡No vuelva a hablar de ellas! —gritó Valeria, casi llorando.

Se sentó en la cama, al lado de Simón, y le cogió del brazo. Sus bellos ojos castaños le miraron con adoración.

—¿Crees que debemos decírselo, Simón? —dijo.

—¿Lo crees tú? —replicó, sin saber de lo que se trataba, pero con un horrible presentimiento.

—Sí —repuso la joven, poniéndose de pie y cogiendo al sargento de un brazo—. Míster Templar y yo nos vamos a casar.

Simón Templar se apoyó fuertemente en la cama por espacio de un segundo. Su cerebro zumbaba como un reloj que va a dar la hora.

El sargento guiñó un ojo.

En la cara del policía apareció una sonrisa satisfecha y romántica.

—¿Cómo? —preguntó.

Y ella repuso:

—Sí. No nos decidimos hasta anoche, cuando nos dimos cuenta de que estábamos enamorado el uno del otro. Y no nos gusta la publicidad. Ya se figurará lo que harían los periódicos con una noticia así. De modo que pensamos que era mejor que nos escapáramos. Me figuro que algún amigo mío habrá querido verme o algo así, y al enterarse de que no estaba, se ha figurado que me había sucedido algo espantoso y ha hablado con Scotland Yard, dando lugar a esta estúpida alarma; pero no ha sido nada, en realidad, y ustedes no *pueden* detener a míster Templar, porque eso lo estropearía todo. ¿No lo comprenden?

El Santo se había echado en la cama, cerrando los ojos: se sentía incapaz de hacer otra cosa.

Valeria tuvo el valor de sentarse a su lado y besarle.

Entonces el policía se adelantó y tendiéndole la mano, le dijo:

—Señor, ¿puedo tener el honor de ser el primero en felicitarle?

—Desde luego, Reginald —respondió débilmente El Santo—. ¡Claro que sí! Y me parece que, además será el último.

—En este caso —dijo el sargento, volviendo a su tema—, creo que lo único que podemos hacer es levantar un acta y dejarles marchar.

—Yo la escribiré —se ofreció el policía.

Buscó en sus bolsillos y sacó, al fin, una hoja de papel de oficio. Luego escribió laboriosamente al dictado.

«Mi nombre es *lady* Valeria Woodchester... No fui secuestrada por míster Simón Templar. Estoy enamorada de él. Nos escapamos juntos... Yo me fugué en secreto porque quería una boda sin publicida...». ¿Quiere poner aquí su nombre?

Lady Valeria firmó.

—Míster Templar, ahora será mejor que firme usted también —dijo lúgubrementemente el sargento.

El Santo exhaló un hondo suspiro. Luego cogió la pluma y firmó, con mano segura.

El sargento leyó la hoja, la dobló y se la metió en el bolsillo.

—Está bien —dijo desesperadamente—; esto es todo lo que podemos hacer. ¿Piensan quedarse aquí mucho tiempo, señor?

—No —negó definitivamente El Santo—. Sólo unas cuantas horas antes de salir para Southampton —y se puso en pie—. Saldremos con ustedes.

Y salieron. El policía llevaba la maletita de *lady* Valeria. Simón pagó en el despacho la cuenta de su cuarto. Luego salieron del hotel.

Simón guió al cortejo hasta la esquina en donde había dejado su «Daimler». Si *lady* Valeria se sorprendió al verlo, no dejó traslucir su sorpresa. El Santo abrió la portezuela y se hizo a un lado, con ceremoniosa cortesía. Luego subió y se sentó a su lado.

El policía se inclinó ante la ventanilla.

—Adiós, señor —dijo jovialmente—. Espero que se habrán acabado sus malos ratos.

—¡Ojalá sea así! —respondió El Santo con toda calma.

El sargento y el policía se quedaron mirándoles marchar. El sargento parecía ligeramente decepcionado. El policía, en cambio, hubiera deseado tener en su bolsillo un puñado de confites para arrojárselo al coche.

Simón salió de la ciudad y tomó el camino de Amesbury. Sus emociones eran aproximadamente las de una bala de cañón recién disparada. Le habían lanzado al espacio con una terrible explosión y él seguía adelante con la seguridad fatalista de que le aguardaba la misma explosión a la llegada. Guiaba cuidadosamente, como si el coche estuviera hecho de cristal.

Lady Valeria se recostó contra él.

—¿Eres feliz, querido? —le dijo.

—Adorada —repuso él ahogadamente—, soy tan feliz que tengo ganas de retorcerte el pescuezo.

—¿No aprecias lo que he hecho por ti?

—En todos sus detalles —dijo él con sobrehumana moderación—. Tanto que si yo hubiera tenido la más mínima idea de lo que pensabas decir...

—¿Adónde iremos a pasar nuestra luna de miel?

Simón volvió una esquina cuidadosamente, como una anciana que empuja el cochecito de su nieta.

—Escucha —le dijo—; no tengo gran interés en saber adonde vas a pasar la luna de miel, con tal de que no sea a un sitio donde esté yo. Si te quedara algún sentido común, lo que dudo cada vez más, tratarías de poner la mayor distancia posible entre Londres y tu persona, y no les enviarías a tus amigos postales ilustradas para indicarles dónde estás.

Los labios de la muchacha temblaron ligeramente.

—Ya comprendo —respondió—. Tú... tú has sacado de mí todo lo que querías y ahora no quieres más que apartarme de tu lado. Pero esta vez he sido demasiado lista.

No voy a dejar que lo hagas.

—¿Quieres morir joven? —preguntó El Santo con exasperación—. ¿No comprendes que voy a estar demasiado ocupado para atenderte? ¡Por amor de Dios, ten un poco de sentido común! Te dejaré en Southampton, en donde salen muchos barcos para sitios muy agradables, como, por ejemplo, Nueva Zelanda.

—¿Y qué vas a hacer después que te hayas librado de mí? —preguntó, ofendida, la muchacha—. Me figuro que te volverás a toda prisa con tu amiga, la rubia, para que te diga lo listo que eres.

—No necesita decírmelo demasiado. Lo sé.

—Está bien; pero tú no eres tan listo como te imaginas —fulminó la muchacha en abierta rebeldía—. Ya oíste lo que le dije a esos dos policías. Tú no lo negaste tampoco... entonces todo te parecía bien, con tal de poder escapar. Tú... tú firmaste también. ¡No te dejaré! Si tratas de aplastarme... ¡te demandaré por incumplimiento de promesa!

Simón trató de serenarse. La tormenta que le amenazaba había estallado ya y se sentía casi mejor.

—Ningún jurado te concederá ni un céntimo de perjuicios, vida mía —le advirtió—. En realidad, lo más probable es que me den un premio por haberte dejado plantada.

—¿Ah, sí? Está bien; ya lo veremos. Está muy bonito eso de ir por ahí rompiendo corazones y avasallando a las mujeres con quienes te encuentras, como hacía Hitler con sus diputados del Reichstag...

El automóvil giró con tal fuerza que la lanzó contra la ventanilla.

El Santo consiguió serenarse de nuevo. Agarró el volante con ambas manos y apretó los frenos.

Luego se puso a cantar. Su cara estaba transfigurada.

—¡Dios mío! —vociferó—. ¿Cómo no se te ocurrió? ¡Claro que era eso! Esa es la respuesta: ¡El Reichstag!

Valeria se le quedó mirando con la boca abierta, frotándose un hombro, dolorido por el encontronazo.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. ¿Te has vuelto loco?

—¡El Reichstag! —chilló Simón, delirante—. ¿No comprendes? *Eso es lo que escribió Kennet en aquel trozo de papel. ¡Acuérdate del Reichstag!*

Estaba tan deslumbrado que ni siquiera se dio cuenta de un gran «Packard» negro que les había seguido y que se mantenía ahora a la altura del «Daimler». De un modo casi inconsciente se echó a un lado para dejarle pasar.

Lady Valeria miró hacia atrás y, de repente, se puso a gritar. Con un movimiento de pánico, agarró el volante y le hizo dar la vuelta violentamente. En el coche que los seguía se escuchó el seco sonido de una detonación y el parabrisas se agujereó enfrente de los ojos de Simón. Entonces el «Daimler» giró locamente, mientras sus ruedas se hundían en una zanja. La cerca que había más allá de la zanja se aproximó

con fantástica rapidez al coche. Simón se sintió lanzado fuertemente fuera de su asiento; el volante le dio un fuerte golpe en el pecho, privándole de la respiración; luego, se alzó en el aire como si estuviera desprovisto de peso alguno. Alguien descargó un terrible golpe en la parte posterior de su cabeza. Unas luces temblonas bailaron ante sus ojos y se desvanecieron en la negra niebla de la inconsciencia.

CAPÍTULO VIII

DE CÓMO KANE LUKER REUNIÓ UNA CONFERENCIA Y SIMÓN TEMPLAR ACUDIÓ A ELLA

I

Obedeciendo a una urgente y perentoria llamada, míster Algernon Sidney Fairweather, el brigadier general, *sir* Roberto Sangore, y *lady* Sangore, llegaron a la casa de Luker, un poco antes de las siete de aquella misma tarde. Los tres se encontraban turbados y nerviosos y la nerviosidad se demostró de modos muy diversos durante los diez minutos que les hizo esperar Luker.

El general Sangore se había vuelto, si eso era posible, un poco más militar. Se daba nerviosos tironcitos del bigote y su modo de hablar, ronco y brusco, convertía sus palabras en una verdadera reprimenda oficial.

—¡Este hombre tiene una frescura infernal! —gruñó—. ¡Llamarme de ese modo como si yo no tuviera otra cosa que hacer sino obedecer sus órdenes! ¡Ejem! Estuve a punto de decirle que estaba muy ocupado y no podía venir.

Lady Sangore tenía un aire de fría superioridad. Su cara, que había tenido siempre un estrecho parecido con la de un caballo, se había puesto aún más desdeñosamente equina.

—Sí, estabas ocupado —dijo ella—. Te ibas al club, ¿verdad? Demasiado ocupado para ocuparte de tus negocios. ¡Ah! —La palabra «¡ah!» no puede describir de un modo adecuado el resoplido de un dragón iracundo, pero la limitada fonética del alfabeto no puede producir nada mejor—. ¡Mejor sería que dejaras de estar ocupado y te preocuparas de una vez para siempre de lo que nos interesa! Algo serio debe ocurrir, de lo contrario, míster Luker no nos habría mandado llamar.

Fairweather se agitaba inquieto; parecía como si estuviera poseído de un picor que le impedía estar tranquilo.

—No me gusta esto —gimió—. No me gusta en absoluto. Luker es... Realmente, llevo unos días sin comprenderle. Su conducta fue muy extraña cuando vine esta tarde a decirle que había recibido un telegrama de *lady* Valeria. Ni siquiera se compadeció de mí por todo lo que tuve que sufrir cuando ese Templar me encerró con el policía. Me hizo unas cuantas preguntas y luego me dejó aquí plantado hasta que vino el mayordomo y me dijo que me podía ir a casa.

—No puedo comprender por qué los hombres se interesan tanto por esa muchacha —dijo *lady* Sangore, despredativamente, clavando en su marido una mirada de basilisco.

El general se aclaró la garganta.

—¡Vamos, Gwendolyn!... No creo que vayas a sospechar...

—No sospecho nada —cortóle *lady* Sangore, fríamente—. Siempre tengo los ojos abiertos. Y sé lo que son los hombres.

Fairweather se inclinó hacia ellos como si temiera ser oído.

—Hay algo que debo... decirles antes de que venga... —murmuró—. Nosotros, es decir, yo tengo buenos motivos para sospechar que *lady* Valeria está trabajando con ese Templar en contra de nuestros intereses, y que, a menos que se haga algo, nuestra posición puede volverse muy crítica.

—¡Ah! ¿Se trata de eso? —dijo magistralmente *lady* Sangore—. ¿Y qué piensa hacer míster Luker? Esa muchacha debía ser azotada; yo lo he dicho siempre.

Fairweather bajó aun más la voz:

—Anoche, él... me dio a entender que pensaba asesinar a los dos.

—¡Santo Dios! —tronó el general Sangore con una voz escandalizada—. ¡Pero eso es ridículo... absurdo! ¡*Lady* Valeria pertenece a una de las mejores familias de Inglaterra! —y echó alrededor una mirada de indignación—. ¡Ese endiablado Templar es el que la ha descarriado! Habría que tratarle con gran severidad. ¡Mil rayos! Si yo le tuviera en mi regimiento...

Y se interrumpió porque Luker apareció en el umbral de la puerta.

Luker se quedó allí un momento y los fue mirando, de uno en uno. Parecía estar completamente tranquilo. Quizá cruzara por su cara un destello de sorpresa cuando vio que *lady* Sangore estaba presente, pero lo reprimió al instante. Sus cuadradas y duras facciones tenían la fuerza insensible de la misma piedra.

Cruzó deliberadamente la habitación, se acercó a su enorme escritorio y se sentó en su sillón, haciéndoles frente. Los demás se miraron entre sí, como si, a pesar de ellos mismos, esperaran que alguien les ayudara a empezar.

El general Sangore fue el primero en hablar.

—¿Qué es esa historia que nos ha contado Fairweather, acerca de que usted ha decidido asesinar a *lady* Valeria Woodchester? —explotó.

Luker inclinó tranquilamente la cabeza.

—¿Entonces lo saben ya? Eso nos ahorrara explicaciones. Sí; es de todo punto necesario que ella y Templar sean liquidados. Por eso es por lo que les mandé llamar esta noche.

—Está bien, pero si se cree que vamos a tomar parte en sus crímenes, está equivocado —declaró acaloradamente Sangore—. ¡En mi vida vi un... descarado parecido!

Miró a su mujer, esperando su aprobación. *Lady* Sangore había apretado fuertemente los labios; sus ojos despedían chispas.

—Esa muchacha debería ser azotada —repitió.

Luker se rascó la barbilla, pensativo. Sus modales eran tranquilos y amables. Luego habló con calma, como un hombre que expone hechos que no pueden ser discutidos.

—Mucho me temo que los azotes no fueran suficientes —dijo—. No estamos jugando. Permítanme que les recuerde las circunstancias. Creo que todos saben que los patriotas franceses han planeado un golpe de Estado para mañana, que en caso de que se haga resistencia, llevará a una revolución de tipo fascista.

Paseó su mirada interrogadora sobre los presentes y llegó al fin a Fairweather. Éste se puso a temblar.

—Sí... Es decir, según parece, corren rumores de eso. Yo no sé nada oficialmente.

—Durante ese cambio de Gobierno, muchas personas pueden morir de muerte violenta —dijo fríamente Luker—. ¿Le llamarían a eso un asesinato?

—¡Claro que no! —tronó con autoridad el general—. Eso es un asunto completamente distinto. Es una cosa política. Lo mismo que una guerra. De todos modos, como dice Fairweather, nosotros no sabemos nada... oficialmente.

—Si el complot fracasara y se llegaran a conocer los detalles, creo que no podríamos alegar una ignorancia oficial —replicó suavemente Luker—. Ya saben que antes de ser asesinado, el joven Kennet entregó unos papeles a *lady* Valeria. Ella dejó esos documentos sin haberlos leído, en un guardarropa... Según lo ocurrido después, parece ser que en el de Paddington. Si hubiéramos podido recobrarlos, todo habría ido bien; y aunque ella los hubiera leído, no creo que llegara a comprenderlos. Anoche traté de solucionar el asunto con ella y con Templar, pero mi plan fracasó. Templar secuestró a la muchacha. Sin embargo, ella se escapó, volvió a Londres y, probablemente, recogió los papeles de donde los había dejado. Al leer un telegrama que Fairweather me enseñó, yo sospeché que debía estar en Anford y envié allí dos de mis hombres, en mi propio automóvil. Ellos me llamaron por teléfono y me dijeron que estaba en el Golden Fleece y que Templar había llegado un poco después que ella.

—Probablemente, estarían de acuerdo para encontrarse allí —intervino *lady* Sangore—. Yo siempre dije que era una desvergonzada. Merecido se tiene lo que le pase.

—Ese pensamiento le servirá, sin duda, de gran consuelo —observó Luker—. Sin embargo, Fairweather fue lo suficientemente estúpido para enseñarle a un policía el telegrama de *lady* Valeria. Scotland Yard empezó también a sospechar que ella había tomado un tren para Anford, porque los oficiales entraron en el Golden Fleece. Yo no sé lo que Templar les diría, porque al cabo de un rato los oficiales salieron con Templar y *lady* Valeria, aparentemente en los términos más amistosos, y les permitieron subir en su automóvil y alejarse de allí. Mis hombres les alcanzaron en la carretera, cumpliendo mis órdenes de recuperar los papeles, capturar a Templar y

lady Valeria, vivos a ser posible, y encerrarlos hasta que yo les diera otras instrucciones.

Hubo un espantoso silencio mientras la idea de Luker iba penetrando en sus cabezas. Esta vez Fairweather fue el primero en hablar.

—Pero... pero... ¡por el amor de Dios, Luker..., no puede matar a la muchacha!

—¿Por qué no? —inquirió Luker.

Sangore buscó una respuesta en las tinieblas de su cerebro.

—Es... ¡hombre!... ¡Diablos!... ¡Es que eso no se hace! —dijo débilmente.

Luker se echó a reír, con una risa terrible sardónica y silenciosa.

—¡Oh, caballeros de Inglaterra, con sus convencionalismos hipócritas, su arrogante rectitud y sus viejos lazos escolares! ¡Monigotes retocados! —dijo—. No les preocupa lo que pueda hacerse con tal de que no se enteren de ello «oficialmente»; no les importa que asesinen a la gente con tal de que puedan llamarle a eso «guerra» o dignificar la matanza con el adjetivo de «política». ¿No les parece mal ayudar a que estalle la guerra civil en Francia, en la que, seguramente, morirán muchas muchachas?

—¡Ya le dije que era diferente! —rugió el general—. ¡También hemos tenido guerras civiles en Inglaterra!

Lo dijo como si quisiera probar con eso que las guerras civiles eran una cosa excelente.

—Está bien —prosiguió Luker—. Y, ¿acaso les pareció mal el que se asesinara a Kennet y a Windlay?

Fairweather repuso roncamente:

—No tuvimos nada que ver con eso. En realidad, yo le dije...

La cara de *lady* Sangore se aflojó. Los polvos que le cubrían las mejillas se agrietaron.

—Us... ted... —tartamudeó—. Yo no sabía...

—No cabe duda de que, como los demás, atribuyó esa muerte a la intervención divina —dijo sarcásticamente Luker—. Siento mucho desilusionarla. Yo di órdenes de que asesinaran a Windlay y estrangulé a Kennet con mis propias manos, incendiando la casa después. Su marido y Fairweather sabían que iba a hacerlo. Así que en este momento todos son cómplices de mi crimen, a menos que avisen ahora mismo a la policía. Claro está que si lo hacen les será difícil explicar su silencio en la encuesta, pero el teléfono está sobre mi escritorio y pueden usarlo cuando gusten.

Nadie se movió. Nadie habló. Una parálisis de futilidad parecía haberse apoderado de ellos, y Luker parecía engolfarse en su estrangulación.

—En ese caso —prosiguió al cabo de un rato—, me figuro que desean que continúe. Mis instrucciones fueron cumplidas en parte. Templar y *lady* Valeria han sido capturados. Su automóvil volcó y los dos perdieron el conocimiento en el accidente, pero, aparte de eso, no han sufrido mucho daño.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó débilmente Fairweather—. ¿Están en Londres?

Luker meneó la cabeza.

—No. Mis hombres me telefonearon desde Amesbury, pidiéndome instrucciones. Según parece, han recobrado los documentos de Kennet, pero lo más importante de todo ello, el negativo de una fotografía, no fue hallado ni en el automóvil ni sobre los prisioneros. Por lo tanto pensé que era prudente interrogarlos a los dos, para ver lo que había pasado con ese negativo. Ya comprenderán que eso puede ser algo dificultoso, pues no habrá más remedio que... persuadirlos. Mientras tanto, tenía que permanecer en un lugar seguro. Afortunadamente, recordé que Bledford Manor no está lejos de Andover y que éste no está lejos de Amesbury. Como sabía que el Manor estaba cerrado y los criados fuera, les dije que los llevaran allí.

Lady Sangore se puso en pie, como si la hubieran pinchado.

—¿Cómo? —protestó agudamente—. ¿Los envió a mi casa? ¿Cómo se atrevió?

El general luchó contra un ataque de asfixia. Su garganta exhalaba unos sonidos parecidos a los de un automóvil viejo al arrancar. Su cara tenía el color del ladrillo.

—¡Tchah! —explotó—. ¡Ejem! ¡Por Dios, Luker, eso es ir demasiado lejos! ¡Es monstruoso! ¡Tchah! Se lo prohíbo. ¡Se lo prohíbo en absoluto!

—No puede prohibírmelo —repuso fríamente Luker—. Ya está hecho.

Fairweather agitó las manos en el aire.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros —gimió—. Usted es el único que está en esa fotografía. En realidad, Luker, yo...

—Ya comprendo —dijo Luker con imperturbable veneno—. Éste era un negocio agradable mientras los demás eran los que corrían todos los riesgos, pero ahora que las cosas no marchan tan bien, le gustaría lavarse las manos, lo mismo que Sangore, desde luego, impulsados por los más elevados motivos y con el mayor respeto por el honor del regimiento y de la antigua escuela. Lo siento, pero no puedo facilitarles así las cosas. Sin duda alguna, se habrán creído que lo que ganaban se lo habían merecido por su talento y brillantez, pero les aseguro que no me hubiera costado ningún trabajo elegir otro par de distinguidos imbéciles de su clase. Ahora, por la primera vez y en proporción muy pequeña necesito su ayuda. Deberían sentirse orgullosos. Y les aseguro que aunque esa fotografía sólo se refiere a mí, en caso de que me atraparan, en las investigaciones subsiguientes se verían envueltos los dos.

Luker hizo su declaración de modo que no les cupiera la menor duda de lo que podía suceder si las cosas llegaban a lo peor. Pero los dos estaban demasiado destrozados para responderle. Las palabras de Luker habían sido como cuchilladas asestadas en los globos de su propia estimación. Le miraron de nuevo, curiosamente deshinchados, tratando de persuadirse de que no tenían miedo.

Luker prosiguió su discurso con inexorable precisión, y con un sutil, pero incontestable cambio de actitud.

—Usted, mi querido Algy, tiene bastantes relaciones que le permitirán aproximarse al comisario en jefe de Scotland Yard. Haga uso de ellas para averiguar exactamente lo que Templar le dijo a la policía de Anford, y comuníquese con mi secretario en cuanto lo haya averiguado. Ustedes —añadió, volviéndose al general y a *lady Sangore*—, irán a pasar unos días a Bledford Manor. Como la casa está aparentemente cerrada, la policía local puede notar que hay gente dentro y sentirse curiosa. Deben estar allí para tranquilizarles. No necesitan ver a mis prisioneros si eso les molesta. Yo me marché esta noche a París y pienso llevármelos conmigo... Será más fácil interrogarlos allí. Pero quizá tarde un poco en marcharme y quiero que se marchen cuanto antes a Bledford, como medida de precaución.

Ni siquiera pensó en que pudieran argüirle aquello. Para él, las discusiones habían terminado ya. Al acabar su frase, se puso en pie y antes de que cualquiera de ellos pudiera hacerle ni tan siquiera una observación, salió de la habitación.

Los demás se quedaron sentados, en silencio, dándose cuenta de lo que pensaban cada uno de ellos, pero pretendiendo que seguían dominantes e inmovibles.

Fairweather se puso en pie el primero y, sacando un viejo reloj de oro, lo consultó con una valerosa imitación de su antigua pomposidad.

—Bueno —dijo ahogadamente—, yo tengo que marcharme. He de hacer unas cuantas cosas.

Y salió a toda prisa.

Los Sangore se miraron entre sí. Entonces *lady Sangore* habló.

—La culpa la tiene esa desvergonzada —dijo amargamente—. Si hubiera tenido algún sentido de la decencia, no se vería ahora mezclada en esto. En cuanto a Luker, debería ser echado a patadas de todos los clubs respetables de Londres.

—No creo que pertenezca a todos los clubs respetables de Londres —repuso tristemente el general Sangore.

Su figura, generalmente marcial y erguida, se había inclinado; sus hombros se doblaban hacia delante. Parecía haber envejecido siglos en unos minutos, como un hombre perdido en una cámara de inimaginables horrores, como si buscara en la enmohecida máquina de su cerebro una rueda que le moviera a cumplir una labor que hasta ahora nunca había sido la suya.

II

—Había una vez —dijo El Santo— una marsopa bizca, llamada *Guillermina*, que vivía en una madriguera en Tasmania y se preocupaba mucho por el hecho de que la naturaleza la hubiera provisto, como a todas las hembras de la familia de las

marsopas, de un saco o bolsa abdominal, destinado a la recepción de las marsopas recién nacidas. Sin embargo, como la estrábica asimetría de las facciones de *Guillermina* había alejado siempre a los machos inteligentes de su especie, ella estaba persuadida de que aquel útil e ingenioso órgano era tan sólo una excrecencia indecente. Pero ocurrió que una noche un macho cegato, llamado *Widgery* de costumbres muy disolutas...

Se hallaba en la despensa de Bledford Manor, en compañía de *lady* Valeria Woodchester. Estaban sentados en el frío y duro suelo y sus muñecas y tobillos estaban sólidamente amarrados con fuertes cuerdas. En la cara de Simón había manchas de sangre seca y, a pesar de su tranquila y satírica voz, le dolía terriblemente la cabeza. La cara de *lady* Valeria estaba muy sucia y sus cabellos todos revueltos; le dolía también la cabeza y tenía un humor de mil diablos.

—¡Oh, cállate! —estalló—. ¡En bonito lío me has metido! Me figuro que a ti te gustarán mucho estas cosas, pero a mí no. ¿Piensas hacer algo?

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó él, conciliadoramente.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

Él se encogió de hombros.

—No soy un adivino. Pero puedes usar tu imaginación.

Ella le miró, preocupada, con las finas cejas unidas en un ceño furioso.

—¡Malditos cochinos! —dijo—. ¡Me gustaría que se murieran de la más horrible de las muertes! Me gustaría ver que los quemaban vivos y reírme de ellos... ¡Dios mío, cuánto me gustaría tener un cigarrillo!... ¿No te parece que han pasado siglos desde que cenamos la otra noche en el Berkeley? Simón, ¿de veras piensas que ellos quieren matarnos?

—Me figuro que sus ideas deben ser aproximadamente ésas —admitió él—. Pero todavía no lo han hecho. ¿Te apuestas algo a que mañana cenamos en el Berkeley?

—Tú puedes hablar así. Éste es tu oficio. Pero yo tengo miedo —y se estremeció—. ¡Es horrible! ¡No quiero morir! Quiero... quiero pasarlo bien y llevar trajes bonitos, y... y... ¡Oh! ¿De qué sirve todo eso? —y se le quedó mirando sombríamente—. Me figuro que estarás pensando que lo que hago es terrible. Si tu amiga se encontrara aquí, a lo mejor pensaría que esto es una verdadera diversión. Con seguridad, a ella la vuelven loca estas cosas. Pero yo sólo deseo que ella estuviera aquí, en mi lugar.

El Santo rió entre dientes. No es que estuviera particularmente divertido, pero no quería que Valeria perdiera el ánimo por completo, y sabía que estaba bastante cercana a ello.

—Después de todo, tú me escogiste por esposo, querida. Yo traté de desanimarte, pero, según parece, tú estabas segura de que te gustaba esta clase de vida. Es lo mismo. Yo sé cómo salir de estos apuros.

—Si logramos hacerlo, me figuro que tendré el pelo completamente blanco o algo así —dijo la chica tristemente.

Su ojos eran grandes y solemnes; tenía un aire infantil y patético. Dos gruesas y brillantes lágrimas se formaron en sus ojos y rodaron lentamente por sus mejillas.

—No, ¡no sabes cuánto aborrezco todo esto! —murmuró—. Y estoy tan incómoda.

—De todos modos, no debes llorar. El suelo está ya suficientemente húmedo.

—No podría humedecerse más. Así que, ¿por qué no he de llorar? Puedo pensar en miles de cosas que me gustarían, pero lo único que puedo hacer es llorar. ¿Por qué no he de llorar?

—Porque hace que te parezcas a una arpía vieja.

Valeria le miró con desprecio.

—Está bien, pero la culpa es tuya —dijo, dejando, sin embargo, de llorar. Luego dejó escapar un suspiro largo y tembloroso como el de un niño—. ¿Por qué no me hablas de algo para distraerme? ¿Qué es lo que te había excitado tanto, un poco antes de que volara el coche?

El Santo miró a uno de los rincones en donde el crepúsculo iba creciendo rápidamente. Ese recuerdo había sido lo primero en volver a su cerebro cuando recobró dolorosamente el conocimiento, y desde entonces le perseguía implacable, haciendo más amargo aún el sentimiento de su impotencia.

—El Reichstag —dijo—. «¡Acuérdate del Reichstag!». Eso es lo que escribié Kennet en aquel trozo de papel que, probablemente, robó del cuartel general de los Hijos de Francia, de los que él formaba parte. Por eso es que tuvieron que enfriarle. Sabía demasiado acerca de una cosa y de, haber vivido él, esa cosa podía haberlo echado todo a perder.

—Pero ¿qué es lo que sabía?

—¿Recuerdas el incendio del Reichstag en Berlín? Según parece, los Hijos de Francia han planeado algo parecido para mañana. Ese pedazo de papel era una lista de ocasiones apropiadas para un golpe de esa suerte, y dos de ellas habían sido discutidas y eliminadas hasta que sólo quedó una: la apertura del Hospital de la Memoria, en Neuilly, por el camarada Chaulage. El complot será asesinar al camarada Chaulage en la ceremonia. Y se le echará la culpa a los comunistas, como en el incendio del Reichstag. Los Hijos de Francia dirán que ese asesinato es una prueba de la incompetencia del actual Gobierno y movilizarán sus fuerzas, asaltarán el poder y proclamarán la dictadura. Eso es todo.

—¿Quieres decir que los Hijos de Francia piensan asesinar a Chaulage? ¿Y que Algy y Luker y el general Sangore lo saben?

—Eso es.

Valeria parecía un poco decepcionada, como si hubiera esperado algo más sensacional que todo aquello. Su silencio parecía decir que, después de todo, había tantos millones de franceses que uno más o menos no importaba.

—Creo que vi una vez un retrato de Chaulage —dijo casi con cortés indiferencia—. Es un hombrecillo grueso que parece un tendero de comestibles retirado.

—Lo es —respondió El Santo—. Pero da la casualidad de que también es primer ministro de Francia. Los franceses gruesos y bajitos, que parecen tenderos de comestibles retirados, suelen tener, por lo general, muchas ideas, en especial, cuando son primeros ministros. Claro está que en este país no se les permitiría, pero allí así sucede. Y una de las ideas del camarada Chaulage es una ley para evitar que las empresas privadas se beneficien con las guerras, lo que, como es natural, no es muy popular entre la gente como Luker y Sangore. Así que el camarada Chaulage es una víctima dos veces apetecible. Y cuando los Hijos de Francia conquisten el poder, esa ley quedará relegada al olvido y el pueblo estará orgulloso de no tener manteca para poder tener bombas. De eso a la guerra no hay más que un paso. Algunos millones de hombres, de mujeres y de niños serán abrasados, heridos, gaseados, fusilados, hechos pedazos y morirán de hambre, y entonces los negociantes de armas se sentarán sobre sus sucias posaderas y recogerán sus beneficios a razón de unas cinco mil libras por cadáver, de acuerdo con las estadísticas de la última guerra mundial.

—¿Y esa fotografía tendrá que ver algo con ellos?

—Ésa es probablemente la prueba más condenatoria de todas. A mí me parece que no puede significar más que una cosa. El guerrero medio idiota de la derecha, ¿te acuerdas de él?, debe ser el mártir encargado de hacer la cosa. Algún fanático medio loco, encantado con la idea de morir gloriosamente por la causa; o quizá un pobre idiota que no sabe de lo que se trata, ni le importa. La fotografía no puede significar otra cosa. Sabe Dios cómo se la procuraría Kennet. Al hacerlo, arriesgó su vida, y al fin acabó por perderla. Esa fotografía serviría para hacerle perder a Marteau todos sus partidarios y bajo cualquier Gobierno que no presidiera Marteau podría mandar a Luker a la guillotina...

Siguió hablando, no porque tuviera ganas de hacerlo sino para distraer a la chica. La habitación se iba quedando cada vez más oscura, hasta que al fin no pudieron verse el uno al otro. El tiempo transcurría lentamente y Simón acabó al fin de hablar. *Lady Valeria* le respondía con frases cortas y apáticas que no le facilitaban la tarea.

Al cabo de un rato Valeria se arrastró hasta acercarse a él y su hombro tocó el de El Santo. Éste se dio cuenta de que temblaba. Hubiera querido estrecharla entre sus brazos, pero sus muñecas, fuertemente atadas, habían resistido todos los esfuerzos que hizo por soltarse.

Entonces, como no podía hacer otra cosa, se inclinó hacia ella y la besó, con más dulzura y suavidad que nunca. Durante un momento, ella cedió ansiosamente a sus besos, pero luego retiró lentamente sus labios.

—¡Oh, diablos! —sollozó—. ¡Siempre pensé que este instante sería maravilloso, y ahora hace que todo sea peor!

—Lo comprendo —dijo Simón—. Debe ser horrible el sentirse tan segura.

Valeria se echó a reír un poco histéricamente y apoyando su cabeza en el hombro de El Santo permaneció largo tiempo en silencio.

* * *

En la cocina, dos hombres sentados ante una mesa fumaban con gesto de mal humor. Delante de ellos había un plato lleno hasta los bordes de colillas. Uno de ellos era Pietri. Su cara no estaba ya adornada de rayas de vivos colores, pero el enrojecimiento de su piel y la desusada limpieza de su rostro demostraban lo difícil que había sido el quitárselas. El afeitado de su cabeza se hallaba oculto bajo una gran gorra. El otro era un muchacho muy joven, de cabellos rubios, que llevaba en su solapa la insignia de los fascistas británicos.

Al cabo de un rato el joven dijo, entre dos bostezos:

—Nunca creí que tuviera que encargarme de poner fuera de juego a El Santo. En realidad, hubo un tiempo en que yo admiraba a ese tipo. Ya sé que es un pillo, pero me parecía que en el fondo era una buena persona. Aunque esta vez, se tiene merecido lo que le sucede.

Pietri bostezó con más dureza. Él no tenía ideas políticas; simplemente hacía cualquier cosa si le pagaban bien.

—Usted es nuevo en esta clase de cosas, ¿eh? —le dijo con compasión.

—¡Oh, no lo crea! —repuso el otro ofendido—. El domingo pasado tuvimos una riña con los comunistas en Battersen Park. —Se irguió en su silla al oír un ruido—. ¡Ah, ese debe ser, al fin, Bravache!

Se puso en pie, salió de la cocina y cruzó el vestíbulo. Sus movimientos eran en aquel momento una mezcla de orgullo, inquietud y temor. Pero era un miembro de las brigadas de choque y su deber era ser implacable. En el momento de abrir la puerta, el joven se vio a sí mismo fuerte e implacable, como una estatua de acero.

Un auto de carreras de dos asientos se había detenido junto al «Packard» negro, y Bravache subía en aquel momento la escalinata, seguido de Dumaire. Sus rostros, como el de Pietri, estaban irritados y enrojecidos y llevaban también los sombreros puestos. Bravache alzó la mano, saludando.

—¿Los prisioneros? —preguntó brevemente.

—Por aquí, Mayor.

El muchacho les guió a través de la cocina, abrió la despensa y encendió la luz. *Lady Valeria* se estremeció y exhaló un ligero gemido cuando la luz hirió sus ojos. Bravache se inclinó ante ella con exagerada burla.

—Aunque siento mucho tener que molestarla, *mademoiselle*, su presencia es necesaria en el cuartel general de los Hijos de Francia.

Dumaire se adelantó y le dio a El Santo una furiosa patada en las costillas. Luego se inclinó y tocó con el dedo las manchas de sangre secas que había en las mejillas de Simón.

—La sangre tarda más en quitarse que la pintura —comentó.

Y le dio dos tremendos puñetazos en la cara.

—Sangra, cerdo —le dijo—. Me gusta el color de tu sangre.

—Al menos es roja —repuso El Santo, imperturbable—. La suya sería amarilla.

Dumaire le dio otro puntapié y entonces Bravache lo echó a un lado.

—Basta ya —le advirtió—. No podemos perder el tiempo. Ya podrá hacerlo más tarde. Y entonces, tendré el placer de charlar un rato con míster Templar. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Me figuro que usted querrá que le dé la dirección de mi peluquero —respondió afablemente Simón.

Bravache no le pegó ni hizo el menor movimiento. Simplemente fijó sus fríos ojos en Simón, mientras sus labios sonreían. Y en aquel instante Simón comprendió que la clemencia de Bravache era mucho más terrible que la venganza de Dumaire.

Entonces Bravache se volvió a los que le seguían.

—Llévenselos —ordenó brevemente—. Tenemos que marcharnos.

Luego volvió al vestíbulo y al entrar vio que una puerta se movía. Se acercó y la abrió de un empujón, encontrándose con el general Sangore, de pie junto a la entrada de la biblioteca, como un espía cogido in fraganti, con un gran vaso de *whisky* en la mano.

—Mil perdones por molestarle, general —se excusó Bravache con una amabilidad fingida en la que había un ligero dejo de burla—. Lo siento, pero tendrá que guiarnos hasta el lugar donde se encuentra nuestro aeroplano. Me dijeron que preguntara por «el prado grande», míster Luker me dijo que usted lo conocía. Me dijo también que usted no quería ser visto por los prisioneros. Eso tiene fácil arreglo. Ellos irán en la parte trasera del «Packard» y si usted se sube el cuello del abrigo no le reconocerán en la oscuridad. Por mi parte, no creo que le haga falta esa precaución. Mañana a estas horas, El Santo y sus amigos no podrán causarle ya ninguna inquietud.

—¿Todos? —preguntó estúpidamente Sangore.

Apuró su bebida de un trago. Tenía el mismo aspecto abatido que cuando salió de casa de Luker. Por primera vez en veinte años, el rojo vivo de su tez se había convertido en un gris violáceo.

Bravache se inclinó ante él, ajustándose los guantes. Su fanfarrona actitud, el brillo frío y arrogante de sus ojos, eran como las insignias de una nueva raza de soldados, comparada con la cual, *sir* Roberto Sangore, aún en sus momentos más militaristas, no era más que un burlesco anacronismo.

—Sí. Por medio de Scotland Yard hemos podido averiguar que la *Sureté* ha encontrado la pista de míster Quentin y *miss* Holm, y dos hombres de su pandilla, en el hotel Raphael, en París. Desgraciadamente, Scotland Yard no tiene ningún motivo para detenerlos. Pero la demora será sólo momentánea. Dentro de unas cuantas horas, los Hijos de Francia darán sus órdenes desde la *Sureté*.

Simón Templar pudo oír el final de su frase, mientras Pietri y el muchacho le arrastraban hasta el coche; y mientras duró el corto trayecto, la última frase de

Bravache le obsesionó como una pesadilla. Después de esperar largo rato los sacaron del coche y los metieron en la cabina de un monoplano que alzó el vuelo iluminado por los focos del «Packard». Aquél fue el peor tormento de todos. No sólo había perdido la batalla y condenado a *lady* Valeria a sufrir las consecuencias de su derrota, sino que Patricia y Peter, Hoppy y Orate, estaban también incluidos en el precio de su fracaso.

III

El Santo no pudo comprender exactamente cuánto tiempo duró su vuelo, pero desde el momento que sabía aproximadamente cuál era el término de su viaje, lo demás no era muy importante.

Al fin, el rugido del motor cesó y sólo se escuchó el suave zumbido de las alas, deslizándose en el aire. El motor volvió a roncar de nuevo, en dos cortos estallidos; luego el aeroplano hirió el suelo, se afirmó y rodó por el campo, dando tumbos. Estaban en Francia.

Unos hombres vestidos con pantalones de montar negros y camisas azules, rodearon el aeroplano. Bravache y Daumaire saltaron afuera; Simón y *lady* Valeria fueron sacados a rastras. El aire frío de la noche les dio en la cara y a la débil luz de las estrellas divisaron una hilera de álamos, allá a lo lejos; no se veían por ninguna parte luces o edificios, como los de un aeropuerto. Entonces les vendaron los ojos y les desataron las piernas. Cuando éstas estuvieron libres, les empujaron fuera de allí y les hicieron entrar en otro auto.

El trayecto duró aproximadamente una media hora y al final de ella, el auto se detuvo. Simón oyó ruido de pasos y un breve murmullo de voces. Entonces, El Santo y *lady* Valeria fueron sacados de nuevo. Dos hombres cogieron a El Santo por los brazos. Una voz ordenó:

—¡Allez!

Simón fue arrastrado hacia delante. Los hombres que le conducían le hicieron subir unos escalones, marchar durante algún tiempo en distintas direcciones sobre pisos de madera o piedra y al fin se detuvieron. Hubo una pausa en la que se escuchó un ligero chasquido. Luego, siguieron adelante.

Por el modo cómo sus guardianes se pegaron a él, y por el olor húmedo del aire, debían pasar por un estrecho pasadizo subterráneo. Los pasos resonaban fuertemente en el reducido espacio.

El corredor descendía rápidamente; luego se niveló. El Santo contó los pasos. Después de haber dado veinte, dieron bruscamente la vuelta y el corredor se

ensanchó. Treinta pasos más allá se detuvieron de nuevo, y entonces, Simón oyó una llamada particular, como una contraseña, y una puerta se abrió. El Santo cruzó sus umbrales, dio unos cuantos pasos y se detuvo una vez más. Los dos hombres que le sujetaban de los brazos le soltaron. Oyó murmullos confusos y el chasquido de una puerta al cerrarse. El aire era más caliente, pero seguía teniendo el mismo olor a humedad. Entonces le quitaron la venda de los ojos y pudo mirar a su alrededor.

Se hallaba en lo que parecía ser una vasta bodega subterránea. Debía formar parte de un antiguo edificio, pues ni el calor de una chimenea eléctrica podía disipar la fría humedad de su ambiente. Una gran bandera tricolor colgaba de la pared, sobre una larga mesa detrás de la cual había tres sillas de madera, únicos muebles que había en la habitación. En las paredes se veían varias puertas, pero en ellas no había nada para identificar la que les sirviera de entrada. Mientras conservaba la venda le hicieron dar varias vueltas para que perdiera el sentido de la orientación.

Valeria se hallaba a su lado y los cuatro uniformados Hijos de Francia que les escoltaron hasta allí, se colocaron a los extremos.

Bravache se encontraba también allí. Con deliberado énfasis, cruzó lentamente la habitación, se acercó a una de sus puertas y llamó con los nudillos. Luego, juntando los talones, anunció, mientras alzaba la mano saludando.

—*Les prisonniers, mon commandant.*

—*Trés bien* —repuso una voz desde la habitación de al lado; y en aquellas pocas sílabas El Santo reconoció los ásperos y estridentes sonidos que oyera una noche en su radio... ciento cincuenta años antes.

Bravache se volvió hacia ellos.

—*Garde á vous!* —ladró.

Un hombre alto y con el pelo gris, de unos cincuenta años, salió de la habitación. Llevaba el mismo uniforme que los hombres de la escolta, a excepción de una doble hilera de cintas de colores que lucía en el pecho y que su camisa azul tenía seis barras doradas en cada hombro. Todos los franceses conocían aquella cara larga y delgada, de ojos negros y saliente barbilla. La habían visto caricaturizada demasiadas veces por artistas que quizá al día siguiente estuvieran deseando haber empleado su talento de otro modo. Era el coronel Raul Marteau, futuro dictador de Francia.

Y detrás de él entró Kane Luker.

Luker miró fríamente a los prisioneros, como si no los hubiera visto hasta entonces, mientras Marteau saludaba ceremoniosamente a la escolta. Luego, los dos se sentaron ante la mesa y la antigua e irreverente sonrisa irónica apareció en los magullados labios de El Santo.

—Aunque Luker no tuviera más que un organillo mecánico —le dijo a *lady* Valeria—, sería el prototipo del capitalista. Y un organillero vulgar se considera feliz si puede procurarse un mono.

Marteau miró interrogativamente a Luker. Aparentemente no entendía el inglés. Mientras le traducía la frase, Luker parecía casi divertido. Y Simón se dio cuenta de

que era una pérdida de tiempo el querer herir a Kane Luker. Él era uno de esos extraños tipos de hombre para quienes la insolencia no significa nada.

Marteau era diferente. Sus ojos chispearon y de sus labios salió una orden gutural y estridente. Uno de los miembros de la escolta se acercó a Simón y le golpeó brutalmente en la cara.

La fuerza del golpe le hizo retroceder un paso; la muchacha sollozó.

—¡Cerdos sanguinarios! —La sangre ardía en las venas de Simón, y las cuerdas de sus muñecas se hincaban en sus músculos hinchados, pero no era el golpe lo que le había dolido, sino la humillación de saber que todo su valor no le conquistaría más que el desprecio de aquellos valerosos cruzados que hacían un fetiche del suyo propio. Sin embargo, consiguió conservar su máscara de indomable burla.

Fingiéndolo ignorarle, después de aquella brusca y brutal intervención, Marteau se volvió a Bravache.

—¿Los han registrado? —preguntó en francés.

—*Oui, mon commandant.*

—¿Encontró la fotografía?

—Sólo una copia, *mon commandant.*

Marteau hizo un gesto a Luker y volvió a sentarse. Entonces, Luker se irguió.

—Míster Templar —dijo con los ojos fijos en El Santo—, entre los papeles que usted le quitó a *lady* Valeria, había unas fotografías y el negativo de esas fotografías. ¿Dónde está ese negativo?

Hubo una corta pausa.

—Siga —le invitó El Santo amablemente.

—Eso es todo lo que quiero que me diga.

—¿Pero todavía no ha terminado? ¿No conoce la fórmula? Tiene que describirme las cosas espantosas que van a sucederme si no se lo digo. El auditorio le está esperando.

La impenetrabilidad de Luker no cambió.

—Muchas cosas espantosas pueden ocurrirle, míster Templar —advirtió con fría voz—. Pero por el momento eso no me interesa. Sé que su temperamento puede resistir un largo interrogatorio. Y en estos instantes el tiempo es precioso. Por lo tanto empezaremos por *lady* Valeria, cuya capacidad de resistencia es seguramente menor. Los Hijos de Francia conocen unos tratamientos excelentes para los obstinados. Si no quiere darnos la información que le pedimos, *lady* Valeria será atada allí —y señaló con una mano—, y azotada hasta que consigamos lo que queremos.

Los ojos de El Santo se volvieron en la dirección indicada por Luker. En la pared que había señalado habían dos anillos de hierro, empotrados en la piedra a unos cinco pies de altura. La pared que los rodeaba tenía un color distinto del resto; y a pesar de su valor, El Santo sintió que unos dedos helados le corrían por el espinazo.

Lady Valeria miró en la misma dirección y el aliento expiró en su garganta.

—¡Pero si no lo sé! —exclamó con voz temblorosa—. ¡No sé lo que pasó con el negativo! ¡Simón, yo no sé lo que hiciste con él!

—Es verdad —dijo El Santo con una voz de terrible sinceridad—. No la mezclen en esto. Ella no sabe nada. No podría decírselo aunque la azotaran hasta matarla.

Lo mismo podía haber implorado a una imagen de bronce. Luker ni siquiera pareció interesarse.

—En ese caso, confío en que su natural caballerosidad le inducirá a evitarle ese sufrimiento innecesario —dijo—. Como es natural, le permitiremos asistir al espectáculo para ver si despierta su interés. Una palabra suya en cualquier momento, la evitará mayores... incomodidades —y añadió con aire decidido—. Ya que, según parece, pensaba casarse con *lady* Valeria, su afecto no le animará a vacilar.

Simón miró a la muchacha. Ella le devolvió su mirada; sus ojos estaban desmesuradamente abiertos en aterrorizada súplica.

—¡Oh, Simón! ¿Tienen que azotarme? —preguntó débilmente.

Su cara estaba lívida por el terror; sus labios temblaban y apenas podía hablar. Pero, sin embargo, Simón se dio cuenta de que la joven no hacía más que preguntarle lo que debía hacer.

El Santo sintió que su interior estaba frío y rígido, como si el rigor de la muerte le hubiera alcanzado ya. No obstante, consiguió ocultar su flaqueza.

Se dirigió en francés a Marteau.

—*Monsieur le commandant*, yo no le pido nada para mí. Pero usted tiene ideales y quisiera que le consideraran como un caballero. ¿Le enorgullecerá el recordar que la tortura de una muchacha inocente ha sido el glorioso comienzo de una revolución en la que usted cree?

La cara de Marteau se ruborizó, pero las arrogantes líneas de su boca se endurecieron.

—El individuo, *monsieur*, es menos importante que una hormiga comparado con el destino de Francia —y en sus negros ojos brillaba una luz mística—. Mañana... hoy... vamos a escribir una página histórica y Francia ocupará el lugar que le corresponde entre las naciones de Europa. Yo no puedo hacer concesiones sentimentales. Los que no están con nosotros son enemigos nuestros —y en sus ojos desapareció la luz—. Como hombre, debo confesar que yo preferiría evitar ese sufrimiento a *mademoiselle*; pero la responsabilidad es suya. Como jefe, teniendo en mis manos el destino de Francia, no puedo alterar mis planes.

—Ya lo veo —dijo suavemente El Santo—. Y si le digo lo que quiere saber, me supongo que seremos asesinados, pero sin esos adornos, ¿eh?

La faz de Marteau se volvió más fría y distante.

—Me gustaría que comprendiera, *monsieur*, que los Hijos de Francia no cometemos asesinatos. Aunque su culpabilidad es perfectamente evidente, será juzgado por un tribunal; claro está que si éste decide que es culpable, será castigado como es debido.

—Eso es —intervino en inglés Luker, con un brillo irónico en la mirada—. Serán juzgados por un tribunal y juzgar a los traidores en grupos de veinte. Haré lo posible porque estén en el primer grupo. Pero estará de acuerdo conmigo en que es preferible el mismo resultado inevitable sin la adición de eso que ha llamado los adornos.

—Desde luego —concedió el Santo—. Su generosidad me conmueve.

Pero su sonrisa era fría y rígida.

Sus hombros le dolían de cansancio y abatimiento. Nadie, ni siquiera Luker debía sospechar lo amargas que eran las heces de su derrota. No le importaba morir; había vivido hombro a hombro con la muerte y era casi amigo suyo. Había jugado con ella, y acudido a sus citas con corazón alegre, sabiendo siempre que llegaría un día en que tendría que verla cara a cara. La misma muerte con adornos, no le haría retroceder. Pero esta vez no estaba solo. Tenía que sentenciar a la muchacha, al aceptar su propio destino.

Y no había nada que pudiera darle siquiera una última y plausible gloria. De todos modos, iban a morir. Y si él moría y dejaba morir a la muchacha, sin hablar ante su tortura, no conseguiría nada por ello. No se trataba de guardar en sitio seguro el negativo, por lo que se pudiera hacer con él más adelante. No iba a quedar nadie que pudiera hacerlo, después de que Patricia y los demás fueran arrestados al día siguiente. Y aunque escaparan, sería lo mismo. El negativo seguiría en su lugar y sería destruido probablemente con sus vestidos y su cuerpo; o, en el mejor de los casos alguien se apoderaría de su pluma, y en ese caso, lo más probable es que, la persona que lo hiciera fuera uno de los Hijos de Francia quien, como es natural, no diría nada si lo encontraba. Y si El Santo se callaba y no lograban encontrarlo, eso sólo significaría que Luker y Marteau estarían algún tiempo preocupados, pero como no ocurriría nada, su ansiedad iría disminuyendo cada día, hasta que fueran demasiado fuertes para seguir temiendo. ¿Cómo podía condenar a la muchacha a aquella espantosa tortura, por la sencilla razón de darle a Luker y Marteau algunos malos ratos y morir con orgullo de que no podían haberle hecho hablar?

Pero la amargura de la rendición le impedía hablar.

Vio que Luker lo miraba fijamente y se dio cuenta de que le iba siguiendo casi paso a paso sus inevitables pensamientos. Los ojos de Luker se iban endureciendo con la fría certidumbre del triunfo.

—Quizá prefiera discutirlo con su prometida míster Templar —le dijo—. Trataré de que les dejen solos cinco minutos. Estoy seguro de que eso será suficiente para que lleguen a la única conclusión posible para dos personas sensatas.

IV

Se hallaban en una celda diminuta amueblada con una pequeña mesa de madera, una silla y un camastro de madera con un jergón de paja; todos los muebles estaban sujetos al suelo. Una débil luz entraba por un tragaluz enrejado que había en la puerta y que parecía ser el único medio de ventilación.

Valeria se dejó caer en el camastro y se recostó contra la pared con un gesto de supremo cansancio.

—¡Al fin solos! —dijo. Y luego—. ¡Dios mío, qué cansada estoy!

—Debes estarlo —respondió El Santo—. ¿Por qué no te acuestas y tratas de dormir?

Valeria sonrió débilmente.

—¿Con un hombre en mi cuarto? ¿Qué diría el vicario si lo supiera?

—Probablemente que le parecería...

—... muy bien —terminó ella; y su voz se quebró—. Simón... ¿dolerá mucho?

El Santo sintió que se le secaba la boca, aunque tenía las palmas de las manos humedecidas. Ahora comprendía exactamente la astuta crueldad de Luker al dejarles cinco minutos a solas. Si antes le hubiera quedado alguna duda, habría tenido que desecharla en aquel instante.

Se sentó en el camastro junto a ella, apoyado contra la pared. Ésta estaba hecha de ladrillos sin revestir y los años habían ablandado el cemento en muchas partes. Simón recorrió su superficie con sus embotados dedos. Era áspera y rasposa...

—¿Te asusta mucho el morir? —le preguntó dulcemente.

Valeria tenía la cabeza apoyada contra la pared y los ojos medio cerrados.

—No sé... Sí, siempre me aterró. Pero no creo que me importara mucho el que me dieran un tiro. Pero... eso de morir a latigazos, me hiela por dentro. Quisiera chillar, aullar y llorar de terror, pero no puedo... Me temo que voy a darte motivos para que te avergüences de mí, antes de que se haya acabado todo esto...

El Santo estaba frotando sus muñecas contra los ásperos ladrillos que tenía detrás, distraídamente al principio y luego con determinada concentración. Sentía que la resistencia se debilitaba a cada movimiento y podía oír el débil chirrido que producían las cuerdas. Inclino su cabeza hacia la de ella, hasta que sus labios casi tocaron el oído de la muchacha.

—Escucha —susurró—. No vas a ser azotada. Al menos puedo impedir que eso suceda. Ya oíste a Luker. Pase lo que pase, estamos destinados al pelotón de fusilamientos de pasado mañana. Así que de todos modos hemos de morir. Personalmente, yo prefiero morir huyendo, para hacerles ganar al menos su dinero. Voy a tratar de escaparme. No creo que tenga muchas probabilidades de hacerlo, pero de todos modos voy a intentarlo.

Ella le miró rápidamente, como si todos sus músculos se hubieran endurecido. Y luego volvió a aflojarse.

—Claro está... que no podrás llevarme —dijo—. Yo sólo sería un obstáculo.

Era muy duro el esfuerzo necesario para mantener la cuerda apretada firmemente contra el ladrillo, tratando al mismo tiempo de no rozar la carne. Le parecía que en sus manos había más gruesas salientes de lo que nunca creyera, y su piel era mucho menos suave que la cuerda. Rabiosos pinchazos de dolor le recorrían los brazos, pero no podía pararse a pensar en ellos.

—Si piensas lo mismo que yo —le dijo—, y quieres arriesgarte, lo intentaremos juntos.

La joven miraba con curiosidad el movimiento rítmico de sus hombros.

—¿Qué estás haciendo?

Su frente comenzaba a perlarse de sudor, aunque ella no comprendía la causa, y sus dientes estaban apretados firmemente para soportar la tortura que se había impuesto, mientras se arrancaba la carne luchando por romper los trozos de cáñamo que ataban sus muñecas. Pero su corazón ardía en una excitación salvaje que en parte mitigaba su dolor.

—Es lo mismo —le dijo con los dientes apretados—. No tenemos mucho tiempo. Cuando vuelvan a buscarnos de nuevo, voy a tratar de desatarme. Entonces, dale salida a todos tus impulsos, grita hasta perder la cabeza y lucha todo lo que puedas. Cualquier cosa, con tal de distraer su atención. Lo demás, déjalo de mi cuenta. Me figuro que lo único que conseguiremos será que nos acribillen a balazos, pero antes puedo matar a Luker y Marteau.

Valeria se quedó quieta un instante y luego, con una voz extraña, dijo:

—De acuerdo. Haré todo lo que pueda.

Simón apoyó su cara contra la de la joven y siguió aserrando sus muñecas contra la pared poseído de una sombría furia.

—No sabes lo que siento esto, Valeria. ¡Podíamos haberlo pasado tan bien!

Cinco minutos era muy poco tiempo. Parecía que sólo habían transcurrido unos momentos cuando la puerta volvió a abrirse de nuevo.

Bravache apareció en el umbral, con la burlona sonrisa que parecía tan natural en su cara altanera y cruel.

—¿Listos? —preguntó.

Lady Valeria tardó uno o dos segundos en levantarse.

El Santo se puso en pie tras ella. A pesar de todos sus sufrimientos, las cuerdas le ceñían aún las muñecas. Pero durante todas aquellas horas, en las que la lucha era inútil, había reservado y almacenado todas sus fuerzas: siempre había tenido la fuerza de dos o tres hombres vulgares, y en aquel instante, cuando tanto necesitaba un esfuerzo supremo, su voluntad podía acrecentarla aún. Si aquello fuera suficiente... Ahora que los últimos minutos se acercaban se daba cuenta de que estaba poseído de una curiosa paz interior, de una gran quietud y de una suprema indiferencia que convertía sus nervios en hilos de hielo.

Dejó que la muchacha saliera primero y la siguió a la gran habitación vacía que habían abandonado cinco minutos antes.

Luker y Marteau seguían sentados en las sillas, detrás de la mesa. Marteau dibujaba nerviosas figuras en la madera con la punta de un lápiz, pero Luker continuaba inmovible. Simón y Valeria fueron conducidos delante de la mesa y la escolta de los Hijos de Francia volvió a formarse a su alrededor. Luker se puso en pie, lleno de confianza.

—¿Se han decidido ya?

—Sí —repuso El Santo.

—¿Y bien?

—Hemos decidido —dijo apresuradamente Simón—, que además del organillo, le convendría instalar un puesto de helados.

La expresión de Luker no cambió. Una de sus manos se movió unas pulgadas.

—Aten a la muchacha —ordenó en francés; y dos Hijos de Francia agarraron a *lady* Valeria por los brazos.

Quizá todo fuera una comedia. O quizá su valor cediera en aquella ocasión. Acaso su cerebro, estupidizado por el terror, no comprendiera nunca bien lo que El Santo le había dicho. Pero comenzó a luchar locamente, salvajemente, a pesar de tener las manos atadas a la espalda, dándole puntapiés en las espinillas a los que querían arrastrarla a las anillas, hasta que el tercer Hijo de Francia tuvo que acercarse para ayudarles. Ya no quedaba más que un solo guardián al lado de El Santo, el que un poco antes le había pegado un puñetazo en la cara a Simón.

—¡No pueden hacerme eso! —chillaba delirante *lady* Valeria—. ¡No pueden... bestias repugnantes... no pueden...!

Quizá todo fuera una comedia. Pero la aguda y temblorosa intensidad de su voz hirió el cerebro de Simón y le hizo pensar en lo horrible que habría sido la realidad.

Había dado media vuelta para mirarla y como seguía quieto nadie le hacía mucho caso. Pero en aquella volcánica inmovilidad, sus brazos se endurecieron como columnas de hierro, y se retorcieron a su espalda como barras de templado acero. Una convulsión de fuerza sobrehumana lanzó su torso adelante como una catapulta. Las cuerdas que sujetaban sus muñecas, debilitadas por la pérdida de las hebras que había logrado romper, no fueron lo suficientemente fuertes para resistirla. Se escuchó un ruidito seco al partirse y sus brazos se abrieron con el impulso. Estaba libre.

Libre, pero sin armas... y disponiendo de los pocos instantes de que disponía un hombre que no está armado.

El guardia que había a su lado debió darse cuenta de la erupción que había tenido lugar junto a su hombro o quizá oyera el ligero chasquido de las cuerdas... demasiado tarde. Empezó a dar la vuelta; aquel fue su último movimiento consciente.

Su mano fue a buscar la culata de su revólver. Pero otra mano, más rápida que la suya, lo había arrancado ya de su sitio. Una seca detonación repercutió bajo la bóveda del subterráneo y un golpe espantoso le hirió el pecho sin dejarle lanzar ni un gemido de angustia...

Simón Templar se volvió rápidamente mientras el hombre caía lentamente a sus pies. El cañón de su revólver apuntó hacia los demás, en un mesurado ángulo.

—Cualquiera de ustedes puede ocupar el puesto de su amigo —dijo generosamente—. No tiene más que pedírmelo.

Nadie le contestó. Por un breve espacio de tiempo, nadie fue capaz de hacer un movimiento. Pero El Santo sabía que cada minuto que pasara se volvía contra él. Habló a la muchacha, con una voz aguda y cortante como un cuchillo.

—Valeria, ven aquí... ponte detrás de mí. Procura ponerte fuera de la línea de fuego.

La joven comenzó a acercarse, pegándose a las paredes. El Santo ni siquiera la miró. Sus ojos estaban clavados en los seis hombres con quienes tenía que habérselas, buscando el lugar por donde podía empezar el fuego. Los tres miembros de la escolta se quedaron quietos en el lugar en donde habían estado luchando con la muchacha. Bravache, un poco más allá, seguía sonriendo inconscientemente. El coronel Marteau rígido y con los labios exangües. Luker pesado y petrificado, pero con el cerebro a toda marcha detrás de sus fríos ojos.

El Santo los contó con implacable frialdad. Seis hombres. Y a menos que su revólver fuera un revólver de cinco tiros, todavía le quedaban cinco balas. Pero aunque lograra abatir a cada uno de un solo disparo, siempre quedaría un hombre armado contra él. Y eso, suponiendo que no hubiera algún otro Hijo de Francia en el edificio, que hubiera oído ya su primer disparo y viniera a ver lo que pasaba... Los otros no tardarían mucho tiempo en hacer el mismo cálculo. Lo único que podía hacer era elegir bien el blanco de sus disparos... mientras tuviera tiempo de elegir.

Pero, sin embargo, no quería vengarse de aquel modo suicida, mientras le quedara una sola esperanza de salvación.

—¿Por dónde se sale de aquí? —preguntó, dirigiéndose a la habitación en general.

Nadie tuvo tiempo de contestarle, aunque hubieran querido hacerlo.

El coronel Marteau se puso en pie.

—El que se lo diga —declaró ásperamente—, es un cobarde y un traidor.

—¿Quiere dar ejemplo? —preguntó suavemente El Santo—. ¿O prefiere mejor ser un héroe de la causa?

—No se lo diré.

Simón se dio cuenta de que había perdido un pequeñísimo punto, pero su rostro no se alteró. El acero se endureció en sus ojos.

—Quizá le hagamos cambiar de opinión —dijo sin el más leve síntoma de temor en su voz—. Valeria, pasa detrás de esos tipos y quítales sus revólveres.

Pero no oyó ningún ruido.

—Vamos —ordenó.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo?

—Si pruebas, creo que podrás menear un poco las manos.

Sin embargo, se dio cuenta de que había perdido otro punto. Aquellas pocas palabras que habían cambiado entre ellos harían comprender a los demás lo desesperada que era su posición. Y el marcador invisible se iba llenando con horrible rapidez de puntos perdidos. Lucharía palmo a palmo, con la terquedad de la desesperación, pero en el fondo de su corazón sabía que la batalla no podía terminar más que de un modo. Si al menos hubiera conseguido que uno de los hombres le dijera por dónde se salía, le habría quedado la débil esperanza de abrirse el camino a tiros; pero comprendía que aquello era pedir demasiado. Las cosas no serían tan fáciles. Y el tiempo estaba contra él. Más tarde o más temprano, los otros recobrarían su confianza. Ahora, sólo era una cuestión de segundos. De un momento a otro, sintiendo sobre sí los ojos de su comandante y con el cerebro lleno de sueños de gloria, uno de los Hijos de Francia se decidiría a realizar el acto de fatal heroísmo que precipitaría el desenlace...

Valeria había dado la vuelta y se encontraba a la izquierda de El Santo. Ahora se hallaba junto al Hijo de Francia más cercano y retorció sus manos para quitarle el revólver de su cinturón.

Los ojos de Simón se hincaron en la cara del hombre. ¿Sería éste acaso, el primero en recobrar el valor? Si no era así, con dos revólveres en lugar de uno las cosas podían cambiar. ¿O sería quizá uno de los otros? En el campo de visión de El Santo se veían otras caras. ¿Cuál de ellos tendría el valor de atreverse a empezar?

Y en aquel momento, la puerta que había a la derecha de El Santo se abrió sigilosamente.

Simón vio el movimiento con el rabillo del ojo e irresistiblemente se volvió a medias hacia ella. El cañón de su revólver dio la vuelta con él. Entonces vio una figura alta y huesuda, una cara vacía de idiota, iluminada por unos pálidos ojos de maniático, y se dio cuenta al instante de dónde había visto aquella cara. Era la cara del asesino, en la fotografía de Kennet; y en su huesuda mano apretaba una automática.

En aquel momento *lady* Valeria dejó escapar un grito y El Santo comprendió lo que había pasado en el segundo que dejó de vigilar al grupo.

Antes de volverse, disparó.

Supo que su disparo había hecho blanco, pero no podía decir en quién. Por su retina pasó rápidamente la visión del asesino, doblándose por la cintura. Entonces, sólo pudo pensar en la escena que le aguardaba.

El Hijo de Francia a quien Valeria trataba de arrebatarse el revólver aprovechó el momento y agarrándola de las manos trató de colocarla delante suyo para protegerse, pero la joven dio un paso atrás, impidiéndole momentáneamente completar la maniobra, dejando entre los dos una pequeña distancia. A través de este precario hueco El Santo envió una bala que atravesó el pecho del hombre y le hizo retroceder unos cuantos pasos, hasta que la pared detuvo su caída. Pero en aquel instante, aprovechando el momento de respiro, otros cuatro revólveres dispararon a su vez.

Todos los revólveres de la habitación, menos el de Luker... si es que Luker tenía un revólver. Y El Santo comprendió que no podía hacerlos callar a todos.

Fría y deliberadamente alzó el cañón hasta ponerlo a la altura de los ojos de Luker. Los cañones de los otros revólveres se alzaban en aquel momento contra él, y otros dedos apretaban los gatillos; pero parecía como si dispusiera de una eternidad... Pasara lo que pasara, no había que cometer más errores. Aquello era lo último que podía hacer. Su cuerpo se hallaba dispuesto a recibir la lluvia de plomo que pronto lo acribillaría en todas direcciones; pero no permitiría que nada desviara su puntería, hasta haber colocado en donde quería los dos disparos que serían los testigos de aquello por lo que había entregado su existencia... No podía sentir ningún temor ni ninguna vacilación.

Apretó el gatillo y el revólver saltó en su mano. Un redondel negro apareció en la frente de Luker y mientras Simón lo miraba, su borde fue enrojeciendo.

en aquel momento la habitación se llenó de truenos.

El Santo no se dio cuenta de ello. Se preguntaba de un modo curiosamente extraño y alejado, si se habría herido o no. Pero pudo volverse y afianzar su puntería en el próximo blanco, sin un solo temblor.

entonces fue cuando se dio cuenta de que en su cerebro había irrumpido algo nuevo. Por que el coronel Marteau ni siquiera le miraba. Se hallaba rígidamente erguido, con una extraña y exangüe expresión en la cara y el brazo que sostenía el revólver caído laciamente sobre la mesa. Un poco más allá, Bravache iba cayendo lentamente, como un muñeco cuyas cuerdas se han roto. En un rincón había una figura con camisa azul, retorciéndose y exhalando gemidos. Se había abierto una puerta y por ella entraba un enjambre de hombres de rostro ceñudo, vestidos de paisano irnos, con uniformes de gendarmes y de *agents de police*, los demás. Y entre ellos se encontraban dos hombres que sólo podían ser los espectros de Peter Quentin y Hoppy Uniatz, con un par de humeantes automáticas en las manos. Y otro hombre, bajito y vestido con desaliño, con una barbilla azul y unos bigotes rizados y un par de vivos ojos negros, que aparentemente sólo iba armado de un cigarrillo y que se acercó a El Santo, inclinándose con anticuada elegancia.

—*Monsieur* Templar —dijo—. Sólo siento que su mensaje me llegara demasiado tarde para haberle evitado todas estas molestias.

El Santo no tenía la menor idea de lo que estaba diciéndole; pero nunca hubiera permitido que el prefecto de policía de París le excediera en cortesía.

—Mi querido *monsieur* Senappe —le respondió—, en realidad, aquí no ha pasado nada.

EPÍLOGO

—Es muy bonita esa chinchilla —dijo El Santo.

—¿Verdad que sí? —repuso *lady* Valeria Woodchester, frotándose suavemente la mejilla en un hombro.

Se encontraron por casualidad en Piccadilly. Simón la llevó al Berkeley y la convidó a tomar un jerez.

—A propósito —dijo la joven casualmente—, creo que voy a casarme pronto.

—Me parece muy bien —aprobó Simón—. Una muchacha sana y bonita como tú, debe casarse pronto. ¿Quién es el desgraciado?

—Don Knightley... el capitán Knightley. ¿No lo recuerdas? El que me salvó del incendio.

—Así fue —y El Santo se echó a reír quedamente; pero su risa era muy pensativa—. ¡Diablo, no hace casi un mes!

—¿Eso es todo? A mí me parece mucho más tiempo. Hace un mes todo era normal... me figuro que comprendes lo que quiero decir. John, Ralph y Luker estaban vivos y también el general Sangore... ¿Sabes por qué se mató el general Sangore?

—Me figuro que pensaría que era la mejor salida que le quedaba —respondió sobriamente El Santo—. Probablemente tenía razón en eso. De todos modos, bebamos por él.

Y alzó su vaso.

Valeria le miró con curiosidad.

—Me extraña que hagas eso.

—¿De veras? Pues no tiene nada de extraño. Si no hubiera sido por él, no estaríamos ahora bebiendo juntos.

—No comprendo.

—¿No? Me lo figuraba. Pero ¿no te has parado nunca a pensar por qué aquellos policías entraron en la bodega en el preciso instante, como si fuera el último episodio de una serie de «suspense»?

—Sí, ya oí lo que te decía Senappe. Tú le enviaste un mensaje.

—¿Y cómo crees que se lo envié?

—No lo sé. Nunca pensé en ello. Pero me figuro que emplearías unos de esos medios que te han hecho famoso. Sea como fuere, tu amigo Peter y ese míster Uniatz estaban allí, así que al verles me di cuenta de que todo iba bien y sólo se me ocurrió pensar que había hecho muy mal guardándote el secreto y dejándome que yo pasara por aquella orgía emotiva.

—Yo no te hice pasar por ninguna orgía emotiva —dijo Simón, firmemente—. Porque, ¿sabes?, yo no mandé ningún mensaje.

Valeria se le quedó mirando.

—Que no mandaste...

—¡Claro que no! Si piensas un poco, verás que no tuve ocasión de hacerlo.

—Entonces...

—Fue Sangore quien lo envió.

La cara de la chica tenía una expresión de profunda incredulidad.

—Pero...

—Conozco todos los peros, querida. Aunque no creo saber mucho del asunto. Me imagino que cuando Luker les dijo a los otros lo que pensaba hacer exactamente con nosotros y tuvo la frescura de decirle a Sangore que nos había encerrado en Bledford Manor (porque allí es donde pasamos media noche, por si no lo sabes), aquello fue demasiado para él. La vieja escuela se alzó airada y le amenazó con un dedo acusador, si es que comprendes las metáforas.

La petulancia de El Santo sólo estaba en sus palabras. Su voz no era petulante y la mirada de sus ojos era seria y profunda.

—De todos modos, sólo sé lo que pasó. Sangore llamó a Peter aquella noche al hotel Raphael. Aquello debió ocurrir un poco después de habernos marchado nosotros. Le dijo lo que nos había ocurrido, a dónde nos llevaban y lo que nos iba a pasar y le reveló, además, la entrada secreta del cuartel general de los Hijos de Francia, en la parte trasera de un cafetín. Además, le contó que existía un complot para matar a Chaulage y todo el resto, dándole los detalles suficientes para que la policía se interesara en el caso. Sangore fue quien le dijo que fuera a la prefectura. Aquello fue lo que convenció a Peter de que no se trataba de una trampa. Peter se encontraba en un apuro, porque se daba cuenta de que no podía asaltar el cuartel general solo con Hoppy y Orace y entonces pensó que cuando Sangore le decía que se dirigiera a la policía debía haber algo de verdad. Afortunadamente no le costó mucho despertar el interés del prefecto, en parte porque ya habían llegado hasta él los rumores de un golpe de Estado y en parte porque Senappe no es muy amigo de los Hijos de Francia y le agradaba hacerles un favor. Lo único que Sangore le hizo jurar a Peter fue que dijera que el mensaje lo había recibido por mi conducto, dejando así a Sangore fuera del asunto. Según he podido averiguar, el pobre hombre debió matarse en cuanto colgó el aparato. Me figuro que debió hacerlo porque comprendería que todo había terminado y quería irse al otro mundo con el nombre limpio. Esa es la razón de que ninguno de nosotros dijera nada. Pero creí que debías saberlo —y se tocó la solapa—. Me parece que, en cierto modo, Sangore es quien debía llevar realmente esto.

Valeria miró la cintita roja que adornaba la solapa de Simón, sin poder pronunciar palabra.

El Santo se quedó mirando pensativo el pajizo vino de su vaso, mientras su memoria revivía aquellas horas inolvidables. Se sentía lleno de una inquietud injustificada. Le parecía imposible que aquel capítulo se hubiera acabado definitivamente. Mucho fue lo realizado, pero ¿cuánto tiempo duraría la paz?...

—Vi en el periódico —dijo ella al fin— que el coronel Marteau y otros cuantos más van a ser juzgados la semana próxima. ¿Crees que saldrán libres?

—No tienen la más mínima esperanza. Los franceses son muy prácticos en estos asuntos. Sin embargo, es una pena que no se encontrara nada definido acerca de Fairweather. Me enfurece pensar que es el único que ha salido con bien, aunque era el menos importante de todos ellos.

—Eres demasiado vengativo. En realidad, Algy no es malo. Yo siento todavía cierta debilidad por él.

—Quizá llegue yo a sentir también cierta debilidad por él —repuso, meditativo, El Santo—. No pensemos ahora más en ese hombre. Hablemos de tu matrimonio.

Valeria frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quieres saber? Me figuro que no irás a oponerte.

—Por el momento, no. Prefiero hablar antes con mi abogado y ver si tengo alguna probabilidad de éxito, si te demando por rompimiento de promesa. Como recordarás, tengo pruebas; creo que debió ser Reginald el que se lo contó a los periodistas... pero el caso es que se publicó, y, si me plantas, tendré que contestar a muchas preguntas desagradables.

La joven le miró tristemente.

—Me figuro que pensarás que tienes derecho a quejarte, ¿no es así? Parece como si quisieras casarte conmigo, o algo por el estilo.

—¡Claro que quiero casarme contigo! Pero ya que tu corazón pertenece a otro, trataré de ser un hombre fuerte y guardaré silencio aunque...

—De todos modos, no me casaría nunca contigo —afirmó la muchacha—. Admito que tú me robaste por completo mi juvenil corazón, pero después de lo que pasó aquella noche, decidí que eras demasiado para mí. Después de todo, eso de pasarse la vida bajo la amenaza de los azotes o del pelotón de fusilamiento no es muy apropiado para una muchacha, ¿verdad? De todos modos, espero que vendrás a verme alguna vez, cuando me haya casado. Quiero decir, que tú tendrás alguna tarde que otra libre, sin que venga detrás de ti una partida de bandidos. Don y yo vamos a estar fuera bastante tiempo.

—Creo que le harás muy feliz —dijo El Santo, un poco sardónicamente.

Valeria le miró con sus grandes ojos inocentes.

—¡Naturalmente! Después de todo, a nadie le gusta un marido infeliz, dando vueltas desconsolado por la casa. Creo que en pocos años haré de él un general.

—Lo creo —dijo El Santo—. ¿Y qué piensas hacer para conseguirlo?

Ella se encogió de hombros.

—No creo que sea difícil. Yo conozco a toda la gente bien, él también conoce a toda la gente bien, y es bastante estúpido. Y cuando un hombre es bastante estúpido y tiene una mujer lista y los dos conocen a todo el mundo que se debe conocer, no creo que sea difícil hacerle general.

El Santo la miró con franca admiración.

—¿Sabes que estoy pensando que eres verdaderamente lista? —dijo.

Luego pidió otra bebida y se quedó mirándola.

—¿Por casualidad has empezado a hacerle feliz, permitiéndole que te compre esas pieles? —le preguntó.

—¡Oh, no! Las compré yo misma con un dinero ganado con mi propio esfuerzo.

Simón se irguió en su silla.

—¿Qué esfuerzo es ese?

—El dinero que saqué de mis memorias. ¿Sabes? Pensé que era una buena idea escribir lo que nos había pasado y venderle la historia a un periódico dominical. Son muy interesantes y pensé que podían tener éxito. Así que se lo dije a Algy y él estuvo de acuerdo conmigo. En realidad, me ofreció comprármelas él mismo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cuánto te dio por ellas?

—Hasta ahora me ha dado diez mil libras —repuso la chica cándidamente—, pero espero que me hará un espléndido regalo de bodas. En realidad, me ha ahorrado una molestia, porque yo no pensaba escribirlas por el momento, y, además, ¡mi ortografía es tan mala!

Durante algunos segundos Simón la contempló furioso, sin poder hablar.

—¡Maldita seas, mujer! —explotó—. ¿No te das cuenta de que Algy era mi única oportunidad de sacar algún provecho de todo este asunto? Y después de todo lo que he hecho por ti, ¡tienes la frescura de interponerte en mi camino!

—¡Yo no sabía nada de eso! —dijo Valeria con desconfianza—. ¡Después de todo, yo le conocí la primera!

Simón Templar se entregó. Echándose hacia atrás en su silla, dejó escapar una alegre carcajada.

—Ganaste —le dijo—. Pero empiezo a pensar que Luker, Marteau y compañía fueron muy afortunados, escapando como escaparon. Si los llegan a dejar en libertad, se habrían dado cuenta de que habían caído en los brazos de un monstruo que los iba a hacer sufrir mucho más. En realidad, Algy es el más desgraciado de todos.

Valeria bajó los ojos modestamente.

—Si al hablar de un monstruo te refieres a mí, te diré que hay muchos hombres que se considerarían muy dichosos si pudieran caer en mis brazos.

—Lo malo es —respondió El Santo— que estoy pensando que yo podría ser uno de ellos.

FIN

Notas

[1] Nombre que dan a la leyenda los pueblos escandinavos. Nota del traductor. <<

[2] Dios indostánico ante cuya carroza se arrojan los fieles para ser aplastados por sus ruedas, en el día de su fiesta. Nota del traductor. <<

[3] M. P. Member of Parliament. Diputado. (N del T.) <<

[4] Barrio de los negocios de Londres. (N del T.). <<

[5] En francés, Bravucón. <<

[6] En francés, cerdo. <<

[7] En alemán en el original: pesimismo melancólico. Nota del traductor. <<

[8] En francés en el original: «5 de agosto: apertura del Hospital de la Memoria en Neuilly, por *monsieur* Chaulage». Nota del traductor. <<